

CARLOS OLIVERA.

---

# EN LA BRECHA.

---

1880-1886.



BUENOS AIRES, | PARÍS,  
F. LAJOUANE, EDITOR. | CH. BOURET, EDITOR.

1887.



# EN LA BRECHA.

1880-1886.



**DONACION**  
E -  
**E. GARCIA VELLOSO**

De esta obra se han impreso 25 ejemplares sobre papel de Holanda numerados á la prensa.

## P R E F A C I O .

---

He titulado mi libro “En la brecha” porque en ningún caso quizás es más verdadera la figura que representan esas palabras, que en el de un periodista, siempre atento á los rumores populares, siempre ensalzando lo que considera bueno, siempre luchando contra lo que considera malo. Cinco años he permanecido en la redacción de “El Diario”, y durante ese largo lapso de tiempo, he tenido oportunidad de tratar muchísimas de las cuestiones que han agitado á mi país y aún á los otros países, de modo que, componiéndose el presente libro de hojas arrancadas al gran cuaderno formado en esos cinco años, ninguna novedad hallaría el lector en estas páginas, si fuera cierto que todo lo pasado es viejo.

Me he preguntado muchas veces, al luchar con el pensamiento de no publicar este libro, si valía la pena de revivir los recuerdos encarnados en mis trabajos, puesto que me es imposible á mí mismo juzgar con imparcialidad de sus méritos literarios; y me he dicho: “¿Quién puede hallar interesantes estas apreciaciones sobre cosas pasadas, estos cuen-

tos, estas historias, estas críticas?" Y la respuesta desalentadora que me parecía venir de un público imaginario, me detenía, llenándome de desconsuelo. Si lo que se escribe en los diarios, bajo las impresiones del momento, con los reflejos de la época en que se respira y de los hombres que nos rodean, no tuviera sino la vida de un día, ¡qué pozo tan horrible sería el de la prensa!

Sangre es, y lágrimas, muchas veces lo que escribimos; y para un escritor de conciencia, su palabra será siempre la expresión de sus sentimientos. ¿Por qué, pues, dejaría de tener interés la opinión que en épocas pasadas se ha tenido con respecto á cosas que nuestra vida hace reaparecer á cada instante? ¿Qué mejor base de criterio para un hombre estudioso, que gusta de acercar y comparar, á fin de hallar la ley de los acontecimientos, la filiación de las cosas y aún la historia de los hombres? La opinión de un periodista no es nunca una opinión aislada; no hay ningún diario en el mundo que pueda sustraerse á la influencia del público, y que no tenga un círculo inspirador, que no emerja de una atmósfera suficientemente densa para hacerse visible. Mi libro estará quizás destinado á ser un cuaderno de crónica que apreciarán poco los contemporáneos, pero que tendrá cierto valor para los que mañana estudien nuestra sociabilidad. Así, es sin grandes empeños ni ilusiones que lo doy á luz, por constarme

de antemano que en la República se lee poco aún, y que los que tienen necesidad ó gusto de recordar el pasado, son los menos.

Habría podido ordenar sus páginas, comprendiéndolas en divisiones literarias, históricas, filosóficas, económicas, científicas, y tantas otras á que se prestarían los temas en ellas tratados, pero he preferido que sigan unas á las otras, más ó menos, en la misma progresión y manera que han ido saliendo del cerebro para responder á las necesidades del público, ávido de la palabra oportuna y de la nota en el justo tono. No debe extrañar, pues, al lector, el hallar al lado de una crónica musical, ó de un estudio sobre finanzas, la sentida necrología de un grande hombre ó de un amigo notable que desaparece; ó al lado de las meditaciones filosóficas de un desocupado, la tirada patriótica contra algún abuso del poder, ó la crítica de versos ó de dramas; que á veces ha sido preciso el hacer todos estos papeles en un mismo día. ¡ Tan cierto es que no hay vida más semejante á la de un artista de teatro, que la de un periodista ! Ambos necesitan igual sensibilidad, igual facilidad de adaptación, igual sentimiento de pasión ingenua y verdadera, para calentar con ella la frase y presentarla ardiente y nueva al público que paga. No poder representarse ágil y vivazmente todas las situaciones, personajes y sentimientos que se agiten en el inmenso teatro de la localidad en

---

que se actúa, es no poder ser periodista. Para serlo es preciso vivir con la vida de los otros; es necesario tener fácil la indignación, pronto el entusiasmo, suelta la risa y las lágrimas al borde de la pestaña. En un mismo día, como en la escena dramática, puede suceder que el poder asesine un ciudadano, que haya un descubrimiento científico que intensifique el progreso del mundo, que un personaje cometa una acción ridícula, y que la muerte se lleve una persona querida del público. ¿Qué remedio, entonces, sino vibrar ardientemente en los cuatro tonos?

Lo que el público quiere es que se sepa interpretar sus vagas impresiones y dar colorido á las imágenes que le visitan el espíritu. Yo no puedo saber si en alguna pequeña proporción he llenado ese deseo del público; pero debo creerlo, desde el momento en que, lejos de disgustarse de mi manera de representar y de sentir, me ha alentado muchas veces á continuar.

¡Y bien! las obras antiguas del teatro y de la biblioteca son á veces escuchadas ó leídas con placer. Delante de sí tiene el lector una vista rápida y cuasi-borrada de cinco años de vida en el periodismo de Buenos Aires. Recorriendo estas páginas quizás encuentre cosas y personas que llamaron su atención en otra época, que irá desapareciendo lentamente de su memoria; y hoy, al considerarlas de nuevo, es posible que no le disguste verlas otra vez ante sus



ojos; comparándolas con las cosas y las personas de este momento, encontrará materia suficiente para un curioso y útil estudio retrospectivo.

En cuanto á mí, quédame la satisfacción de haber luchado al menos, leal y apasionadamente, contra todo lo malo y lo injusto que he visto hacer ó decir en esos cinco años; así como la de haber puesto todo el entusiasmo de mi juventud y toda la honradez de mi espíritu, al servicio de las buenas y nobles ideas. He eliminado gran parte de mi obra, que se refería á política, á esta política quizás un poco personal que hacemos los Argentinos; pero que encuentra su excusa en el hecho de que nuestros grandes hombres son absorbentes y concentran en sí los ideales que los llevan á la derrota ó á la victoria. Lo que sobre este tema he conservado, aun cuando lleve envueltos ciertos nombres, que, en el momento en que aparece este libro habrán dejado de ocupar los puestos que los hacía blancos de la crítica, demostrará al menos cómo acostumbramos á tratar en la República Argentina á los enemigos políticos, fisonomía que dentro de algunos años parecerá curiosa á la generación que debe sucedernos.

De todos modos, los amigos que me hagan el honor de patrocinar este libro, conservándolo en sus bibliotecas, justificarán plenamente mis deseos; no he tenido otra intención al presentarlo al pú-

---

blico que la de poner delante de los espíritus reflexivos una imagen de parte de la vida argentina, en cinco años que ya pertenecen á la historia.

Los pocos paréntesis literarios que se hallará al principio del libro, representan los ideales más juveniles del autor, pero á los que no ha podido dedicar sus esfuerzos, arrastrado por la necesidad de combatir por otros, menos bellos quizás, pero más útiles ó más imperiosos.

CARLOS OLIVERA.

Buenos Aires, Abril de 1886.

1880.



# EN LA BRECHA.

---

## EL ARTE DEL TEATRO. . .

Se cree generalmente que, para que un actor nos conmueva en el teatro, haciendo nacer en nuestra alma sentimientos idénticos á los que agitan al personaje representado, es menester que sienta él mismo, y se conmueva, y llore verdaderamente; se cree que el grito íntimo de la pasión, que el arranque vivaz del odio, que el sollozo desesperante de una madre á quien arrebatan su hijo, deben ser *sentidos*, y que solamente á esa condición es posible conmover á los demás, y ser gran artista.

No es la ficción, se dice, la hipocresía, la imitación de un dolor cualquiera, lo que turba el alma del espectador; es el dolor mismo, la conmoción de la entraña, la naturaleza viviente, palpitante, lo que estremece y genera iguales sentimientos en el que escucha. De manera que un actor estará tanto más cercano del éxito, cuanto más fácil le sea emocionarse. Un hombre frío, una persona incapaz de poner en juego su sensibilidad, será siempre un mal artista.

Es un error. El actor sensible, ó más bien dicho, el actor que permita á su sensibilidad aparecer en la interpretación de un papel, será siempre un actor mediocre. Explicaré la causa.

Los actos resultantes de las voliciones, así como las imágenes, tienden á hacerse automáticos por la frecuencia con que nacen en los centros nerviosos. Una palabra que se repite obstinadamente, cesa, al cabo de algunas horas, de representar la idea que encarnaba; una idea obstinadamente evocada, cesa de representar el mismo hecho, ó el mismo género de hechos; la imaginativa de un objeto cualquiera, obstinadamente evocada por la voluntad, pierde poco á poco su vivaz colorido primitivo. Es sólo con ayuda de elementos nuevos, de nuevas circunstancias, que logramos refrescar y mantener vivas nuestras concepciones. Es preciso que el medio en que nace una idea cambie frecuentemente, para que nos demos cuenta de la presencia de esa idea en nuestro intelecto. No es que la idea desaparezca, no es que el cerebro no la guarde; es que no fijamos la atención en ella, cuando es evocada por el suceso que la generó, porque este suceso ha perdido ya la novedad que nos atrajo. Una emoción que se repite frecuentemente, cesa, á la larga, de conmovernos. Un médico, un carnicero, un verdugo, se acostumbran á impedir la parálisis de su pneumogástrico, que, originada en los demás hombres por una emoción profunda, deja acelerar los movimientos del corazón, é influenciando los nervios vasomotores, causa palidez ó coloración anormal.

Ahora bien, resulta de esto que el actor que ponga

en juego su sensibilidad en las tablas, acabará por perderla completamente, á causa del hábito de experimentar emociones de todo género, lo que estando conforme con la lógica, no lo está con la teoría que combato, pues es obvio que un artista, para quien se pide sensibilidad como principal elemento de éxito, no será ya ni siquiera artista pasable, cuando haya perdido esa sensibilidad. ¿Y cómo negar que el actor es tanto más perfecto cuanto más experiencia tiene en su arte?

El actor que ponga en juego su sensibilidad y crea por consecuencia estar encarnado en un personaje cualquiera, perderá la viveza de las imaginativas de este personaje, en razón directa del número de veces que lo represente. Á medida que represente el papel de un traidor, irá desapareciendo la novedad que le encontraba; cada uno de los detalles del cuadro se irá haciendo monótono por la repetición, hasta que el artista, hastiado de esta figura, de las relaciones de esta figura con las demás, y de las emociones que ambas cosas le producían, llegará á encontrarse incapaz hasta de ser un actor mediocre.

Además, ¿puede creerse que un actor que se emocione verdaderamente, que un individuo en quien se paralice con frecuencia el pneumogástrico en una sola noche, está en la necesaria aptitud cerebral para ocuparse de los mil detalles que reclaman su atención, y sobre todo, para pasar de la risa á las lágrimas, de la venganza al amor, es decir, para dar expresión con los músculos de su rostro y de su laringe á tantos afectos diferentes como se muestran en un solo personaje? Las cosas no pasan en el mundo con la rapidez que en las tablas, y el

hombre tiene un espacio de tiempo más grande que el actor para experimentar las emociones que se suceden en un drama con tan poco intervalo. Una escena de desesperación y de llanto agota á un artista sensible, y si en el primer acto ha estado sublime en algunos pasajes, en el segundo y tercero apenas será vista su sombra.

Hay más. Un gran actor no sobrepasa nunca al que representa con él; al contrario, su genio consiste precisamente en adaptarse al color general del cuadro para brillar, sin desdeñarse como detalle. ¿Es una escena de amantes? Si la mujer que le acompaña tiene un arranque de sensibilidad, será preciso fingir que se tiene uno igual, para que lo sublime de ese arranque no se halle ridículo por contraste con su frialdad. ¿El otro artista es incapaz de elevarse con maestría? Será preciso rebajarse hasta su mediocridad, porque entonces, la propia excelencia parecerá fuera de lugar.

¿Y se quiere que un artista fácil de emocionarse y que fía todo el éxito de una escena á los movimientos de su sensibilidad, *pueda* tener en cuenta todas esas cosas? ¿Se pretende que un actor cuyo sistema nervioso se halla agitado profundamente, *pueda* dirigir su atención hacia tantos puntos á la vez? Una excitación llevada al *sensorium* desarrolla en el cuerpo más grande cantidad de energía que la ordinaria, pero esta fuerza, una vez gastada, produce postración. ¡Qué vida tan detestable, qué martirio perpetuo sería la profesión del teatro, si los artistas buscaran emocionarse para sobresalir!

Pero veamos el otro punto. Consideremos al artista que se posee, al hombre que conserva su tranquilidad y sangre fría en el pasaje más trágico. Es un cerebro que



manda, á todas las demás partes del cuerpo, la orden de moverse en tal ó cual dirección, de afectar tal ó cual forma. Ha pasado treinta años de su vida estudiando la expresión de las emociones en sus semejantes; ha sentido él mismo esas emociones y, á fuerza de sentir las, ha conseguido dominar su sensibilidad, de tal modo, que cuando uno de sus músculos faciales se contrae para traducir un afecto cualquiera, él asiste como espectador, y solamente como espectador, á ese movimiento, juzgando de la más ó menos verdad con que imita la apariencia del afecto que quiere expresar. Por un uso constante, por un hábito obstinadamente prolongado, muchos de los actos que en los demás son puramente reflejos, en él han llegado á ser voluntarios. Por ejemplo, contracción de los músculos que rodean el ojo, durante los gritos de dolor; oblicuidad de las cejas y dilatación de las comisuras labiales en los casos de pena profunda; abertura de la boca, arrugas transversales sobre la frente á causa del levantamiento de las cejas, en la resignación, etc. El artista que no domina su sensibilidad, deja que esta exprese los estados de su alma; el artista que la domina, manda en sus miembros y músculos como en un manequí. No llora, finge que llora, para que la escena siguiente á la de las lágrimas no lo encuentre desprevenido, es decir, emocionado. Es un poder que se conoce á sí mismo, una fuerza que se distrae en la dirección conveniente; mientras que el espectador está suspendido de su palabra, él piensa en un botón que han pegado mal en su traje, en la cena que va á hacer minutos más tarde con sus amigos. Ni un solo detalle le escapa; ni un movimiento, ni una mirada que le interese; toma todos los aspectos, se reviste

con todos los colores; aparece bajo todas las formas. ¿Por qué? Porque no pone en juego su sensibilidad, porque copia abnegadamente al tipo que representa, haciendo abstracción de sus propios sentimientos para traducir los de su ideal.

En la historia del teatro encontramos numerosos ejemplos que prueban lo que decimos.

Talma salía una noche de una escena trágica, y al entrar á bastidores, llama en el acto á su sirviente.

— ¡Miserable! le dice, ¿porqué no has lustrado bien mis botas?

Y hacía apenas un minuto que acababa de expresar, con admirable maestría, una pasión conmovedora; el público se hallaba aún bajo el influjo de su personalidad. Es necesario que durante la declamación de su papel, mientras que todo el mundo se agitaba pendiente de sus labios, hubiera notado el brillo apagado de sus botas, para entrar en seguida, derecho á reprender á su sirviente.

«Talma, dice Lardin, representaba, recitaba, y lejos de ponerse en el lugar del personaje que quería imitar, se colocaba entre los espectadores, por abstracción, y se criticaba desde lejos á sí mismo.»

Lekain, el célebre trágico protegido de Voltaire, descien-  
de á la tumba del padre; degüella allí á la madre, y sale con las manos sangrientas. Está lleno de horror, sus miembros tiemblan, sus ojos aparecen extraviados, sus cabellos se erizan. Los espectadores se estremecen y una sola emoción agita á todos. ¡En ese momento, Lekain empuja con el pie hacia los bastidores un prendedor de diamantes que se había caído á una actriz!

« ¿Y ese actor siente?, pregunta Diderot al narrar este

---

hecho. ¿Diréis que es mal actor? No. Es un hombre frío, que no siente nada, pero que figura superiormente la sensibilidad.» «Es la extrema sensibilidad, agrega, la que hace actores mediocres; es la sensibilidad mediocre la que hace el mayor número de malos actores; y es la falta absoluta de sensibilidad la que prepara los actores sublimes. »

## SOBRE LITERATURA.

MI QUERIDA AMALIA :

En mi última carta te hablé de la conveniencia que habría en que nuestros poetas abandonaran la senda por donde marchan hace tanto tiempo, y que, unidos de mejores elementos, dominaran el deseo de hacerse populares hasta adquirir el *derecho* de ser oídos. *Derecho*, digo, y no me retracto. Creó que un individuo que toma sobre sí la tarea de escribir algo para el público, debe proponerse una de dos cosas : ó enseñar, ó presentar lo que todo el mundo conoce, bajo una forma en armonía con las reglas estéticas aceptadas. Es decir, ó hacer saber al lector algo que no sabía antes, ó educar su inteligencia de una manera conveniente, permitiéndole contemplar lo Bello. En el primer caso, unó es útil; en el segundo, dulce. Es el precepto de Horacio, tan conocido y tan universalmente aceptado. El que mezcla lo útil á lo dulce, hace obra literaria.

Ahora bien, si con arreglo á estos principios entramos á juzgar las composiciones literarias que vemos aparecer todos los días entre nosotros, ¿cuál de ellas saldrá victoriosa de la prueba? Indudablemente, por cada cien, una.

No vayas á creer por esto que quiera pregonar la excelencia del género didáctico sobre todos los demás

géneros; y que deseche, como inútiles, las obras que son sólo bellas. Es que aquí se produce muy pocas obras realmente bellas, es decir, realmente en armonía con una estética racional. Trataré de explicarme.

Toda idea es, en su génesis, una sensación. Sensación transformada y convertida en recuerdo de sí misma. Imagen reviviscente que no se hubiera fijado en el cerebro, sin el intermediario de los sentidos. Por consecuencia, no hay una sola idea innata; ninguna idea absoluta, pues que todo para el hombre comienza en el hombre mismo. Así, nuestras concepciones de lo bueno, lo verdadero y bello, dependen de condiciones especiales, del *medio*, en una palabra, en que vive el individuo capaz de la concepción. Vemos, por ejemplo, al pueblo egipcio tener ideas de lo bello, diametralmente opuestas á las del pueblo helénico.

El Egipto del tiempo de los Faraones, profesaba un culto supremo por lo desmesurado, lo misterioso y lo incomprensible. En los monumentos, la belleza consistía en la enormidad y la monotonía; en las figuras humanas, la rigidez de la postura, y la expresión de esfinge, atributo de los pretensos seres sobrenaturales.

La Grecia, al contrario, combinaba en la construcción de sus edificios la simetría con la elegancia, de manera á hacer algo más elevado y más bello que lo exigido simplemente por la necesidad. Sus obras de arte, cuando se desligaron de los principios severos y rígidos que les había impuesto la influencia sacerdotal, producían en el alma del espectador otra clase de sentimiento que el de las figuras egipcias. Los hombres no eran representados del mismo modo que entre los egipcios, tiesos y guar-

dando eternamente una postura igual, en cualquier situación que se hallaran, y con cualquier objeto que fuese; se pintaba á la naturaleza mejor aún de lo que era, y las cosas y los hombres variaban al infinito sus matices y sus expresiones.

Es que había dos concepciones de la belleza, dos *medios* distintos para la manifestación de esa idea, y necesariamente debía haber dos encarnaciones distintas.

Deduciendo de este hecho importante el dato de que no hay un tipo de belleza absoluto, al cual deba conformarse fatalmente la humanidad, resulta que nuestros ideales son productos de nosotros mismos, que los hemos adquirido comparando los diversos tipos que nos rodean, é imaginando uno que tuviera reunidas todas las perfecciones que encontramos diseminadas en ellos. Prosiguiendo el razonamiento y aplicando la ley descubierta al caso de « lo bello literario », resultará evidente para nosotros, si tenemos algunas nociones de historia, que ha habido durante la larga vida de la humanidad diversos ideales á ese respecto, productos de otras tantas épocas importantes; y nos será perfectamente fácil constatar cual es la poesía más propia á la naturaleza del hombre, averiguando qué ideales se han conservado más puros y más amables, á través de las vicisitudes del mundo.

Para llegar á este resultado, decisivo é implacable como el de una operación aritmética, haremos un simple llamado á nuestra memoria, pidiéndole que nos diga los nombres de los poetas más amados.

Oigamos la respuesta: Homero entre los Griegos; Virgilio y Horacio entre los Romanos; Gœthe y Schiller

entre los Alemanes; Shakespeare y Byron entre los Ingleses; Rabelais y Molière entre los Franceses; Dante entre los Italianos, Cervantes entre los Españoles.

Tú ves que he escogido lo notable, los poetas *d'élite*, He citado expresamente los más famosos, porque así veremos que el juicio del pueblo es incontestable tratándose de lo que está ligado á su propia naturaleza. Quiero hacerte notar además, que esos héroes literarios son de los pocos cuyo brillo no palidece á pesar del tiempo que nos aleja de ellos; y que son también de los pocos bajeles escapados al naufragio en que han desaparecido civilizaciones grandiosas.

Ahora sólo nos resta constatar cuáles son los temas escogidos por esos poetas, y después, su manera de desarrollarlos, para que de la comparación con los temas y el estilo de los demás poetas, resulte evidente la diferencia que hace apreciar á unos y rechazar á otros.

Los dioses de Homero y Virgilio tienen siempre caracteres humanos, los afectos encarnados en esos dioses son de hombres; Horacio en sus finas sátiras no habla sino de cosas humanas; Schiller y Gœthe, Shakespeare y Byron, han escrito sobre las pasiones humanas, idealizando tipos ya hermosos por sí mismos.

Rabelais y Molière han criticado vicios eternamente unidos á la naturaleza del hombre; Dante pintó sus propias pasiones; Cervantes — el gran Cervantes, como le llama Richter — ha tallado un tipo cuya fisonomía se perpetuará mientras exista el mundo.

De manera que los escritores que no han sobrevivido á su época, es decir, cuyos nombres han sido totalmente olvidados, deben este triste beneficio á la circunstancia

de haberse ligado á ideales transitorios, por ejemplo, los ángeles, los dioses, y todo el cortejo de seres cuya vida reposa sobre esfuerzos de imaginación.

Constatado este punto importante — que en poesía sólo se perpetúan las obras en que se habla del hombre y sus pasiones — resulta obvio que esos son los temas más simpáticos á la humanidad, porque sus pinturas son eternamente verdaderas, y siempre se les encuentra originales.

Ya tenemos principios invariables para nuestra estética : Ninguna obra de arte debe carecer de verdad. Pero la verdad no constituye la belleza por sí sola. La naturaleza no es la perfección, tal como nosotros la entendemos. Por consiguiente, la copia de la naturaleza no debe ser el objetivo de nuestra inteligencia, en su deseo de alcanzar lo bello. Emilio Zola puede haber adquirido popularidad con *L'Assommoir*, pero es por pura novedad, por el contraste que nace de su cirismo inmundo, con los exagerados colores de la literatura moderna.

Realismo é idealismo son los polos extremos, en medio de los cuales se halla la base de la más racional de las estéticas.

Para concretar la cuestión al punto literario únicamente, te diré que es innegable que los poetas á que me he referido pertenecen á la escuela idealista. El clásico Homero, como el romántico Goethe, idealizan la naturaleza, y sus obras están regidas por principios invariablemente los mismos.

Otro dato para nuestra estética : la obra de arte, además de basarse en la verdad, no debe copiarla exactamente, sino hacerla mejor de lo que es realmente, es decir, idealizarla.



Viene ahora la manera de desarrollar ese tema de verdad idealizada, ó lo que quiere decir lo mismo, el estilo que debe emplearse en la obra ya concebida. El estilo empleado por todos estos sublimes maestros, es sobrio, — pocas palabras para muchos pensamientos — y exacto en las comparaciones, guardando siempre una justísima relación entre la base y el capitel de la columna figurada.

He llegado al punto que me proponía, es decir, constatar cuales son las condiciones que debe llenar una obra literaria para merecer el aplauso de todos.

Verdad, idealización de esa verdad, sobriedad de estilo, relación apreciable entre la base de la comparación y la comparación misma.

Hagamos ahora un simple paralelo entre algunas composiciones de poetas modernos relativamente, y otras de poetas *nuestros*. Pero...,...me acuerdo de lo que me dijiste una vez á propósito de enemigos, y abandono esa intención. ¡ Es tan fácil crearse personalidades, cuando se hace cosquillas al amor propio de las gentes de letras !

Pero ya que renuncio á hacer el paralelo, déjame al menos citar algunas poesías que conozco. Su disparidad con las que he criticado como malas será evidente, desde que todo el mundo se encuentra en aptitud de ser juez, dada la frecuencia con que aparecen las últimas en los periódicos literarios.

Son ejemplos de altura y sobriedad que escojo al azar, entre los muchos que tengo á mano.

Tomemos al espléndido cantor del « Giaour, » que es uno de los que quiero más ; abramos el libro de las « Occasional Pieces » y saquemos de ahí una composi-

ción cualquiera. Principiaré con la que comienza « There was a time I need not name » etc.

« Hubo un tiempo — no necesito nombrarlo desde que nunca será olvidado—en que nuestros sentimientos eran los mismos, como todavía mi alma es tuya. Y desde aquella hora, en que por vez primera confesaste un amor que se igualaba al mío, aunque muchísimas penas han torturado mi corazón, aunque ha vivido sin que le apreciaran y sin que el tuyo latiera á su lado, ninguna hora, ninguna ha sido tan profunda. . . . ¡ Y pensar que todo ese amor ha desaparecido, pasajero como un beso desleal, pero pasajero sólo en tu alma !

Y todavía mi corazón ha sentido algún consuelo, al oír hace poco á tus labios, confesar, con aquel acento que yo creía verdadero, que aun guardas recuerdos de los pasados tiempos.

¡ Sí, adorada mía ! Aunque ya no me ames jamás otra vez, aunque seas la más cruel de todas, para mí es doblemente dulce encontrar que aun quedan en tu corazón recuerdos del amor pasado.

¡ Sí ! es un pensamiento glorioso para mí; ya no se aflijirá mi alma por más tiempo. Quien quiera que seas ó puedas ser, « tú has sido tiernamente y únicamente mía. »

¿ Has encontrado algo que reprochar en esos versos ?  
¿ Algún pensamiento descolocado, algún matiz siquiera que no contribuya á la belleza y la unidad del cuadro ?  
¿ Algún corazón fuera de su sitio anatómico, ó arroyuelos murmuradores, ó girones de infinito flotando sobre lagos de plata ? Se quiere más sencillez, más verdad, más vivacidad de colorido, y sobre todo cosas más humanas ?

Lée esta otra :

« ¿ Y llorarás ahora que estoy abatido ? ¡ Dulce niña, pronuncia otra vez esas palabras ! ¡ Pero si te afligen, no las digas : no quiero dar penas á tu corazón !

Tengo el alma triste ; mis esperanzas han desaparecido, y sin embargo, la sangre corre ardientemente por mis venas. Cuando muera, tú sola gemirás sobre el asilo de mis restos.

Y no obstante, me parece que un relámpago de paz brilla en medio de la nube de mi amargura, y por un momento mis penas cesan al saber que tu corazón ha sentido por el mío.

¡ Oh niña, bendita sea esa lágrima ! ¡ ella cae por uno que ya no puede llorar ! ¡ Gotas tan preciosas como esas son doblemente queridas para aquellos cuyos ojos ninguna lágrima puede mojar !

¡ Dulce niña ! en otro tiempo mi corazón ardía con todos los sentimientos suaves que hoy agitan el tuyo ; pero la belleza misma ha dejado de encantar á un miserable creado para sufrir.

¿ Llorarás todavía ahora que estoy abatido ? ¡ Dulce niña, pronuncia otra vez esas palabras ! ¡ Pero si te afligen, no las digas ; no quiero dar penas á tu corazón ! »

Esa composición es de Byron también. La siguiente pertenece á Tomás Moore.

« Ven, reposa en este pecho, mi amado ciervo herido ; aunque la grey te haya abandonado, tu casa está todavía aquí. ¡ Aquí está todavía la sonrisa que ninguna nube puede ocultar, y un corazón y una mano que serán tuyos toda la vida !

¡Oh! ¿para qué fué hecho el amor, si no es el mismo en él goce y el tormento, en la gloria y la vergüenza? No sé, no pregunto si hay delitos en esa alma; solo sé que te amo, quien quiera que seas.

Me llamaste tu ángel en momentos de dicha, y tu ángel quiero ser en los horrores de este día. ¡Sin vacilar, seguiré tus pasos aun en medio de la hoguera, y te escudaré, te salvaré, ó moriré contigo! »

¿Has encontrado en esas poesías algo que se parezca siquiera á lo que vemos diariamente en nuestros periódicos de literatura?

¿Se desea más sencillez, un sentimiento más delicado que el que ofrece esa pintura del amor? ¿Puede haber algo más puro y más casto?

Y para que veas que no es sólo entre los ingleses donde se puede encontrar esos admirables ejemplos de poesía profundamente verdadera unida á la sobriedad que tanto encarezco, voy á traducirte los preciosos versos de Musset, que pertenecen á *Mardoche*.

« Puede ser que uno olvide la hora de una cita, una suerte—un remordimiento—y la hora en que nació, y el dinero que ha prestado. Es posible olvidarse de su mujer, sus amigos, su perro, y su patria. Puede ser que un anciano pierda hasta el recuerdo de su nombre. Pero ni el insensato, ni el moribundo, el que pierde el espíritu, como el que agoniza, han olvidado jamás á la primer mujer que les dijo en voz baja estas cuatro palabras tan dulces y tan misteriosas: « My dear child, I love you! »

¿En quién que haya sentido amor alguna vez no despiertan esos versos la imagen de una mujer adorada?

Escuchando á los pocos que nos han legado la fotografía de sus íntimas pasiones, encontramos en ellas algo de nosotros mismos, y sus gritos de profunda desesperación ó sus cantos de Esperanza levantan un eco simpático en nuestra alma.

¿Cómo no conmoverse ante esta reflexión tan sencilla y tan verdadera del autor de la Divina Comedia, cuando dice, hablando de los días felices del pasado :

..... nessun maggior dolore,  
Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria!

¿Ó ante Alfredo Tennyson, cuando pintando esos mismos días felices que ya no vuelven, exclama :

« ¡ Queridos como el recuerdo de los besos de una muerta; dulces como los que un desesperado imagina recibir de labios que son para otro! . . . . »

El hombre es justo al amar sólo á los poetas humanos; y al colocar sobre sus frentes la diadema de la gloria, declara que la Verdad es el pedestal eterno de lo Bello.

## EL COLOR ROJO.

Las pacientes investigaciones de la ciencia han demostrado que el color más efectivo sobre los animales provistos de aparatos oculares, es el rojo. ¿Dónde se encuentra la razón de esta influencia? Variadas é ingeniosas son las hipótesis propuestas para explicarla; pero no siendo de capital importancia para mi presente tópico el examen y crítica de esas suposiciones, que me llevarían lejos sin producirme ningún beneficio, demos por imaginada y aceptada cualquiera de las explicaciones corrientes y por constatado el hecho de la influencia.

En general, esta rara influencia, tiene como su más particular fisonomía, la de *atraer la atención*.

Se hace sentir, naturalmente, con ciertos matices de intensidad, según la organización del animal que á ella se vé sujeta. Parece que en ninguno obra tanto como en el toro, y de manera distinta que en los otros, pues, cuando no está enojado, la vista del color rojo lo enardece, y cuando lo está, llega hasta enloquecerlo de rabia. En los otros es más constante la ley de la simple producción de curiosidad.

Los maestros de mamíferos carniceros, emplean de todas maneras el color rojo, unas veces para agradarlos, y otras para producirles terror; y los maestros de perros y monos destinados á lucir habilidades en público,

tienen buen cuidado de emplear útiles de color rojo, como el supremo secreto para conseguir lo que desean.

Sabida es, además, la impresión que la vista de la sangre ocasiona en todos los animales; hasta los más pacíficos por naturaleza y por hábito, se ven cuando menos irresistiblemente llevados *hacia* el punto en que la sangre es visible. La mayor parte de ellos se enardecen ante el espectáculo de una ola de sangre que brota de la carne tajada; la beben con furor, y desgarran los tejidos, como deseando que la ola se convierta en torrente.

Por todas partes es siempre la misma influencia; el color rojo atrae á los animales, produciendo, según sus diversos organismos, diversas modificaciones momentáneas, pero que todas conservan la fisonomía especial de *atraerlos*. Ahora, estas influencias pueden dividirse en dos grandes grupos; las débiles y las fuertes.

Los animales de más elevada organización, no son, en verdad, los de más grande volumen ó peso específico; sino aquellos cuyo sistema nervioso está más desarrollado, y que tienen, por consiguiente, más grande complejidad de vida. Se encuentra que el sistema nervioso más desarrollado no es el de los animales que pueden efectuar mayor número de movimientos musculares, ni el de los que pueden emplear más alto grado de fuerza física, sino el de los que pueden ejecutar ambas cosas con más variada y más compleja combinación.

El tigre, cuyos movimientos combinados para el acecho, la caza y el feroz esterminio de la presa, así como para la lucha con sus enémigos naturales, son más complejos que los del caballo, cuyos movimientos se efectúan con un mayor gasto de fuerzas, pero son más simples,

es de una organización más alta que este cuadrúpedo. El perro es de más elevado organismo que el toro; el ave que puede atravesar grandes distancias sin cansarse, es un ser más inteligente que el pesado ganso de las lagunas.

Ahora bien, la influencia del color rojo es débil, en razón inversa de la baja organización de cada sér. Cuanto más inteligente es el individuo de cada especie ó variedad, menos fuerte es la impresión que en él hace el color rojo. La ley parece ser esta :

Dado un número de individuos, aquel que sienta en menor grado la influencia del color rojo, será de todos sus congéneres, el más inteligente.

La susceptibilidad de sentir la influencia del color rojo es un instinto, cuya gradual desaparición se explica por la teoría de la evolución progresiva; cuanto más compleja es la vida de un individuo, menos instintos groseros. Un alto grado de inteligencia, implica poca intensidad de los instintos que son más comunes á los animales inferiores.

Supongamos un sér exclusivamente ocupado en trabajos intelectuales. Todos los instintos groseros que existían en su naturaleza, conservados por la herencia — el apetito voraz por la comida, los ejercicios corporales, los placeres animales — faltos de ocasiones de empleo, tenderán á debilitarse, porque los órganos especialmente destinados á servirlos, á causa de la falta de uso, demandarán menos alimento que los otros, y recibiendo por ahí un menor impulso de vida, quedarán menos aptos para perpetuarse.

La herencia hará que en los individuos procedentes



del sér de que hablo, aparezcan esos órganos, muscularmente más débiles, así como menos fuertes tendencias á excitar su empleo. En cambio, las facultades ú órganos que el progenitor puso en juego más continuamente aparecerán en el nuevo individuo más desarrollados que en el viejo. Siguiendo nuestra suposición, hasta el punto de imaginar que este favorecimiento en un sentido, y depresión en otro, ha continuado durante una larga serie de años, y aun de siglos, tendremos la idea de cómo es posible que, figurando la susceptibilidad al color rojo entre los instintos groseros que la continuación de una vida intelectual aleja obstinadamente, lleguen los individuos más inteligentes á sentirla menos, y los más brutos á sentirla más.

\*  
\* \*

Es imposible negar que todas nuestras más elevadas facultades, pueden retrazarse á las diversas modalidades animales de rango inferior. De todas ellas encontramos señales más ó menos vivas en nuestros próximos parientes, los salvajes, y después, en los remotos, es decir, los monos, zorros, perros, etc.

Puedo recordar algunos hechos que servirán de incontestable ilustración sobre este punto.

La supervivencia del más apto, como ley biológica, es la que ha determinado la selección de los seres que han sido jefes de tribu ó emperadores, en la antigüedad. El miedo, último origen de la veneración, engendraba el respeto por los individuos escogidos para mandar, y éstos, como un elemento de supervivencia, se rodeaban

de cuanto podía contribuir á hacer más amplio su poder.

Los jefes de los bárbaros usaron siempre un manto real color púrpura.

Los emperadores romanos, hicieron lo mismo.

El color rojo, pues, debía tener una influencia no despreciable en la multitud, cuando los que tenían interés en captarse sus simpatías lo empleaban tan constantemente. Y es notorio que las multitudes guerreras de la antigüedad no tenían gran poder de inteligencia.

« En los estados europeos, dice el Sr. Sarmiento, los verdugos vestían de colorado. »

Y agrega : « Los viajeros llevan á los soberanos de África telas encarnadas; á los indios de Arauco, el gobierno de Chile les manda mantas y ropas coloradas, porque este color agrada mucho á los salvajes. »

Los pueblos que se tatúan, emplean el color rojo con más profusion que ningún otro. Los indios patagones se pintan la cara y parte del cuerpo con una capa de ocre.

Durante la tiranía de Rosas, en que la suma de las inteligencias individuales era mucho menos grande que la de hoy, el color rojo reinó sobre todos los demás.

« Artigas agrega al pabellon argentino una faja diagonal, *colorada*.

« Los ejércitos de Rosas, visten de *colorado*.

« Su retrato, se estampa en cinta *colorada*.

« ¿Qué vínculo misterioso liga todos estos hechos? ¿Es casualidad que Argel, Túnez, el Japón, Marruecos, Turquía, Siam, los africanos, los salvajes, los Neronos romanos, los reyes bárbaros, el verdugo y Rosas, se hallen vestidos con un color proscrito hoy día por las

sociedades cristianas y cultas? ¿No es el *colorado* el símbolo que expresa violencia, sangre y barbarie?» (1)

Sabido es que la forma y el color de los vestidos varían de pueblo á pueblo, y aun de individuo á individuo, según sus particulares organizaciones; y sabido es también que, á medida que el pueblo ó el individuo se civiliza y cultiva su inteligencia, rechaza con vigor, no tanto la forma extravagante del vestido, como los colores vivos y chillones en ellos.

Una persona de fino gusto, de ilustración superior á la ilustración común, jamás adopta trajes de colores chillones; los matices oscuros son, en general, preferidos á todos los demás. Pero no sucede lo mismo con los seres de débil organización intelectual; testigo de este hecho, los dandys de todos los países, que en su ridículo afán de mejorarse, recurren al empleo de colores gritones, á fin de llamar la atención. No diré que se vistan de rojo, pero la selección que hacen de colores vivos, más cercanos en la gradación natural al rojo que al negro, explica suficientemente la tendencia ya constatada en los animales inferiores, y que ellos han heredado menos debilitada que sus congéneres, distinguidos por un más alto poder intelectual.

Bajemos un poco más, é imaginando que al hablar de los hombres ilustrados, he hablado de *nuestros* hombres, y al hablar de los dandys, de *nuestros* dandys, bajemos, digo, hasta nuestros compadritos, hasta nuestros gauchos, y recordando hechos que nos son familiares, encontraremos ejemplos que harán palpable la verdad

(1) Sarmiento.

que sostengo. Cuanto más baja es la organización intelectual de un individuo, mayor es su tendencia á gustar del rojo.

Más ejemplos : relativamente á la potencia intelectual del hombre, la potencia de la mujer es menor, según ha sido constatado de una manera irrefutable por la antropología.

Si la ley á que me refiero es real, debemos encontrar en las mujeres, como tipos de débil organización, una más grande susceptibilidad al color rojo que en el hombre, dadas, naturalmente, circunstancias iguales para ambos, como : misma época, misma clase social, misma edad, etc.

¡Y bien! ¡En este caso, como en todos, la regularidad de la ley es perfectamente visible! No pido, para los que nieguen la verdad de esta demostración, sino que paseen por la calle de Florida, en noche á propósito, ó que asistan á cualquier reunión en que el elemento femenino sea conspicuo por el número. Quedarán convencidos.

Sería mal comprender mis sinceros deseos, creer por lo que llevo dicho, que pretendo que si todo el mundo fuera muy inteligente, debiera vestir de negro; el gusto de cada uno puede encontrar, como encuentra en los tipos altamente organizados, la manera de variar los colores, sin aceptar los que son de por sí chillones.

\*  
\*  
\*

Puede notarse que, según la historia, el predominio del color rojo en los ornamentos, va siempre de par con

las épocas y los pueblos que han mostrado más barbarie y maldad. Y siendo este dato tan innegable como los demás que he traído á juicio, es posible, por la simple averiguación del más ó menos predominio de ese color, averiguar el grado de cultura de cada agrupación humana, así como se ha hecho con los animales inferiores, para descubrir cuales son los menos feroces y más inteligentes.

Afortunadamente, en mi país no se emplea con tanta profusión el color rojo; siendo fácil constatar, que en aquellos parajes en que la agrupación de los más cultos es más numerosa, el empleo de tal color es menos grande que en los otros parajes.

En cuanto á los casos individuales.... las excepciones confirman la regla. Helmholtz, Bernstein, Taine, Spencer, han demostrado palpablemente que las particularidades de cada organización, aun entre los más parecidos ejemplares de la misma variedad, traen consigo particularidades de impresión. Nadie vé, según parece, los colores con una exactitud igual á la de sus congéneres. Así, es posible encontrar *casos* en que un alto grado de inteligencia sea concomitante de una profunda inclinación al color rojo. Todo se explica por las acumulaciones hereditarias de tendencias, como he dicho antes, ó por particularidades de estructura retiniana.

\* \* \*

Multitud de otros hechos podría citar, que son sabidos de todos, y que vendrían á apoyar todavía más esta tesis. Pero dando el punto por suficientemente probado,

voy á entrar en el terreno á que aspiro llegar, es decir, á demostrar que la influencia de que me ocupo, tan conspicua y tan visible en el mundo antiguo y moderno, y en nuestros salvajes y animales actuales, se continúa perfectamente entre los pueblos cultos, extendiéndose, de acuerdo con la ley, de los individuos más brutos á los más inteligentes, en gradaciones explicadas por las diferencias del poder intelectual.

Entre los pueblos civilizados, ha dejado de emplearse el color rojo, *conscientemente*. Pero *inconscientemente*, continúa empleándose.

No hay más que historiar algunos hechos para convencerse. Los juguetes que se dan á los niños, para contentarlos, son, ó rojos, ó de algún color cercano á él, en la gradación natural. Y esta es una selección determinada, como se comprende, por el más grande amor que las criaturas muestran tener por los juguetes, así pintados, que por los de otro color.

Las fábricas de juguetes de Nüremberg pintan la mayor parte de sus maquinarias ingeniosas, de rojo. Las demás fábricas siguen este impulso, determinado por la mayor demanda.

En nuestras fiestas populares, se hace gran gasto de rojo. El color que predomina siempre en las pinturas ornamentales de la plaza Victoria, en las fiestas Mayas ó Julias, es siempre el rojo. Y nótese que el objeto principal es llamar la atención.

En la Catedral é iglesias pudientes, cuando hay alguna gran solemnidad, se cuelga de los pilares grandes paños rojos.

En Carnaval, el empleo inconsciente de color rojo

es enorme. Los trajes y adornos de las máscaras no carecen casi nunca de grandes fajas púrpuras, coloradas, rosas, matices, en fin, fundamentalmente aliados al rojo. Y no se me negará que la aristocracia del dinero, ó de la inteligencia, que es la más rara, ha rechazado hace mucho tiempo la moda del disfraz por las calles. De manera que encontramos las dos circunstancias en armonía con la ley que sostengo; empleo del color rojo por los tipos menos inteligentes.

Otro ejemplo para concluir. El año pasado, la Comisión de la Biblioteca de la Concepción, estableció un bazar de cedulillas, á fin de obtener dinero para la compra de libros. Siendo este el objetivo, era preciso emplear los medios más conducentes á llevar concurrencia, pues sólo de ella podía provenir el dinero.

Toda acción, para producirse, necesita ser excitada en el organismo capaz de producirla, por un *incitamentum* igual en intensidad á la acción deseada.

El método que se empleó merece ser estudiado, por que es el que se emplea en todas partes, cuando se trata de conseguir dinero por medio de bazares y cosas por el estilo. Es ingenioso, sobre todo siendo simple astucia popular.

En primer lugar, necesitando atraer la concurrencia masculina, la Comisión confió á las niñas *más bonitas* del barrio la honrosa tarea de expender las cédulas. Uno que otro padre meticoloso negó el permiso solicitado, pero ya digo, fué uno que otro. Para atraer dandys, que es el elemento obligado de tales fiestas, ¿qué mejor cebo?

Después, bandas de música. Las armonías del soní-

do, cosquilleando delicadamente el aparato auditivo, llevan al cerebro factores de una emoción placentera, que predispone á todos los sentimientos *generosos*.

Y por último, el color rojo, el inevitable incitante de los cerebros débiles. A la entrada, grandes cortinas de color rojo; aquello era *entraínant*.

El todo, *inconscientemente*; simple cuestión de hábito, libre ejercicio de la tendencia imitativa. En todos los bazares lo hacen así... Y ya se sabe que es una ley de los organismos, y una condición esencial de vida el adaptarse á las más favorables condiciones de desarrollo.

El éxito fué espléndido. Los medios empleados eran, matemáticamente, los más adaptados á la capacidad intelectual de las personas á quienes se deseaba atraer.

\*  
\*  
.

Cuando, penetrando con ánimo sereno en la razón científica de las acciones humanas; cuando, guiado por la luz del método experimental, se pone de relieve los motivos de ciertos hechos, que, explicados de otra manera, parecen anomalías, se comprende aquella célebre frase de madame de Staël.

*Comprenderlo todo, sería perdonarlo todo.*

Se siente entonces la fuerza de ese genio singular que, por un colosal esfuerzo del pensamiento, adivinó lo que tanto trabajo ha costado descubrir á los psicólogos modernos.

Paralelando la razón de la influencia del color rojo sobre los animales dotados de retina, á la razón que arrastra tan rápidamente á las multitudes en los *camino*s



---

*nuevos*, que el día anterior no más se miraban como imposibles de ser trillados; es decir, paralelándola á la tendencia imitativa, tanto más fuerte cuanto más débil es el sistema nervioso cerebral, se encuentra una excusa — la excusa de que habla madame de Staël — para esas pobres gentes condenadas á seguir toda la vida, con sincero ardor, aquello que más les llama la atención, ó porque es *rojo*, como las corbatas coloradas que se usaron el año pasado, ó porque es *moda*, como la obtención de dinero por medio de bazares, ó porque es *inmundo*, como la literatura de Mr. Emilio Zola.

Asimilando — imaginativamente — estas dos últimas incitaciones poderosas, á la del color rojo — cosa que se puede hacer con perfecto derecho científico — ¿no es posible decir, que según sea menor la inclinación del individuo por lo que es *inmundo*, por lo que es *moda*, y por lo que es *rojo*, será su naturaleza más elevada, inteligente y noble?

## EL HOMBRE DE LA LEVITA GRIS.

— Contadme esa historia, Doctor, debe ser interesante... Pero contádmela minuciosamente, con todos los detalles; quiero que no se me escape ni una sola circunstancia.

— Es un cuento extraño, Rodolfo...

— Precisamente por eso es que deseo conocerlo. Mi curiosidad ha sido despertada por los rumores que han circulado, y las relaciones que han hecho los diarios...

— ¡ Oh, lo que se ha referido es absurdo! No hay en ello ni una pieza de verdad. Como yo me he callado tan obstinadamente, no ha sido posible á nadie sospechar el *carácter* del suceso, su fisonomía *especial*.

— ¿ Y por qué ese silencio?

— Convenía. Supongamos que en el fondo de todo había un *crimen*...

— ¿ Un crimen?

— Ni más ni menos. He cometido una acción abominable, aunque — á la verdad — en provecho de la ciencia. Este pobre cadáver es de una víctima escogida para una experiencia terrible. Este encéfalo ha sido trabajado lentamente por mí, á fin de hacerlo el asiento de una *locura* profunda; y mi última tarea será el estudio

micrográfico de sus células, á fin de completar mi experimento por la descripción de las alteraciones que han sufrido.

— Pero esta infeliz tenía una hija...

— No excuso mi acción. Es indiscutiblemente abominable. En el terreno de la ciencia, he obtenido un triunfo; en el terreno de la humanidad, me he hecho reo de un delito bárbaro.

— La curiosidad me roe.....

— Voy á contarte todo. Cuando el emperador me nombró Catedrático de Fisiología en este Hospicio, acababa yo de perder á mi madre, y esta circunstancia, que me arrebatava al mundo de los dulces sentimientos, aumentó mi ya crónico amor por las especulaciones de filosofía trascendental.

Una tarde me hallaba en el balcón de mi pieza, mirando, con una sécreta voluptuosidad de desocupado, la manera caprichosa con que las nubes se agrupaban en el azul del cielo, figurando monstruos gigantescos y absurdos, paisajes rientes, ó sombrías escenas de desolación, que se borraban para servir de *canevas* á otro bordado extravagante y fantástico.

Mis pensamientos se coloreaban sucesivamente con la luz propia á cada uno de aquellos cuadros fugitivos, y sin darme cuenta, dibujaba en la tela impresionable de mi espíritu, figuras, cabezas, grupos y escenas, que recordaban de un modo lejano el variado teatro del firmamento.

Mi atención fué, durante un tiempo, atraída por una forma singular que ofrecían dos nubes; una, espesa y enorme, de color pardo, y la otra, pequeña y blanca.

Al principio, la nube blanca había recordado, en sus caprichosos giros, una simple banda de tul, pero después se había ido encogiendo y transformando, hasta afectar la apariencia de una mujer, cubierta con un largo manto, y que caminaba con la faz inclinada al suelo.

Corría la nube blanca de Este á Oeste, siendo seguida de cerca por la nube negruzca y espesa.

Durante un rato, conservaron casi la misma distancia, pero luego, la nube parda alcanzó á la blanca, la tapó por un momento y siguió su curso en la misma dirección, conservando siempre su forma.

En cambio la nube blanca no ofrecía ya el aspecto de antes, y en lugar de la mujer, con la faz inclinada al suelo, sólo quedó un absurdo animal con dos alas, y sin cabeza, teniendo en el sitio donde debía hallarse ésta, una garra, que se asemejaba á las que el arte arquitectónico de la Edad Media prestó á los grifos que adornan sus iglesias.

Prosiguió la carrera de ambas nubes; la negruzca se detuvo, ó amenguó su velocidad : la blanca se le puso al lado, y de nuevo quedó atrás, volviendo á producirse el mismo fenómeno de antes : la blanca cambió de forma, mientras la nube oscura, conservaba siempre su aspecto del principio.

Prodújose en mi, por consiguiente, la idea de un *perseguidor* y un *perseguido*, con el matiz de que el primero conservaba siempre su forma de vida, mientras que el segundo, la variaba de una manera completa. Bajé en ese instante los ojos sobre una mujer que pasaba por la calle, vestida de luto, y me estremecí.

— ; Si persiguiéndola, me dije, consiguiera *transformarla!*

Rápida como un relámpago, brilló en mi alma una idea, la idea de *transformar* aquella mujer, de sana en enferma, de cuerda en *loca*; y como sucede generalmente en tales casos, tomé en el momento mi resolución.

Habíanme llevado ese día una levita gris, de un corte algo extraño, y después de un segundo de reflexión me la puse, tomé mi sombrero y salí.

Primeramente no hice más que averiguar el domicilio de la mujer. Una vez conseguido esto, me volví á casa, y me senté á pensar tranquilamente en el plan que debía seguir para alcanzar mi objeto.

— La locura, me dije, es, ante todo, un estado de desequilibrio nervioso, que se caracteriza por la tensión de todas las operaciones mentales hacia un solo punto, hacia una *idea fija*. La lesión orgánica que el microscopio descubre en el encéfalo de los alienados es indicacion suficiente de que las relaciones lógicas del pensamiento se alteran, con motivo de una superabundancia de trabajo en un punto dado de la sustancia gris, exceso de trabajo, que cierto grupo de células no ha podido sobrellevar, y que ha producido en ellas un desarreglo, una diferencia de *colocación molecular* relativamente á la manera en que antes se hallaban, unas respecto de otras.

Ahora bien, la historia de las alienaciones mentales — la etiología de la locura en las personas no procedentes de sujetos locos — es la historia de ese exceso de trabajo, obrando sobre una parte del encéfalo, ó bruscamente, ó lentamente.

Es siempre, ó la emoción repentina, la rápida distinción de uno ó más resortes intelectuales, ó la obra paciente de una imagen ó de un sentimiento, ó de una idea, la que lleva al grupo celular la superabundancia de trabajo que produce el desequilibrio.

Llaman los médicos *monomaniacos* á aquellos sujetos en quienes la locura se manifiesta por la invencible inclinación hacia « un solo » objeto; pero en realidad, el nombre puede aplicarse á todos, pues los locos que tienen más de una inclinación son simplemente los que derivan, de su idea fija, otras ideas conexas con ella, viniendo á tener, no varias inclinaciones, sino una sola, con algunas otras de carácter similar y secundario.

Por consiguiente, *loco*, es sinónimo de *idea fija*, que predomina sobre todas las demás, que las colora de su matiz particular, siendo el punto máximo hacia el cual tienden todas las operaciones intelectuales.

Para enloquecer, pues, á un hombre, no hay más que producirle una idea fija; y el mejor medio, excepción hecha de los recursos violentos, es repetir en él una *imagen*, tan obstinadamente, que el exceso de trabajo, llevado por la repetición al centro nervioso destinado á recibirla, llegue, al fin, á hacer posible la alteración molecular de ese centro.

Pensé entonces que la *imagen* debía ser recibida por el cerebro de mi intentada victima rodeada de ciertas circunstancias que podrían contribuir poderosamente al éxito que buscaba. Estas circunstancias debían ser el carácter *extraño, amenazador, silencioso, y aparentemente sobrenatural*.

Resuelto por completo á tentar la operación, pasé

algunos días en averiguar la vida de Albertina Gehan, pues tal era el nombre de la mujer á quien había designado la suerte. Habitaba en la calle Weichem. Era pobre, y mantenía á su hija, cosiendo trajes para los soldados del Emperador. Había quedado viuda cuatro años antes, no habiendo vivido muy en paz con su esposo. Era delicada de constitución, de temperamento nervioso, y altamente impresionable.

Procuréme, por medios indirectos, tres fotografías de su difunto marido; y mientras mandaba hacer en casa del gran artista en cera, Federico Schlegel, una careta finísima, representando el rostro del esposo muerto, compré una traducción alemana de un cuento del Capitán Marryat, titulado « El navío fantasma. » y lo mandé por el correo, á la dirección de :

ALBERTINA GEHAN

*Calle Weichem, 17.*

« El Navío Fantasma » es un cuento que exalta la imaginación á un grado extremo. Naturalmente, ante aquel envío anónimo, la curiosidad de Albertina debía despertarse, y el libro sería leído. Una semana después, mi careta de cera estaba concluída. Me afeité con cuidado, y la adapté sobre mi rostro. El marido de Albertina había sido de estatura mediana, como yo, y salvó la *palidez* de la fisonomía que yo había encargado expresamente á Federico Schlegel, el parecido debía ser notable.

Compré entónces la « Spirite » de Teófilo Gautier, traducida al alemán, y la remití á Albertina por el correo. Era un poco más de fuego á la hoguera que ya debía

haber encendido el cuento de Marryat. Encargué en este intervalo al sastre que me hiciera una pequeña modificación en la levita gris; era un bolsillo en el lado derecho, á la altura del talle, con una cartera movediza, que podía ser extendida sobre el bolsillito, de manera que lo ocultara enteramente, ó corrida hacia abajo, con la ayuda de un elástico, que iba por entre mi manga, y cuyo extremo estaba atado al dedo meñique de la mano derecha.

Aquel bolsillo era profundo, y metí en él un puñal malayo, de empuñadura brillante, la cual quedaba justamente oculta bajo la cartera, pudiendo yo hacerla visible, con sólo un débil tirón del elástico, que corriera la cartera hacia abajo. Al largar el elástico, la cartera subía á su posición natural, ocultando la empuñadura del *kriss*.

Quince días después, envié á Albertina una traducción de la *Ligeia*, de Edgar Poe, con la cual acabé, indudablemente, de enfermarle la imaginación. Merced á unas cuantas monedas, gané la complicidad de un inquilino de la casa calle Weichem núm. 17, al cual no me costó gran trabajo hacer comprender que yo festejaba á la viuda. Entraba continuamente á esta casa, sin que Albertina me notara, y estudié bien la disposición de su pieza, así como las varias probabilidades que tenía de aparecerle una noche, bajo el aspecto de su marido muerto, retirándome antes que tuviera tiempo de verme y examinarme bien.

Pasada una semana más, la envié *El gato, el ugierv y el esqueleto*, de Alejandro Dumas, con lo que preparé el terreno á mi aparición, de una manera completamente



feliz. Esa fantasía es extraña y dominante ; es el cuento de un juez que condena á la horca á un bandido, y que muere de terror ante las sucesivas apariciones del alma del condenado, bajo los aspectos de gato, de ugiey y de esqueleto.

Por mi cómplice, el inquilino, sabía yo que Albertina estaba fuertemente preocupada con aquellos libros ; primero por la impresión que la lectura le causaba, y después por el misterio con que le eran enviados.

Siendo, pues, favorable el momento, me presenté á ella — repentinamente — tomando para este objeto todas las medidas imaginables. Se puso horrorosamente pálida, crispó los dedos, los cabellos se le erizaron, abrió la boca para gritar, la voz se le sofocó en la garganta y sus ojos aparecieron abiertos y fijos. Le dirigí una mirada larga y profunda, preñada de amenazas y de odio, al mismo tiempo que, tirando del elástico, dejaba descubierta la empuñadura del *kriss* malayo.

Yo había temido que aquella crisis, por sí sola, le trastornara la razón. Pero se desmayó, y esa fué su salvación.

Por el inquilino, á quien pedí detalles del síncope, á pretexto de interesarme en la salud de Albertina, supe que había sobrevenido después del desmayo un poco de fiebre con delirio.

— ¿Y qué decía en el delirio? le pregunté.

— ¡Oh! repetía continuamente : « ¡Guillermo, Guillermo! Este era el nombre de su esposo. Conocí entonces que había tocado precisamente la nota necesaria, para producir el desacorde de aquella pobre razón.

Vino en seguida la *persecución*. Vestido siempre con

mi levita gris abotonada, y cubierto con mi bello antifaz de cera, convertíme en la sombra de la infeliz Albertina.

Si salía á la calle, me encontraba á cada paso, siempre silencioso, siempre pálido, fijando en ella la mirada larga y profunda de siempre. Si quedaba en su casa, me le aparecía, cuando menos lo pensaba, en su propia habitación, de la que llegué á poseer una llave, y de la que hice sacar los pasadores interiores, por medio del complaciente inquilino. Si confusa y temerosa se aislaba en la iglesia, sus ojos encontraban en un rincón oscuro de la nave más próxima, los ojos míos, que después de dirigirle la mirada de costumbre, desaparecían de allí, para ir á esperar de nuevo en alguna esquina, á su salida del templo.

¡En la calle, en su casa, en el templo, siempre, y á todas horas, la perseguía el fantasma con inquebrantable, con despiadada, con inexorable crueldad!

Durante tres meses, la pobre Albertina luchó día por día con el Demonio de la Locura, que se iba apoderando de su sér.

¡Y qué terror tan íntimo, tan conmovedor, tan profundo el suyo! Nunca pronunció la más mínima palabra de reproche, nunca pudieron sus labios formular una queja, y apenas si su pecho arrojaba un suspiro de dolor contenido y medroso. Parecía que ella tenía conciencia del fin horrendo que la esperaba, y que, sintiendo que con la razón le escapaba la vida, se aferraba á ella, silenciosa y obstinadamente, entre la sombra de sus terrores, como el culpable que, aterrorizado por la oscuridad y el silencio de la media noche, no se atreve ni á

---

respirar, temiendo atraerse la cólera de sus víctimas, á quienes supone acechándolo.

Poco á poco le fueron faltando las fuerzas, poco á poco la palidez de la muerte fué tomando posesión de su rostro; y sus ojos cobraban un brillo extraordinario é hiriente, y sus miradas se hacían más fijas, siempre más fijas.

En la calle, en su casa, en el templo, tenía una sombra que no se apartaba de su lado, sino por breves momentos, que sólo servían para hacerle más horrible su situación, permitiéndole contemplarse un instante libre de la influencia abominable.

¡Y siempre callada! ¡Nunca una palabra entre el perseguidor y el perseguido, entre la víctima y el asesino!

Su cuerpo se extenuó, las noches de insomnio, pasadas en continuos terrores, y la falta de alimento, hicieron cada vez más sensible la alteración nerviosa, hasta que al fin como una lámpara que se apaga, no pudiendo resistir el impulso del vendabal, ¡su bello espíritu entró en la noche eterna de la Locura!

Ahí tienes la *verdadera* historia del *hombre de la levita gris*, como me llamaba la loca en sus delirios, y por ella puedes apreciar cuánto han fantaseado los diarios de Berlín sobre el misterioso perseguidor de la pobre Albertina.

## EMILIO ZOLA.

Los más grandes poetas han sido siempre los más castos : no nombraré entre los nuestros sino a Klopstock y Herder, Schiller y Goethe. ¿Cual es la nación que ha producido, en todo tiempo, las poesías más desvergonzadas? Es precisamente la que no tiene éxito, casi, en ningún otro género : la nación francesa ; testigo Voltaire, más poeta en la " Pucelle " que en la " Henriade. "

RICHTER « Introduction à  
*l'Esthétique.* »

Necesito apenas observar que un poema merece su título únicamente en tanto que excita elevando el alma. El valor del poema, esta en razón de la fuerza con que despierta ese sentimiento de elevación.

EDGAR POE, « *The poetic  
principle.* »

•

¿ Qué es Emilio Zola, ante la filosofía, ante la crítica razonada, ante el amor al arte, ante el santo culto por la poesía ?

Siempre que algún individuo más ó menos superior se ha levantado en un campo de opiniones, pregonando principios opuestos á los que rigen la producción del pensamiento en su país, y ha pretendido hacer escuela, y llamarse innovador, y arrastrar en su nueva corriente las aguas acostumbradas á seguir el curso señalado por el gusto dominante, ha nacido una efervescencia de emociones, una nerviosidad de sentimientos, que ha dado origen á luchas encarnizadas, á juicios falsos, á discusiones interminables y enojosas, en la que nunca

---

se ha podido extrañar de la simple teoría, el *yo*, la personalización de cada escritor, con todo el cortejo de sus pasiones individuales.

Ejemplo de esta afirmación es suministrado por el recuerdo de las luchas que han engendrado las diversas modificaciones que ha sufrido el sentimiento religioso en todos los países ; y no entran como pequeños factores en esa demostración los disturbios ocasionados por los bruscos cambios de sistemas políticos. Pero conviene más á mi objeto recordar especialmente, las animadas controversias seguidas á causa de la tradición literaria que rompió últimamente en Francia la escuela romántica, con Victor Hugo á la cabeza.

Las formas que hasta entonces habían servido para modelar el pensamiento de los poetas griegos, así como del gran Corneille, eran estrechas para la fiebre que se apoderó de los entusiastas corazones que recibieron elementos de vida, en un aire cargado aún con los perfumes embriagadores y deslumbrantes de la santa Revolución Francesa.

Las variadas emociones de la vida de la libertad, daban acceso á un mundo nuevo ; las sublimes escenas de la revolución, latentes aún en el recuerdo de todos sus hijos, carecían de historia que las conservara á la admiración y enseñanza de la posteridad, y de poetas que las cantaran ; faltaba el acento del juez, y el himno que las perpetuara á través de las edades.

La gloria conquistada enorgullecía á todas las almas. El espíritu gigante de Napoleón Bonaparte deslumbraba todavía. Aquellos hombres y aquellas mujeres de la Revolución, aparecían en la brillante lontananza en que

se habían hundido para siempre, héroes de alma antigua.

El campo estaba, pues, preparado. Había recuerdos que hacían brotar el pensamiento, como un sol ardiente arranca de las entrañas de la tierra, las flores más ricas en matices. Las almas eran jóvenes y las tendencias artísticas venían acumulándose de mucho atrás.

El día que Cimabue encontró al Giotto modelando en la arena una rústica cara, nació la era brillante del Renacimiento. El poderoso soplo alcanzaba á los descendientes del viejo Arouet.

Originado en Italia, el hermoso incendio del retorno á las bellas épocas del arte, debía quemar con su fuego sagrado las almas de todos los hombres de pensamiento elevado.

El Romanticismo fué un deslumbramiento, un volcán. Las nuevas ideas derribaron á las antiguas del trono del Favor Público, y la revolución quedó hecha.

¡Pero qué luchas! ¡Qué discusiones! ¡Qué de cartuchos quemados de una y otra parte! Como leones se batieron clásicos y románticos. Estos tenían por lábaro el entusiasmo por la libertad, el amor exaltado por lo nuevo, y aquellos, la desesperación de los Reyes por derecho divino, que buscan en vano un apoyo en instituciones que se derrumban ante el mismo soplo que á ellos abate.

Fuera, pues, mi tarea demasiado atrevida, si pretendiera abrir juicio en medio del ardor de un debate como aquél; pero felizmente para todos, no se trata de ninguna revolución en el arte, capaz de turbar los criterios, é impedir por ahí, que la verdad, que la simple y pura verdad, sea dicha.

La fiebre romántica ha declinado, y principiamos á ver claro en el fondo de ese hermoso deslumbramiento que se llamó Romanticismo. Hemos venido á la vida en época menos cargada de vapores embriagadores que la que preparó aquella revuelta literaria, y nos hallamos, por consiguiente, en circunstancias más favorables para tener opiniones imparciales.

Así, si es cierto que en momentos de debate es casi imposible hacer de los contendientes crítica severa y justa, no es cierto que el mismo motivo de turbación para el juicio exista, en momentos en que el debate no es entre dos escuelas, en que no hay innovadores y resistentes á la innovación, en que sólo se trata de la aparición de un hombre y de unos principios que afortunadamente nadie sigue.

Lo repito, y lo repito con íntima satisfacción : nadie imita á Emilio Zola. Al ménos sus imitadores no han sido tan afortunados como él, pues la autoridad se ha visto obligada á suprimir los inmundos papeles que se expendían al pueblo bajo el título de *Le Boudoir, Événement Français*, etc.

No se trata, pues, de crítica contra una escuela, como se pretende llamar la literatura de Zola ; no hay escuela sin discípulos ; no hay tal maestro ; no hay tal debate. Cualquiera puede hablar sin pasión á propósito de un solo hombre, cuya acción se ejerce sobre pocas organizaciones.

Se me dirá, quizá, que empeñezco á placer la influencia de Zola, y se me pōndrá por delante la cifra de los volúmenes vendidos... Ah, *mon Dieu!* la piedra de escándalo de la inmoralidad es siempre un motivo de

éxito. En el teatro, se aplaude generalmente lo más *picante*, ¡y con un entusiasmo que raya en delirio !.... Es que las bajas pasiones son fácilmente excitadas. Que se recuerde el éxito obtenido en todas partes por la « Dama de las Camelias », « El Baroncito de Faublas » etc. y se me dará la razón.

Emilio Zola no ha venido á revelarnos un mundo nuevo, ni siquiera una forma nueva ó bella en que dé á conocer ese mundo. Á la par de nuestra enseñanza de cada día, vamos recogiendo en lo íntimo de nuestro hogar el conocimiento de esos datos que él nos ofrece, sobre la vida secreta, sobre los misterios de cada cuerpo, sobre las desgraciadas conexiones que nos ligan á nuestros parientes, los animales inferiores, y que llevamos á cabo en la sagrada soledad de nuestro cuarto de descanso, ya que, felizmente, la civilización nos ha arrancado á la vida salvaje, y nos es posible ocultar á las miradas de nuestros hermanos aquello que sabemos que les desagrada, por su naturaleza anti-poética y repugnante.

¿ Ha creído que iba á decirnos algo nuevo ? Desgraciadamente, sabemos tanto como él en ese terreno... La triste realidad de nuestra condición miserable no nos es desconocida, y es por eso que buscamos en el arte un motivo de continua elevación, hacia puntos que nos alejen del grosero placer que nos tienta á cada paso.

¿ Quiere arrebatarnos al culto de la ridícula exageración romántica, por la presentación de cuadros que ofrecen caracteres enteramente opuestos á los de aquella escuela ? Entonces ha caído él también en el error de exagerar los defectos del círculo literario que combate,



en cuanto los ha creído dignos de un castigo tan inhumano como el que les ha infligido.

¿Sostiene simplemente que el arte debe concretarse á copiar la naturaleza, ya sea ésta baja, elevada, bella ó monstruosa ?

Podríamos responderle que para eso tenemos el procedimiento fotográfico, y que nuestro buen sentido nos llevaría á emplearlo para la reproducción de los más lindos tipos, en las más lindas escenas que pudiéramos encontrar. Jamás iríamos á sorprenderlos en el momento en que se nos ocultan, justamente para evitarnos el espectáculo de sus miserias, á pretexto de que así haríamos « naturalismo ».

¿ Naturalismo ! ¿ Acaso tiene Zola tampoco el derecho de llamar así á su método de composición ? No ha inventado él la teoría del realismo, ni sus obras pueden aspirar á ese título honroso. Podemos retrazar el origen de la escuela naturalista á la más remota antigüedad del arte, siempre que nos sea permitido entender por « naturalismo », un más estrecho amor á la verdad que el que vincula el enrolamiento en la escuela clásica, idealista ó romántica.

Y digo permitir, porque á causa de la falta de adjetivos apropiados, se ha dado en llamar realista á la literatura de Zola, desviando así la palabra de su sentido recto y honesto.

En efecto, los recientes trabajos de Verón han demostrado que la escultura griega, en no bajo grado, cuenta con obras que sōn pura y simplemente la copia de la naturaleza, sin que á su confección haya presidido el pensamiento de representar en ellas modalidades ele-

vadas del espíritu, como ha sucedido con el Júpiter de Fidiás. Pero han resultado ser obras bellas, porque los artistas han elegido para modelo, ya que no el tipo de la perfección tal como cada uno, según su idiosincrasia, lo imaginaba, al menos, los tipos reales en sus *momentos* de mayor belleza. Una mujer linda puede dejar de serlo durante algunas circunstancias que dejo á la picaresca inventiva de mis lectores imaginar; y toda la idealización que han prestado los artistas griegos incapaces de crear, á los tipos que tomaron por modelos, fué justamente el de representarlos en sus momentos más felices. Lo que ha hecho el Sr. Zola es exactamente lo contrario: por un gusto que sólo me explico pensando en los paquidermos y palmípedos que aman el vivir en los parajes en que es mayor la fetidez y la suciedad, se ha deleitado en escoger para sus cuadros todo aquello que los verdaderos amantes del arte rechazan, todo aquello que los sacerdotes de la poesía ocultan á los demás y aun á sí mismos, con la tierna solicitud de una madre que borra con sus santas mentiras los defectos de los hijos de su corazón.

Antes que Zola apareciera, « naturalismo » no había significado más que copia de la naturaleza, en sus momentos de mayor poesía. El tipo y las circunstancias que lo rodeaban, eran presentados con toda la fidelidad posible; pero el culto por lo bello se reservaba el derecho de escoger los tipos más agradables en sus más agradables instantes.

Ahí tenemos el lado realista de la escultura griega, tal como podemos apreciarlo por los poetas y críticos que han llegado hasta nosotros.

Ahí tenemos, en pintura, la escuela flamenca, con su jefe, Rubens. ¿ Se dirá que, porque este gran pintor ha representado la abundancia y el rústico color carne de las mujeres de su país, no ha idealizado sus obras, en tanto que ha huido de los detalles repugnantes en que podía haber cogido ó imaginado á los tipos que le han servido de modelo ?

Ahí tenemos, en literatura, á Carlos Dickens. ¿ Acaso por ser menos ideal en sus pinturas que los demás novelistas, acaso por haber hecho realismo, sus obras se le parecen á las de Emilio Zola ? Es siempre un amor estrecho por la verdad, mas por verdad agradable, por la verdad posible de ser presentada sin ropaje.

El admirable Alejandro Manzoni, el maestro de la novela por excelencia, el mágico escritor que ha superado á todo el mundo en la pintura de la realidad, en « I Promessi Sposi », el hombre de genio que no ha sido igualado por nadie en el terreno de la novela realista, aquél que ha servido de guía y de inspiración al estilo de « Los Miserables », fuente de pureza de lengua, de sentimientos delicadísimos, verdadero semillero de poesía, ¿ escogió jamás sus sencillos personajes en los momentos desgraciados y repugnantes que ha escogido el autor de *Nana* ?

Teniendo que hacer hablar continuamente á los aldeanos y gente de baja extracción, en su propio lenguaje, sencillo, natural y destituido de la belleza uniforme y de convención que estilan los novelistas, Manzoni ha sabido tener esta suprema delicadeza de no presentar sus personajes sino cuando debían ser, por los sentimientos que expresaban, más simpáticos al lector.

¿ Y se discutirá que el huir de la pintura de las escenas inmundas, en cuya descripción se place tanto el señor Zola, importa desfigurar el cuadro de la verdad? ¿ Querrá decirse que el ocultamiento de los detalles de baja naturaleza, que necesariamente deben existir en la vida terrena de un sér humano, es un pecado contra la fidelidad que parece pregonar la idea de naturalismo?

¡ No, por Dios! Más ó menos bien analizadas, todos tenemos las mismas ideas respecto del objetivo del Arte. No ha sido nunca y no puede ser otro, que el de *mejorar*. Toda la fórmula del progreso está en esa palabra; por el culto á lo bello, nos hemos modificado, pasando sucesivamente de nuestras primeras etapas de tendencias groseras y puramente vegetativas, hasta ser el hombre de pensamientos elevados, que busca sin cesar, como un ave que remonta su vuelo al espacio, más ancho campo á sus santas aspiraciones de libertad.

¿ Qué fuera del Arte, si no tendiera á elevar nuestra inteligencia en el amor de una vida cada vez más pura? Es justamente presentándonos de continuo las más bellas formas y las más altas ideas, cosas ambas que implican ocultación de detalles groseros, que el Arte cumple su sagrado ministerio en la Humanidad. Es así como entra á figurar en el número de los factores del Progreso.

Zola no es, pues, un poeta, puesto que le falta el sentimiento de delicadeza que caracteriza á esos sublimes desterrados, y que los lleva á hacer la selección de los detalles más bellos que por todas partes ofrece la naturaleza, de tal manera que es posible medir las fuerzas

del alma artista, por el más ó menos gusto que ha tenido en esa selección.

Escogiendo para sus cuadros los colores que, por desgraciados y repugnantes, han sido cuidadosamente evitados por todos los poetas del mundo, ha venido á chocar este santo amor por lo más bello que, según es grande ó pequeño, da idea de la elevación y cultura intelectual de las sociedades.

Lo que ha hecho, lo que hace, es pervertir el sentido moral, en tanto que como escritor es leído y gustado por las gentes de organización tan baja y tan grosera como la de él, que reciben así un apoyo á sus tendencias brutales, que se sumerjen cada vez más en el lodazal de sus miserables pasiones, que cavan prematuramente una tumba á las ideas progresistas que podían más tarde brotar en ellos, del germen que la civilización había arraigado en sus almas.

Como todas las ideas, el culto por lo bello no es innato : se adquiere; es simple obra de la educación. La semilla da frutos grandes ó pequeños, según la calidad del terreno, según como el espíritu del hombre está preparado para la iniciación en el sagrado misterio. Si en las almas sencillas, poco cultivadas, se deposita el germen de una literatura como la de Zola, lo que se hace es retardar para esa alma el momento del Progreso, la hora de abrir sus ojos á la luz de la Libertad.

Sí. Es solo la educación, la elevación intelectual, la que es capaz de dar libertad á las almas. Zola, en la grandiosa tarea del Progreso, representa el papel que representó la Religion Católica en la Edad Media.

El autor de *L'Assommoir* no es tampoco un artista.

Sus narraciones, no por ser sencillas y naturales, son bellas. Hay una gran distancia entre el lenguaje simple de la vida ordinaria, y el estilo bajo, lleno de imágenes vulgares y torpes.

Edmundo de Amicis, el galano escritor, saludado con alborozo por el moderno mundo del arte, es, sin embargo, el hombre de lenguaje más sencillo y más fácil. Profesa la teoría manzoniana, que nada de lo escrito es bueno, si al leerlo, no nos parece una conversación.

¡ Y qué diferencia entre su lenguaje y el de M. Emilio Zola ! Cuando de Amicis habla, ó hace hablar á los demás, emplea unas palabras tan gráficas, tan naturales, tan poco forzadas, que uno las va presintiendo, por decirlo así, y no se sorprende de haber bajado hasta las más impalpables gradaciones de un sentimiento familiar ó de haber subido por la escala de pensamientos tan simples, hasta el elevado pináculo de una emoción conmovedora.

El alma de De Amicis se vé toda á través de sus escritos, y uno se siente orgulloso de que en el mundo haya almas como esa, tan puras, tan sencillas y al mismo tiempo, tan elevadas. ¿ Pero puede algún hombre de los que guarden dentro de sí altas aspiraciones, enorgullecerse de que haya almas como la de Zola, incapaces de comprender el anhelo por lo bueno, lo grande, lo noble ?

¿ Puede aspirar con justicia al nombre de artista, quien no siente condensarse en su espíritu el cúmulo de vagas aspiraciones que son otras tantas armonías para los seres en medio de los cuales vive ?

La calidad de artista implica un alma sensible en extremo, capaz de impresionarse en un grado más alto que el vulgo, por los detalles que á éste son simpáticos ó desagradables. Vive un artista en la sociedad que lo ha engendrado, y su delicadeza de sentimientos, su susceptibilidad extraordinaria, lo lleva hasta encontrar antipáticos ciertos colores, ciertos pensamientos, hasta ciertas palabras, que disgustan á la mayoría de las gentes que forman el medio en que respira.

Es esta maravillosa cualidad lo que le hace amable. Su espíritu vibra al unísono, pero con un timbre más rico, en el mismo sentido que el espíritu popular. Llega á ser la representación de los deseos, que en el pueblo son vagos resplandores, ó débiles murmullos. Él recoge estas voces y esos celajes, los agrupa, los armoniza, les da cuerpo, los anima con un poco de su vida exhuberante, y la obra de arte nace, y nace como un producto de las vagas aspiraciones de todos los hombres, sus hermanos.

¿Y quién, entre los hijos de este siglo, osará decir que Mr. Emilio Zola, con su literatura de orgía romana, con su lenguaje torpe y licencioso, es la representación de su época?

¡Cómo! ¿la Francia industrial, la Francia política, la Francia literaria, la Francia científica, piensa como Mr. Zola? ¿Y ese lenguaje es el suyo?.....

Si, pues, el autor de *Nana*, no es ni poeta, ni artista. ¿qué es? ¿Cuáles son sus derechos á ser oído? ¿Es quizá un filósofo? Veamos.

Todos los sueños que la humanidad ha acariciado durante siglos, todos los absurdos sistemas de incom-

prensible metafísica de las viejas escuelas, se han derumbado como un ejército de fantasmas, ante el soplo vigoroso del método experimental.

La revolución iniciada en el mundo de las entidades imaginarias por Voltaire, y continuada por la escuela de Mr. Carlos Darwin y Mr. Herbert Spencer, ha sujetado todos los conocimientos á un examen implacable y minucioso. Hoy, sabemos lo que somos.

Sabemos, por ejemplo, que nuestro hermoso estado actual, no es más que la consecuencia de una evolución de los organismos, que pasando sucesiva y lentamente de una forma poco elevada á otra cada vez más alta, se han colocado en condiciones de responder á las variadas exigencias de la vida contemporánea.

El hombre es de un producto del medio. Hay instintos felices que, bien desarrollados, contribuyen poderosamente á la vida del progreso; y hay otros que, si no son restringidos y abolidos, perjudican á la existencia individual y colectiva, retrogradando ciertos ejemplares de la especie á modalidades inferiores.

Un hábito de favorecimiento de los primeros, y de represión de los segundos, debe operar en el *modus vivendi* de los seres las modificaciones necesarias para obtener la mayor suma de felicidad.

Esta es la psicología de la época; este es el credo del mundo científico.

Si Mr. Zola es un filósofo de la escuela moderna, como parece pretender, debe haber aceptado la fórmula de que el hombre es tanto más apreciable cuanto mayor es la utilidad que produce á la gran familia humana.



Cuanto más infatigable es uno, como obrero del progreso, tanto mayor respeto se le debe.

¿ Cree Mr. Zola haber cumplido con los preceptos que prescribe la filosofía moderna á sus obreros ?

¿ Ha favorecido con su literatura repugnante el desarrollo de los buenos instintos, y ha trabajado por la represión de los instintos groseros y perjudiciales ?

¿ Cree haber fortificado en sus conciudadanos el santo amor al deber de hacer el mayor bien posible ? ¿ Cree haber reavivado en las mujeres de su país el amor por la vida honesta, por los pensamientos honestos, por las palabras honestas ?

No. Con el más sincero deseo de decir la verdad, sostengo que no, que no ha hecho ninguna de las cosas que habría hecho si fuera un filósofo de la nueva escuela, de esos que, como Mr. Herbert Spencer, sustituyen en su alma, á todos los cultos, el sublime culto del amor al Progreso de la Humanidad.

Zola, pues, no es ni un poeta, ni un artista, ni un filósofo.

¿ Es, quizá, un buen padre de familia, un buen burgués, y esta última virtud servirá de excusa á sus errores como escritor ?

Si yo hubiera tenido la desgracia de escribir un libro como « Nana », me parece imposible que tuviera el valor de presentarme delante de mi madre, con la tranquilidad de todos los días.... ¿ No tiene, pues, Zola una mujer é hijos y sobre todo, hijas ? ¿ Es posible que un « padre, » aconseje á sus « hijas » la lectura de una obra como « Nana » ?

¡ Ah ! cuando en el porvenir se descuenta en el banco

---

del agradecimiento público las acciones de los hombres que se han levantado de cualquier manera sobre el nivel de los hombres, sus hermanos; cuando se realice esta bella promesa de tantos siglos, el discernimiento de premios y castigos, según la buena ó mala vida que hemos llevado en la tierra; cuando la justicia sea hecha de la única manera posible, es decir, por mano de hombres, no será por cierto Mr. Emilio Zola quien figure entre los que hicieron bien por amor á la Humanidad.

Era un hombre de talento, se dirá; pudo instruirse, y dedicar sus fuerzas á la obra del Progreso, mas prefirió el aplauso efímero de las inconscientes masas populares, y empleó sus aptitudes en contra de la Civilización, en contra del Arte, en contra de la Poesía, en contra de la Moral.

Diciembre 18 de 1880.

## LA DANZA DE LAS BRUJAS.

Hace mucho tiempo que en un teatro de Buenos Aires, á propósito de un concierto de Caridad, fué oída una composición verdaderamente maravillosa por su carácter nuevo, y el ingenio profundo de que daba muestra.

La « Invitación á la danza », de Weber, es todo un poema sinfónico ; se oye los sonidos propios de un salón de baile, los murmullos de las conversaciones, el rozamiento de los trajes de seda, las inclinaciones de los cuerpos al hacer una invitación, los incidentes más comunes de esa clase de fiestas.

Pero el wals á que me refiero, cuyo nombre ni autor me es posible recordar, ofrecía más amplitud en ese mismo carácter siendo una feliz y hermosa expansión de una idea idéntica.

Oyendo al violinista en cuestión, podía uno asistir á una escena variadísima, que pasaba ante los ojos, rápida como una visión de kaleidoscopio, pero de un colorido riquísimo, en que el alma podía gozar todas las emociones capaces de despertar su actividad.

Figuraos que principiaba el wals fantástico con un sonido perfectamente imitado del que producen las dos palmas de una mano, al chocar una contra otra varias veces. Era un llamado de visita ; alguien pedía entrar. Seguía á esto la exacta onomatopeya de los diversos

ruidos que pueden acompañar al movimiento de varias personas, que se precipitan curiosamente á la puerta de una casa, en que alguno acaba de llamar.

Los saludos ; la imitación de las voces distintas, diversas en volúmenes, intensidad y timbre, de varias personas que conversaban ; luego, los pasos de estas personas hasta un punto más central de la casa, detalle que se conocía por la descenso gradual del sonido de los pasos ; oíase abrir una puerta ; los personajes entraban ; sonaban las sillas al ser arrastradas por el pavimento.....

Cuando uno llegaba allí, la imaginación obedecía á aquel encanto fascinador, y los sonidos dejaban de percibirse como partes de un todo musical ; principiábase á asociar ideas, notas, colores, y sentimientos á cada uno de aquellos sonidos, que entraban entonces á figurar como detalles de una escena. La inteligencia prestaba el contorno y las líneas accesorias al cuadro ; los personajes se movían, y cada uno los infantaba según su idiosincracia particular, vistiéndolos con tintas más ó menos ricas, según la transparencia y brillo de cada fantasía.

Después de hallarse en el salón, los cuatro ó cinco personajes que el arco magnético ponía en juego seguían platicando, en tonos débilmente disimilares, pero con cadencias imperceptibles casi, y variedades de timbre que las diferenciaban muy bien.

De pronto sonaba una voz, más alta, más aguda, más fresca, más jóven, que pertenecía evidentemente á alguien que entraba recién al salón ; por ejemplo, una joven de la casa, que recién concluía su *toilette*. Movimiento de sillas, como si las personas que las ocupaban

se levantarán para saludar á la recién venida; después de los saludos, los convidados volvían á sentarse; la joven tomaba parte en la conversación, de una manera tímida, como convenía á su modestia y poco mundo: luego todas las voces se dirigían á ella, como pidiéndole algo; la joven se defendía débilmente; después, oíase como si ella sola se levantara de su asiento: sus pasitos cortos y pequeños, resonaban sordamente sobre el tapiz; de pronto, el oído tendido y ansioso en la dirección de los sonidos hábilmente arrancados á aquel instrumento que encierra tantos misterios, regocijábese ante un alegre acorde, seguido de arpegios y andantes encantadores, cuya calidad no daba lugar á duda sobre su procedencia.

Venían directa y exclusivamente de un piano, ¡y de qué piano!.... á todas luces Chickering ó Steinway.

Era el *wals* que principiaba. Durante algunos momentos, el silencio de los personajes era casi completo; la novedad del piano los tenía callados; pero, poco á poco, uno se componía el pecho, otro tosía, el tercero movía su silla, y, por fin, el más atrevido decía á su vecino:

— ¿Y cómo dice que le va, mi querido?

Es decir, yo no estoy seguro de que fuera precisamente *eso* lo que aquel admirable burgués, refractario á la buena crianza, decía á su compañero y vecino; mas á juzgar por la entonación de la frase, y su manera cuchicheada de decirla, y, sobre todo, por su intemperividad, debía ser algo semejante.

Desde aquel momento, la conversación se hacía poco á poco general. Mas, por entre el murmullo de

las voces, por entre las carcajadas y demás incidentes de la alegre plática, destacábase, con más ó menos pureza, el *wals*.

Cuando la pianista concluía, oíase desde las cuerdas del violín, como si brotaran de una garganta humana, los bravos y exclamaciones de :

¡ Muy bien ! ¡ Muy bien !

Y luego, cubriendo toda aquella algarabía, los aplausos con las palmas de las manos...

Débil como es esta pintura, creo que ella basta para dar una idea del extraño goce que se experimentaba oyendo el *wals fantástico*, ejecutado sobre una sola cuerda del violín, la prima.

¡ Qué de extrañas imaginativas, qué tropel de ideas saltaban como del fondo del cerebro, hacia los planos luminosos en que la inteligencia podía apreciarlas ! ¡ Era como si una bandada de pájaros, de mil formas y colores distintos, se destacase en progresión continua, del fondo oscuro de una selva, no percibida hasta entonces por los ojos, y que acudiera en multitudes, por la fuerza de un conjuro misterioso !

Ahora bien, ese es el método que ha presidido á la creación de *La Danza de las brujas*, el famoso solo de Paganini.

Figuraos la inagotable riqueza de combinaciones originales de que puede haber hecho gala en una composición semejante un genio tan extraño, tan fantástico y tan diabólico como el de Paganini.

Ruidos de trajes que se rozan, murmullos imposibles, tenues como el aliento de un moribundo, carcajadas ahogadas, gritos de ratón que escapa á una persecu-

ción inminente, movimientos como de palos de escoba que se arrastran en son candencioso por el suelo; la música del baile, á cuyo compás se mueve la cohorte misteriosa, silbidos agudos que hieren como una flecha, conversaciones *sotto voce*, gemidos que concluyen en risas, risas que parecen gemidos, cantos vagos que se aproximan lentamente, crecen, vibran en toda su fuerza y luego vanse alejando por grados, ruidos como de alas que se agitan, chillidos repentinos que producen inexplicable terror y que concluyen con una nota cristalina, como si entre el bullicio de la danza, el dolor se mezclara á la alegría ruidosa; notas que se unen entre sí, como las perlas de un collar, y que luego caen con estrépito, como si el hilo del collar se cortara de pronto; en una palabra, cuanto de más raro y más intangible hay en el mundo, combinado, unido, caracterizado por un soberano sello de conjunto.....

Las brujas de *Macbeth*, las del *Fausto*, sobre todo, parecen danzar extrañamente, siguiendo giros caprichosos y absurdos en la luminosa lontananza de nuestros recuerdos.

Agregad á la magia de esta composición original el encanto de una violinista, que, como Camila Urso, toca *con los ojos cerrados*, lo que os da la idea del formidable espectáculo á que está asistiendo en lo íntimo de su espíritu soñador, y decidme si con tales elementos, no podéis gozar el placer fantástico de presenciar *Una danza de brujas*, es decir, pasando por unos cuantos golpes de arco, de este mundo vulgar de todos los días al mundo de los sueños y de las visiones esplendorosas.

## LA INFANCIA DE EDGAR POE.

Siempre ha sido materia de curiosa investigación la juventud de los hombres extraordinarios. Detalles que en tiempo de la no sospechada gloria futura dejábanse pasar inapercibidos, como otros tantos acontecimientos triviales de la vida diaria, son después rebuscados á porfía y constatados con meticolosa exactitud.

Es la eterna historia de los genios desconocidos. Tropezamos á cada paso con ellos; los codeamos en la calle, los oímos, respiramos su aliento, pero sus obras nos parecen de ordinario alcance, porque no ha habido una mirada sagaz ó feliz para hacer fijar sobre ellas nuestra atención.

Llegado el día en que el genio es conocido, nos volvemos asombrados hacia aquella figura que tantas veces hemos mirado indiferentemente; y en la cual no sospechábamos otra cosa que un modesto burgués, sin pretensiones exageradas... ¿Pero cómo? nos decimos. ¿Esa frente tan soberbia, esos ojos de águila, esa boca fina y desdeñosa, flexible como el arco de Apolo, esa naturaleza apasionada y palpitante, toda fuego, ha podido escapar así, desapercibida á nuestros ojos?

¡Pero sí, os digo! Recorred la historia de los hombres célebres. Es la misma siempre. Hasta un cierto punto, se ha creído que formaban parte integrante y regular de



Don Todo-el-Mundo. Una bella mañana, alguien los ha conocido, se han vuelto objeto de admiración, y sus menores acciones han sido entonces recordadas, no ya como antes, en su calidad de detalle vulgar, sino como resplandecimientos y explosiones de claridad que os habían anunciado su augusta aparición.

Manos piadosas y sinceras han puesto hoy en su verdadera luz la figura tan discutida, tan execrada por unos, y tan ensalzada por otros, de Edgar Poe, el más grande poeta de su patria, y el más original de los fantasistas conocidos. La envidia asquerosa, no encontrando presa en el hombre literario, se cebó durante veinticinco años en el hombre íntimo; pero gracias á la legítima curiosidad que rodea á los hombres célebres, la infancia de Poe ha sido retrazada á su origen, y alumbrada por el faro de la verdad, esta justiciera póstuma, se destaca luminosa y pura entre los detalles oscuros de su vida.

No es, pues, del poeta profundo, ni del literato original y suprahumano, que vamos á hablar, sino del hombre, en los primeros resplandecimientos de su genio.

\*  
\*\*

Mr. Allan, un rico propietario de Richmond, adoptó á Edgar Poe como hijo y presunto heredero, cuando el niño sólo tenía de 3 á 4 años. El matrimonio Allan no había tenido descendientes, y la adopción fué hecha á causa de que aquel señor había sido encantado por la gracia é inteligencia del pequeño Poe.

Mistress Allan quería entrañablemente al niño; ella era quien lo salvaba siempre de las reprensiones de su

padre adoptivo, ocultando sus faltas, como hubiera hecho la madre en persona. Edgar era apasionado, generoso y violento, lleno de ímpetu, y aunque á veces fuera terco, su natural era bueno y sincero.

Los esposos Allan estaban orgullosos de él. Lo vestían como á un príncipe, y trataban de que su rango fuera dignamente sostenido. Tenía un *poney*, perros propios que lo acompañaban en sus paseos á caballo, y un groom de librea.

Aun siendo tan pequeño, Edgar demostraba ya su predilección por las musas. « Mr. Stoddard, dice Gill, en su *Life of Poe* — libro de que entresaco principalmente estos apuntes — nos dice que era notable por una memoria tenaz y un oído maravillosamente musical, y que tenía la costumbre de declamar los más brillantes trozos de poesía inglesa, á los amigos de Mr. Allan, que asistían de noche á su casa. El más insensible de los auditores, no podía menos de sorprenderse, ante la exactitud de su énfasis, y su evidente apreciación de los poemas que recitaba; ganaba todos los corazones, por la ingeniosa simplicidad y maneras agradables de que hacía gala en su elocución. »

La belleza del niño Poe era digna de llamar la atención; se anunciaba ya la hermosura severa y espléndida de que tan orgulloso se mostró toda su vida.

Mr. Allan era de un carácter pronto, y muchas veces castigaba á Edgar severamente. Mistress Allan lo defendía siempre, y había entre ambos una simpatía tan profunda, que nunca la rompió acontecimiento alguno, ni aun las amenazas de enojo de Mr. Allan. Edgar no guardaba á su padre adoptivo ningún rencor por aquellas

reprensiones que herían su naciente amor propio y su altivez natural; muy al contrario, á menudo arrojaba los brazos al cuello de Mr. Allan, y lo besaba cordialmente, en el momento mismo de haber sido castigado. De igual hidalguía hacía gala en sus relaciones con sus compañeros de juego.

Como si sintiera la necesidad de concentrar en alguien sus afecciones, y de consagrar en algún altar delicado las cosas más brillantes que la fortuna le procuraba, las ofrecía siempre á alguna niñita de su edad, á quien miraba con el sentimiento más ideal y caballeresco, colmándola de dulces, juguetes y flores, y haciéndola el ostensible objeto de su adoración.

Había en él una precocidad extraordinaria. Tenía apenas 3 años, y la vista de una niña lo emocionaba, encantándole la perspectiva de serle simpático. Una vez, en un banquete, al que Mr. Allan lo había llevado, vió una jovencita, cuya conversación y amabilidad lo llenaron de placer. En lo mejor de la charla inocente que sostenían, Mr. Allan le comunicó su resolución de retirarse. Llenólo de turbación y despecho este contra-tiempo, pero disimulándolo con gran arte, salió de la casa con el Sr. Allan, á quien acompañaban varios amigos. En el camino, se subió, sin que nadie lo viera, á un catalpa, con la intención de sustraerse momentáneamente al dominio de su padre, y continuar su romántica aventura, mientras era buscado por todas partes.

Sin embargo, una de las ramas del catalpa se rompió, y Edgar cayó á un pozo que había debajo el árbol, habiéndose salvado de una muerte segura por la oportunidad de los auxilios que le prestaron. Entonces

confesó su plan con la sinceridad que le era propia.

El niño Poe procedía de una familia morbidamente inclinada y sujeta á la influencia del vino, y unas cuantas gotas bastaron siempre para embriagarlo. Mr. Allan contribuyó inconscientemente á que esta tendencia se desarrollara y afirmara, por medio de un inocente juego que producía placer á sus convidados. Había enseñado á Edgar á beber á la salud de los visitantes. Lo subían sobre una silla, le daban una copa de vino con agua, y él la alzaba á la altura de sus ojos, con las minuciosas ceremonias de los antiguos tiempos, y bebía un trago, graciosamente, saludando á alguno de los convidados; y lanzando una carcajadita de alegría, se volvía á sentar, entre los aplausos de la concurrencia.

Un caballero inglés que visitaba en aquella época á la familia Allan, habla del pequeño Edgar como de algo sorprendente. Podía leer, dibujar y bailar de una manera admirable cuando sólo tenía 6 años.

Edgar acompañaba continuamente á ese señor, en largos paseos á caballo. El inglés tomaba á Poe de la cintura con una mano y lo llevaba en su misma silla, haciéndose leer por el camino toda una colección de diarios, que Edgar recorría gentilmente, escogiendo las noticias ó pasages más interesantes.

No hay nada más notable que la semejanza entre la juventud de Lord Byron y la de Poe. Éste, como aquél, era aficionado á boxear, y sentía gran placer cuando podía entrar en liza con algun muchacho negro, bien robusto. Ganó de esta manera muchísimas apuestas, realizando victorias que, consideradas del punto de vista de su edad y su menor corpulencia, eran verdaderas hazañas.

Era muy travieso. Su amor á las aventuras lo llevó varias veces á peligrosas calaveradas, que le costaban caras, en seguida que Mr. Allan las conocía. Tenía una disposición natural á la libertad y no soportaba el yugo de las restricciones paternas, sino á condición de romperlo cuando se le antojaba.

Esta impetuosidad y salvaje amor de su autonomía, unido á los mimos y condescendencias extraordinarias de que era objeto por parte de los esposos Allan, lo hacían muy desobediente. No tenía miedo alguno á su padre adoptivo, á pesar de los severos castigos que le imponía á menudo. Semejante al altivo potro de nuestras pampas, se doblegaba sin estallar de cólera, más por docilidad, que por bajo sentimiento medroso. Y la prueba de esto es que conservaba siempre su libertad absoluta, atropellando por todas las conveniencias, cuando sentía ansia de beber aire libre á plenas bocanadas.

Mr. Allan no tenía valor para anonadarlo con algún castigo terrible. Los rasgos de increíble inteligencia, de maravillosa destreza que el niño ponía en obra á cada paso, lo desarmaban.

Una vez, á causa de una desobediencia inexcusable, Mr. Allan iba á castigarlo. El pequeño Poe, después de tentar inútilmente, con su madrastra, una salvación cualquiera, quedó un instante pensativo. Luego, como herido de una idea repentina, se fué al jardín, cogió un manojito de ramas, volvió con ellas, y se las presentó en silencio á Mr. Allan, que se paseaba en su cuarto, con un ceño terrible.

— ¿Para qué es esto? le preguntó aquél.

— ¡Para que me castigáis!, replicó el niño de cinco años, recogiendo sus manos sobre la espalda, y fijando altivamente sus grandes y negros ojos en los de su padre adoptivo. Esta escena tuvo el desenlace que había previsto; Mr. Allan se conmovió, y todo quedó concluído con un mutuo abrazo.

Hasta la edad de seis años, Poe no fué enviado nunca regularmente al colegio. Había tenido siempre, hasta entonces, profesores particulares, pero no le habían dado lecciones seguidas; en una palabra, no había habido aún ni pretensiones de disciplina. En 1817, la familia Allan fué obligada á residir por algún tiempo en Inglaterra; y el niño Poe quedó en la escuela metódica y rigurosa del Dr. Bransby, en Stok-Newington.

Edgar Poe ha hablado largamente de la casa-colegio, y de su vida en ella, en *William Wilson*, fantasía inimitable, en que al simbolismo que reina en todas sus composiciones, une el estilo vigoroso y correcto que le es peculiar, y una intensidad notable de pensamiento poético.

El colegio de Stok-Newington, con todos sus pormenores, quedó impreso profundamente en su memoria tenaz. Á propósito de la fijeza de sus recuerdos á ese respecto, dice Poe lo siguiente, en la fantasía ya citada :

« El fecundo cerebro de la niñez no necesita un mundo externo de incidentes para ocuparlo ó divertirlo, y la aparente monotonía triste de la escuela estaba repleta, para mí, de excitaciones más intensas que las que mi madura juventud ha derivado de la lujuria, ó mi entera virilidad del crimen. Sin embargo, debo creer que mi primer desarrollo mental tenía en sí mucho de in-

común — y hasta mucho de *outré*. Sobre la humanidad en general, los sucesos de los años primeros dejan siempre huellas indefinidas para la edad madura. Todo es sombra gris, débil é irregular recuerdo, vistas vagas de ligeros placeres, y fantasmagóricas penas. »

« En mí no ha sido así. En la niñez, debo haber sentido con la energía de un hombre lo que ahora encuentro estampado sobre la memoria con líneas tan vividas, tan durables como los exergos de las medallas cartaginesas. »

Después de dos años de permanencia en Inglaterra, los esposos Allan volvieron á Richmond. Poe fué enviado entonces á la escuela del Profesor Clarke, de Trinity College, en Dublín. Allí entró á los estudios ingleses de costumbre, y pasó á los clásicos. Durante su curso de cinco años, leyó la mayor parte de los tipos escogidos de Latín y Griego.

Sus maestros de entonces dicen que demostró siempre una gran preferencia por la poesía, y una aversión profunda por las matemáticas. Su carácter gentil y caballeresco, no cambió; se intensificó y abrió como una flor que entra á un período de plenitud y lozanía. Escribió peomas, y los dedicó á varias condiscipulas, cuando apenas tenia 10 años de edad, los preparó para la prensa, y los mandó á Mr. Allan, para que los hiciera publicar.

Los juiciosos consejos de Mr. Clarke impidieron, sin embargo, la publicación de los versos. Los biógrafos de Poe, á quienes pido prestados todos estos detalles, hablan del desordenado amor propio que el joven poeta alimentaba en esta época, debido á las indulgencias de Mr. Allan.

Los condiscipulos de Poe que sobreviven, dice Gil, — « se unen para hablar de él como de un niño bravo y generoso. » Sus favoritos eran John Preston, ahora coronel del ejército de los Estados Unidos, y Robert Sully, sobrino del artista Tomás Sully. El jóven Sully, que después llegó á ser un artista de talento extraordinario, era de un físico delicado, y del temperamento más refinado y sensitivo, pero tan irritable y receloso que era difícil, aun á sus mejores amigos, estar en buenas relaciones con él.

Sin embargo, en las numerosas peticiones de Sully con sus condiscipulos, Poe fué siempre su campeón abnegado, habiendo recibido muchos y buenos golpes en defensa de su amigo. La amistad de estos seres no se rompió nunca, ni se desmintió jamás, como la de Lord Byron con Roberto Peel, á quien sirviera también de campeón en el colegio, por su débil naturaleza.

En la vida y obras de Poe, se encuentra trozos de su inclinación al arte del teatro. Durante su estadía en el colegio de Clarke, se disfrazó varias veces con un éxito tan completo, que nunca pudo conocerlo ninguno de sus mas íntimos camaradas.

Preguntábasele en una ocasión porqué no había abrazado la carrera del teatro, á la cual habíase consagrado la madre.

— Siento, respondió, que hubiera podido sobresalir como actor, pero no me gusta la vida ruidosa y de publicidad continua de los artistas.

El profesor Clarke partió de Richmond en 1823, y su escuela quedó á cargo de Mr. William Burke; el poeta permaneció allí hasta 1825.



Hacia esta época, el niño-poeta experimentó una de las profundas emociones de su vida, precoz como un fruto de los trópicos, y de la que él habla, llamándola « uno de los amores idólatras y puramente ideales de su niñez apasionada. »

Un día, acompañando á uno de sus condiscipulos á su casa, vió por la vez primera á la madre de su camarada, Mistress Jane Stanard. Las palabras gentiles y dulces que ella le dirigió, tomándole al mismo tiempo las manos, penetraron tanto en su alma de niño huérfano, que le privaron del poder de la palabra, y hasta, por un instante, del conocimiento de sí mismo.

Gill, de quien extracto esas bellas frases, dice que Poe volvió á su casa, como en un sueño, con un solo pensamiento, con una sola esperanza en la vida : la de oír de nuevo aquellas gentiles y graciosas palabras de bienvenida que habían hecho tan bello para él al mundo desolado, llenando su corazón solitario con la opresión de un goce desconocido.

Aquella afección purísima le inspiró muchas de sus exquisitas creaciones.

Entró Poe en seguida á las Universidad de Virginia, en Charlottesville, y hé aquí lo que el Secretario de ella, Mr. Wertenbaker, escribe sobre la estadía del poeta en el establecimiento :

« Había nacido Poe el 10 de Enero de 1809, teniendo 17 años, cuando entró á la Universidad. Pertenecía á la clase de lenguas antiguas y modernas, y era un estudiante distinguido, que obtuvo los premios más altos que entonces existían.

« En una ocasión, el profesor Batterman, pidió á su

clase de italiano la traducción, en versos ingleses, de un trozo de Tasso, designado para la próxima lección. Mr. Poe fué el *único* que cumplió el pedido, y fué altamente cumplimentado por el profesor. »

En el infame libro que Griswold publicó después de la muerte de Poe, se dice que este fué expulsado de la Universidad de Virginia, pero M. Wertenbaker ha desautorizado la calumnia bajo su palabra, y con el testimonio de los registros escrupulosos del establecimiento.

Aunque dotado de un carácter algo melancólico, que de tiempo en tiempo lo llevaba á extrañarse de sus amigos, Poe era un joven querido de sus camaradas. No era, como lo ha representado el siniestro Griswold, un sér tétrico y sombrío, enemigo de todo el mundo, por todos odiado, á causa de su carácter insufrible.

Durante los felices días en que estuvo en Charlottesville, empleaba lo superfluo de su tiempo reviviendo las atrevidas hazañas de sus antepasados normandos. Ejecutó algunas proezas gimnásticas, que apenas si se pueden creer, á pesar de las pruebas documentadas que de ellas existen.

Una vez saltó una distancia de 21 piés, seis pulgadas, de tierra, á nivel muerto, en una carrera de veinte yardas. En las columnas del *Richmond Enquirer*, y otros diarios de Richmond, se registra una hazaña de nadador que llevó á cabo á los 15 años de edad. En un ardiente día de Julio, nadó contra una marea de tres nudos, desde el puente de Ludlam, en el río James, hasta Warwick — siete millas y media — igual á treinta millas de agua tranquila. La imposibilidad de reposar ni siquiera por un momento, flotando, hace á esta proeza verdaderamente hercúlea, pues nadie hasta ahora la ha igualado.

## D. ROQUE.

Don Roque es un hombre alto, ni muy delgado, ni muy grueso, elegante de apostura, y anda siempre vestido de negro. Como frisa ya en los cincuenta años, vése obligado á teñirse implacablemente el bigote, que es lo único que de su barba deja, sin duda para ofrecer menos superficie sospechosa á la mirada del bello sexo que, en cuestión de canas, es inquisidora á no poder más.

Una nariz no mal hecha, aunque algo grande y de fosas oscurísimas como conciencia de usurero, dibújase en seguida, cortando por mitad su bigote, y elevándose con cierta ondulación picaresca hasta la raíz.

Sus ojos hállanse siempre adornados por un párpado sanguinolento, que no han alcanzado á curar todas las pomadas del mundo, y que Don Roque pretende evitar á la repugnancia de sus semejantes, con un par de discretos anteojos azules, á través de cuyos cristales dirige miradas que parecen siempre asestadas como de atrás de una puerta.

Había dejado para el último sus labios : merecen mención especial. Son dos trozos de carne roja, flotante, láctea y reluciente, que sobresalen de su boca, como una trompeta : expresión de carnalidad, de estupidez, de sensualismo ciego ; puente por donde pasan injurias

disfrazadas artísticamente de arlequines alabanciosos ; dolores imposibles de confesarse, toman una vibración alegre al pasar por ellos. Mas que labios, son una Castalia traicionera, que lava los más bajos sentimientos.

\*  
\* \*

No hubo nunca hombre más afortunado que Don Roque. No se le escapa licitación que haga el Gobierno ; él contrata la confección de uniformes para el Ejército ; la provisión de alimentos á los soldados de la frontera ; la colocacion de faros ; la.... pero sería cuento de nunca acabar.

Baste decir que no hay licitación que Don Roque deje de manotear. Es cierto que casi siempre que obtiene la primacía en la aceptación de sus propuestas, el Ministro que corre con ese asunto, « es muy amigo de Josefina. »

Cuestión de amabilidad, probablemente, porque Don Roque es lo más obsequioso con sus relaciones ; sobre todo con las que tienen alguna atingencia con el despacho de propuestas. Á tales amigos, los lleva á su casa, los presenta á Josefina, los hace hablar con Josefina, los invita á almorzar con Josefina.... pero por pura amabilidad.

\*  
\* \*

Yo lo conocí en un baile, á Don Roque. Estaba radiante, gozoso, abierto, como una flor, á las caricias.... del Ministro X...., con quien se paseaba del brazo por el brillante salon.

— ¡ Si Vd. pudiera ayudarme, mi querido X !.... mur-

muraba tiernamente Don Roque, al oído de aquel Vulcano, que forjaba á su antojo las concesiones gananciosas. ¡Si Vd. pudiera ayudarme!....

— Hable Vd. Don Roque; ya sabe que entre nosotros....

— Comprendo, comprendo.... pero ese maldito de Don Tomás, siempre pone precios muy bajos y me suele sacar el bocado del buche, como dicen....

— ¿Pero á qué se refiere Vd, D. Roque? . . .

— Á la licitación de los vestuarios, pues.

— ¡Ah!, hizo X..., tomando aspecto de Sibila en el momento de pronunciar un oráculo. Ya hablaremos de eso más despacio.... ¿Vd. está siempre muy ocupado en su casa?

— Nunca lo estoy para amigos como Vd., Señor X.... ¿Querría Vd. por ventura honrarme?

— (*El ministro mirando á todos lados*). Sí, pero.... á mí me gusta la soledad, ¿eh, entiende Vd.? Mi posición.... me obliga á no ser muy republicano....

— ¡Ya! Pues cuándo Vd. guste..... Si Vd. quisiera venir á almorzar con *nosotros* mañana....

— ¿Estaremos solos?

— Completamente solos. Josefina tocará el piano después....

— ¡Magnífico!

— ¿Y podré esperar?....

— (*El ministro reasumiendo su aire proteccionista*): Allá veremos, amigo, allá veremos.... Si algo puedo yo....

Don Roque se frotó las manos disimuladamente, y lo perdí de vista.

\*  
\*\*

Andaba buscándolo, cuando me hallé frente á una belleza empalagosa, ante una de esas mugeres exhuberantes é impúdicas, cuya conquista parece la cosa más fácil del mundo, y que dan la sensación de esas pesadillas tantálicas, en que uno siente mucha hambre, mucha sed y diversos apetitos menores, que no puede satisfacer, porque los platos, las fuentes y las sílfides huyen á su contacto.

Semejantes mujeres dan lasitud. Hay tanta desvergüenza en sus amabilidades simuladas, se vé tan á fondo la carne bajo el encaje de sus miradas intensas, que uno se siente rechazado por aquella naturaleza tan desnuda. Un tocado extravagante, *outré*, una elección de colores chillones, que guardaban entre sí la armonia de colocación que les había dado la inteligencia forzada de la modista, completaban el cuadro de aquellas apariencias poco honestas.

Era el filón de Don Roque : Mesalina y Arlequín.

\*  
\*\*

Rodeábala un grupo numeroso de *gommeux*. El uno le hablaba al oído por la izquierda, el otro por la derecha ; tres ó cuatro más aun, le dirigían sus tiros de miradas y palabras silbantes á fuerza de calurosas, parados ante ella.... Josefina parecía un talego de monedas en el que todos querían meter la mano.

Y Don Roque, más atrás, contemplando extasiado

aquel cuadro sonriente. El gomoso de la izquierda era un empleado de Ministerio. Don Roque lo sacó de allí, casi á la fuerza, y le dijo :

— Compañero, tengo uná queja para Vd.

— ¡ Mi querido D. Roque !

Si señor.... ayer estuve en su oficina, y el expediente....

— ¿ Qué ?

— ¡ No lo habían despachado !

— No es culpa mía, Don Roque,... mañana mismo estará listo.

— ¿ Está Vd. seguro ?

— ¿ Porqué lo dice Vd. ?

— Porque mañana pensaba recibir *Josefinita* á unos cuantos amigos... una reunión de elegidos.

— ¿ Y qué ?

— Que si el expediente se despacha.... de puro contento doy un recibo en casa....

— ¿ Y no invitará Vd. al coronel L. ?

— No lo invitaré.

— ¿ Ni á ese poetastro de Sandoval ?

— Tampoco.

.. — Pues es cosa convenida. Mañana está el expediente listo.

\*  
\*\*

De atrás de sus anteojos, brillaron las pupilas de D. Roque. Cuando se dió vuelta, la misma *nube de adoradores* rodeaba á Josefinita.

Don Roque quiso entrar por medio de la nube, pero no hubo forma. El entusiasmo era demasiado grande,

para que fueran atendidas sus insinuaciones. Entonces imaginó una de sus tantas tretas.

Cogió de la mesa del *buffet* un platito, sirvió una copa de oporto, puso la copa en aquel, y rodeando la copa de bombones, se acercó al grupo.

— ¡Caballeros, con permiso!

Todos se hicieron á un lado.

Josefina vió llegar á su galante esposo con aquel espontáneo obsequio, pero ni levantó los ojos de donde los tenía puestos, que era, según pude colegir, sobre los marciales mostachos del coronel L....

— Josefinita, dijo Don Roque, con una voz melosa, frunciendo la boca como vieja coqueta : ¿ un poquito de vino ?

Pero Josefinita lo hizo retirar con una mirada llena de injurias y desprecios íntimos, replicando secamente :

— ¡No tengo gana!

\*  
\* \*

¿Acaso Don Roque era hombre de ahogarse en un vaso de agua? ¡Ni por pienso! El cerebro formuló el pensamiento, la garganta moduló la palabra quemante, pero los labios temperadores y pacíficos la disfrazaron en un decir Jesús.

¡Y qué bella y presentable quedó! Fué un disfraz *à la minute*, como las tarjetas de visita del Sr. Durand. ¡Era de verla, tan alegre, tan sonora, tan vistosa!

— Y unos confites, ¿no quieres?

Esta vez, Josefina aparentó no haber oído, é inclinandose ante el gomoso de la derecha, le virtió en



secreto no sé qué palabras que lo hicieron poner muy pálido.

Don Roque, que es un equilibrista admirable, ejecutó una verdadera hazaña sobre la cuerda floja de su dignidad. Se echó para atrás, triunfalmente, y asiendo con suavidad la mano de un nuevo personaje, anunció:

— Josefinita, el Sr. Ministro X....

Y había algo de imperio en su voz, que cobró de pronto un timbre metálico, dando la sensación lejana de esterlinas que sonaban una contra otra.

\*  
\* \*

Arlequín mandaba.... El Ministro X.... quedó contento de la acogida. Los gomosos, eclipsados ante aquel sol esplendente, principiaron á apagar poco á poco sus fuegos.

— ¿Me permitirá Vd. una gracia?, preguntó Josefina al Ministro, al cabo de un momento.

— Cien, si Vd. gusta.

— Su brazo para pasear el salón.

— De mil amores.

— Voy á lucir á Vd. como una adquisición preciosa, agregó ella, envolviendo á X.... en una mirada carnívora.

### UN MES DESPUÉS

(*El Ministro X.... en su despacho alargando un expediente á Don Roque.*)

— ¿Puedo servir á Vd. en algo más, mi querido Don Roque?

— ¿Está aceptada mi propuesta?

— Completamente aceptada.

— Mil y mil gracias entonces.... Sólo siento una cosa....

— ¿Qué, Don Roque?

(*Don Roque llevándose el pañuelo á los ojos.*)

— Josefina, la pobre....

— ¿Qué pasa? pregunta el Ministro alarmado.

— Diré á Vd.; yo me tengo de ir en el momento al Azul, (*sacando el reloj*) sí, son las tres, por esta proveeduría; y no puedo avisar á Josefina de este viaje inesperado.

(*El Ministro mirando al suelo.*)

— Si Vd. quiere encargarme de esa comisión, Don Roque....

(*Don Roque, transportado.*)

— ¿Vd? ¡qué dicha! ... ¿Puedo irme tranquilo?

— Completamente tranquilo.

— Adios, Sr. X....

— Adios, Don Roque, que le vaya bien. ¿Durará mucho su viaje?

— Unos ocho días.

(*El ministro, para sus adentros.*)

— ¡Diablo! Me hacía falta ese dato. ¡Estos maridos fáciles pasan á menudo, *por compromiso*, de lo ridículo á lo trágico!

## GLÜNCH.

Es por el fantaseo que se puede llegar á la plena clarividencia.

RICARDO WAGNER.

Con una recomendación de Franz Liszt, había conseguido llegar hasta Ricardo Wagner.

— Nunca he oído el *Tannhauser*, le dijo.

— Id á Dresde, y esperad que lo den, contestó bruscamente el maestro.

Glüncb se quedó mirándolo fijamente, con un aspecto de tan franca irritación, que Wagner lo consideró un momento con asombro.

— ¿Quién sois? le preguntó.

— Glüncb, respondió él, sencillamente.

— Vuestra altivez me agrada. Así era yo cuando muchacho..... ¿Queréis que almorcemos juntos?

— ¿Y me haréis conocer el *Tannhauser*?

— Os lo haré conocer.

Hace de esto algunos años. Wagner, vuelto á la corte de Luis II, después de ciertos disturbios políticos, era de nuevo primer maestro de capilla, y estaba orgulloso con las muestras de afecto del monarca, que había mandado construir para su ópera monstruo *Die Nibelungen*, todavía en gestación, un teatro especial en Bayreuth.

Glüncb fué introducido por Wagner á su departamento en Palacio, y le acompañó á almorzar.

\*  
\*  
\*

— ¿De dónde sois? le preguntó Wagner.

— De cualquier parte, contestóle Glüncb, con volubilidad.

— ¿Es un secreto?

— No. Es un misterio. He vivido mucho tiempo en el mar, y luego en los campos. Me han dicho siempre que me llamaba Glüncb, y que mi estirpe era real. Yo no me he preocupado de otra cosa que de mi violín.

— ¿Tocáis el violín?

— No he hecho nada más en mi vida.

— Que no ha sido muy larga, dijo Wagner, sonriendo orgullosamente.

— Es verdad: 21 años; pero hay años que valen siglos.

— Á veces. ¿Y habéis tenido maestros?

— El Capricho.

Wagner frunció el entrecejo.

— ¿Y para qué queréis oír el *Tannhauser*?

— Para probar que vuestra música no es « la música del Porvenir ».

Glüncb se había levantado al decir esto; su rubia cabeza germánica apareció altiva y soberbia, en medio á un resplandecimiento luminoso que brotaba de sus grandes ojos azules.

Wagner se puso pálido, y abandonando una copa de vino que iba á llevar á sus labios, corrió hacia un armario próximo, lo abrió, y apareció con un violín en las manos.

Glüncb sin verlo preguntóle rápidamente :

— ¿Vais á matarme?

— No. ¡Tocad! ¡Haced *vuestra música!* ¡Vamos! mostrad que no sois un charlatán.

El artista tomó el instrumento, lo consideró algunos instantes, y luego murmuró.

— ¡Inmejorable, es un *Stradivarius* amarillo!...

— ¡Vamos, tocad! le gritó Wagner impaciente.

Pero Glüncb dejó el violín sobre la mesa y muy tranquilamente respondió :

— Tocaré; pero antes quiero oír el *Tannhauser*,

— ¡No lo oiréis!

— ¡Y bien! no tocaré.

\*  
\*  
\*

Wagner se sentó en una silla; todo su cuerpo temblaba como un conducto recargado de vapor.

— ¿Pero quién sois? gritó, ronco y enervado por el exceso de cólera.

— Ya os lo he dicho : Glüncb.

— Lo desconocido, murmuró el maestro.

— Lo habéis dicho, respondió Glüncb, creo ser *lo desconocido*. De noche, cuando el tumulto de las gentes y las cosas ha dejado á mi alma en completa libertad, siento despertarse dentro de mí una actividad tan sobrenatural, una ansia tan poderosa y tan insaciable, que el sueño huye de mis párpados, y en mi cerebro se suceden las escenas más lujosas en colores extraños y en figuras ideales, que arrastran largos ropajes blancos, y se pierden sucesivamente como las notas

fugitivas de un poema que el viento trae desde regiones lejanas.

Son visiones que pasan por el fondo azulado, á veces, en multitud, á veces, solas, y que me miran y sonrien, llenándome de esperanzas insensatas, que generan en mi espíritu una como fiebre intensísima, obligándome á buscar alguna cosa para calmarla. Entonces tomo el violín, y el arco vibra, y corre, y pasa como una culebra sobre las hojas verdes, deslizándose de una manera que á mí mismo me da miedo.

¿Quién me dicta las estrañas combinaciones, quién me murmura al oído los maravillosos poemas que luego traslado á la tela de mis cuadros sinfónicos?

— ¡La locura! gritó Wagner.

— Puede ser—replió Glüch. ¿No habéis dicho vos mismo que el *fantaseo lleva á la clarovidencia?*

— Pero en fin—¿qué pretendéis?

— Oir el *Tannhauser*.

La ira puso cárdeno el rostro de Wagner, pero, dominándose, fué hasta su piano, y puso los dedos en el teclado, recorriéndolo de modo á arrancarle arpegios en diferente tono, y escalas que principiaban con el sonido mas cristálico, y se elevaban bruscamente á la intensidad del trueno.

— ¿Conocéis el argumento del *Tannhauser*? preguntó á Glüch.

— Sí. Es una leyenda que en vano pretendéis profunda y fantástica. Al componer vuestra ópera, principiásteis eligiendo un tema poco dramático, y en ninguna armonía con vuestro genio extravagante.

Wagner pensó sin duda que Glüch era un pobre loco.

Sonrió con lástima, y haciendo que no había entendido, repuso :

— Escuchad.

Y ejecutó varios trozos de su incomprensible y tenebrosa partitura; aquellas notas gigantes, hinchadas como un hombre enfermo, empujadas unas tras otras en el encadenamiento más absurdo del mundo, arrancaron una carcajada á Glüncb.

— ¡Pero eso no es música!.... decía. ¡Es todo á lo más, un golpear insensato, un poema de sordos!

— ¡Oíd, miserable! rugía Wagner, ensordeciendo la atmósfera con un diluvio de notas amontonadas, como un ejército que se atropella y confunde. ¡Escuchad! ¡Comparad esta profundidad profética con vuestra melodía italiana, que no sale de un balanceo voluptuoso, bueno sólo para arrullar el sueño de los chicos!

Glüncb no le oía. Con la cabeza tendida hacia el piano, la respiración anhelante, el alma toda entera concentrada en aquella música ora extravagante, ora pueril, parecía empeñado en hacer tangible el *espíritu* de la partitura, y buscarle su fisonomía propia.

— ¿Qué es esto, murmuraba? ¡*La marcha de los peregrinos!* Pero lo mismo podría ser la música bárbara de un regocijo de caníbales, ó el himno de un ejército mercenario, formado por la fusión de los himnos de cien naciones diversas, ó una partitura destinada á pintar la confusión de una derrota.

— ¡Ah! dijo Wagner, ¿No os parece original esta marcha? ¡Veamos!

Y ejecutó el riquísimo tono melódico que acompaña las estrofas de Tannhauser en el primer acto.

— ¡Muy bien! dijo Glüncb; pero eso está contra vuestra teoría: Es música italiana la que estáis tocando.

— ¿Y esta otra? preguntó Wagner, temblando de cólera.

— ¿De qué acto es?

— Es el duo del Tannhauser con Elisabeth, después que ésta lo ha salvado del mal éxito en su torneo con los *Minnessingers*.

— ¡Y bien! ¿Queréis algo más puramente italiano?

Wagner no pudo más. Saltó de su asiento, y crispando los puños, indicó á Glüncb, la puerta de la cámara :

— ¡Salid!, gritó.

\*  
\* \*

Glüncb, impasible, se dirigió á la puerta. El autor de *Rienzi* lo detuvo, para preguntarle de nuevo, ¡ con una furia de impaciencia inexpressable :

— ¿Pero quién sois?

— Glüncb.

— Venid, no os vayáis, me habéis puesto fuera de mí. Quiero oiros tocar el violín.

Glüncb tomó el instrumento que el maestro le alargaba, y se puso á templararlo. Sentóse muy tranquilamente, y dijo al maestro :

— ¿Queréis que hablemos un instante?

— Hablad.

— Vuestro método, con el cual pretendéis innovar las tradiciones musicales, no es probablemente más que el anuncio del gran cambio que debe operarse en la *factura* de la música del porvenir. Dotado de un humor áspero,



de un genio extravagante y caprichoso, creéis haber encontrado el gran secreto presentido por tantos artistas sublimes, que se han debatido inúltimente antes que vos, buscando un alivio al ansia divina de que se sentían poseídos; creéis haber encontrado la llave de la nueva inspiración, produciendo inponentes masas de sonido que llenan el espacio y el cerebro, ahogando por su inmensidad física toda imagen ó sentimiento tangible.

Suponiendo que el alma es, como lo han dicho nuestros sabios, un sistema telegráfico, con oficinas diversas, que todas concluyen en una oficina central, la cabeza, resulta que todo despacho, toda *impresión* para ser recibida, necesita tiempo, y libertad de pasaje. Si ocupáis todas las oficinas, ó todos los hilos de una oficina al mismo tiempo, os resultará una impresión monstruo, colossal, que fundirá en una todas las impresiones, porque ocupará todo el órgano á la vez.

Así es vuestra música. No tiene fisonomía, porque no es posible descubrirla en un gigante que llena el horizonte de nuestra vista, con un vientre fenomenal, que nunca acaba, y que lo pega á nuestros ojos, bruscamente. Derumbáis sobre el oído una montaña de notas, sin ligazón musical, en que todo el orden armónico y melódico queda invertido, y aturdís, en vez de comunicar una impresión cualquiera.

¿ Creéis que el público de Paris, al rechazar vuestro *Tannhauser*, ha hecho otra cosa que dar una prueba de sentido común?

— Es la prédica de siempre..... repuso fisgonamente Wagner.

— ¿ Qué es vuestro *Lohengrin*? prosiguió Glünoch. Lo

he oído en Weimar, cuando se dió por la influencia de Liszt. Es siempre la orgía loca de sonoridades desencadenadas, el tejido extravagante de ruidos absurdos, iluminados aquí y allá por un trozo melódico, en absoluta desarmonía con vuestro método.

*Rienzi*, sobre todo, donde habéis desarrollado vuestra manera, sin mirar para atrás, es obra de un loco, por añadidura sordo.

— ¡Ni una palabra más! gritó Wagner. ¡Tocad! ¡Tocad!

— Esperad. La música es un lenguaje, y lo mismo que la literatura, puede servir para expresar los más intangibles pensamientos, los matices más pálidos, las imágenes más impalpables y fantásticas.

¿No hacéis una frase literaria para diseñar una figura ó una escena? Pues haced *frases musicales*; sustituid el sonido á la palabra; esfumad la nota sobre el cristal de los recuerdos y derramadla, mezclándola á otras, que al fundirse comuniquen la misma impresión que la palabra escrita ó hablada, y el día que hayáis conseguido eso, habréis encontrado la música del porvenir; el más puro altar donde pueda quemarse el incienso de la poesía.

— Palabras, palabras, palabras..... murmuró Wagner.

\*  
\*\*

Glunch habíase posesionado del *Stradivarius*.

— Voy á bosquejaros — dijo á Wagner — una composición que todavía no he completado, que todos los días modifico, pero que alguna vez he de concluir. Oid, y decidme si esta música no os sumerge en el mundo de los

sueños, el único en que, según vos mismo, es posible la *plena clarovidencia*.

— ¿Es una ópera? preguntó Wagner burlonamente.

— No, es una fantasía, un capricho. La he titulado : *Fuego futuro*.

Y Glüncb, entregándose todo entero á su inspiración, principió á mover el arco. Primero eran notas amplias, prolongadas y profundas, que daban la imágen lejana de una *llanura*; luego, vibraciones como de viento ten'ue que recién se levantaba, y al pasar hacía gemir las hojas de los árboles; de cada uno de aquellos vagos estremecimientos, fueron naciendo otros y otros, hasta hincharse y formar un inmenso murmullo en el que se podía distinguir cada nota particular : la del viento, la de los árboles al crugir, el chillido del buho, el ruido de sus alas al volar, y esos mil sonidos confusos que el alma amedrentada oye, aumenta y genera, cuando nos encontramos de noche en un *cementerio*.

Llegado á aquel punto, el arco se fundía con el violín, el violín con el músico, y el músico con todo lo circundante, en una especie de esfumado fantástico que cambiaba por completo la escena, para presentar la imágen vaga, indecisa, pero tangible, de un campo de muertos.

El viento seguía gimiendo, las hojas cuchicheaban misteriosamente, y la soledad y el terror íbanse apoderando del espíritu inquieto, abierto á las emanaciones de lo sobrenatural. Acudían p̄surosos, como evocados, todos los recuerdos, ideas y sentimientos, ligados á aquella situación especial, y el pensamiento quedaba amarrado al encanto como Prometeo á su roca del Cáucaso.

Hasta allí, el músico no había empleado más que penumbras, y sombras de sonidos, girones como de rumor lejano : pero luego se sucedían notas tangibles, que imitaban de una manera maravillosa el chirrido áspero, continuo y creciente de goznes mohosos que cedían á la presión, y esta armonía terrible, repetida y variada en todos los tonos — lo que hacía concebir diferentes distancias — mezclábase á la otra, producida por el viento, los árboles y las hojas.

Después, el oído amedrentado, percibía voces como de amplios ropages que se arreglaban y modelaban sobre muchos cuerpos á la vez..... *Los muertos vestían sus sudarios*; oíase el crujido de sus mandíbulas peladas, que chocaban entre sí, al ayudar los horrorosos murmullos de sus dueños. Luego, el andar mesurado y solemne de los fantasmas, y el ruido de sus pies sobre las hojas secas del camino.

De en medio á aquella sonoridad vaga y tenebrosa, partía después un sonido, tenue como un suspiro ahogado al nacer, pero que el eco prolongaba en *circulo*; y la nota crecía y crecía dando vueltas, girando, en remolino, que á veces era rápido, y lento á veces.

En *circulo* — vibrando con intensidad varia, semejante á un arco de acero conmovido por un choque — aquella nota se dilataba, se expandía y volvía á disminuir su volumen, girando de un modo vertiginoso. Era el *fuego fatuo*. Desde entónces, este sonido se convertía en la nota dominante del cuadro y corporizándose, veíasele flotar, revolotear, hundirse y elevarse, desaparecer aquí para brotar mas allá, incansable y eterno como el espíritu del mundo.

Por sobre el viento que gemía ; por sobre la soledad y

el terror, y el cuchicheo de las hojas secas, holladas por los pies descarnados; por sobre el roce de los ropages, y el murmullo de las mandíbulas brillantes, matizando todo, combinando y variando al infinito los diversos ruidos de la noche solitaria y del osario removido, oíase siempre el silbido vibrante y misterioso del *fuego fatuo*, describiendo círculos perpetuos, torbellinos de luz que morían para nacer de nuevo, como los seres de una creación fantástica.....

\*  
\* \*

— ¿Y bien? preguntaba al día siguiente Luis de Baviera á su médico Herderus, que pulsaba á Wagner, extendido é inmóvil sobre su lecho.

— Creo que la fiebre cesa, murmuró aquel. ¡Mirad! Vuelve en sí.

En efecto, Wagner abrió lentamente los ojos, se pasó la mano por la frente y preguntó :

— ¿Dónde está Glüncb?

— Es el nombre con que ha estado delirando, dijo el médico al rey. Y volviéndose á Wagner le dijo con dulzura.:

— Glüncb no está. Pensad bien, debe ser un sueño vuestro.

— Puede ser, contestó Wagner. Pero si ha sido un sueño, ¿quién ha estado tocando en ese *Stradivarius*?

Los circunstantes miraron hacia la mesa que el autor del Tannhauser señalaba con su mano derecha. El médico largando una carcajada, replicó alegremente :

— ¡Si eso no es un violín! ¡Es una botella de *Kirsch* que sin duda habéis vaciado sin fijaros!

## COMER DE HOTEL.

¡ Cuánto había suspirado D. Mariano por *comer de hotel!*... Hacía seis ó siete años que comía siempre los mismos platos en su casa; á la verdad, no los encontraba malos, ¡ eso no!; estaban siempre á punto, bien sazonados de sal, y con una limpieza que se adivinaba desde lejos. Además, eran sanos, sencillos, apetitosos; pero he aquí, justamente, el motivo de su fastidio y de su tirria contra ellos; él comprendía que eso de comer platos modestos y sencillos era muy atrasado, y se hallaba fuera de moda, siendo, cuando más, cosa buena para la familia y para los chicos.

¡ Pero él! Todo un hombre que se había sostenido de corredor de Bolsa, sin hacer *krach* durante muchos años seguidos; un hombre que tenía tilbury, y en el tilbury un caballo mestizo; un hombre que conversaba á veces con el Ministro de Hacienda, que era amigo de varios periodistas, y de quien *The Standard* había dicho que « era uno de los corredores mejor conocidos »..... (*one of the best known brokers*), un hombre, en fin, que tenía distinguidas relaciones, que todas almorzaban, cuando menos, de hotel, ¿podía seguir sin menoscabo de su reputación, sin disminución de su felicidad, comiendo buena y sencillamente los pucheros, asados y carbonadas de su casa?

Es cierto que no padecía de dispepsias, con aquel método, que siempre tenía buen apetito, y gozaba, por consiguiente, de una salud envidiable... pero, eso de comer de hotel, da cierta *respectability*, como decían sus amigos de la Bolsa, es más distinguido, más europeo, ¡y es tan lindo todo lo que huele á europeo, aquí en América!

Don Mariano se decidió, pues, á almorzar de hotel, aun cuando de esa manera causara cierto disgusto á su mujer, que era muy afanosa la pobre, y gustaba de prepararle con cuidado aquellas comidas caseras y tradicionales, que tanto le fastidiaban.

¡Sobre todo, sus hijos... aquellos chiquilines ruidosos y regalones, cómo lo extrañaron los primeros días! Estaban llorosos, incómodos, no querían comer, y al fin, había que levantarlos de la mesa, y darles unas buenas palmadas para que se les quitara la *luna*.

Al mismo D. Mariano se le partía el corazón, cuando le contaban aquellas escenas que le enternecían, haciéndole ver el cariño de su pequeña prole; y poco faltó muchas veces para que echara al diablo la comida del hotel, y volviera á los platos sencillos de su casa.

\*  
\*  
\*

Cuando llegaban las 10 y 1/2 de la mañana, después de haber correteado de un lado á otro, en su *tilbury*, aparecía D. Mariano á la puerta del hotel, hacía parar el caballo mestizo, y entraba..... Era visible el aspecto distinguido y de elevada compostura que adquiría en aquellos momentos solemnes. Si hallaba al paso á un

amigo, aun cuando no tuviera con él gran confianza ni siquiera mucha igualdad de condiciones, le decía :

— ¿Vamos á almorzar juntos, querido?

— No, señor, gracias...

— ¡Vamos, amigo!

Y lo empujaba, y le tomaba del brazo, y se lo llevaba á almorzar con él, quieras que no quieras, aun cuando el otro ya hubiera almorzado en su casa.

Al principio, D. Mariano, que no conocía absolutamente nada de lo que á hoteles se refería, se parapetó tras de una mesa del café X..... Tenía un apetito que continuamente le traía olas de saliva á la boca. Quería comer de todo, y aquel servicio oficioso del garçon, que lo llamaba *monsieur*, y se obstinaba en hacerle hablar francés, unido á los platos de metal plateado en que se le servía hasta el pan, lo mareaban, le hacían experimentar una felicidad hasta entonces desconocida.

Como el elemento esencial de la dicha es el contraste, D. Mariano, acostumbrado á comer cosas sencillas, pedía las más complicadas que encontraba. Vió en la lista *caldo de gallina*, y dijo al mozo gravemente, como hombre concienzudo, que consulta su gusto :

— Tráigame *caldo de gallina*.

¡Ay! el famoso caldo de gallina, era trasparente como alas de mosquito, y sin una gota de sal; aquello era simple agua calentada á 40°. D. Mariano no pudo ménos que notar esta circunstancia alarmante, pero, echándole un poco de sal, lo halló muy pasable, y lo tomó con bastante placer.

Después de esto, pidió una *croquette de volaille*. Nunca había probado semejante manjar, y le pareció real-



mente exquisito, aun cuando se confesó á sí mismo, que la carne de ave, si lo era, estaba manida, y blanda como goma.

El tercer plato, fué un *filet* con berros. La carne era fresca, pero estaba muy cruda, y como siempre, *asada* sin sal. Á pesar de todo su apetito, no pudo comer más que la mitad. D. Mariano, malgrado todo su respeto por esa admirable institución de los hoteles, le preguntó al mozo, asi como en confianza :

— Dígame, ¿porqué tienen tan poca sal las comidas?

— ¡Ah! contestó el garçón, sonriéndose, es para que cada marchante se la eche á su gusto.

— ¡Hombre, y es cierto! exclamó él. Mas, un minuto después, reflexionó, y se dijo :

— Sí... será mas cómodo, pero las carnes cocidas sin sal....

Un gesto melancólico acabó su pensamiento. El mozo, que lo conoció sin duda, le propuso una *mayonnaise de homard*, que D. Mariano aceptó en el momento, pensando fuera buena cosa, y figurándose que debía ser de mal tono el rechazar algo que el garçón propusiera.

Cuando vino la *mayonnaise*, no pudo menos de preguntár al mozo :

— ¿Para qué han hecho tan grande esta *mayonnaise*? Si parece para cuatro personas.... En efecto, era un plato enorme.

Su amable *cicerone*, respondió :

— El señor puede servirse lo que quiera...

— Pero tendré que pagarla toda, pensó para sus adentros D. Mariano.

En fin, le sirvieron postre y el café. Pidió la cuenta, y casi lanza un grito, al ver que ella subía á 63 pesos.

— ¡Caracoles! dijo D. Mariano, ¡pues ya es carillo el comer de hotel! Dió un billete de 100 pesos al garçón para que se cobrara, y del vuelto, creyendo ser generoso, distrajo modestamente un peso, y se lo alcanzó á aquél, como propina.

¡Más le valiera no hacerlo! El mozo le dió las gracias de un modo amenazador, tiró el peso sobre la mesa, y principió á levantar platos y botellas, ruidosamente; de manera, que las personas que comían cerca, clavaron los ojos en D. Mariano, haciendo poner á éste más colorado que un tomate de Andalucía.

Salió de allí, haciéndose mil preguntas á sí mismo.

— ¿Pero es posible, decía, que este hombre se haya enojado porque le diera un peso? ¿Y cuánto quería?.. ¿Mil pesos? ¡Pues estamos frescos!..

\* \* \*

Sin embargo, al día siguiente volvió, y se sentó á la misma mesa. Quiso saludar al mozo, pero éste hacía como que D. Mariano no había llegado todavía; golpeó las manos, impacientado, y el mozo respondió ruidosamente :

— J'y vais, monsieur !

Mas, no fué. De modo que pasaron diez minutos, y el maldito garçón, iba y venía, por delante de la mesa en que estaba D. Mariano, aportando platos, destapando botellas, atendiendo, en una palabra, á todo el mundo, menos á él...

Encolerizado, por último, D. Mariano le gritó al pasar, con voz de trueno :

— Señor mozo, ¿va vd. á venir ó no?

Todos volvieron hacia nuestro corredor los curiosos ojos, hinchados de apetito de escándalo ; hubo murmuraciones, miradas maliciosas, risitas socarronas.

El garçón se paró por fin delante de D. Mariano, como hombre á quien vienen corriendo por matarlo.

— ¿Qué desea, señor ?

— Traigame una *beccasine froide*.

Allá como al cuarto de hora, apareció la *beccasine froide*. Pero no tenía ni pan, ni vino, ni servilleta ; y para conseguir cada una de aquellas cosas, le costó otro triunfo. Al fin, pegó un tajo á la beccasine, un mal olor insoportable subió hasta su nariz ; aquel animalito estaba pura y simplemente podrido.

Vuelta á llamar al mozo ; nuevos sudores para obtener su anhelada presencia. D. Mariano, que ya estaba harto de escándalo, no dijo nada de aquel accidente, y se contentó con retirar el plato, diciendo :

— Déme un poco de *poulet froid*.

El perverso del mozo, giró sobre sus talones y al rato apareció con un poco de pollo frío ; pero había elegido tan diestramente aquel *poco*, que D. Mariano, por más que libró con él una formidable batallá campal, no logró sacarle más que dos bocaditos.

Resuelto sin embargo á evitarse nueva sesión de risitas y conversaciones, siguió prudenciando sin decir una palabra, pero, naturalmente, la rabia le estaba preparando una dispepsia como para media docena de personas.

Ya no quiso pedir más; tomó el postre, y el café, pagó, y echó á correr hacia el tilbury, como si estuviera muy apurado, pero en realidad, era porque sentía ganas de hacer un *massacre* en aquel implacable garçón.

— ¡ No vuelvo más ! — se dijo.

Y en efecto, al día siguiente, fué á otro hotel. Allí se comía, en general, mejor. Mas, para el servicio de ocho mesas, no había más que un mozo. D. Mariano tenía siempre su tiempo muy contado, y como entre plato y plato le hacían esperar un cuarto de hora, la cólera y el fastidio le descomponían la sangre todas las mañanas. Además, el vino que tomaba, uno que se expende en todos los hoteles, con el nombre de *Cachet Rouge*, le había producido ya alguna irritación en el estómago.

Las comidas, sin embargo, eran confeccionadas sin sal — para que el consumidor les echara á su antojo — y las carnes cocidas venían invariablemente tan cocidas, que eran una especie de baba de perro moribundo.

Después de tres días de sufrir aquel suplicio lento, D. Mariano, en los intervalos que le dejaba el mozo, principió á reflexionar sobre la nada de las cosas humanas y particularmente sobre el mal servicio de los hoteles en Buenos Aires.

Él, que nunca había padecido de inapetencia, ya no encontraba gusto para comer la más inocente costilla; y lo que era peor, seguía la irritación de estómago.

Una mañana, encontró á un corredor amigo de él, y le invitó á almorzar.

— Con mucho gusto — respondió su colega.

Conversando, D. Mariano le sentó la cuestión que

tanto le atormentaba, preguntándole si en todas partes los mozos eran tan insolentes y tan perezosos como allí, y en qué consistía que á él lo trataban todos tan mal.

— ¡Psh! — le dijo su amigo — vea vd., con el servicio de los hoteles aquí está pasando lo que con todas las cosas ha pasado en Europa.... Los mozos de café, y los cocheros, lo envenenan á uno, ó le dan contra las piedras, si no les da una propina enorme. Esto, por un lado; y por lo que respecta á las comidas en general, ellas son lo único que pueden ser : detestables. Si fueran buenas, no harían los hoteleros la fortuna rápida que hacen. Fijese vd : si el consumidor pide *caldo*, le dan cocimiento de una multitud de deshechos, y él será tanto más espeso, cuanto más tiempo de cocción tengan; el caldo de la comida es mejor que el del almuerzo.

D. Mariano tragaba saliva, y no podía pasar lo que tenía en la boca. Su amigo prosiguió :

— Todo lo que dejan en sus platos los que toman caldo, vá á las mismas ollas de que salió; lo mismo sucede con los guisos, con los cocidos de cualquier especie; esta es la manera de hacer negocio.

— ¡Ah puercos!..... decia nuestro corredor.

— Agregue vd. á esto, las rabetas que le hacen tomar á uno, los tóxicos que le dan en lugar de vinos, la falta de sal en todas las carnes, las sustancias irritantes á que uno tiene que recurrir para provocar su apetito perdido....

— ¡Pero entonces! — preguntó D. Mariano — ¿porqué se alaba tanto el « comer de hotel », porqué van las gentes á los restaurants?

— ¡ Oh !.. hay muchas razones. En primer lugar, uno cambia de perspectivas y de hábitos. Generalmente, sale de su casa, deseando no volver á poner nunca los pies en ella, por alguna suegra, ó algún cuñadito, ó primito, que le quema la sangre todos los días á la hora de almorzar y de comer... ¿ vd., sabe ? alguno de estos zán-ganos que tienen la fortuna de que la hermana ó la parienta se case con un trabajador.

Si es soltero y solo, tiene que comer forzosamente de hotel. Si trabaja en el centro, por la mañana, no tiene otro remedio. Así se vive, amigo : el mundo es una cadena, y tenemos que cerrar los ojos, así para vivir, como para comer.

— Pero es desesperante.. dijo D. Mariano. Yo voy á ver si vuelvo á almorzar en casa otra vez, aunque me perjudique...

\* \* \*

Por cambiar, sin embargo — y sobre todo, por no dar su brazo á torcer, D. Mariano pasó á otro hotel, justamente el más celebrado, á aquel en que todo es más rico, más fino, más depurado.

Los mozos eran la quintesencia de los insolentes. Acostumbrados al *high-life*, querían una recomendación para admitir un nuevo consumidor. Pasaban por delante de él sin dignarse mirarlo. Los llamaba, y era lo mismo que si llamara á sordos. Parecía que se hubiesen combinado; no era pájaro conocido en las altas regiones, y todos tenían á menos el atenderlo.

Nuestro pobre corredor se sentía como pollo en corral ajeno: Por el honor de la bandera, insistió hasta

que uno de los mozos se vió obligado á ir. Lo que almorzó, fué más ó menos lo que en los demás hoteles.

Pidió *abbatis de dinde*, es decir, *muslos de pavo*, y con gran sorpresa, constató que sólo se trataba de *canillas de cordero*. El mozo condescendió en explicarle que « aquella era una costumbre, y que eso ne se discutía. »

Horrorizado de lo que le había contado su amigo sobre la cocina íntima de los restaurants, no quería pedir sino de aquellas cosas en que debían entrar necesariamente elementos frescos, y que no eran susceptibles de seguir componiendo otros platos con los despojos de los consumidores.

Entonces se veía obligado á comer fiambre, mayonesas, asados sin sal, quemados ó crudos. Las papas fritas le habían dado en cara de tal manera, que no las podía ver ni anunciadas en las listas. Las legumbres, siempre las mismas, le habían cansádo tanto, que ya ninguna le ofrecía otra perspectiva que la repugnancia.

Había perdido completamente el apetito, y no bien principiaba á comer, los pantalones le oprimían el estómago de un modo insoportable. Así fué que almorzó como pudo, envenenada la sangre por los desprecios del garcón, y el fastidio de esperar media hora para cada plato, y después de pagar 80 pesos por cuatro bicocas, salió echando pestes del hotel más *lujoso de Buenos Aires*.

— En todas partes es lo mismo, pensó, cuanto más lujo, menos solidez.

Entonces cayó en los restaurants de tres al cuarto.

que se come barato, y los platos son muy abundantes. En el primero que entró, le pasó lo siguiente. El dueño de la fonda era casado, y tenía una hija como de quince años, preciosa. Mientras almorzaba, la miraba, y poco á poco se iba apoderando de él un éxtasis peligroso, que hubiera concluído por hacerle sacar la lotería de una pasión volcánica, que hubiera convulsionado su hogar. Pero al tercer día, un compadrito se le acercó por la calle, y medio lo insultó, tratando de buscarle camorra, por que « no le gustaba que nadie mirara á aquella niña. »

Don Mariano no era hombre de pelea; calculó en un segundo los resultados de aquella cuestión, saludó cortesmente al compadrito, y no volvió nunca más por el restaurant.

\* \* \*

Tan enfermo del estómago se sintió al poco tiempo, que concluyó por consultar á un médico. Cúpole en suerte dirigirse á una de las primeras notabilidades del país, quien le dió simplemente á tomar una solución en agua, de bi-carbonato de soda, recomendándole que no tomara el vino de los hoteles, y evitara los alimentos complicados en su elaboración.

— ¿Vd. cree que el vino?..... dijo asustado Don Mariano.

— En general, si señor, respondió el médico, creo que el vino de los hoteles, particularmente el que no viene embotellado de Europa, no es vino, sino una mezcla de sustancias perjudiciales y peligrosas. Yo conozco uno que se toma muchísimo aquí y en cuya compo-



---

sición entra el principio colorante de la *anihilina azul*, que no se puede obtener sino tratándola por el arsénico, y naturalmente, la preparación queda algo arsenicada; á las personas sanas, este vino no las mata, porque el arsénico se halla en poca cantidad, pero las enferma. Á las que se embriagan continuamente, sí, las mata. Esos casos, que según los diarios cuentan todos los días, son de *delirium tremens*, no son tales, sino verdaderos envenenamientos, por la acción lenta y sucesiva de la *fucshina arsenical* que queda el arsénico en los vinos artificiales.

Don Mariano salió edificado de aquella visita, jurando no volver á poner sus pies en los hoteles, por puro gusto, como lo había hecho entonces.

## UN ALMUERZO DE SOLTEROS.

— Entonces, verdaderamente, ¿vdes, tienen *casa*?

— ¿Cómo, si tenemos *casa*? ¡Pues ya lo creo! Si vivimos como unos príncipes.....

— ¿Es la verdad.... *verdadera*?

— Lo aseguro bajo mi palabra, dijo gravemente Eduardo.

— Y yo lo juro, agregó con solemnidad Mariano, conocido entre nosotros por el *Capitán*.

— Entonces no tengo más remedio que creéelo. Vamos á almorzar.

Y el interlocutor de ambos solteros, que era ya persona de estado, que comía todos los días, con encantadora regularidad, se caló los espejuelos, y salió de la imprenta con sus dos amigos.

Á mitad de escalera, una exclamación partió de boca de todos.

— ¡Hola Rodolfo! ...

Era el nuevo personaje asaz pequeño, de noble figura y maneras más nobles aun, con gravedad esparcida hasta sobre los botines, cosas todas que le daban aspecto de un *hombrecito* distinguido, especie de Mr. Thiers americano.

Después de salutations apresuradas y ruidosas, Rodolfo es convidado á almorzar con la compañía. Pero,

noblemente, protesta..... de que el almuerzo no vá á alcanzar, y quiere retirarse.

— No, hermano querido, le dice el capitán, con su voz más empalagosa y traidora, ¡ voy á mandar comprar unos *bifes*, en la fonda de al lado!.....

El hombrecito sonríe maliciosamente, hace un movimiento de tirador que le saca el cuerpo á una estocada en tercia, y dice :

— Bueno, pero yo no pago.....

El capitán prorrumpe en una carcajada, y prosigue con su voz de sirena irresistible.

— ¡ Pero hermano, tú que eres tan bueno!..... ; No son más que cuatro bifes! ; Yo me comprometo á poner el dulce!

Rodolfo volvió á repetir con igual elegancia el movimiento de retroceso, miró á todos lados, y viendo al hombre *de estado*, que permanecía en silencio como buen zorro, dijo noblemente :

— ¡ Que pague el *Literato!*

— ¡ Eso no lo puedo permitir! saltó caballerescamente el Capitán. ; El Literato es *invitado!*

— Yo también soy invitado, exclamó Rodolfo. ¿ Dónde se ha visto que lo inviten á uno, y le hagan pagar los bifes?..... ¡ Es indecoroso !

Esta última frase había sido pronunciada con tan suprema dignidad, que reinó un momento de silencio aflictivo en la compañía.

— ¡ No hay más remedio!, murmuró el Capitán, con un suspiro, sacaré los cuatro bifes, ¡ á crédito!

La bóveda que encerraba á la escalera hinchó, con su eco rumoroso, los vivas y palmoteos de los cuatro amigos, haciendo, como hace la calumnia con una

sospecha, un estrépito atroz, de aquellas simples muestras de entusiasmo.

— ¡En marcha, entonces! dijo el Capitán.

\*  
\*\*

— Voy viendo que estaba en mis razones al sospechar que vds. no tenían casa, y que vivían de la casualidad... murmuraba el *Literato*, dirigiéndose á sus ruidosos compañeros. ¡No podía ser de otro modo! En tiempos infaustos, me pasaba lo mismo, estaba flaco, y con muchas ojeras, no almorzaba casi nunca, y me faltaban hasta cigarros, no podía salir á la calle de miedo á los acreedores.....

En este momento, Eduardo hizo ¡*chut!* á sus amigos, y doblando repentinamente por una esquina, desapareció corriendo con velocidad increíble sobre las puntas de los pies.

Todos se volvieron, asombrados. El Capitán señaló de pronto, con los ojos, á un individuo de mirada aviesa, gabán larguísimo, raido como el interior de una cueva de ratones, que avanzaba hacia ellos, con ademán amenazador.

— «Un altra volta si ha scapato!» dijo el hombre del gabán, cuando estuvo cerca de ellos, apretando los puños, «É un cudio, un bandito, un assassin, questo amico de ostedede.»

El hombrecito de las nobles maneras iba á contestarle indignado, cuando el Capitán lo detuvo:

— Déjalo, le dijo. ¿No sabes quién es? .

— ¡Cualquiera que sea! exclamó exasperado el ele-

gante hombrecillo. ¡ Es indecoroso permitir que se insulte así á un amigo !.....

— ¿ Quién es ? preguntó el compañero ya casado. ¿ Algún marido ?.....

— ¡ No te alarmes ! dijo el Capitan sonriéndose. Es simplemente.... ¡ un *inglés* !

Rodolfo concluyó por apaciguarse ; y una vez restablecida la armonía, prosiguió la marcha, en medio de las risas y dichos picantes de los tres camaradas.

\* \*

Á la *casa* de Mariano y Eduardo, ya había llegado este último ; con la mayor alegría del mundo se había sacado el jacquet, y se ocupaba en hacer gritar lastimosamente á una guitarra vieja, especie de alma pecadora condenada al tormento de ser perpetuamente acariciada por aquella mano profana.

— Qué disparada, ¿ eh ?... dijo, riéndose á carrillo abierto. ¡ Si no ando tan ligero, me pesca !

El Capitán, después de haber enseñado á su amigo el casado hasta donde se extendían sus posesiones en la casa de vecindad, desapareció un momento, para encargar los bifes en la fonda.

El hombre *de estado* pasó en revista, de una ojeada, el mobiliario de las piezas. Era el desorden más pintoresco y más extrambótico del mundo. La casa se componía de tres piezas ; en las dos únicas que estaban abiertas, había dos aparatos que parecían camas, cuadros sin colgar, representando frisos del Partenón, fiestas Dionisianas, mujeres y Venus desnudas y algunos retratos de amigos.

En la mesa de noche de Eduardo, el *poeta*, había tres ó cuatro volúmenes desvencijados, de escritores españoles, un tratado de *Albañilería*, una Memoria del Ministerio de Hacienda, un *Werther*, una « *Vida de las abejas*, » y la *Confesión del un hijo de siglo XIX*, de Musset.

— ¡Así debe tener la cabeza !..... murmuraba el severo hombre casado.

En el cuarto del Capitán estaba la mesa del comedor, al medio. Una muralla de libros viejos, diccionarios del tiempo bendito de la rabona en la escuela, había señalado el límite del espacio concedido á las funciones de *mesa de comer*. La otra mitad había sido destinada á *mesa escritorio*, con cuyo objeto una segunda muralla de libros, dividía aquella mitad en dos partes: una para el *poeta*, la otra para el *Capitán*.

— ¡Este pillo de Capitán!.... decía el hombre casado, revolviéndole los libros, — es muy casto, verdaderamente, como dicen.... ¡Pues no tiene aquí los *Cuentos de Boccacio*?.... Yo los tuve que vender, el día antes de casarme; es un libro disolvedor, un enemigo de la tranquilidad del hogar, ¡Hum! ¡hum! el primer tomo de Vallín y Bustillos; esto es una antigua querida abandonada; ¡milagro que no se ha ido á parar á una librería de viejo!; probablemente no han querido comprar la obra porque está trunca... ¡*La fisiología del matrimonio* de Balzac! ¡Vade retro!

En aquel instante llegaba Mariano, con la cara triunfante.

— ¡Ya vienen los bifes! gritó. Es un buen hombre,

este fondista. Me ha fiado « otros cuatro » bifés más. ¡ Merecería que le levantáramos una estatua !!

— Espera, dijo Eduardo. Vamos á hacerle unos versos.

— Él preferirá, probablemente, que le paguen, dijo el Literato.

— Pero eso es muy prosaico. Unos versos bien hechos pueden llevar su recuerdo á la posteridad, contestó el poeta. Y tomando un lápiz, escribió en la pared (porque papel, no había) :

### Á UN FONDISTA GENEROSO.

¡ Oh fondista que nuestro amor irritas  
Con tus quejas de cisne pesaroso!...

— ¿ Qué tiene que ver todo eso con el agradecimiento al fondista?, exclamó Rodolfo, adelantándose noblemente con el ademán fiero.

Todos prorumpieron en una carcajada. Eduardo se tenía las costillas para que no le dolieran con la risa.

— ¡ Bah, lo mejor es que vamos á la mesa!, dijo el Capitán.

Aceptada la proposición, pasaron los cuatro amigos al comedor.

\*  
\*

El hombre casado, que recordaba, con motivo de aquel almuerzo, sus pobrezas y escaseces de soltero, se regocijaba mentalmente, con una fruición inexpresable, ante la idea de que ya no padecía ni hambres, ni frios, ni le faltaba el café, ni los cigarros, y comparando aque-

lla *mitad* de mesa, cubierta con un diario viejo, al mantelito limpio de su casa, á las mil atenciones y cuidados de que lo rodeaba la mujer, merced á abnegaciones de todos los instantes, se decía :

— Esto será muy alegre, no hay duda ; pero.... **aquello es mejor, más *comfortable*.**

Un nuevo personaje apareció en aquel momento ; era, según dijeron los dueños de casa, el *mucamo*. ¡ Dios mío ! ¡ que facha de bandólero ! Cualquiera habría jurado que se trataba de uno de esos pillastres demasiado conocidos de la Policía. El *mucamo*, según era llamado allí, con noble dignidad, cocinaba, limpiaba, llevaba cartas, decía á los acreedores que sus patrones acababan de salir, con una seriedad de la que era imposible dudar ; era el resorte más elástico del mundo.

— ¿ Porqué está tan pálido el caldo ?, le preguntó severamente el Capitán.

— Señor, respondió el *mucamo* humildemente, Vds. se *olvidaron* anoche de dejarme para el mercado.

— ¡ Esas son historias !, replicó el poeta, pegando con el puño sobre la mesa. ¡ Un *mucamo* inteligente no se queja nunca !...

— ¡ Qué diferencia con los caldos de mi casa !, dijo el hombre de estado, con noble reposo. Te aconsejo, Mariano, á tí que eres el más predispuesto, que te cases cuanto antes. ¡ No sé como puedes soportar estos caldos, que parecen rayos de luna !

— Pero son caldos que se toman en libertad, replicó Eduardo, sin tener á una suegra en frente, que está haciendo ver estrellas en el fondo del plato.

El *mucamo* dijo de pronto, tendiendo el oído :



— Don Eduardo, oigo pasos.... *sospechosos*.

— ¡ Chut! volvió á decir Eduardo, haciéndonos una señal de absoluto silencio. Todos tendieron los pabellones auriculares, como una tropa de gamos detenida por un repentino rumor de pisadas.

Los pasos se aproximaban: Eduardo desapareció de pronto, como por arte de «birli-birloque» debajo la mesa, y quedó allí inmóvil, entre los pies de sus amigos.

Ya era tiempo : un hombre se había encaramado sobre el parapeto de hierro que divide las viviendas de la casa de vecindad, y miraba curiosamente para adentro. Era el *inglés* del gabán raído.

— Un altra volta !... murmuró con rabia.

— Baje Vd. de ahí, le gritó noblemente Rodolfo. ¡ Vd. suprime el sagrado del fuero doméstico !...

El italiano dirigió á todos una mirada de odio, y se largó al suelo, echando una porción de juramentos en su lengua.

— Prosigames, dijo alegremente Eduardo, saliendo de abajo de la mesa. Y dirigiéndose al mucamo :

— Trae lo demás, agregó.

— Pero esta es una agitación capaz de hacer piedra la comida en el mejor estómago, dijo el hombre casado, que parecía algo inquieto.

¡ Qué !, respondió Eduardo, así tiene uno de que conversar, siquiera. Ese inglés es muy divertido. Él sabe que yo existo, porque cuando me alquiló la otra casa, no pude evitar que me viera, naturalmente. Pero desde que me *mudó* (él mismo tuvo que mudarme) bien podía haber creído que me he muerto. Luchamos

constantemente en ingeniosidades, él á que me vé, yo á que no me vé. Por ahora voy ganando.

— Y tu *mucamo* te ayuda, según parece... preguntó el hombre de estado, que parecía absorber con delicia todas aquellas bocanadas de solterismo y de alegría.

— Nuestro *mucamo* es una verdadera monada, respondió el Capitán. Voy á contarte su historia en dos palabras. No tiene madre ni padre; duerme aquí, en la cocina; no pagamos nada; y en cambio de unos cuantos diarios que le regalamos todos los días, para que los venda, él se encarga de traer del mercado todo lo que nos hace falta. Debe tener algunos amigos allí...

Y el Capitán sonrió maliciosamente, mirando á su compañero de causa, el *poeta*, que largó una carcajada. El hombre casado se dijo para sus adentros:

— No hay duda, era lo que me pensé; ¡ él *mucamo* es un bandolero!

Apareció por fin lo *demás*; en un fondo de vianda portátil, de hoja de lata, de donde poco antes se había servido el caldo, trajo el *mucamo* una especie de sopa hecha á su manera, que era, como puede suponerse, una manera completamente original.

Pero..... la sopa estaba coronada por *tres* huevos, y los convidados eran *cuatro*.

— ¿Qué hacemos? preguntó el Capitán, todo confundido, mirando á su amigo el casado.

— Es muy sencillo, respondió noblemente Rodolfo; ¡ tiremos á la suerte!

— Seguro de que yo soy el único que queda sin parte, dijo tristemente el Capitán.

— Amigo, díjole el hombre casado, te garanto que en tomando estado, no te pasará ninguna cosa por este estilo. Tu mujer encontrará medio siempre de que haya tantos huevos como bocas, ó de estar enferma ó no gustar absolutamente de los huevos, en casos como este, á fin de que no quedes sin parte.

Rodolfo como el más insospechable de fraude, tomó gravemente cuatro palitos de dientes, que un amigo prevenido había *tomado* de la mesa de un hotel, la última vez que se había permitido el lujo de comer regularmente y retirándose un momento, volvió diciendo que había roto uno de los mondadientes, y que aquél que quedara con el más corto... se quedara sin comer huevo.

Cada uno sacó su palillo; el Capitán dió contra el suelo el suyo; era el más corto.

— Ya lo sabía yo,.. murmuró.

El *mucamo* se las había arreglado de tal modo, que en aquel segundo servicio, figuraban, ya limpios, los *tres* platos mismos en que se había servido el caldo, pues Eduardo había tomado alegremente el suyo en la vianda de hoja de lata.

Uno de aquellos *tres* platos, sin embargo, tenía una forma tan *rara* que el *Literato*, espíritu investigador, preguntó « qué cosa era aquello »

— Es un *plato chino*, repuso gravemente el Capitán.

El hombre casado lo miró y remiró, hasta comprender el enigma : ¡ era « la tapa de una sopera, » que tenía una especie de pie, y que sabe Dios de donde la había sacado el *ingenioso* mucamo!... ¿Y qué decir de los

---

cuchillos, tenedores y cucharas? Unos eran negros, otros cabo de marfil, dos eran de plata...

— ¡Malo, malo!... pensó para sí el ex-soltero; todo esto tiene una fisonomía que parecería sospechosa á un agente de la policía...

\*  
\* \*

Llegó la hora de separarse. El hombre de estado, con su gravedad de padre de familia, dijo que tenía que ir á escribir un artículo sobre « las lanas de Amberes »; Rodolfo habló noblemente en contra « de la miserable explotación de los sentimientos del bajo pueblo, que quería hacer un empresario sin conciencia, representando á Nana en un teatro de esta capital; Eduardo necesitaba concluir una composición *Al Mar* en la oficina de que era empleado, y el Capitán se dirigió á buscar materiales para llenar su sección de « Delitos y Accidentes. »

1881 — 1882.



## ENTRE NOSOTROS.

«Me esperaba», y aquel solo pensamiento me tenía deliciosamente inquieto. Miré el reloj; eran las cuatro y media. — ¡Qué temprano!, murmuré. ¡De aquí á las seis!...

Era ya hora de vestirme. Experimentaba un hormigueo en todo mi cuerpo. Me parecía que el sol se nublabá por momentos, y que el tiempo iba á descomponerse. Á cada instante salía al patio, y miraba al cielo con un temor que no podía disimular. Era un miedo infundado: no había ningún anuncio de revolución atmosférica.

Estaba tan nervioso, que me mortificaba cualquier ruido; los carros que pasaban, los transeuntes que hacían resonar sus tacos en la vereda; los vendedores ambulantes con sus gritos especiales; todo me parecía hecho á designio para interrumpir la ardiente cadena de mis pensamientos.

Hubiera deseado tener allí á un amigo, ó mejor todavía, á un enemigo, para ostentar ante sus ojos la dicha íntima que enervaba mi cuerpo, en una especie de entorpecimiento voluptuoso, parecido al del tigre que se despereza y recoge, para dar un salto sobre un bocado seguro; pero sentía que mi egoísmo de felicidad llegaba tan al extremo, que hubiera preferido callarme, y gozar

solo conmigo mismo, la orgía loca de mis devaneos y esperanzas.

\*  
\*\*

Miraba alternativamente mis botines, mis camisas, mi traje, mi sombrero, todos mis accesorios de *highlife* extendidos sobre la cama, sin saber por cual principiar.

Llevé mis ojos al espejo, y me encontré con la mirada brillante, la color encendida y llena de salud, el cabello ondulado por la descarga nerviosa que circulaba activamente por todas mis fibras.

Contemplé mi torso, mi busto; agité mis miembros; blandí los brazos, y al encontrarme vigoroso, fuerte y ágil, una sonrisa de triunfo iluminó todas mis facciones, y se corrió como un baño de luz por toda la superficie de mi cuerpo. La vida me era tan caña en aquel momento, me sentía tan gloriosamente feliz, que no podía menos de recordar con desprecio los días no lejanos en que había deseado morir... morir para olvidar que una sospecha quemante me abrasaba las entrañas... morir para olvidar mis celosas amarguras.

Sí, yo había tenido celos de aquella criatura de perfecciones ideales; la había aborrecido, la había execrado por su silencio que me consumía; y viendo un rival dichoso en cada uno de los que la festejaban, había deseado mil veces la muerte.

¡Pero entonces!

Con la plena tranquilidad de una dicha demasiado grande, demasiado inmensa para dar lugar á otro pensamiento, repasaba con la imaginación los dolores y penurias que había sóportado hasta aquel instante y mi



alma se espaciaba sobre el mar dulcísimo de sus esperanzas, como un ave que se posa, después de largo viaje, sobre la tierra anhelada, y deja que el viento juguete indolente con sus alas.

Perfumes desconocidos y vagos acariciaban mi olfato, sin que acertase á explicarme de donde venían; y me bastaba cerrar los ojos para obtener la visión de mil fantásticos cuerpos de mujer, que pasaban como en un kaleidoscopio, llenando mis ojos de líneas voluptuosamente ondulantes, y de colores que no los pintara más ardientes el Tintoretto, ni los hiciera Rubens más carnosamente tentadores; el menor roce de mi cuerpo, parecíame que fuera contra telas de raso, blandas y muelles como la caricia de una mujer tropical; pasaba las manos por el vacío, y el vacío cosquilleaba mi epidermis de una manera enloquecedora, dándome la sensación de una carne satinada y temblorosa.....

Uno por uno, mis movimientos eran otros tantos encantos en que mi sér se placía y dilataba, como un delfín que quiebra con su cuerpo las olas tranquilas que lo refrescan y oprimen en un abrazo cariñoso y suave.

Primero, el baño momentáneamente excitante, de agua templada, toda enriquecida de perfumes; las rosas, los jazmines del Cabo, los heliotropos, alelies y *magnolias fuschatas* abillantando la perspectiva, y mareando el cerebro con sus emanaciones.

Luego, el masage, que, según mis impresiones, hubiera creído que me arrancaba chispas de la piel; y después, el vestir, lento, calculadamente reflexivo, en que cada pieza obtenía una atención particular, y era objeto de elogios que principiaban por el placer pal-

pitante de la retina, y concluían con un estremecimiento.

Detúveme ante la caja de medias de seda, comprada ese mismo día. Extendí sobre la cama los doce pares, deleitando mis ojos ávidos ante sus colores brillantes. Había azules, había celestes, rojas.....

— ¡Vaya por las rojas!, me dije, enajenado ante aquella nota luciente, que me deslumbraba como un relámpago.

Escogí una camisa finísima, de hilo tenue como cambray, la adorné con botones de oro liso, y la dejé sobre el lecho, estirada y tiesa, con las mangas apuntadas como cañón de pistola, mientras comenzaba la *coiffure*.

Empapé mi pelo en aguas olorosas, le hice adquirir un brillo suave con unas gotas de aceite, y luego lo peiné, sin afectación, pero sin negligencia. La raya al costado, salió feliz, y lleno de gozo, me miraba y remiraba al espejo, lisonjeándome sobre la acogida que me esperaba.

\*  
\*\*

Á cada momento consultaba el reloj, que había puesto sobre la cama, con la esfera para arriba.

Cuando llegaron las cinco, me estaba poniendo la camisa, que coloqué con toda precaución sobre mi torso, para no desarreglar los prodigios del peine.

Llegó el momento gravísimo de la elección de corbata, y no me decidía por ninguna.

— Reflexionemos, me dije.

¿Qué traje voy á ponerme? ¿Uno de levita negra? No, es demasiada seriedad para una comida íntima, con una mujer querida. ¿El de saco claro, de verano, fresco, joven

con chaleco blanco ? Tampoco; eso sería demasiada confianza, demasiada *sans façon*.

Decididamente, el de jacquet, color oscuro con pintitas rojas. Esto no es ni muy serio, ni muy de confianza.

Una vez decidido sobre el traje, la corbata debía ser escogida con relación á su color.

Elegí, pues, una de raso, — soy furiosamente amigo del raso — ¡y el raso negro es tan precioso!

En cuanto á nudos — con toda franqueza — nunca he podido hacer el más simple, y tengo buen cuidado de comprar aquellos que el arte disfraza de naturales.

Ajustadas cuidadosamente todas las piezas, prendido hasta el último botón, me calcé unos delicadísimos botines de charol, que me empequeñecían el pie, y.... siendo las cinco y cuarenta, me coroné con un sombrero bajo, nuevito, y dí el primer paso.

Poco después estaba en la calle.

\*  
\*  
\*

Quando la sangre hierve, el verso nace. Un enamorado siente propensión al ritmo. Yo hablaba dentro de mí mismo, en versos de todos metros; y hasta caminaba, « ajustando mi paso al ritmo de la lira ».

Un balanceamiento suave me subía desde la base del cuerpo á la cabeza, haciéndome tomar un movimiento de imperceptible òndulación.

Llevaba la frente erguida, la miraba luciente, el talante soberbio; á veces, sin embargo, sentía frío en el corazón, y me quedaba pálido; después la sangre, repen-

tinamente detenida, inundaba mi rostro, precipitándose por las arterias, rápida como una corriente de vapor.

Caminaba, caminaba, y mi impaciencia se trocaba en miedo. Miedo pueril, estúpido, y tanto como una confesión de amor. ¿Y si no estuviera?, me decía.

¿Si me hubiese engañado?

¿Si hubiera salido?

Á cada uno de estos pensamientos, me venía un temblor con escalofríos; y mi rostro expresaba los diversos accesos de alegría, de tristeza ó de cólera que me asaltaban.

\*  
\* \*

Por fin llegué.

Vago perfume de flores, y la tierra húmeda, recién regada, envolvió mi sér, como el abrazo de un amigo cariñoso. Estuve en el zaguán, largo rato, sin atreverme á entrar. Prolongaba mis ojos en la dirección del comedor, cuyas puertas, vestidas de cortinillas blancas, recogidas con un coqueto lazo de seda azul, hallábanse entreabiertas, dejando adivinar el cuidado que se había tenido para desterrar las moscas.....

¡Qué fresco debía reinar allí! Sentía de antemano la impresión inefable que acaricia la vista, al ver un pavimento, limpio como un plato, regado con las aguas olorosas que quedaron del tocador.

Me parecía verla, á *ella*, antes de vestirse, recién peinada, cubierta con un amplio batón de piqué, revoloteando con afán la tohalla tradicional, á fin de arrojar ignominiosamente á las moscas estúpidas, por la rendija de aquella puerta, que daba acceso al templo codiciado.....

Los hijos de la Grecia se purificaban para sacrificar á los dioses; y yo, próximo á depositar mi ofrenda de admiración en aquel altar delicioso, me sentía muy lleno de pensamientos pecadores para aproximarme con toda tranquilidad.

Temblando, pues; sintiendo que mi corazón se debatía insanamente en el pecho, como si me quisiera escapar, dí dos ó tres palmadas. La negrita Jacinta, vestida de omíngo, muy paquetona, con un lazo nuevo en la cabeza, salió á abrirme la puerta de hierro.

— La niña lo está esperando, dijo, con una sonrisita picaresca.

Aquello de « está esperando, » me sabía tan á gloria, que debí contenerme para no abrazar á mi grotesco ercurio.

\*  
\*\*

Entré.

Hablé aturdidamente, como en sueños. La hermosura de Albina no era deslumbrante, ni siquiera correcta; pero sus grandes ojos pardos, deliciosamente lánguidos, llenos de un resplandor voluptuoso, encadenaban mi espíritu y lo tenían suspenso.

Poco á poco fuí abandonando mi torpeza, mi rigidez, y á medida que la calma y la confianza devolvían la claridad á mi inteligencia, la conversación se hacía más fluida, más jovial, más encantadora.

\*  
\*\*

Su traje no podía ser más coqueto y más sencillo.  
Un batón de seda rosa pálido, ceñido á su cintura por

un elegante lazo de satiné punzó, rematado por una hebilla de plata; encajes finísimos de Malinas, ornaban de arriba abajo, el amplio vestido, subiendo en arabescos graciosos hasta el seno, al que formaban una muralla como de espuma blanquísima, que las ondulaciones de la respiración levantaban á intervalos, semejante á una ola que golpea la ribera.

Dos rosas del Japón, frescas y galanas, colocadas graciosamente á la izquierda de su seno, entrelazadas con dos ó tres hojas de « árbol de plata » continuaban aquella admirable armonía de rojo y argentado.

En sus cabellos, sencillamente recogidos sobre la nuca, con una peineta de coralina en forma de corona ducal, lucía sus hojas transparentes, una como diadema de azucenas blancas, frágiles cual mariposas.

\*  
\* \*

Había tanto de primaveral, tanto de fresco, de vivo, de amoroso en toda su persona, que yo no acertaba á pronunciar palabra que tuviera traje de buen sentido.

En el momento que pasamos al comedor, cuyos preparativos eran soberbios — dignos de un Sardanápalo — quedé admirado ante esa clarovidencia que un afán extremo nos hace adquirir. Todo estaba como lo había previsto. El piso regado, ni una mosca dentro la pieza, y un silencio y una calma en todo, que invitaba al alma á depositar en un rincón sus desconfianzas y temores, para entregarse en brazos de la más absoluta ventura.

— ¿ Creerás, le dije, que yo había visto de antemano este momento ?

— ¡Mejor!, me contestó sonriendo. Así lo gozarás dos veces. ¡Á la mesa!, agregó en seguida, con un mohín que no tuviera nada que envidiar á la niña más perfectamente mimada.

Pero ¡ay!, en aquel instante mismo, sonó un golpe á la puerta . . . Ambos nos pusimos pálidos.

— ¿Quién puede ser?, pregunté temblando.

La recién venida no me dió lugar á oír lo que sin duda iba á responder Albina.

— ¡¡ Mi tía!!, exclamó ésta, en el colmo del espanto.

— ¡¡¡ Tu tía!!!, grité yo, espeluznado.

Era ella, ella, la tía de Albina, la mujer más hombre que ha venido jamás al mundo, una especie de granadero, que da de bofetadas al marido y tira la espada como un *schermitore* de la Edad Media. Un monstruo, una plaga, una tía que parece haberlo sido de todos los bárbaros del Orbe...

Antes que hubiéramos tenido tiempo de reponernos de nuestro asombro y disgusto, aquella terrible mari-macho espació su cuerpo de gigante sobre dosótres sillas — que una sola no le bastara — y principió :

— ¡ Uuf, Uuuuff, qué calor bárbara! ¿ Cómo estás Albinita? ¿ Y este caballero? Preséntamelo. Vaya, pues no lo haces, me presentaré yo misma. Caballero : mucho gusto de conocerlo. Dispense á mi sobrina, que es una boba y no acierta á hacer nada cuando vengo yo. Vaya, pues, niña, sentémonos á la mesa; ¡ traigo una hambre!...

No esperé más. Miré alternativamente á la pobre Albina y á aquel demonio, cuya boca era un torrente despenado que amenazaba no agotarse nunca, y que pen-

---

saba seguir sin duda hablando hasta el día del juicio final, sin parar jamás, ni para tomar aliento. . . . y, hosco, fuera de mí, como un jabalí acosado por los perros — Orestes, seguido de las Erinnias — escapé á la calle.

.



## AIDA.

Cuando Enrique Heine y Teófilo Gautier, estas dos naturalezas tan artísticas, pero tan disimilares, pensaban y escribían que la República era contraria á la producción de las obras maestras de la poesía, no hicieron, evidentemente, sino sacar una moral desconsoladora de la historia literaria de todos los pueblos y de todas las épocas.

La Grecia republicana, con sus esclavos y sus ciudadanos, ofrecía al poeta la misma facilidad que las monarquías de la Edad Media, para dedicarse á cultivar, con todo el cariño y el anhelo de un enamorado de la gloria, la planta delicada que sentía nacer en el fondo de su alma.

Pero las repúblicas modernas, arrebatando á los espíritus escogidos la posibilidad de dedicarse exclusivamente á cosechar las flores extrañas que produce en ellos la inspiración, oblígalos á languidecer, luchando rabiamente contra la frialdad mercenaria de su siglo, que no comprende al poeta puro, sino como un superfluo adorno del industrial ó del político.

Aquellas cortes lujosas, aquellos príncipes protectores de músicos, historiadores y literatos, que se procuraban el placer de verse adulados por las mejores plumas de su tiempo, en cambio de la pensión salvadora, produ-

jeron, á pesar de todo, mucho bien al mundo de las inspiraciones y de los sueños. Quitad la homilía real, la dedicatoria melosa, las alusiones halagadoras de la obra de Corneille, Racine, Molière, y encontraréis base firme para elevar una estatua al genio.

Sin la pensión que procura los libros, sin el tiempo que permite leerlos, gustarlos y digerirlos, sin el ocio distinguido que acostumbra á las delicadezas del tacto, del paladar y de la vista, ¿ cómo queréis que haya poetas? El hombre es necesariamente influenciado por el medio en que vive. Si le dais olor de máquinas á respirar, si le hacéis oír el ruido fragoroso de las fábricas, si no le ponéis delante más que burgueses y sacerdotes de la imbecilidad, ¿ cómo queréis que os pinte frescos bosquecillos, lagos brillantes, cuerpos griegos y palabras sonoras y exquisitas?

De ahí el tormento de Chatterton. Se siente el ansia infinita de los bellos colores, de los bellos sonidos, de la plástica helénica, y os dan la vida moderna con sus matemáticas, con sus ciencias, con su oro, y con sus grandes farsas. Los valientes, que comprenden la extensión de la desgracia, que es para un alma apasionada el no poder creer ni en Saturno, ni en Júpiter, ni en Cristo, ni en el Papa, *se van*, como hizo Gerardo de Nerval, ó se extinguen soñando en medio de visiones de opio, como Carlos Baudelaire. Otros, huyen de la sociedad, y viven en pleno anacronismo con su siglo, obstinándose en ser de la época de Píndaro, como Teodoro de Banville. Viven muriendo, chocándose contra los ángulos, desconocidos del vulgo, y despreciados por los hombres de buen sentido.

\*  
\*  
\*

Suponed, sin embargo, que en medio de esta absoluta dependencia del hombre, que, si quiere vivir, debe dar al trabajo todas sus fuerzas, y ahogar dentro de sí los gritos ansiosos del ave sublime que clama por un poco de espacio en qué poder agitar sus alas; suponed, decimos, que en medio de esta cómoda igualdad moderna, que nivela las cabezas de todos los animales de la creación, confundiendo al burgués de nacimiento con el poeta de raza, se levantara un día un poderoso y dijera :

— « Quiero gozar el placer de ayudar á uno de estos pobres infelices que se debaten encarnizadamente contra la fatalidad. Voy á hacer un gran hombre ».

Y que, después de esto, llamara á uno de tantos músicos ó poetas, y lo pusiera en condiciones de favorecer rápidamente su desarrollo artístico. ¡Vamos! repetir lo que hizo Federico con Voltaire, y lo que con éste hizo también, aunque en su escala, la bella Ninón de Lenclós.

Sucedería, probablemente, que si la elección había sido acertada, tendríamos un poeta más, ó cuando menos, una obra más, entre las que se reparten nuestra admiración.

Es, justamente, el punto á que deseaba venir á parar. *Aida* es un producto del capricho de un grande de la tierra, de un simple y mortal *Jedife* del Egipto. Su nombre, pues, merece ser recordado cuando se habla de la bella partitura de Verdi.

\*  
\*  
\*

En la noche del 24 de Diciembre de 1871, se representó

por primera vez *Aida* en el Teatro del Cairo. El *Jedife* había deseado dotar á su país de una obra que recordara sus costumbres antiguas, imprimiendo en la memoria del súbdito el respeto religioso y la admiración artística por sus antepasados. Había llamado á Verdi, y le había encargado que pusiera en música un libreto de Ghislenzoni, cuya acción se desarrollaba en Tebas, prometiéndole honorarios verdaderamente reales por su tarea.

No diremos que el maestro parmesano, el metodista rival de Donizetti, haya encontrado en el fondo de su inspiración poética, aquel acento babilónico tan fuertemente antiguo, que ha adivinado el genio inmenso de Rossini en su monumental y profética *Semiramide*. Mas, si el calor de la frase, y la gracia del estilo, la adaptación de la música á la escena son méritos de tenerse en cuenta, *Aida* es acreedora á nuestros respetos.

La representación de *Aida* agradó al Jedife, y dícese que Verdi obtuvo tal regalo del egipcio *dillettante*, que superó en mucho al exiguo resultado de la admiración de sus más civilizados hermanos.

Para el decorado, hallaron ocasión los más distinguidos egiptólogos de Europa de demostrar su ciencia pintoresca y curiosa. Mariette-Bey y Vassali, el conservador del gran museo de Bulak, contribuyeron á presentar, en su aspecto más verosímil, á la antigua Tebas, á Menfis, el templo de Btah, etc.

En 1872, subió *Aida* á la escena de la *Scala* de Milán, y fué tan lisonjero su éxito, que Verdi fué llamado treinta y dos veces consecutivas á la escena, habiéndole regalado los marselleses un cetro de marfil y una estrella de diamantes.

## IL GUARANY.

Si un artista de mucho talento en joyería recorriera los palacios de los grandes de la tierra, y escogiera lo que entre todos ellos encontrara de mejor y más preciado, y luego formara con las piedras escogidas una joya admirable, en que los záfiro y los ópalos, las esmeraldas y los rubíes, combinándose con el oro y los diamantes, reflejaran y quebraran la luz de mil diversas maneras, variando las perspectivas é irisando la atmósfera con el choque de sus rayos fúlgidos, podría decirse, en verdad, que el artista había despojado á muchas alhajas de sus galas más notables, y que todo el mérito de la obra consistía únicamente en el gusto con que aquellos materiales habían sido agrupados.

Tal podría decirse de *Il Guarany*.

Hilos de oro que unen, como las perlas de un collar, los trozos musicales más exquisitos; un talento poético que colora, desfigura y adapta, de una manera particular, las frases que han servido á otros músicos para expresar situaciones idénticas; un todo que lleva el *cachet*, no sólo del temperamento del autor, sino también del carácter general de su país; una música suave, ondulosa como una serpiente que se arrastra, sin ángulos como la vegetación de una tierra tropical, ardiente, acariciadora, tierna; música de alma cálida, como sólo puede nacer en un hombre acostumbrado á pasar las

horas enervantes de un estío casi eterno, bajo la sombra de los plátanos, aspirando el perfume embriagador de los bosques de naranjos.

La poesía de Camoëns, se parece á la música de Carlos Gómez. Son igualmente voluptuosas, igualmente sensibles á los encantos del ritmo, igualmente dulces y acariciadoras.

\*  
\*\*

Carlos Gómez es un músico verdaderamente nacional. Su frase es melódica, y si ha tomado mucho de los maestros italianos, ha dado el color propio de su manera de sentir á todos esos trozos, que apenas ha desfigurado, bajándoles el tono, como cuando se trata de una confesión de amor, ó acelerando el ritmo de las frases, ritmo que ha copiado, sin duda, del movimiento gracioso y *entrainant* de los sicomoros y bananos de su país natal.

Aun en la elección del tema á que ha ajustado la inspiración de su genio, háse manifestado la idiosincrasia de su carácter poético. La leyenda de Pery y Cecilia, es un poema de los que se hacen cuando el ardor juvenil aljofara todos nuestros pensamientos y creemos en la felicidad como fin de todas las amarguras.

*Il Guarany* no ofrece ni las riquezas de orquestación y sonoridades deslumbrantes de *Roberto*, ni las onomatopéyas sabias y el tono profético del *Tannhauser*, ni las ternuras delicadas de *I Puritani*; pero es una obra de conjunto homogéneo, de carácter sostenido, y, sobre todo, es una representación sensible de la poesía propia á las regiones tropicales, donde, desde el hombre á la planta, todo se arrastra, y ondula, y se enrosca.

## DIVORÇONS.

La compañía Pezzana, que actúa en el Teatro Nacional, ha representado anteanoche la comedia de Sardou, *Divorçons*, y como ella hubiera sido traducida *literalmente* del francés, su audición ha sido un verdadero acontecimiento.

Se recordará la polvareda de oposiciones y escrúpulos que levantó aquí el año pasado la representación de aquella pieza, por la compañía Morelli, en el Teatro de la Ópera. Entonces, sin embargo, se había traducido la comedia disfrazándole con palabras honestas y una interpretación ingenua, las indecencias y escandalosas lubricidades que encierra, y que son todo su mérito.

Pero esta vez, *Divorçons* ha sido representada *al desnudo*, causando el asombro doloroso de unos, la delicia de muchos, y siendo perniciosa influencia para todos. Creemos, sin embargo que, una vez resuelta su representación, se ha hecho bien en darla tal como es, y no con imperfectos ropajes, que velen á medias sus refinamientos de lupanar romano.

\*  
\*\*

Con estética más delicada, con proporciones románti-

camente ideales, que hacen perdonar el fondo rojo fuego, Victor Hugo, el poeta de los lirios y de las blancas azucenas, ha escrito también sus páginas color vergüenza, en la *Margarita*, que forma el libro dramático de *Les quatre vents de l'esprit*.

Presenta allí á un personaje, al duque Gallus, hombre saciado de placeres, gastado, embotado en las mil flechas de todos los vicios, el cual, aplastado por un inmenso fastidio, resuelve gustar el extraño encanto de entregar al ardor de las aberraciones más refinadas, á una joven aldeana, inocente como la Margarita de Goethe, fogosa como su Carlota, y llena de ansias femeninas, apenas esbozadas en su vírgen imaginación. Con la frialdad de un psicólogo, con el diabólico éxtasis de un desengañado, con la crueldad burlona de Mefistófeles, arranca á la aldeana de su rústica cabaña, la trasporta en dorada carroza á las delicias de una morada real, la rodea de cuanto la seducción puede apetecer de más refinado, la entrega oro, la cubre de joyas, la fastidia á felicidades. Todo, menos *amor*. Es su querida, simplemente en el nombre.

Margarita quiere serle fiel, y Gallus la dice : « Gusta el placer de no serlo ». Le presenta una nube de caballeros que la cortejan libremente, y él la empuja á que se prostituya. Le hace enviar á cada momento cartas apasionadas y románticas, suscritas siempre por nombres diferentes, y acompañadas de regalos regios; la hace vivir en una atmósfera de fuego, presentándole como el hielo salvador, la concupiscencia, la infamia, las lubricidades más atroces y repugnantes.



\*  
\*\*

Para un alienista, la *Divorçons* de Sardou, y la *Margaritha* de Victor Hugo, deben tener origen en un idéntico estado mental. Es el delirio fogoso de dos impotentes.

El uno, viejo, achacoso, conserva en su memoria el recuerdo de los mil placeres formidables que ha gustado en sus lecturas de una extensión prodigiosa, y que lo han cansado, sin saciarlo, dándole, al contrario, elementos para combinar en su imaginación, una serie de locas orgías, en que cada deseo se bifurca y ramifica como las serpientes de la cabeza de Medusa, yendo á apagar en fuentes lejanas su lúbrica sed.

El otro, frío, ultramontano, egoísta, tartufo, incapaz de palpar con su cuerpo erizado por las contracciones nerviosas, resultado de su apostólica abstinencia, las caricias naturales de la carne satinada é ingenua, va á apagar su ánsia de Tántalo, en las visiones indecentes de un enfermo de satiriasis, revolcándose, saltando como un poseído, porque hasta el roce mismo de esas imágenes creadas por su estado mórbido, producen espasmos á su febril susceptibilidad.

Así hemos visto á las Safos calenturientas, con la piel turgesciente, palpitando como furiosas, hundiða la mirada en un cuadro del Aretino, huyendo todo contacto, mordiendo las sábanas de su lecho de hospital, vibrando como una cuerda próxima á romperse, mientras la figura compasiva del médico y sus discípulos, solo servían para aumentar su repugnante frenesí.

Escoged al enfermo en un grado menos; buscad al ascético abstinente, en el punto mismo que precede á las brillantes apariciones de las Santa Teresa y las Juana de Arco, y tendréis á los Sardou y á los Victor Hugo en sus momentos de aberración.

Para el médico, esto no es más que el resultado de la tensión que adquiere la masa encefálica (léase *alma*) por las abstinencias impuestas por la edad, ó la preocupación de escuela.

La imaginación, que continúa viendo escenas relatadas por Persio y Marcial, no encontrando salida para este exceso de fuerza, lo gasta en combinaciones monstruosas, en deseos de saturnal continua, en refinamientos embriagadores.

\*  
\* \*

Inspirada en el deseo estúpido de oponerse al torrente de progreso que todo lo invade, nacida en preocupaciones católicas, *Divorçons*, tesis de un ultramontano contra el liberalismo, es el despojo repentino de la careta de Tartufo, que, encontrando pesado el papel de enamorar en silencio y á hurtadillas á la mujer de su bienhechor, se atreve á hacerlo á la plena luz del día, agotando en la pintura de *sa flamme*, como se decía en tiempo de Corneille, cuanto le sugiere su memoria de parisiense moderno, y las potencias creadoras de su satiriasis incipiente.

Vosotras, almas sencillas, burgueses que nunca habéis asomado la nariz fuera de vuestra casa sino para ver *La Flor de un día*, aquel poema legendario en vuestras tradiciones de admiración, ¡dejad un momento la cás-

---

cara, para asistir á *Divorçons!* Veréis qué lujo en el vicio, qué refinamientos tan excitantes, qué apetitos tan sutiles. ¡ Vosotros, los *blasés*, id á ver á la hermosa Cypriana, sentada en las faldas de su marido, ebria, desatinada, abierta la mal segura bata, después de haber cenado platos con *mucha pimienta!* ¡ Llevad allí á vuestras esposas, á vuestras hijas, para que aprendan á conocer la *extensión* de la libertad del pensamiento católico,!

¡ No temáis nada, almas pudibundas, que no coméis pan si no ha sido bendecido antes por el confesor de la familia! : *Divorçons* es una pieza salida de las mismas filas de la Iglesia.



1883.



## LOS MUERTOS A HORA FIJA

(REVELACIONES DE UN MÉDICO).

— Dígame, querido Dr., ¿Vd. cree que un enfermo puede saber de antemano la *hora fija* en que ha de morir?

— En algunos casos.... sí.

— Pero ¿cómo? ¿Vd. cree que él puede saber?....

— Es decir.... yo no creo que él puede saberlo, pero tengo experiencia de un caso realmente extraordinario en que un enfermo murió justamente á la hora anunciada por él mismo, el día antes....

— ¡Eso no puede pasar de una fantasía! ¿Cómo diablos puede saber un enfermo?.... ¡No hombre, no! si estas cosas son indiscutibles.

— ¡Hay tantas amigo mío, que son indiscutibles! Vd. es joven todavía, y tiene más fe en la ciencia, de la que tengo yo mismo, que soy mucho más viejo y que he sido su maestro....

Hay una multitud de fenómenos en medicina, de los cuales no tenemos todavía ni la sombra de una explicación. Este caso de que le hablo es el siguiente:

Nuestro profesor de clínica, el célebre Dr. Mazziotti, al hacer una vez su visita con nosotros, en el Hospital de Incurables de Nápoles, se detuvo ante la cama de un enfermo de tuberculosis pulmonar en tercer grado, y

mientras nos explicaba el progreso de la enfermedad y la desesperante inutilidad de los remedios, dijo en voz baja :

— Yo creo que apenas durará quince días.

El enfermo levantó la cabeza, se sonrió tristemente y murmuró :

— ¡Oh.... no!

Este movimiento, que rompía la persistencia apática del paciente, excitó en alto grado la atención de todos: más particularmente la de nuestro profesor, á quien había chocado el tono de absoluta seguridad que había en aquella negativa.

— ¿Vd. ha dicho que no?, le preguntó. ¿Ha oído lo que dije, entonces?....

— Sí, señor... y le aseguro que Vd. se equivoca... No voy á durar quince días; voy á morir mañana á las 12.

El tono frío, implacablemente convencido de esta afirmación tenía no sé qué de sobrenatural, de ultratumba, como diría un poeta romántico, que nos sobrecogió.

— ¿Mañana á las 12?... murmuró el profesor, sonriéndose y haciéndonos un signo de inteligencia ¿ Y cómo sabe Vd. eso?

— ¡ Oh!... lo siento aquí, respondió él. Y se tocó la frente.

Acabamos por sonreirnos ; pero á su turno el profesor se había puesto serio. En fin, para concluir le diré que, á pesar de todo lo que se hizo para prolongar la vida de aquel sujeto, con los excitantes más activos, se murió justa y exactamente á las 12 del día.





— Pero Vd. no puede creer que es posible esa clarividencia, volví á decirle. Yo no puedo suponer eso en Vd.; son cosas que están en contradicción con todo lo que sabemos.

— Amigo, respondió él, yo todo lo que puedo decirle es que no sé nada... somos unos grandes ignorantes todavía; mas, permítame á mi vez que le pregunte: ¿á qué viene esa pregunta suya? ¿Vd. tiene algún enfermo por este estilo?

— Sí, le dije, justamente se trata de un individuo que, según lo que á mí me parece, debería vivir todavía algún tiempo; ¡y se le ha puesto que va á morir luego á las once !...

— Y Vd., ¿qué dice?

— Que eso no puede ser.

— ¿Qué tiene el enfermo?

— Una afección del hígado, último período; y aún cuando el autofagismo es mucho, creo que puede tirar un poco más todavía, teniendo en cuenta su estado general.

— ¡Una hepatitis intersticial!

— Ni más ni menos.

— ¿Hagamos una apuesta á que se muere á las 11?

— Acepto... ¿qué jugámos?

— Lo que Vd. quiera... ¿Diez cajones de habanos?

— Vaya por los habanos; pero le prevengo que yo voy á hacer lo posible y lo imposible por hacerlo vivir....

— Haga Vd. hasta lo absurdo si quiere... ¿Vamos á verlo ?

— Vamos.

Y salimos inmediatamente, nerviosos, emocionados, intrigados con aquel caso extraordinario. Encontramos á mi enfermo... Pero permítaseme que haga su pequeña historia.

Era un hombre como de 38 á 40 años, alto, flaco, algo amarillo de cara. Cinco meses antes había ido á verme á mi estudio y después de saludarme, díjome :

— Señor, antes de pasar adelante quisiera que Vd. me asegurara una cosa... Vd. no me conoce, no me puede tener ni compasión ni mala voluntad. Vd. no sabe si yo tengo familia que me pueda llorar ó no... En mérito de todo esto, cuyo conocimiento impide generalmente á los médicos el decir la verdad completa á los enfermos, creo que Vd. podría....

— ¿Decírsela á Vd ?

— Exactamente.

— Está bien señor ; pero veamos lo que Vd. sufre.

Lo examiné, le pedí minuciosos antecedentes y detalles, y le dí mi opinión de esta manera : Enfermedad incurable y cuya terminación fatal, en su estado, no sería muy lejana.

El pobre hombre se puso á llorar amargamente. Aquella verdad, por la cual había suspirado tanto, una vez alcanzada, lo aterraba y desconsolaba.

— ¡ Quiere decir, entonces, murmuraba, que me voy á morir pronto, que no hay remedio!..... ¡ que la medicina es impotente !

— Pero, señor, le dije, yo esperaba más de su va-

lor, al ver la resolución con que exigía la verdad... Yo no he dicho á Vd. que va á morir mañana, ni pasado; va á morir, pero ¡qué diablos! todos hemos de morir alguna vez; y para consolarlo, agregué: vd. puede tirar todavía por *muchos años*, no se aflija.

Poco á poco se consoló. El tratamiento que le impuse fué únicamente sintomático, porque como he dicho, *era caso perdido*. Le receté, pues, algunos digestivos, y un régimen apropiado. El autofagismo — palabra terrible, que expresa realmente la idea de comerse á *si mismo* — lo iba disminuyendo paulatinamente.

¡Pero cuando me anunció la *hora fija* de su muerte, todavía le quedaba mucho por comerse!....

\*  
\*

Llegamos con el Dr. á las cuatro de la tarde á casa del enfermo. Éste ocupaba un departamento en el Hote Frascati, donde su familia lo cuidaba asiduamente.

— ¿Que tal vá? le pregunté, haciendo desaparecer de mi semblante todo vestigio de cuidado.

— En camino, señor, respondió él, siento que me voy apagando poco á poco....

— ¿Pero que se vá á apagar?... son locuras tuyas amigo.... deseche esas ideas; ¡si Vd. mismo vá á empezar á amilanarse! ¿De dónde ha sacado esa predicción? — Vd. ha leído algún librō, le han contado algún cuento por ese estilo...

— No, señor....

— Vengo á acompañarlo para que se le quite el susto... Vd. está *julepeado*, le dije, sonriéndome.

— Oh, no es susto, dijo, muy serio; yo lo siento y basta.

Mi antiguo profesor le tomó el pulso.

— Está bien, le dijo, hay ochenta pulsaciones. — Sacó un termómetro y se lo aplicó debajo de una axila; el resultado fué 37°. Las respiraciones eran casi normales: 17 por minuto.

Pareció perplejo; sin embargo, me deslizó esta frase tentadora en el oído;

— Yo le daría todavía un mes de vida; no obstante, basándome en lo que él dice, no tengo inconveniente en doblar la apuesta.

— La doblo, contesté.

— Bueno, lo dejo, ¿eh?; tengo mucho que hacer, haga lo posible por no perder sus habanos.

— Pierda Vd. cuidado.

Y me quedé en efecto, solo con el enfermo. Había hecho llevar varios aparatos y drogas, á fin de preparar yo mismo los remedios. Siempre he tenido horror por los boticarios; el médico receta sulfato de quinina y ellos le despachan algodón ó *papier maché*. En todo país bien civilizado debían ser suprimidos los boticarios. Son una verdadera calamidad.

Á las 6 1/2 principié á notar una depresión en el pulso de mi enfermo. Entonces le hice administrar un vaso de buen vino caliente y unas inyecciones de leche con vino de Oporto, y yema de huevo. El pulso subió otra vez, y mi hombre apareció más animado; á las 7 1/4 sin embargo, sus fuerzas habían decrecido hasta llegar á un nivel más bajo que el de la primera vez. Él parecía darse exacta cuenta de lo que pasaba.

— Me voy, señor..... decía, es inútil cuanto Vd. haga.

¡Inútil! ¡ Oh ! yo tenía muchos medios aún, y estaba decidido á luchar hasta el último. Preparado por mis estudios á no creer en la mínima cosa sobrenatural, y escapándome la razón de aquel suceso extraordinario, librábase en mi interior una lucha que me irritaba en razón directa de mi impotencia contra aquella verdadera *obstinación* en morirse á una hora fija.

Habiéndole aplicado el esfigmógrafo de Marey, ese ingenioso aparato destinado á pintar sobre la superficie de un cartón ennegrecido el movimiento de la sangre, obtuve curvas mucho más pequeñas que al principio;.. mi hombre empezó á inspirarme temores.

Recurrí inmediatamente al licor anisado de amonio. Con esto, me decía mientras lo preparaba, veremos si el rebelde sistema nervioso se resuelve á no entrar en la noche de la oscuridad eterna....

Después de hacérselo tomar, principié mis observaciones sobre la arteria radial, especie de tubo, en que bajaba y subía la columna de la vida.

Era como un termómetro, al que hacía subir ó bajar el calor artificial de los medicamentos.

El pulso subió, se fué haciendo más lleno, más intenso, más hermoso, y al mismo tiempo el rostro del enfermo se iluminaba.... Era una lámpara reanimándose.

Mas ¡ay! después de media hora, bajó de nuevo ; pero ¡cómo bajó! Bajó á saltos, como si aquella vida que acababa de animarlo, no hubiera sido más que una acumulación de la poca que le quedaba. Parecía que no hubiese habido tal aumento de vida, sino sim-

ple exceso de *gasto*, y que todos mis esfuerzos por prolongársela más allá del término fatal, que él mismo se había asignado, sólo conseguían hacerle derrochar en media hora lo que lo habría hecho durar dos ó tres.

Ya no pensaba en la apuesta, ¿qué me importaba ella? ¡Ahora se trataba del amor propio, del orgullo, la loca ambición de luchar cuerpo á cuerpo con lo Eterno Desconocido y de vencerlo!....

Mientras reflexionaba, el tiempo corría, y el implacable enemigo invisible me iba arrebatando la presa.

En vano pedía á la química biológica, la explicación de la terrible asinergia que desequilibraba á aquel organismo.

Miré por centésima vez mi reloj. Erán las nueve de la noche. Expresamente había detenido el péndulo del reloj que había en la pieza, para que el enfermo no pudiera darse cuenta de la hora exacta. Sequé el sudor de mi frente. Conversé con animación al enfermo y á su familia, mientras preparaba un nuevo elemento de vida. Me sonreí; demostré una seguridad y una confianza que estaban lejos de pintar mis temores.

Él parecía comprenderlo, y adivinarlo todo, con una implacable y desconsoladora serenidad.

— ¿Qué horas son?, preguntó.

— Las diez, respondí.

— ¿Cómo, ya son las diez?, dijo con extrañeza. Y clavó en mí sus ojos como para decirme que estaba mintiendo.

— Me siento aún con demasiada fuerza, agregó, para que ya sean las diez...

Aparenté que no había oído. Disolví unos tres miligramos de sulfato de estricnina en un gramo de agua destilada, y le hice con esto una inyección hipodérmica.

— Ahora vamos á ver saltar este sistema nervioso, me decía; ahora veremos si la acción fisiológica de este excitante reflejo tan famoso, vale para algo.

El efecto fué verdaderamente tremendo. Á los 8 minutos la columna de la vida volvió á subir; la lámpara irradió de nuevo rayos esplendorosos.

Debajo de mis dedos sentía la pulsación de la radial más enérgica, y renovarse todos los síntomas de una existencia activa en aquel organismo casi inerte.

— ¡Y bien!, le pregunté, ¿se siente Vd. mejor?

— Sí..... respondió, pero lo que pase esta mejoría va á ser mucho peor que antes.

— ¡Ya es Vd. obstinado!, repuse — ¿Entonces, persiste en que vá á morirse á las 11? — ¡Qué capricho! ya son las once menos cuarto, y no me parece.....

— Su reloj debe andar mal, contestó él, con una seguridad espantosa.

Tal como lo había dicho, así fué. El efecto de la estricnina duró tres cuartos de hora. Pero ¡ qué depresión inmediatamente! El pulso daba 45 latidos por minuto.

Le hice otra inyección hipodérmica, pero esta vez, recurrí al éter sulfúrico. Nueva subida y nueva depresión.

Pero al finalizar su efecto, no encontré más que 40 pulsaciones.

Eran las diez y media. ¡Se iba, se iba aquel obstinado! El sudor corría de mi frente en gruesas gotas; el desaliento me había ganado casi completamente.

— Ahora, sí... se van acercando las once,.. murmuró con voz apenas sensible el enfermo.

Resolví tentar un nuevo medio; ayudado por su mujer, le pusimos de lado, y principié á hacerle aplicaciones de electricidad en la columna vertebral.

Se reanimó todavía; nueva sangre pareció circular por aquel cuerpo flácido y pasivo, y durante unos veinte minutos, pude constatar la creciente insensibilidad con que eran recibidas las descargas galvánicas.

Cuando vi que ellas eran totalmente inútiles, le di vuelta para no fatigarlo; ya se veía en él la terrible *facies hipocrática*.

¡ Era la agonía ! Faltaban diez minutos para las once.

Ya, sin esperanza alguna, le hice todavía inhalaciones de oxígeno, que había llevado preparado en un saco de cautchuc, haciéndole la respiración artificial también, de modo que en lugar del aire ambiente, sus pulmones eran obligados á recibir 15 veces por minuto aquel poderoso comburente.

Fué inútil. La vida se fué apagando poco á poco, las pulsaciones fueron siendo cada vez más lentas, más irregulares, más imperceptibles, sus ojos vidriosos se fijaron de una manera extraña en mí, y luego se cerraron para siempre. Eran las 11 y 5 minutos en punto.



## OSCAR KNOBLAUCH.

La triste aunque esperada nueva del suicidio de Oscar Knoblauch, debe llenar de desesperación á su pobre madre y á sus amigos y compañeros de trabajo. Si no tuviéramos la cuasi certidumbre de que su espíritu había sido anublado por un ataque de demencia, podríamos decir que Oscar había desaparecido de la tierra con el supremo desprecio y la tranquilidad filosófica de un estoico antiguo.

Le hemos conocido hace algunos años y lo considerábamos una de las figuras más brillantes de nuestra juventud estudiosa. Había heredado de sus progenitores la inteligencia poderosa pero tranquila de la raza germánica moderna, de la que poseía el carácter general, los rasgos físicos y la virtud del trabajo.

Oscar Knoblauch era austero, retraído, silencioso, pero guardaba para su familia y amigos un espíritu franco, libre, lleno de generosidad. Hablaba muy poco, lo justo; pero ¡qué riqueza en aquella simplicidad, qué colorido en aquella sobriedad de Tácito! Muchas veces no hablaba; parecía que sus labios tenían pereza de entreabrirse, y se contentaba con dirigir una mirada luminosa que partía de sus bellos y expresivos ojos azules, dando la imagen abriantada de su pensamiento.

Lo conocíamos poco, pero puede decirse que habíamos leído en su alma como en un hermoso libro. Lugones, uno de sus amigos de infancia, que nos había hecho querer á Knoblauch antes de haberlo conocido, hablándonos con ferviente entusiasmo de su inmenso talento y de su vasta ilustración, nos llevó á visitarlo.

¡Cuánta diferencia de aquella época á ésta!

Lugones le había hablado de nosotros, le había contado nuestras aspiraciones en el terreno de las verdades científicas, nuestro amor ilimitado por la libertad del pensamiento, nuestro horror congénito por las preocupaciones; y aquel joven, pensador robusto que se adelantaba á su edad y á la de su siglo, que había penetrado en el misterio de las elaboraciones de la naturaleza, estudiando profundamente la química y la física, aquel joven sabio, que á los 23 años conocía á Carl Vogt, á Huxley, á Darwin, á Herbert Spencer, que marchaba con los más atrevidos en el camino de los descubrimientos modernos, había dicho:

— ¿Es cierto? Vamos á verlo. *¡Yo quiero ser su amigo!*

\*  
\*\*

¡Ay! ¡Cuánta diferencia de aquella época á ésta!

Era una noche de primavera. Lugones nos había dicho que era preciso, para visitar á Knoblauch, sin incomodarlo, ir después de las once de la noche, hora en que ya se cansaba de estudiar, y se ponía lentamente á *digerir* lo que había absorbido.

Á las once, pues, llegamos á esa misma casa de la calle de Libertad, que hoy se vé anegada en llanto por

el dolor de toda una familia, y que entonces ofrecía el aspecto de un alegre convento, en que se hubieran recogido algunos filósofos á gozar de silencio, de soledad apacible, en medio del perfume de las flores, pues el patio de la de Knoblauch estaba cubierto de plantas de jazmín, madreselvas, magnolias...

La entonces feliz madre de Knoblauch estaba sentada en el patio, en medio de las plantas; había débil luz en las habitaciones; y ella estaba gozando tranquilamente del silencio y la calma de la noche estrellada.

Encontramos á Knoblauch concluyendo un capítulo de Fisiología en un texto alemán. Era un joven de regular estatura, delgado, bien formado; su rostro, de cutis trasparente, sombreado apenas por una barba fina, sedosa y de un rubio casi blanco, ofrecía una placidez, una bondad, una tan absoluta ausencia de pretensiones, que encantaba.

Lo que conversamos hasta muy tarde de la noche, lo recordaremos siempre. Nos pusimos á *soñar*. Sucesivamente, de las verdades spencerianas, nos fuimos elevando á las amplias verdades de una filosofía universal, igual para todos, y calculando los progresos futuros, nos encontramos de pronto á una altura que daba vértigos... Oscar nos oía, nos alentaba con sus palabras llenas de fe, con su tono de amigo íntimo, de hermano mayor que da consejos, y arrastrado por la poesía tentadora, por el perfume penetrante que brotaba de aquellos sueños, como de una de esas flores que nacen al calor de las estufas, se elevaba también á la región de las quimeras generosas, con los ojos chispeantes, la frente iluminada y el acento preñado de emociones.

\*  
\* \*

En aquel tiempo, Oscar era ayudante de química inorgánica, y estudiaba 3º de Medicina. Algunas noches salíamos á pasear, á dar vueltas por la Plaza Libertad, á escuchar buena música. Á medida que estrechábamos la relación, iba encantándonos más la profunda y conmovedora sinceridad de su corazón, la claridad de sus vistas y la timidez de su carácter. Porque Knoblauch era delicado como una dama, y púdico como una mujer joven.

Era cariñoso y atento con sus amigos, pero tenía pocos, porque su espíritu era receloso, y se abría con dificultad á las caricias, como una sensitiva que se oculta aún á las impresiones más suaves. Pero una vez que se había logrado penetrar en el santuario de sus confidencias, lo amaba uno entrañablemente, pues es raro encontrar en el mundo un carácter tan elevado y tan simple como el suyo, una modestia más absoluta y una lealtad más completa.

La familia de Oscar estaba muy bien entonces; y sus padres veían deslizarse la existencia del modo más risueño, reproducidos en dos hijos, Gerardo y nuestro amigo, que por su inteligencia, contracción y conducta ejemplar, les hacían esperar tranquilos y felices años de vejez.

\*  
\* \*

De Gerardo habíamos sido condiscípulos desde muy pequeños, y para la época de que hablamos era él un distinguido estudiante de Ingeniería.

Tres años después, afligido, según parece, por la muerte de su compañero de estudios, nuestro malogrado amigo Diana, Gerardo se envenenaba con ácido prúsico, hallándose Oscar en Alemania, adonde lo había mandado su familia para hacerle curar los primeros síntomas de demencia.

El padre de Oscar, el Sr. Knoblauch, se enloqueció también por aquel tiempo, de modo que aquella madre que habíamos visto tan feliz, se vino á quedar de un momento á otro abandonada, sola, con su esposo perdido, su hijo muerto y el querido Oscar batallando con la idea del suicidio.

¡La idea del suicidio! Este ha sido el fantasma de sus noches, el helado espectro que, como una semilla, de maldición, le había dejado la filosofía moderna. Oscar era demasiado joven para haber soportado tranquilamente el desvanecimiento de todos sus sueños de juventud, de todo ese tómulò de aspiraciones vagas que fermentan en los cerebros adolescentes.

Por el esfuerzo de su excesiva contracción y de su prodigioso talento, había llegado á acumular en su cabeza las verdades desconsoladoras de la ciencia. ¿Qué habían llegado á ser para él las nociones de Dios, del alma inmortal, del libre albedrio, de tantas bellas ficciones y errores con que se había mecido cuando estaba en el Colegio? Puro polvo, impalpables mirajes...

¡Ah, felices de los que creen! como decía melancólicamente un filósofo francés.

Knoblauch, en quien, justamente por su carácter retraído, había ciertas debilidades de misantropía, ciertas intransigencias con las preocupaciones sociales que le

habían dado una timidez de Juan Jacobo, sentía más que nadie la rudeza de los golpes que le asestaba cada una de sus convicciones.

Los que hayan leído á Shopenhauer, pueden imaginarse el génesis de la demencia de Oscar. Era un enfermo del *mal del siglo*. La duda del tipo Shakespereano había dejado quizá de atormentarlo. Él se había respondido probablemente al *To be or not be*, y resolviéndolo por la negativa, no le quedaba más remedio que *irse*.

No ha temblado, no ha vacilado. Fríamente, con un estoicismo conmovedor, Catón antes de la llegada de César, ha huido del mundo, prefiriendo la nada misteriosa á la realidad de sus creencias.

« Estaba loco », nos diréis, « esa frialdad, esa despreocupación era enfermiza. » ¡Sea! Nosotros preferimos, sin embargo, seguirle considerando así, siempre puro, siempre uno, correcto y sincero consigo mismo.

Hemos querido consagrar un recuerdo á su memoria, depositando sobre su fresca tumba una lágrima de sentimiento; y vaya lejos de nosotros la idea de que Oscar Knoblauch, el que fué hombre tan puro en vida, haya tenido en la hora de su muerte debilidades y turbaciones. Preferimos conservar en nuestro espíritu dolorido, el perfil correcto de su amada figura, y verlo desaparecer grande, noble, tranquilo, estóico como fué en las horas gloriosas de su energía.

Su mismo suicidio lo agiganta á nuestros ojos, pues debía tener razón para *irse*, cuando se ha *ido*.

¡ Adios, Oscar Knoblauch!

# LLOVIENDO.

AVENTURAS DE UNA PROCESIÓN.

Y cuando llueva agua del cielo,  
te mojarás los pies.

XVII. SAN MATEO.

Los niños, vestidos de domingo, con sus botines de punta reforzada con una chapa de bronce, media blanca hasta las rodillitas, pantalón de la rótula para arriba, chaqueta cruzada de hombro á cintura, y sombrero de cualquier clase; la pillería en los ojos, las malas palabras y la risa, retozando en las bocas picarescas; antorchas encendidas en las manos.

Ellas, las futuras Margaritas, de aquellos futuros Faustos, recogidas, silenciosas, de blanco vestidas, con la impresión todavía de las palabras diplomáticas de las mamás ó de las tías viejas, pronunciadas á medida que les ponían las medias, les calzaban las botitas, y les ajustaban el calzón.

— Vaya, ya está; es preciso que tengas cuidado con el vestido, ¿eh? ¡no lo vayas á manchar!... Con juicio, sobre todo; ya sabes que á la Virgen no le gustan los juguetes.

De cuando en cuando, una pregunta indiscreta:

— ¿Y Dios, no es casado, mamá?

— ¡No, hija! ¿No ves que es Dios?

— ¡Ah!... ¿y el Papa tampoco es casado?

— ¡No preguntes zonceras, hijita!

En el fondo, ignorancia y buena intención, terror juvenil, de las cosas grandes y todavía inexplicables.

\*  
\*\*

Los buenos corazones y almas celestes de los Miembros de la Cofradía, esas excelentes personas, que teniendo en más los bienes espirituales que las percederas pasiones y placeres de los réprobos, han acordado llamarse entre sí con el dulce nombre de *hermanos*, para que el mundo se convenza de que entre ellos no hay envidias, ni rencores; ellos, los *buenos*, como los llamaba Jesucristo, en tiempo de Pilatos, estaban allí, reunidos, humildes, vestidos de negro, silenciosos y graves. Su presencia, llena de unción y mansedumbre evangélica, imponía. Se veía bien que no eran gentes de preocuparse mucho del *¿que dirán?* que ha perdido á tantas almas.

Otros, en su lugar, habrían tratado de marchar con la *moda*, con la maldita moda que ha echado por tierra las bellas virtudes primitivas; ellos, al contrario, con una grandeza de coraje que sólo puede dar la fe, habían conservado en aquella solemne ocasión varios sombreros de edad indefinida, desvencijados, como si hubieran andado de parranda en manos de pilletes, ó alguna señora respetable se les hubiera sentado encima, por equivocación; pero sin embargo, eran prendas gloriosas de que los muchachos se reían, porque eran unos ignorantes.

Rodeaban con todo respeto la imágen sagrada de



*Aquel* que murió en la Cruz, por salvarnos, y que el mundo va olvidando hoy con tanta indignidad, pretendiendo que no era el hijo de Dios, ni su padre, ni Dios mismo, ni uno y otro al mismo tiempo, como sostuvo San Atanasio, consiguiendo al fin, hacer pelear al Oriente con el Occidente, sino que era simple y sencillamente un hombre que se creyó el Mesías, y que se hizo matar ¡porque estaba *alucinado!*...

¡ Réprobos, que en la hora de la muerte, no han de ser capaces de hacer lo que Voltaire, y que han de salir llamando á los santos representantes de Dios Padre, para que los ayuden á boquear!

Los hermanos de la Cofradía, que protegiendo á Jesucristo estaban en el peristilo del templo, parecían una protesta viva y elocuente contra esta incredulidad de nuestro siglo; sin embargo, había entre ellos algunos falsos devotos, algunos de esos Tartufos que nunca faltan, amigos de aprovechar los beneficios *contantes* y *sonantes* de la Religión; y que reconocimos al momento, por saberlos de la redacción de un diario que, no siendo *La Voz de la Iglesia*, pretende todavía ser órgano de los intereses católicos.

Tuvimos aún el dolor de notar en aquella sagrada grey, confundidos con los *buenos*, á varios especuladores sin conciencia, que, protegidos por sus hábitos de devoción, no pasan, sin embargo, de ser unos viles mercaderes de rosarios benditos, agua de Lourdes falsificada, y estampas de colores, que, so pretexto de haber sido agraciadas por el Papa, con una bendición, son vendidas á un precio diez ó doce veces mayor del que realmente tienen.

Pero ¡ay! en este mundo de miserias y de lágrimas, son muy pocos los *buenos* verdaderos.

\*  
\*\*

El pueblo ocupaba las aceras de Santo Domingo, y las del frente; llenaba el templo, y el ancho patio; todos se sentían poseídos de fervor, y las piernas les rabiaban por andar. No hay cosa que ayude más á las *visitaciones* de la Divinidad, que el estado inmóvil. Todos los Santos cristianos han sido grandes inmóviles.

Había muchas señoras viejas — son las mejores para estos casos— envueltas en sus pobres mantones raídos y blanquecinos, con grandes manchas color tierra, variando el paisaje acá y allá. Había muchos vendedores de diarios, rotosos, descalzonados, sin sombrero, chiflando á cada momento por la rendija de los dientes, con la cara callejera y hostil que les distingue, tratando de meter *titeito* á los niños sumisos que llevaban las antorchas, y á las niñas vestidas de blanco, y con la mirada baja.

Estas son contingencias del oficio. ¿Qué se vá á hacer? ¡Sea todo por el amor de Dios!

\*  
\*\*

Mas, el cielo principiaba á fruncir el ceño, como hombre que no aguanta bromas. Oyóse alguno que otro trueno, verdadero rezongo de negro haragán. Todos se miraron, y las conversaciones dieron principio. Unos temían al agua; otros decían que no llovería; los de este grupo, aseguraban que *no era posible* que lloviese, por-

que no se había visto nunca que el agua cayera durante una procesión.

— ¿Y el diluvio?, preguntó uno.

— ¡Oh! El diluvio fué un castigo — respondió otro.

— ¡También puede ser este — dijo gravemente una señora vieja — que como van las cosas, no merecen ménos los herejes!

Mientras tanto, las bandas de música del 7° de línea, y de la Policía de la Provincia, habían concurrido á tocarle sonatas á Jesús Nazareno, á pedido de algunos miembros de la Cofradía. Esto, francamente, por más ortodoxos que seamos, no podemos dejarlo pasar en silencio. Las fiestas religiosas, aunque ellas sean paseos de Jesús por las calles de la ciudad, no deben ser acompañados por ruidos profanos; y después, ¿quién sabe cuantos réprobos hay entre los músicos, y que en lugar de acompañar con el pensamiento los soplidos de sus flautas y cornetas, van echando pestes contra el Salvador de la Humanidad, y su cohorte heredera?

Los músicos son hombres también, ¡qué diablos! y no estamos ya en el tiempo en que se *ordenaba* á la gente que fuera católica. Nosotros somos ortodoxos, pero no pasámos la Inquisición.

En fin, á eso de las seis y cuarto se puso en marcha la procesión por la calle de Defensa hacia la Plaza Victoria. Adelante iba Jesús, llevado por cuatro robustos hombres del pueblo; pero, á causa del mal empedrado, la sagrada imagen, iba dando tumbos para todos lados, haciéndonos recordar de la procesión de Júpiter Ammón, en la *Aida*. Es un pensamiento profano, que confesamos casi avergonzados, pero que no debe haber dejado

de frecuentar las memorias de los demás pecadores.

No podemos, á fuer de sinceros católicos, dejar de llamar la atención de los buenos hermanos de la Cofradía que organizaron la procesión, pues estas calaveradas de Jesucristo, en plena calle, no son para estos tiempos. Es bochornoso, naturalmente, que el Divino Redentor vaya haciendo eses y guardas griegas, como un hombre beodo. Si no pueden llevarlo derecho, más bien que no lo saquen á pasear. Nuestro sentimiento de católicos fué profundamente chocado por esa inconveniencia.

¿Y quién sabe también, si no fué esa la causa de la repentina lluvia que cayó encima de los procesionistas, cuando menos la esperaban, haciéndolos disparar en todas direcciones, apagando las antorchas de los niños, violando los trajes blancos de las chiquilinas, borrando la gravedad de los buenos hermanos, y obligando á guarecerse á Jesús en la botica de Demarchi, de miedo que el agua le robara los colores vivos de sus gloriosas heridas?

Una y otra cosa, puede ser; es decir, quizá fué casualidad, simple revolución atmosférica, prevista por los barómetros hacía varias horas; el hecho fué que el agua cayó, primero á gotas, luego en haces de gotas, y por último á torrentes. Una señora de edad perdió una zapatilla, al disparar; un pillete robó medio manton negro á otra; los niños de las antorchas, viendo que era cosa de *titeo*, se pelearon á antorchazos, poniéndose las ropas como para que sus padres se pegaran un tiro, sin discusión alguna; Jesús se golpeó en una rodilla, por querer, los fieles que le llevaban, meterlo demasiado á prisa á la droguería en cuestión; en

---

fin, hubo una barracina, un zipizape, una batahola que no es para contalla.

La banda de música de la Policía huyó vergonzosamente del campo de batalla ; ¡bien decíamos nosotros, que no habían de ser buenos católicos ! Aprovechando el barullo, se apretaron el gorro.

La compañía y banda del 7º, estaban formando para hacer lo mismo, cuando un miembro de la Cofradía las detuvo , reprochando su proceder, y diciéndoles que « los castigos de Dios, se debían aguantar con resignación. »

Unos en la confitería, otros en la zapatería de enfrente, muchos en la botica, no ménos en la fonda de la Sonámbula, otros con las paredes, esperaron que la lluvia pasara ; que pasó, en efecto, mostrándose la luna muy coqueta y brillante.

Entonces se vuelve á organizar la interrumpida caravana ; los buenos católicos, de corazón esforzado, y fe inquebrantable, consiguieron aquel bello resultado, saliendo nuevamente la procesión, en la dirección que antes llevaba.

Pero, apenas había andado una cuadra, ¡zas ! la lluvia encima otra vez , pero con furia tanta, y además tan fiero, que ya no paró de caer, sino tarde, y los pocos fieles que quedaban se fueron retirando en los tramways, ó recostándose á los muros.

Así acabó esta procesión, en que no podemos menos de deplorar el papel ridículo que se ha hecho representar á Nuestro Señor Jesucristo, quizá por no consultar el barómetro, como dicen los réprobos, que en estos tiempos van las cosas marchando tan á la inversa, que hasta los réprobos suelen tener razón.

## LA VIDA ALEGRE.

DOS AMIGOS POLÍGLOTAS.

Era el bello tiempo en que eran jóvenes, disolutos, desarreglados, irrespetuosos contra la tradición y las cosas viejas ; en aquel tiempo encantador en que hacían rabiarse á las tías solteronas, gritándoles por la rendija de la puerta, mientras ellas se vestían para salir á la ventana : « ¡ Adios Matusalem ! »

¡ Oh, era una linda época aquella ! En lugar de ir á la Universidad, á la clase del viejo Larsen, se metían á jugar al billar en el café de las *Cuatro Naciones* ; pero llegada la época del examen, conseguían, á fuerza de buena voluntad, pasar el año. Muchas veces quedaban embargados en el Café porque no tenían con qué pagar el billar ; entonces dejaban en rehenes un texto cualquiera, un Nebrija ó un Balmes, y salían muy contentos á estudiar en el libro de algún amigo más feliz.

Eran muy diferentes, los dos, así en cuerpo como en carácter ; un contraste ; por eso, hacían tanta liga. Baldomero era chiquito, achaparrado como una vid seca, negruzco, hundido ; Cárlos era alto, grandote, blanco. Vivía aquél, á pesar de ser tan joven, en el mundo real, y aspiraba á tener fortuna, casándose con una rica heredera, ó envenenando á un tío cualquiera,

que no tuviera parientes; le gustaba comer bien, y tener buenos libros; era loco por andar en coche, no habiendo cosa en el mundo que le agradara más que hacer un viaje á Europa en compañía de alguna ricacha vieja, que pagara todos los gastos.

El otro vivía en plena fantasía, leyendo todo lo que le venía á mano, enamorado de cuantas mujeres veía; variable, pendenciero, exaltado, libre pensador, ultra en todo, darwinista enragé, y partidario furioso de Lamartine; una paradoja andando, un Orates divertidísimo, en quien encontraban eco las ideas más descabelladas del mundo. Para él no era imposible ni establecer un telégrafo con los habitantes de Saturno, ni calentar la Tierra, artificialmente, cuando se extinguiera el Sol.

Era atrevido, audaz, peligroso como un escapado.

\*  
\* \*

*Saber*, propiamente, no sabían nada, ninguno de los dos; pero habían adivinado casi todo. Hablaban horas enteras sobre cualquier cuestión relativa á cualquier arte ó ciencia; hacían gimnasia sobre los argumentos del contrario, dando saltos peligrosos sobre los trapecios del sentido común, haciendo plancha sobre una insinuación ó un pretexto del enemigo, concluyendo siempre por fatigarlo, y aun muchas veces, obligándolo á confesar su impotencia.

Baldomero afectaba siempre estar convencido, y trataba todas las cuestiones con una gravedad cómica, dando por indiscutible su opinión sobre la materia; Car-

los asentía enérgicamente á la opinión de su amigo, extrañándose de encontrar alguien bastante osado para negarla ó contradecirla.

Esto, que les pasaba en todos los ramos de la instrucción de librería, les pasaba también en todo lo que se relaciona con la vida moral, íntima, y diaria, que jamás ha servido de argumento ni de tesis á los autores de libros.

Pero, en lo que sobresalían sin disputa alguna, á juzgar por lo que decían sus conocidos, era en el conocimiento de *lenguas extranjeras*.

Baldomero poseía una facultad de imitación eufónica tan notable, que había aprendido, conversando con portugueses, un centenar de frases comunes del idioma de Camöens, pero tan bien, con tanta perfección, que fácilmente se podia creerle un nativo del país de los higos secos.

En casa de un amigo, había un sirviente italiano, y de él había aprendido igualmente, á decir : — « ¿ Cómo está Vd? — ¿ Qué tal? — Alcánceme el pan — ¿ Sabe Vd. que la política no anda muy bien que digamos? — La lengua italiana ha sido hecha para el amor » — y una multitud de frases que le servían para platicar corrientemente con cualquiera.

Todo esto lo sabía Carlos también, porque Baldomero se lo había enseñado; y él á su vez había dado sus lecciones á Baldomero respecto á la manera de pronunciar unos versos en inglés, los títulos de muchos libros, varios axiomas antiguos, el *Padre Nuestro*, que no había olvidado desde el Colegio, y diversas frases comunes en la conversación.



El francés, ambos lo sabían con bastante perfección, porque no leían casi en otro idioma.

Hacían traducciones de todas esas lenguas para los diarios, con la mayor serenidad, y á fuerza de inventiva, diccionario y preguntas á los comerciantes extranjeros, á quienes iba á pedirles Carlos audazmente que le dijeran lo que quería decir esto ó aquello.

Pero Baldomero tenía un amigo alemán, y bien pronto se hizo enseñar una cantidad de frases en ese lenguaje armonioso y suave... Durante tres ó cuatro meses se pasaron, él y Carlos, batallando con sus lenguas, hasta domeñarlas para que produjeran aquellos sonidos tan atroces. Salían á la calle, y se fijaban en todos los letreros que había sobre las puertas de casas de comercio; y cuando encontraban algunos en alemán, se quedaban las horas muertas, masticando, mordiéndolo, desgarrándose el paladar, la lengua y la garganta, para conseguir pronunciar bien las palabras.

¡Oh, era un rudísimo tratamiento! Repetían y repetían las palabras, hasta quedar echados de fatiga; luego las sujetaban, para perfeccionar la pronunciación, al juicio del amigo alemán; y al cabo concluían por copiarla tan exactamente, que no había en el mundo una cosa más alemana.

\*  
\*\*

Cuando hubieron sabido muchas frases, les entró un entusiasmo loco por el alemán. No había cosa más bella: la misma dificultad de la pronunciación les halagaba el amor propio, haciéndoles dar al hecho una importancia extraordinaria.

Bien pronto, Baldomero dijo á su amigo :

— ¿Te has fijado el *peso* que adquiere un individuo, cuando sabe hablar alemán?

— Indiscutible, respondió Carlos.

Á los dos ó tres días de esta conversación, Baldomero viajaba de la oficina en que estaba empleado á su casa, y de su casa á la oficina, con un libro *alemán* debajo el brazo. Cuando algún amigo ó conocido le tomaba el libro, y lo abría, Baldomero adquiría una gravedad episcopal.

— ¡Vd. conoce el alemán!, preguntábale el interlocutor, sorprendido, mirándole como á un hombre extraordinario.

— Un poco, contestaba él invariablemente, sosteniendo la mirada de asombro con calma perfecta.

En un instante corrió la noticia entre los conocidos de ambos, de que « sabían alemán. » El respeto que se les pagaba con este motivo, era solemne y altamente cómico. Gentes que apenas los miraban antes, los saludaban entonces con exquisita amabilidad.

— ¿Quién es ese mozo?, preguntaban al saludar.

— ¡Ah!... decía el preguntado, con importancia visible, « es un joven que sabe *perfectamente el alemán*. »

\*  
\* \*

Aquella noche había una función de premios en « La Marina. » Baldomero había resuelto acompañar á Carlos, á pedido formal de éste. Un chico de cierta familia debía recibir un premio; con este motivo, la familia del chico asistía á la fiesta. Lo demás se adivina.

Hay un cierto encanto irresistible, para dos amigos, que se encuentran por casualidad en una fiesta extranjera para sus costumbres, en medio de individuos que no conocen; en una palabra, en un centro que no es el de todos los días. Y si estos dos amigos, son como Carlos y Baldomero, criticones, pendencieros, atrevidos con todo el mundo, se comprenderá que estuvieran saltando por hacer *algo que sonara*.

Una especie de hilaridad peligrosa, les había ganado; se reían á mandíbula batiente de los que entraban, y de los que salían; de esta señora, porque tenía gorra; de aquella, porque no tenía gorra, y era narigona; un dandy se había venido de guante lila, mientras había de á docenas, que se habían largado de saco; el gas alumbraba mal, la alfombra era muy clara; el piano estaba mal colocado; los maestros de escuela tenían cara de no haber comido; las mamás eran ridículas, los papás, desastrosos, con sus grandes levitas patriarcales; las chicas eran bonitas, pero muy salvajes; en fin, todo les parecía malo, inútil, tonto; era una verdadera manía pesimista, que les habría hecho insoportables, si no hubiera sido pasajera.

Estaban, como se dice entre nosotros, *tentados de la risa*. Habían principiado á reirse, y los goznes del reir se les habían aflojado; eran verdaderamente dos muchachos felices.

El sitio que habían ganado entre la concurrencia no era de los mejores; poco á poco, las polleras habían ido desalojando de las sillas á los hombres, de modo que se encontraron, contra toda razón y derecho, sufriendo un plantón que amenazaba ser largo. Esto mismo les

dió tema para principiar á fastidiar con su charla á los que estaban cerca.

Había un caballerito, sin embargo, peinado y emperifollado, que había conseguido escapar á aquella durísima ley de la galantería, y que se había quedado muy orondo en su silla, conversando con una muchacha muy cuca, que parecía su novia.

— Es una pillería, dijo Baldomero.

— Ciertamente, agregó su amigo.

— ¡ Una indignidad !

— No hay duda.

— ¿ Vamos á hacerlo salir?...

— Vamos.

Y en el momento metieron codo, de manera que se aproximaron al punto en que estaba el feliz amante, disfrutando las dulzuras de una proximidad peligrosa. Baldomero quedó un poco atrás, y cuanto vió entrar á una señora, que paseaba sus miradas desconsoladas sobre aquella ausencia de sillas, le dijo galantemente :

— ¡ Por aquí, señora... por aquí... allí hay una silla !  
Y señalaba la que tenía el mozalvete.

Carlos la hizo señas de que adelantara, y parándose ante el muy currutaco, le dice :

— Caballero..., ¿ querrá Vd. tener la bondad de permitir su silla á esta señora ?

El jovenzuelo lo mira de pies á cabeza, con grande cólera, y pone oídos de sordo ; mas, nuestro amigo, sin desconcertarse, repite en voz mucho más alta la irreprochable súplica ; y la víctima no tiene otro remedio que salir de su querido asiento, echando centellas por los ojos.

Con este motivo, grandes risas de los dos malignos, que sulfuraron también á las jóvenes á quienes acompañaba el petimetre, y que concluyeron por pararse á su lado, á fin de no darles el gusto de que los novios cesaran de comunicarse sus dulces pensamientos.

\*  
\*\*

Las muchachas y el gomoso, estaban echando chispas; Carlos, y Baldomero, impertérritos en su charla á propósito de todo.

Mas, por una costumbre natural siguieron su conversación en *francés*. Creyeron ellas que era por chocarlas, y sonriendo, la más próxima, imperceptiblemente, habló al joven en cuestión, que era su novio, en francés también.

Entonces Baldomero, con aquella inimitable facundia de imitación, que le era peculiar, dirige la palabra á su amigo en *portugués*. Inmediatamente la hermana de la primera, hace lo mismo con ésta, y con una fluidez que se comprendía que aquella era poco menos que su lengua nativa.

Los que se hallaban próximos, y habían asistido á las primeras escenas de la comedia, se acercaron más y más, interesándose en aquel duelo extraño, que amenazaba tomar proporciones divertidas. Alguien iba á quedar en ridículo; los espectadores habían husmeado esta golosina, y no querían perder uno solo de sus detalles.

Carlos contestó á su amigo, con algún trabajo, mas no dejando que esta dificultad apareciera al exterior: la

conversación, en uno y otro grupo, era sobre cosas sin importancia; y el amigo de Baldomero se ocupó preferentemente de la función de premios, que había comenzado por una pieza de teatro, representada por los niños del colegio examinado.

Hay un método especial, cuando se habla una lengua extranjera, para que la perfección venga, por decirlo así, de suyo; y este método consiste en copiar los movimientos, maneras, tonos, ojeadas etc., que tiene cada extranjero, cuando habla su propia lengua. Nuestros dos amigos habían aprendido aquello, de un modo maravilloso. Manteníanse en su conversación, dentro el círculo de las palabras que conocían, pero las decían bien, con conciencia, con desenvoltura, como dos buenos peines que eran.

Visto que ellos continuaban con el *portugués*, la tercera de las jóvenes tomó la iniciativa, hablando gallardamente en *italiano*; pero en este terreno fueron seguidos casi en el acto por los dos amigos.

La lucha se hacía cada vez más interesante: y los que la presenciaban, se hacían todo oídos, aumentando su curiosidad, según la satisfacción que demostraban los semblantes de aquellos extraños duelistas.

Concluída la representación teatral, un niño leyó una poesía en inglés.

En el acto, Carlos abrió opinión sobre ella, en *inglés*, sosteniendo que habían sido *mal* pronunciadas tales y cuales palabras.

La novia del jovenzuelo hizo lo mismo, en *inglés*, sosteniendo que las tales y cuales palabras habían sido *bien* pronunciadas. ¿Qué hacer? Baldomero estaba fati-

gado; era un momento angustioso, y era preciso vencer.

De repente, Carlos sintió que la sangre le circulaba rápidamente por las venas; su rostro se iluminó, y dándole una expresión de cólera olímpica, con toda la posesión de un hombre que está aplastando á sus rivales, así como quien dice:

— « ¿Pero que se habrán figurado estos mequetrefes insolentes? » — se vuelve á su amigo, y con voz campanuda le dice, en alemán:

— *Acht tausend acht hundert, acht und achtzig!* (ocho mil ochocientos ochenta y ocho).

Inmediatamente, su amigo comprende que allí estaba la victoria, y exclama á su vez, con el aplomo más grande del mundo:

— *Man fertigt Hosen nach Maar an!* (Se hace pantalones de medida.)

El otro, simulando desprecio, replica, lentamente:

— *Billige Metwurst!* (Salchichones baratos), frase que es rápidamente contestada por Baldomero, entre pequeñas carcajadas de triunfo:

— *Grosse Dampf pasteten fabrik! Passagen nach allen landern der welt!* (Gran Pastelería á vapor: se dá pasajes para todas partes del mundo.)

El efecto de este cambio de palabras, fué desastroso, — imposible de describir. El grupo que componían las muchachas y el gomoso, quedó alelado, frío, sin articulación ni movimiento...

Los murmullos y cuchicheos de los testigos de esta original escena, aumentaron, crecieron, se expandieron hasta hacer un pequeño escándalo; de modo que los

---

dos amigos comprendieron la necesidad de retirarse de allí por el momento.

Carlos, entonces, tomando del brazo á su amigo, le dice indolentemente, como quien invita á otro á tomar un refresco :

— *Tausend und eini Nasht?* (Las Mil y una noches.)

— *Für die Jugend.* (Para los Jóvenes) responde Baldomero, — y ambos se dirigen como si tal cosa, á tomar una copa de cerveza, al ambigú.



## AL SALIR DE MISA.

Omnia vincit amor....

Recatada, con paso coqueto y pulido, los brazos pegados al cuerpo, para protegerlo mejor del frío, y en las manos juntas, dentro del canastillo que forman con ellas sus dedos entrelazados, el libro de oraciones, pequeñito, humilde, y blanqueando en los cantos por el uso. En la cabeza, un tocado sencillo; el pelo recogido á la altura de la nuca; en un gracioso rodete; de los hombros, pendiente un tapadito delgado que ajusta á su talle, y cae sobre la pollera, resguardándola poco del cierzo. El vestido, humilde también, chafadito; sobrio de volados y guarniciones, pero limpio, sin manchas ni polvo.

Los tacos de las botitas sonando sobre las frías piedras. La cabeza inclinada, cubierta por un tul celeste claro; la mirada... pero hagámonos chiquitos para poderse la ver, porque la lleva tan coqueta, tan tentadoramente oculta bajo la semi-capucha de gasa, que no se percibe más que el extremo de una naricita chiquirritina y picaresca, y la punta de una barbita enloquecedora, con un hoyuelo precioso en el medio.

¡Qué ojos oscuros tan preñados de sentimiento, de dulce melancolía, de embriagadora y naciente voluptuosidad! ¡Qué boca tan risueña, tan temblorosa, tan fresca, tan llena de encantos no profanados aún por el

labio atrevido é insaciable! ;Qué fisonomía tan primaveral, tan llena de recuerdos, de flores, de perfumes estivales, y visiones de fresas maduras!

El cerco de sus pestañas, extendido como sedosa cortina, que vela el resplandor ardiente de sus pupilas, se agita cual abanico de pequenísimas plumas negras; sus mejillas palidecen, su linda boca sonrosada se contrae en ademán de enojo... ¿Quién osó perturbar la calma sagrada, el dulce adormecimiento de sus pasiones encendidas por la atmósfera del mundo, pero recién ahogadas en el amor inmenso é indefinible á Jesús, allá en el fondo del templo, silencioso é imponente, bajo las olas blanquecinas del incensario, y la luz amarillenta de los cirios?

\*  
\* \*

¡aquellas palabras vibrantes de emoción, y temblorosas, comprimidas cual manada de ciervos que escapa de su retiro, veloceando en tropel por el llano, agujoneada por el montero audaz — aquella frase tan cálida y apasionada, tan elocuente en su respeto, tan avasalladora en su sinceridad, que ha brotado de los labios como de vaso antiguo, súbitamente roto pudiera partir el perfume que encerraba, — la turban, y confunden, despertándola del semisueño tranquilo y hermoso que la embargaba.

El reposo adquirido en el templo, cuando de rodillas sobre el suelo frío, apenas cubierto por un ligero tapiz usado y descolorido, murmuraba las oraciones del libro sagrado, sin entenderlas, — la fusión de sus ideas, en un vago luminoso, aquella sensación de languidez inefable,

que en su pensamiento se arrastraba perezoso y sin fuerza para bosquejar imágenes definidas, que le produjeran repulsión ó deseos, toda la tranquilidad de la Casa del Señor, toda la inmovilidad intelectual que la había poseído allí, cual si se desprendiera como un dulce beleño, de las olas de incienso, de los altos muros imponentes, y de la luz amarillenta de los cirios, se había desvanecido, se había fundido como un cristal de hielo ante la luz del sol.

Las olas de la vida tumultuosa, los latidos viriles de aquel otro corazón agitado por los tentadores deseos mundanales, habían barrido en un instante la neblina vaga y azulada de los sueños místicos; adios imágenes de madera, toscamente embadurnadas, velos de tul de ilusión, estrellados de plata y oro, mejillas de muñeco de porcelana, ojos de vidrio, fijos, y sin expresión personal; ¡adios grave sacerdote ridículo, de proporciones inestéticas, apariencia poco higiénica, voz gangosa y pesados movimientos; adios altos muros imponentes, viejas arrugadas, hipócritas y chismosas, colección de idiotas y tartufos!...

Su nariz, aquella naricita llena de gracia y picaresca coquetería, había dilatado sus fositas adorables, cual si deseara más aire á su alrededor; las indiferentes megillas habían cobrado un albor de púrpura; y los ojos melancólicos y dulces, lucían ahora como dos estrellas, perdidas en un cielo teñido por los arreboles de la mañana.

Y el paso infatigable resonaba en su oído, cerca del suyo; y las palabras tentadoras eran cada vez más ardientes y sinceras, más penetradas del divino sentimiento

---

que tanto eco debía encontrar en su gentil corazón de mujer.

En las arterias de la gran ciudad recién principiaba á circular la sangre generosa del trabajo; los obreros marchaban con la cabeza inclinada, ó pensando en sus dolorosos problemas; los transeuntes, corridos por el frío, apresuraban el paso; el sol, perezoso, doraba apenas con su luz los techos de las casas más altas, y las torres de la iglesia.

Y mientras, *ella*, silenciosa, con su andar menudito y su cuerpo frágil, con sus ropas delgadas, que la defienden apenas del frío, sus brazos apretados contra el bello busto, su libro de misa entre las manos, el seno agitado, la mirada brillante pero velada por cortina sedosa de sus oscuras pestañas... De cerca la sigue, cuanto puede hacerle olvidar la inmovilidad del templo, arrastrándola en las palpitaciones espléndidas de la vida.

Bajo la semi-capucha de gasa celeste claro, vá oculta la bella cabecita, con sus ojos profundos, preñados de sentimiento.

## EN EL CAFÉ.

### JUGANDO AL BILLAR.

Ya no se comete en Buenos Aires aquel formidable desatino de *llevar presos* á los jugadores de billar que no habían cumplido los diez y siete años, como sucedía hasta 1870. Hoy, cualquier mequetrefe barbilampiño, al salir de su clase de segundo año, en la Universidad, puede empuñar un taco con toda tranquilidad, en el café más concurrido. Los dueños de los billares no temen ya las multas « por admitir menores; » hoy, lo único que temen es que los muchachos charribones les rompan el paño de las mesas; y no los dejan jugar sino « saben algo. »

En nuestro tiempo, era otra cosa; recordamos nada menos de *tres* prisiones, ocasionadas por nuestra afición al billar, en la hora justamente en que debíamos dar la lección de latin en la Universidad. ¡ Aquel café de las « Cuatro Naciones, » conocido por todos los muchachos de entónces! Tenía dos puertas; si los vigilantes entraban por una, nosotros escapábamos por la otra. Últimamente, sin embargo, el dueño del café se las componía con los gendarmes, de tal modo, que cesaron las prisiones.

¡ Buena cosa eran estas prisiones! Espectáculo atrayente para los que habían escapado á la condena; lleno de

novedades é impresiones dolorosas, para el culpable, á quien el vigilante conducia de la mano, de miedo á una evasión por en medio á los puestos del mercado, atestados de frutas, y los canastos de verdura, esparcidos en las adyacencias.

Los puesteros se reían del culpable, si este iba lloriqueando, acompañado de lejos por sus camaradas más felices; si marchaba erguido y valeroso, le asustaban por el camino, aconsejando al micifuz « que lo tuviera unos ochos días, siquiera, en la *capacha*. »

Llegado á la Comisaría, situada en el mismo Mercado, del lado de la calle Moreno, aquel comisario Suarez, que había entonces, malo como un salado y más largo que un cohete volador, traspasaba al delincuente con tres ó cuatro miradas aterradoras y preguntaba al gendarme :  
¿ Qué ha habido?

Éste, que era un gallego legítimo, respondía :

— Estafa jujando al fillar, señor...

— ¿ Y los otros?

— Se jan escapadu, señor... Son unos filletes, que...

— Está bien, decia el comisario, lévelo á la *crujia*.

¡ *Crujia!*... ¡ Cómo sonaba aquella palabra en el oído del culpable! De ir á la *crujia*, á mandarlo fusilar, debía haber muy poco trecho;.. las lágrimas se le saltaban, la voz se anudaba en su garganta, las piernas le temblaban, y sin embargo, tenía miedo de moverse. El vigilante lo empujaba, y al fin, la *crujia* resultaba ser una pieza cualquiera, donde lo tenían dos ó tres horas sentado, hasta que el comisario lo llamaba, le espetaba un discurso sobre lo pervertido que se hacían los niños que jugaban al billar, y lo largaba.



Cuando se principia, es ridículo. El muchacho toma el taco, de la manera que ha visto tomarlo á los jugadores; pero cuando va á apuntar para empujar la bola, apoya su mano con tan poca firmeza, y tan lejos del verdadero punto en que debía hacerlo, que el extremo del taco anda para todos lados, como si pendiera de una cuerda. Cuando da el golpe, pega en cualquier parte, al azar, y á veces también pega en el aire.

Por un fenómeno nervioso, muy común en los músicos recientes, en las criaturas que aprenden á escribir, y en todo aquel que ejecuta una serie de movimientos complicados, nuestro jugador de billar, completando dentro de sí la línea que *desearía* que la bola siguiese, hace, mientras ésta va corriendo, una cantidad de muecas y movimientos con sus piernas, boca, ojos, brazos y manos, en el *sentido* que le conviene; el todo con tan visible preocupación y niñería que ningún espectador podría aguantar la risa.

Poco á poco, va entrando en el camino de la corrección, y á medida que juega con atención más reflexiva, se despoja de esos hábitos ridículos, tratando de afectar posturas elegantes, sueltas, fáciles y graciosas, como los jugadores de excelente escuela. El buen juego va siempre de par con la buena postura. Habiendo más libertad en el movimiento, la ejecución es más fácil.

Sin embargo, como esas muecas y movimientos irregulares é inútiles, no han nacido sino cuando la atención estaba exclusivamente fija en el *objeto*, y no en *los medios*

de alcanzarlo, ellos reaparecen en los instantes de grande emoción, aun en los jugadores más antiguos y acostumbrados, porque ha sido solamente la reflexión lo que los ha alejado. En el momento que ésta falta, ellos vuelven á la superficie.

Andrés Theuriet, con esa elegantísima naturalidad, que cual la de Dickens, podría creerse originada en su simplicidad de vistas, pero que es, al contrario, resultado de una grande y generosa instrucción, tiene cierto personaje en una de sus obras, que, cuando se halla entusiasmado, « habla en el dialecto cálido y elocuente de su pueblo natal » olvidando en tan arrebatadores instantes, la lengua correcta y regular que había aprendido en los colegios de París.

*In vino veritas*, decían los antiguos, y esto puede traducirse así con mayor amplitud : « para saber la verdad, buscad la emoción. » Ora sea un excitante químico, ora un excitante ideal, ambos tienen el mismo influjo sobre el alma; poniendo freno á la reflexión, el espíritu aparece desnudo. Es por eso que el juego tiene tantos alicientes para el observador ; es como un confesionario común en que los hombres, cuanto más emocionados, se muestran con menos velos.

En aquellas manos crispadas, en aquella expresión de inquietud y de tortura, en aquellos ojos fijos, salta la Verdad, sin lazos ni pudores. Así los jugadores gananciosos, no son los que se apasionan y se dejan arrastrar por la emoción, sino los que han conseguido vencer, por larguísimo hábito de represión y propio control, esas manifestaciones agitadas, llegando, en realidad, á no sentir las. El jugador frío, es el que debe ganar en todos



casos, por cuanto es el que conserva su reflexión en medio del ofuscamiento de los demás. En la vida misma, que es un juego eterno, llevan gran ventaja los hombres que reflexionan siempre, y ahogan sus movimientos generosos, ocultándolos como una mala moneda, hasta que los hacen desaparecer. Pasión es poesía; y la poesía, del punto de vista de las ventajas mundanales, no es más que la historia del martirologio por el Hambre.

Es por eso que la esgrima es una gran enseñanza; además de las emociones del juego, ella pone en tumulto las del peligro, las del amor propio, las de la conservación; el hombre aprende á moderar sus ímpetus, á ser calmo y reposado, á mirar la muerte frente á frente, y á despreciar los triviales movimientos de la irreflexión.

\*  
\* \*

Hemos visto jugadores de mucho aplomo, de juego muy igual y regular, perder completamente el sentido, ponerse temblorosos, *no dar bola*, como se dice entre ellos, al ver que su contrario los había sacado una pequeña ventaja, que se iba aumentando cada vez más, pues su emoción les impedía hacer carambolas. En esos momentos, el jugador reposado desaparece y en su lugar queda el *chambón* primitivo con todas sus muecas, gestos y movimientos ridículos.

Una vez, en un café cercano á la Plaza Victoria, hallábase jugando un joven, que tenía el hábito de hacerlo de muchos años atrás, y que ordinariamente conservaba elegante compostura. Hallándose con gran desventaja, la emoción principió á apoderarse de él, y los movimientos

automáticos, asociados á sus primeras impresiones del juego, comenzaron igualmente á aparecer. En una de aquellas agitaciones avasalladoras, tira una carambola: su billa iba derecho á golpear en la contraria; mas, el mingo, sobre el cual había jugado, amenazaba un retruque, que debía desviar aquélla de su triunfal camino; en ese momento, el jugador, que seguía ansioso la peripécia, levanta el taco, por encima de su cabeza, como quien evita un golpe de hacha; su cuerpo todo, sigue la línea requerida para que el retruque no tuviera lugar; pero el taco, levantado así, á ciegas, va á abrir un tremendo buraco en un cuadro al óleo, colgado frente al billar...

El joven jugaba con nosotros; los dos nos quedamos helados; por fortuna no había nadie presente; llamamos al mozo, se pagó la mesa, y salimos sin que aquél notara el desperfecto.

Variadas y curiosas son las fisonomías de los jugadores; sus fuerzas así como sus desventajas y debilidades, son tenidas en exacta cuenta por ellos. Hay jugador que, mientras dura la partida, no despega los labios; y los hay, al contrario, que charlan y ríen, y jaranean, sin perder de su atención, tratando con esta alegría de hacer perder la serenidad á su compañero.

Conocemos uno, tan susceptible y nervioso, que no puede dar bola, si cerca de la mesa en que juega hay algún desconocido que le sea antipático; y otro, que tira lánguidamente y no pone interés alguno en la partida, á menos que haya tres ó cuatro personas mirándole ejecutar. Entonces se anima, la verbosidad y la elocuencia, la viveza satírica y la gracia brotan de su

boca, antes cerrada y perezosa ; sus músculos adquieren actividad, brillo sus ojos, y su cara lindo color. En esos instantes, como jugador, es realmente temible.

Así como para dominar á un hombre, el secreto único es el de estudiarle sus vicios y halagárselos sin medida tratando de hacérselos aparecer en una luz simpática, para ganar á cualquier juego, es preciso estudiar al adversario, ponerse imaginativamente en su lugar, pensar por él, y obrar, basado en las combinaciones de que se le cree capaz. En ambos casos es necesario engañarlo sobre sus malas cualidades, haciéndole creer que se le teme justamente en aquello que es más inofensivo para uno.

Cuando el jugador de billar es inteligente, y liga al interés propio del juego, el mucho mayor de su amor propio, se esfuerza por ganar, y no desdeña ninguna de las pequeñas astucias y tretas que le pueden asegurar el triunfo, y persuadirle de su superioridad sobre el adversario.

Hablamos naturalmente de esas finuras y matices en la conducta, que caben dentro el cuadro estrecho y rígido de la más absoluta dignidad.

Saberse valer de las desventajas del contrario, prepararle diestramente el terreno para que la cólera ó el temor le avasallen y le arrojen fuera la reflexión; así como el de producirle cualquiera de las pequeñas incomodidades ó fastidios que le impidan jugar con entera libertad, es un talento como otro cualquiera.

\*  
\*\*

Conocemos un hombre inteligentísimo, que tiene un

inmenso dominio sobre sí mismo ; juega poco ; pero casi siempre ofrece ventaja á su competidor, pequeña ó grande, no importa, pero ya es una *ventaja* ; su contrario, generalmente, juega más que él, y es en tales circunstancias, sobre todo, que nuestro hombre le ofrece *partido* ; el otro, al ver que se le da ventaja, principia á creer que en realidad juega menos, y amilanado por ese pensamiento, y por las frecuentes apuestas de su contrario con los amigos que presencian el combate, no puede despojarse de la preocupación, que le oprime como un manto engomado ; todas las carambolas se le pasan por las *corbatas* ; los retruques le quitan los mejores golpes ; queda siempre *pagando* ; en fin, pierde.

Cuando es de espíritu fuerte, y amenaza reaccionar, nuestro amigo decide del partido, pidiéndole al mozo refrescos y habanos para todos. El otro, al ver su seguridad, no piensa que es simplemente un recurso artero y de cuño maquiavélico ; vacila, tiembla, la emoción se apodera de él, y no ve lo que hace. El hombre frío y reflexivo gana así, casi siempre, apoyado en su exquisita percepción de las debilidades humanas.

Es como en la vida ; no vence el que sabe más, sino el que emplea con más sagacidad lo que sabe.

\* \*

Después del jugador que *se asusta*, y que pierde absolutamente sus medios, viene el que hace *partidos de robo*. Es casi siempre un hombre que no carece de dinero, y por el cual ha pasado ya la edad de las ilusiones. Él no deriva gran placer del hecho de jugar ; pero toda su di-

cha se cifra en *ganar*. Espera pacientemente el momento en que algún conocido, más joven, demuestre deseos de taquear, y se le presenta como candidato posible, diciéndole á guisa de hombre que no tiene interés en la cosa :

— Si no fuera tan jugador, yo me le atrevería.... Pero Vd. ha adelantado enormemente; conmigo no tiene partido.

— ¡ Pero qué! dice el otro, ¡ si Vd. juega más que yo!

Al fin, éste, deseando simplemente jugar, se rinde; y el hombre de « los partidos de robo » agrega una víctima más á la larga lista de los sacrificados.

Hay también el jugador *rabioso*, colérico, impaciente, de carácter tan susceptible, que la mínima contrariedad en el juego lo descompone, haciéndole perder sus medios; este tal, cuando sus nervios están tranquilos y la suerte lo protege, juega como un desatado, y no hay quien se le ponga al frente, porque, en general, es una buena cabeza, viva, y de percepciones delicadas.

El *jugador de suerte*, es generalmente casado, metódico y tranquilo; en vano tratarán de ganarle los que juegan más; él sacará *patañas* y *chiripas* increíbles, en el momento mismo en que su partida peligraba; y á los golpes certeros y talentosos del contrario, responderá con retruques y carambolones casi fantásticos, que acabarán por darle la mesa.

No falta tampoco en esta clase de pueblo, el eterno tipo del Pickwick, generoso, distinguido, que con una caballerosidad inimitable, se empeña en que su competidor ha de jugar de nuevo, si por casualidad erró bola; y que discute con él, y se enfada, si no quiere aceptar sus

amabilidades y atenciones, que llegan hasta prohibir al mozo, de antemano, que reciba un cobre de su compañero de juego, en caso que pierda. Pero naturalmente, son raros. No bien aparecen, los explotadores se le juntan como moscas en un panal, y pronto lo escaman.

No olvidemos tampoco al *jugador jactancioso* y botarate, que no le gusta hacer partido sino con los aficionados más notables; él les copia las posturas elegantes, la manera convencida de tirar; el aire de seguridad y conocimiento del juego; cuando se presenta un golpe difícil, pone sus cinco sentidos para hacerlo bien, sin demostrar su ansiedad, y luego que lo yerra, sonríe, compadeciéndose de sí mismo, como diciendo: « ¡Qué locura! ¡ pues no se me ha escapado esta carambola! » Imita ramplonamente á los buenos jugadores, y el gozo y la satisfacción le llenan, y trascienden de él, cuando hay gran concurrencia que lo mira.... mientras llega el momento de admirar y estudiar á su distinguido adversario.

Éste puede llamarse también el *marcante* de todas las noches, el que paga siempre la mesa. Malgrado su empeñoso celo, apenas adelanta de un año para otro, porque no aplica atención al juego, sino á la postura, al aspecto, á la exterioridad, en fin, de los buenos ejecutantes.

Nunca olvidaremos una sublime camtimplada, que oímos en un billar, hace muchos años, á uno de estos Calinos. Jugaba con nosotros, y erraba la mayor parte de las carambolas, no por mal tiradas, sino porque no daba fuerza bastante á las bolas.

— ¿ Y por qué juega tan despacio? le preguntamos.

---

— ¡ Psh ! ¡ como así hacen los jugadores !... nos respondió, con una inocencia verdaderamente de idiota.

Y, sacrificándose valerosamente, en aras de ese principio, á tontas y á ciegas, no lograba ganar jamás una sola mesa.

## FANTASMAS.

Hablábamos hoy con un antiguo cronista, ya muy dejado del oficio, pero que pertenece á aquella época brillante del noticierismo bonaerense, en que los diarios mentían é inventaban á diestro y siniestro — hace diez años, cuando *La Tribuna* y *La República* reinaban en todas las casas.

— ¿Parece que estamos en plena época de fantasmas? le dijimos.

— Sí señor, así he visto.... ¿Quién sabe cuál será el interesado en esas cosas?

— ¿Cómo cuál? ¿Vd. cree que hay algún *interesado*? Para mí, es cuestión de superstición y de ignorancia.....

— Sí, sí; ¿pero el *motivo* para que se muestre esa superstición?...

— ¡Pero hombre! ¡será alguna casualidad!

— No lo creo.... Vea, esto de fantasmas... por lo menos en *mi tiempo*, eran cosas nuestras no más....

— ¿Cómo, cosas nuestras?

— Sí, nosotros las inventábamos.... Y se rió como si algún recuerdo exhilarante, viniera á visitar su memoria.

— ¿Por ejemplo, dijo, estoy seguro que Vd. creyó en la existencia del *Hombre-cerdo*, el fantasma popular que tanto terror ha causado siempre?



— ¿Y cómo no quiere Vd. que crea, si había personas conocidas, que aseguraban haber sido corridas por el terrible personaje? Además, yo tenía para mí, que fuera algún salteador, *cubierto* por la piel de un cerdo...

— Pues ni eso, señor; todo era invención.

— Vamos á ver, le dijimos, cuéntenos cómo fué. Seguramente, fué alguna invención suya...

Él sonrió; se acomodó mejor en el asiento, aspiró con fuerza su cigarrillo, y principió así :

\*  
\*  
\*

— En *aquel tiempo* (nuestro hombre habla siempre con amor de la época en que era periodista) el oficio de noticiero era muy distinto del de ahora. Había pocos hechos, y era preciso inventar cosas interesantes para divertir al lector. Naturalmente, los simples observadores de sucesos, y fotógrafos de escenas ruidosas, no eran buscados en los diarios, como hoy; en cambio, se apreciaba mucho á los narradores inventivos y románticos, que escribían regularcito, y mentían detalles conmovedores, mezclando á su prosa, oportunas reminiscencias de novelas conocidas.

Yo era cronista de un diario de mucha circulación. Me pagaban como á muy pocos noticieros; mis emolumentos eran extraordinarios : 500 pesos mensuales. Había entrado á reemplazar á Pedro Bourel, en la sección de « Noticias policiales »; y Bourel había sido famoso en su tiempo.

Mentía todos los días; cuando había sucesos, adulteraba y *romantiqueaba* los detalles; cuando no había su-

cesos, los inventaba, pura y simplemente. Asesinatos, suicidios, envenenamientos, salteos, un hermano que mataba á otro hermano, por celos; una joven que intoxicaba á su marido, por un amor culpable; en fin, durante los tres ó cuatro años que fuí noticiero de aquel diario, recorrí toda la escala de los crímenes posibles, y aun novelescos; tramos de Ponson du Terrail, agentes de policía, sobrehumanamente sagaces, como los de Gaboriau; patochadas como las de Montepin; ingeniosidades como las de Poe; de todo.

Un día, se me ocurrió resucitar al *Hombre-Cerdo*, á quien ya había dejado descansar un año y pico.

— ¿Había algún *motivo*?....

— Sí señor; una.... aventurilla galante. Visitaba yo una muchacha, en la calle de Solís, muy al Sud; y tenía un rival; un gallego muy flojo, maestro de piano.... Este sujeto andaba incomodándome, porque la muchacha, apoyada en su concurso, tardaba mucho en rendirse.... (Aquí, nuestro cronista se puso coloradillo; figúrense Vds. que hoy es hombre serio, ¡y juez en una Cámara!) Mi rival, continuó él, acostumbraba á pararse á hora avanzada de la noche, en la esquina de la casa de nuestra pretendida, adonde aguardaba probablemente á que yo me fuera, para seguir pelando la pava, en lugar mío....

Pues señor, ocúrreseme decir que el *Hombre-cerdo* había aparecido; *justamente* en aquella bocacalle!.... y que había atajado la noche antes á una señora, asustándola, y quitándole la cartera que llevaba.

— ¡Oh! — hicimos nosotros, riendo.

— A la noche siguiente, mi gallego había desaparecido. En la bocacalle de la denuncia, había un vigilante;

y en la del frente, otro. Escondido en el quicio de otra puerta cercana, había otro gendarme. Antes de tomar el tramway, para marcharme, pregunté á uno de ellos, que me conocía, ¿si estaban allí para prender á algún gran bandido?

— ¡Ya lo creo! me contestó, ¡estamos esperando al *Hombre-chanco!* Y me mostró una especie de revólver-trabuco, que llevaba bajo el capote.

Me estremecí de pies á cabeza, pensando en que la mentira era mía. — ¡Buena suerte! dije al vigilante, y tomé el tramway.

\*  
\*  
\*

— Hay que saber, prosiguió nuestro hombre, que para ser noticieroapreciado, entonces, era no sólo preciso el *inventar*, sino también que nadie *rectificara* las invenciones. Para ello, hacíamos una cosa muy simple; decíamos siempre: « que la Policía había apresado al autor de este terrible crimen. » La Policía, con tal de pasar por activa, se callaba la boca.

En la invención del *Hombre-Cerdo*, la no rectificación se presentaba peliaguda. No había participado á nadie que era una invención. Al contrario, haciendo como que ocultaba la noticia, por ser muy importante, había conseguido que mis colegas mismos me la *robaran*; y que la dieran todos, en sus diarios, al mismo tiempo. Las apariencias de la verdad, no podían ser más completas.

Mas, para que no se comprendiera que era mentira, seguí noticiando al público que el *Hombre-Cerdo* había aparecido aquí y allí, haciendo esta y aquella atrocidad,

— que nunca llegaba al asesinato, porque la falta del cadáver, me hubiera descubierto.

Al fin, el público estaba tan convencido de la existencia del *Hombre-Cerdo*, que, con el susto, parecía que todos los cuerpos oscuros que marchaban tras él, eran el *Hombre-Cerdo* en persona, y las gentes disparaban, y llegaban sin aliento á sus casas. Al día siguiente, don Fulano de Tal, persona conocida, se presentaba á una Comisaría á denunciar que había sido corrido y robado por el *Hombre-Cerdo*....

— ¡Qué bueno!

— En la disparada, había perdido el sombrero, ó el reloj; ese era el robo. De estos, hubo muchísimos. La Policía salía en *comisiones* á buscar el fantástico bandido, que asaltaba á todo el mundo, sin que *nadie* lo viese.

Al fin, la importancia del personaje, y su fama cada vez en aumento, ibanme haciendo temer que llegara un instante en que la superchería fuera forzosamente descubierta.

Llovían diariamente las denuncias de los salteos y descalabros cometidos por mi héroe. Éste había tomado tanto cuerpo, que si yo mismo hubiera querido negar su existencia, contando los minuciosos detalles de su fabricación, nadie me habría creído.

Una noche de verano, estando en compañía de unos treinta y tantos amigos, en el club San Martín (ya no existe), uno de ellos, no sabiendo qué hacer, dijo :

— ¿Vamos á buscar al *Hombre-cerdo*?

— Ya está, contestó otro, no menos entusiasta.

É inmediatamente se armó una batida en regla; se dividió la compañía en tres cuerpos; las armas, eran esto-

ques y revólvers; los tres debían salir del club, y juntarse en un punto dado, después de recorrer los sitios más frecuentados por el *Hombre-cerdo*...

— ¿Y vd. también fué? preguntamos á nuestro cronista.

— ¡Qué esperanzas! Después de haber hecho lo posible por disuadirlos de la batida, me fui á dormir; ellos anduvieron buscando inútilmente á mi héroe, hasta la madrugada.

Es para mí un compromiso asaz difícil de cumplir, el de estarme con la cara seria delante de las personas que hablaban de los salteos del *Hombre-Cerdo*, como de la cosa más natural del mundo. Véame obligado aún á dar yo mismo detalles de este ó aquel desaguisado que había llevado á cabo últimamente.

En el Departamento de Policía diluviaban los pàrtes, consignando los nombres y domicilios de los *asaltados*, los cuales habían estado *en persona* á declarar el suceso en las Comisarías. El miedo había creado un verdadero *fantasma* en las imaginaciones.

Por último, tuve que hacerlo desvanecer un día, narrando que se le había aparecido á don Fulano de Tal, *montado en un velocípedo*, diciéndole que: « ya nadie lo vería más; que ya estaba rico »

Así fué; nunca se quejó nadie más de sus fantásticos ataques.

— Pues amigo, ¡ me ha sacado usted de un error!... le dijimos y ¿ Vd. cree que los fantasmas de ahora?....

— Han de ser por el estilo, sí señor.

— ¿ Y su rival, qué se hizo?

— ¡ Psh! ¡ de esto hace diez años, y no lo he vuelto á ver todavía!



1884





## LOS COLEGIOS CLERICALES.

La cuestión de la enseñanza religiosa fué vencida en el Congreso por los liberales; pero estamos convencidos de que esa derrota no afecta en nada la ventaja real de las posiciones clericales. Veamos lo que pasa en el hecho.

En el Colegio del Salvador, es sabido que la preferencia, la consideración y el mimo de que son objeto los jóvenes que demuestran tendencias religiosas, van hasta producir una verdadera *selección artificial*, de la que resultará el éxito de ellos, y por consiguiente, el apartamiento de los liberales. Los educandos colocados en aquella situación, pasan sin obstáculo alguno á dar examen en el Colegio Nacional, cuya dirección ultramontana se entendía perfectamente con la del Colegio del Salvador. Niños que no han cursado cuatro ó cinco materias; niños que no saben sino muy poca cosa de varias asignaturas, pasan directamente al Colegio Nacional, con certificados expedidos por el Colegio del Salvador. Exactamente lo mismo pasa con el Colegio San José. Estos niños son siempre de aquellos que sus compañeros llaman *frailones*. Se sabe ya que este abuso escandaloso ha dado lugar á sumarios, investigaciones y notas irritadas del Ministerio de Instrucción Pública; pero de ninguna de esas diligencias ha resultado que se arranque de manos del clericalismo el Colegio Nacional, el más importante

---

de la República, y por consiguiente aquel en que se prepara para la vida pública el mayor número de jóvenes de familias pudientes.

\*  
\*\*

Que reflexione el lector sobre la influencia ineludible de los directores sobre los dirigidos, máxime cuando éstos se hallan en la edad blanda de la juventud, en que todas las impresiones son fáciles; y véase después cuánto costaría el remoldar esas inteligencias al deseo y á las necesidades de los nuevos credos.

Los dependientes de escritorio copian á la letra á sus patronos, y todo subordinado, en general, imita desde la manera de vestirse hasta la de hablar y de reir de sus superiores. Es un hecho innegable, igual en todas partes del mundo, porque en todas partes las mismas leyes rigen la producción del pensamiento y de la acción.

En sociedad, ¿no imitan los débiles á los poderosos? ¿La moda es algo más que una imitación? En política, en artes, en los usos menores de la vida diaria, no hay en el fondo más que una imitación de las agrupaciones dotadas de vida propia.

Pensemos ahora cómo podrán defenderse los cerebros impresionables de la juventud, del ataque continuado del maestro-sacerdote, que disfraza su intención maligna con el hábito de la suavidad y de la dulzura, que atraen, arrastran, y enceguecen cuando vienen de los relativamente grandes.

Inútil, es, pues, declamar y filosofar sobre la carcomida masa del clericalismo, si las familias más impor-

---

tantes del país mandan sus hijos á los colegios-conventos, para que les modele las almas el maestro sacerdote.

Las últimas camadas de abogados que hemos recibido de la Facultad de Derecho, contienen una subida proporción de jóvenes clericales.

De los estudiantes de medicina no hablamos, porque, en general sus estudios les habilitan para perder vetustas ilusiones, favoreciendo el discernimiento entre lo falso y lo verdadero.

\* \* \*

Veamos lo que pasa con la juventud femenina. En un pueblo viril simplemente para la guerra, como la Esparta de Licurgo, las mujeres mandaban en el hogar de un modo absoluto, según se ve por las repetidas insinuaciones quejosas de Plutarco. En un pueblo apocado por los refinamientos, como en la Roma del tiempo de Juvenal, las mujeres son poderosas y toman parte activa en la vida general.

Nosotros estamos, felizmente por ahora, en el medio de esos dos extremos, la simplicidad y el exceso. Nuestras mujeres mandan en el hogar, pero el hombre gobierna los grandes actos de su familia.

Él impone sus creencias, pero abandona á la mujer la administración de los pequeños detalles. Es ella la que regula la vida primordial de sus hijos, y la que, con la leche de su seno, les infiltra las primeras ideas. Principia por asustarles con « tata Dios » y les hace arrodillar cuando pasa el *Señor*. Con ellos va á la iglesia y las primeras plegarias inconscientes, letra muerta del fastidio, salen de boca de los niños, enseñadas por ellas.

Se comprende, pues, que este primer modelamiento, sea algunas veces decisivo. Agreguemos á esto, que las mujeres hacen siempre lo que quieren en sus casas, y que son raros los padres de familia que no sean *indiferentes* en materia religiosa; y tendremos la clave de la importancia que tiene la educación de nuestras mujeres en este pueblo, tan tierno aún en materia de filosofía.

\*  
\*  
\*

Esa educación, ¿cuál es? Contestamos sin vacilar, que *deplorable* en todos sentidos, menos en el sentido religioso, y en todo lo que se refiere al adorno, elegancia y embellecimiento de su persona.

El primer colegio de señoritas que hay en Buenos Aires, es decir, aquel más favorecido por la concurrencia, es el de las Hermanas de la Misericordia, situado en la calle de Cochabamba. En el camino á Flores, la antigua quinta de Wanklyn, ha sido convertida en un Convento del Sagrado Corazón, donde se educa un número enorme de niñas. Un poco más allá, cerca de Almagro, se está construyendo para otro colegio-convento, un edificio que tiene 360 habitaciones. Posee dos manzanas de terreno, y ha sido comprado al contado. En la calle de Moreno, está el colegio de la Inmaculada Concepción, al que asiste una gran proporción de las señoritas de la capital. Agréguese á esto que la totalidad de los Colegios de enseñanza superior á las niñas, son religiosos. Las institutrices son siempre religiosas, porque es en ellas, como parte más blanda, que se persigue menos las preocupaciones ridículas.

## CAMINO DEL CIELO.

Ars artium regimen animarum.  
(Axioma teológico).

La educación de nuestra juventud femenina ha sido clasificada pura y simplemente de *deplorable*. Veamos si hay alguna exageración en la idea que imparte ese epíteto. Tomemos el caso de una niña educada en el Colegio de las Hermanas de Misericordia, que es quizá el principal colegio para niñas que haya en la ciudad, no sólo por el número sino también por la calidad de las familias que lo favorecen con sus hijas. La mayor parte de esas niñas bellas, elegantes y ricas que vemos por la noche en la calle de Florida ó en Colón, se han educado allí. Las podríamos citar por sus nombres.

Examinemos el método de aquel establecimiento, y veremos hasta qué punto es cierto, que la educación clerical consiste principalmente *en no enseñar nada*, excitando mientras el nacimiento de las ideas religiosas hacia las que torna toda la energía, dejada ex profeso sin empleo.

El establecimiento está alejado de los centros de actividad, cuya presencia despierta en los ánimos la emulación de la vida y el afán de la labor. El edificio se halla rodeado de grandes árboles tranquilos, que cierran por todos lados la perspectiva terrestre, no dejando ver

más que la bóveda del cielo, en medio del silencio y la paz de todos los rumores mundanos.

El jardín y el huerto brindan sus placeres serenos á las educandas, mezclando su nota tímida á aquel concierto de cosas inmóviles, que hablan al alma el lenguaje peligroso de la soledad. Cuando el espíritu riente y desatado de la juventud quiere dar un salto y balancearse temerariamente en brazos de la alegría ruidosa y semi-brutal de la primera edad, aparece como signo de monástica vigilancia, la figura austera y descarnada de una Hermana de Misericordia, que pasa cerca del grupo tempestuoso con la mirada baja, el labio murmurando oraciones, las manos sobre el rosario, y el aspecto místico y dulce.

¿De qué manera pueden apreciar aquellas criaturas, impresionables como blanda cera, esta aparición que las deslumbra con los atributos de la virtud y del sosiego, de la paz del alma y la abnegación en la tierra? No hay nada que se grabe tanto en la imaginación de los niños como estas figuras que en su inocencia les aparecen respetables y grandiosas. Principia á actuar por consiguiente, en ellas, el poderoso elemento de la imitación, que encarna primero á la *Hermana* en un ángel y luego hace entrever el cielo á aquella que se le parezca.

La risa loca, la alegría sin motivo aparente que brota de aquellos cuerpos nuevos, como agua que surge de una fuente llena, es ahogada al nacer por el silencio, la soledad, y el refinado misticismo de las Hermanas, que oponen su mudo reproche de ángeles tristes á aquellas gloriosas manifestaciones de la vida.

De hora en hora, tañe melancólicamente la campana del templo contiguo al colegio, poblando el aire con esos vagos recuerdos de que habla Richter, de « cosas que no hemos visto y no veremos nunca. » De hora en hora, mientras la campana tañe llamando á la oración, las niñas son conducidas al templo lleno de misteriosa y vaga penumbra ; mientras el sacerdote oficia, las educandas no juegan como en otras iglesias, porque sobre ellas pesa la mirada inconvencible de las *Hermanas*, que expanden su amor ideal en brazos del místico adorado, invitando con su abandono supremo el lanzamiento de aquellas almas que vacilan y buscan empleo á su actividad.

El templo es de aquellos que ponen silencio y pavor en el espíritu ; altas naves que se proyectan como sin término dando la sensación de lo ilimitado ; vidrios de colores ilustrados con imágenes y escenas religiosas ; altares en que arde suave luz á los pies de santos y de vírgenes, recamados de oro y relucientes joyeles ; y mientras el perfume turbador del incienso que desparra-man los pebeteros sube hasta las bóvedas en volutas interminables, los acordes graves y arrobadores del órgano llenan el templo y las almas como de una grande voz desconocida.

La iglesia misma es del orden que en la Edad Media respondió mejor al ideal poderoso del mundo cristiano ; y del cual se dijo que en lo atrevido de sus torres-agujas pintaba la aspiración de la fe hacia su patria suprema, el cielo. Es un templo semigótico, que como sus hermanos de otra época despierta en el ánimo, los sentimientos supersticiosos que hicieron imaginar su arquitectura.



De hora en hora, se repite aquel acecho y aquel trabajo paciente del demonio religioso que busca modelar á su imagen las almas nuevas que la candidez ha confiado á sus cuidados.

Las lecciones son poco escuchadas, porque las profesoras las dictan de mala gana, á causa de que ellas no son el principal objeto de su labor. Además, ellas son difíciles, mucho más de lo que se presta á la comprensión de las educandas, como sucede en todos nuestros colegios. Mr. Bain, en su *Education as a Science*, para no citar más que un libro, ha demostrado que la gramática, por ejemplo, que se enseña en todas las escuelas primarias no puede ser adquirida á veces, ni aun por adultos de vigorosa inteligencia. Lo único que han sacado de allí, en conocimiento, las numerosas niñas á que nos referimos, es el francés, porque siendo francesas las Hermanas de Misericordia, y no hablando el español, las niñas para entenderlas, tenían que poner atención á las lecciones.

Pero dejemos aparte este tema escabroso, que podríamos analizar detalladamente si se tratara de hombres. Notorio es, si embargo, que de ese colegio no ha salido ninguna ilustración, ninguna notabilidad. En cambio han salido muchas beatas.

Para favorecer la radicación de los sentimientos religiosos, las Hermanas recurren á medios cuyo refinamiento no puede comprenderse sino pensando en la alta capacidad intelectual de los directores supremos de estas factorías de gente santurrona.



Acostumbran á las niñas al renunciamiento continuo y temprano de todo lo que puede halagar sus inclinaciones juveniles, sujetándolas al martirio de emplear sus capitalitos en la compra de imágenes y libros santos, con cuya vista y lectura acaban de saturar la atmósfera de misticismo. Las penas que les infligen están calculadas para traer una sobreexcitación nerviosa que prepare convenientemente la tierra en que han plantado la semilla maldita. Las privan, parcial ó completamente, del alimento, y las exponen, casi desnudas, en medio del vago silencio aterrador del templo.

Imaginemos á una de estas criaturas, labrada por la prédica diaria, entontecida por el ayuno y la oración, debilitada por la falta de comida, arrastrada por el ejemplo de sus superiores, y llevada á la imitación de sus compañeras más religiosas al ver el mimo y la consideración de que se las rodea; representémosnos á una de esas infelices niñas, sola y sobreexcitada en el templo, con su espíritu asustado por la soledad, sintiendo despertarse en él todos los recuerdos de las cosas sobrenaturales de que le han hablado.

Aquellos viles santos de madera, aquellas vírgenes atiesadas en sus vestiduras relucientes, irán moviendo sus ojos de vidrio para mirarla y reprocharle su poco respeto; de cada ángulo oscuro, de las soledades de las naves, de detrás de las columnas, de los altares, del confesionario irán saliendo figuras confusas y vagas que parecen mover sus labios para decirle palabras de reprobación; la idea de esas palabras le despierta la de las voces, de modo que á poco oye esas mismas voces, y los oídos le zumban, le laten las sienas, se tapa la cara con

las manos para rechazar las visiones, y se desmaya.

Hemos descripto esta impresión, tal como nos la ha referido una de las víctimas, hoy madre de familia, felizmente. Ella es la pintura exacta de lo que han experimentado en iguales condiciones, los jóvenes que los jesuitas labran y torturan para sacar de ellos pequeños instrumentos de odio á la humanidad. Es fisiológico.

Del desmayo por exaltación mística, á ser beata hosca é insorportable, no hay más que un paso. Las Santa Teresa, las Juana de Arco, las Madame de Genlis, las Bernardita Soubirous, surgen de los desmayos místicos. Si á esto se agrega un celibato continuado, tenemos una *santa* completa.

\*  
\* \*

¿ Y qué diremos de las confesiones? En aquel Colegio, es obligatorio confesarse todas la semanas.

Dice Dumas que los sacerdotes católicos, con la confesión de las mujeres, han inventado un placer que ni el Dios de la Biblia ni del Evangelio, sino el Dios mismo de la fábula que tomó todas las formas para sentir todos los goces, cambiaría por cuantos ha podido sentir en sus más lúbricos refinamientos. ¿Qué no será cuando se trata de mujeres en el estado de inocencia, entregadas al licencioso pensamiento de un fraile satirico?

Como corolario diremos, que hace algunos años, en ese mismo colegio, una niña que estaba arrodillada delante de un confesionario, se levantó de pronto roja como una grana, y llorando. El sacerdote la llamó en vano; las Hermanas la detuvieron, y la amenazaron con llevarla ante la Superiora, que es como el Dios de la casa,

---

y á quien todas las educandas temían extremadamente; la niña no cejó. La llevaron á la Superiora; ésta la rogó, la amenazó, la penitenció para obtener que la confiara el *por qué* no quería seguir confesándose; no hubo medio de dominar su vergüenza y su repugnancia. ¡Cómo sería ello!

Que las familias y las niñas hagan respectivamente examen de conciencia, las primeras sobre lo que sus hijas educadas en el colegio-convento han aprendido, y las segundas sobre lo que realmente saben, después de cuatro ó cinco años de lucha, y verán que tenemos razón al decirles lo que les decimos. Andan por el mundo ahora y han tomado otras el hábito, muchas de las que entraron allí alegres é inocentes.

Haber historiado la vida de uno de estos colegios-conventos, es haber historiado la de todos. Así es en el Sagrado Corazón, del camino de Flores. La orden de ese método viene de muy alto.

¿Cuándo reaccionarán los padres de familia contra la peligrosa preocupación que les impulsa á entregar sus hijos al sacerdote ó á la monja?

## EN EL REMATE.

El *remate* es una de las fases más curiosas, y características de la vida americana, y particularmente, de la vida bonaerense. No hay pueblo alguno en la tierra, que *remate* tanto como el nuestro. Aquí se remata todo; las casas, los muebles, las alhajas, los alimentos, de las cosas más útiles, inútiles, ó íntimas. Dentro de poco, va á ser la manera casi única, de vender las necesidades de la vida, ó las exigencias del gusto.

Naturalmente, el hábito de este comercio, la generalidad de la competencia, así como la progresiva industria del hombre para salir airoso de los trances más difíciles, ha hecho nacer una serie de entendidos en el asunto, los cuales, en su género, son verdaderas notabilidades.

La supervivencia del más apto, es notable en este complicado organismo del remate, siendo una de las pruebas de esa ley biológica sostenida por la escuela evolucionista. Es preciso ser muy astuto, muy calculador, muy vivo, en una palabra, para conseguir éxito en los remates.

. Cuando uno entra por primera vez en una casa en que tiene lugar un remate, si es observador, puede notar que la concurrencia es divisible en tres ó cuatro grandes grupos. Hay el hombre frío, lento en su andar, como en

sus ademanes, que fuma sin descansar, cigarros negros que nunca concluyen, ó cigarrillos colorados muy gruesos; mal vestido, con ropa usada que parece de otro, cadena falsa, anillos de oro liso, guarangamente trabajados, y que parece no tomar interés en nada de lo que va á rematarse.

Este tipo es generalmente comerciante, dueño de una casa de *bric-à-brac*, donde se compone y lustra los trastes viejos, y luego se les revende con gran beneficio. Malgrado el poco interés que demuestra, es uno de los más interesados en todo. Pero no compra, sino á precios muy bajos. Es un jugador sin pasión. Otros se dejan arrastrar por la belleza del objeto, por la emulación de que nadie les sobrepase en largueza, por la cólera de que un inferior les venza aún en caso tan pequeño, por la *vista* del mueble, ó de la alhaja rematada; él, siempre frío, ha calculado exactamente lo que ella vale, el precio que se puede pagar, para obtener algún beneficio, y no hay consideración en el mundo que le arranque un centavo más de lo calculado.

Hay el hombre incierto, que bosteza á cada paso, que conversa de cualquier cosa con el primer venido, que mira con inquietud y nerviosidad para la puerta de calle. Está generalmente bien puesto, y lo más á menudo hasta con lujo. Las cosas aparentemente buenas que se van á rematar, le sorprenden, le admiran; balbucea, « ¡qué buen ropero éste!- ¡linda mesa! ¡muy bueno el jueguito de sala! » pero todo al pasar, sin detenerse, como hombre prudente que teme ser seducido por otros intereses que los que le ocupan.

Espera á un amigo, ó á un conocido para pedirle una

recomendación cualquiera; espera el tramway, que no llega, y lo impacienta; espera... cualquier cosa, y mientras espera, el remate principia, la concurrencia hace remolino, lo empuja, lo lleva, y de pronto se encuentra con que le han *clavado*, designándolo como comprador de la primera baratija que vino á mano.

Ese es el comprador por *casualidad*.

Después, viene el tipo desconocido, con cara de escribano ó diputado de Provincia, y apariencia de buena posición; continuamente se corta, y se pone colorado; á nadie conoce ni nadie lo ha visto jamás tampoco; cada nueva persona que llega, lo pone en mayores aprietos; cuando alguno dice: « Ya es hora; ya se debe principiar » es como si le tocaran con un hilo electrizado. Ha ido una hora antes de la anunciada para el remate, y se ha puesto á examinar particularmente dos ó tres mueblecitos; los ha tocado, rebuscándoles de arriba abajo, sin verles uno solo de sus defectos, roturas, y composturas recientes con masilla pintada. Permanece cerca de los muebles en cuestión, poniendo mala cara cuando alguno se acerca á mirarlos.

El martillero, que ha visto la maniobra, lo mira, lo estudia, y guarda su fisonomía para el momento oportuno, en que ha de hacerle aflojar por los muebles el triple de su valor.

Este es el comprador *fijo*, que va expresamente á comprar tal cosa, que ha esperado toda la semana, leyendo todos los días de ella el aviso en que se anuncia el remate, y que ha concurrido por fin, nervioso, agitado, al gran torneo, donde su viveza de escribano ó diputado, va á recibir un formidable tumbo.

Viene después el *gurupi*. Generalmente sucio de sobre todo, aun en verano, de sombrero grasiento muy echado á los ojos, para que solamente el martillero le vea las guiñadas; fuma cigarrillos negros, invariablemente; tiene las uñas largas, encorvadas, y teñidas de un amarillo negruzco, que las hace parecer al carey. Lleva los bigotes lacios, caídos, indolentes como su labio inferior. Habla muy poco, ó nada, y se estaciona siempre lejos del grupo de interesados, de modo que pocos ven sus señas al rematador.

Es comisionado de diez ó doce individuos, para que no deje quemar sus artículos: él *puja* todo lo que puede, comprándolos por su cuenta, si no llegan al precio necesario. Es una venta *falsa*.

Esos son los grandes grupos.

\*  
\* \*

Otro de los tipos curiosos es el martillero, que, para tener éxito, ha de ser gritón, de figura simpática, y tan descreído y desalmado como le sea posible. Él es el verdadero director de aquella ópera cómica, él maneja á sus actores con la mirada, el gesto, una frase bombástica, una insinuación tentadora; crea papeles, improvisa dramas; es como si estuviera sentado en un piano, cuyas notas fueran el amor propio, el interés de la ganancia, la indiferencia, la emulación, la falsedad y la pereza. Florencio Madero ha sido un gran pianista. Billinghamurst, Bullrich, Héctor Quesada, han sido unos, y otros continúan siendo, muy buenos pianistas.

Es preciso que inventen de la manera más copiosa del

mundo; la exageración, en ellos, es una patente de limpieza.

Cuando hacen levantar en alto algún objeto, ó lo levantan ellos mismos, es muy curiosa la selección de adjetivos que hacen para predicar sus excelencias. « ¡ Fíjense bien señores! ¡ es un reloj de primer orden! ¡ es de un gusto inapreciable! fijarse bien señores, en la enorme riqueza del gran reloj. »

Debo declarar, ante todo, que las frases que cito, son históricas. Ésta, por ejemplo, la he oído al martillero de Baltar y Quesada.

— « ¿ Qué ofrecen, señores, por ese inmenso espejo? »

Y era una luna de una vara de alto. Ya había agotado todos los adjetivos más ó menos convenientes; había dicho que « era un espejo salido de un taller europeo, de *primo cartello*; que era una luna como se encontraban muy pocas en Buenos Aires; que era un espejo *exquisito* etc. » Entonces, por último, cayó en aquel calificativo de *inmenso*. Son frases para el pueblo. El pueblo ama todo lo que es *grande*, porque es lo que impone más inmediatamente.

Todos los martilleros de éxito podrían ser caudillos electorales, y oradores de barricada; y ¡ de qué fuerza!

Puede decirse sin exageración, que está en mano de ellos, el hacer subir ó bajar el precio de los objetos. Ellos conocen de la primera ojeada, al que va á comprar, al que va á ofrecer de *á mucho*, al que tiembla todo para bien de ofrecer un peso, al que va á exhibirse en completa desnudez, delante de aquella concurrencia, acostumbrada á conocer sus componentes, de la primer mirada. El *tacaño* ofrece de á 1 peso, de á 2, de á 3, cuando todos están ofreciendo de 50 ó 100.



El rematador que le ve hacer señas, refiriéndose á él, grita, si el objeto está en 80 pesos :

— ¡ 100 pesos! ¡ 100, 100, 100!

Entonces, el tacaño que no ha querido ofrecer más que *un peso*, reclama; todas las miradas se vuelven á él, y mientras el martillero lo fulmina con algún sarcasmo oportuno y fino, el infeliz se pone en ridículo. Hemos visto, en cierto remate, en una casa de familia, á un caballero muy bien puesto, que había demostrado interés desde el principio por dos *chiffoniers*, y que habiéndolos pujado de á *poquito*, hasta 985 pesos, los dejó escapar, á causa de que otro comprador ofreció por ellos, *mil pesos redondos*. Minutos después, delante de todos, le pidió al comprador que se los cediera por el mismo precio que los había adquirido.

El otro, disgustado por aquel estreñimiento ridículo de bolsillo, le respondió :

Se los doy en 1.500 pesos cada uno...

Su interlocutor se puso colorado hasta las orejas, y su estúpida acción y aspecto, sirvieron de pábulo para un momento de diversión.

Todos estos compradores habituales ó casuales, tienen, sin embargo, una maniobra salvadora de los *clavos*. Es no recibir los objetos comprados, dando cualquier pretexto, ó simplemente no enviando á buscarlos. Es lo que se llama la *venta falsa*.

Entodos los remates se practica la misma cosa, sin que se levante protesta alguna, puesto que es el escape, á ciertos clavos tan feroces, que pocos consienten en sufrirlos. Tácitamente, el rematador y el interesado comprenden que hay razón para acudir á ese medio supre-

mo, y el remate prosigue, hasta encontrar alguna alma caritativa que cargue con aquellas *encomiendas*.

El comprador *por casualidad*, sale casi siempre *clavado*. No hablemos del revendedor, porque ese no se cleva jamás. Aquél, arrastrado por las miradas engatuzadoras del rematador, se va acercando; cuando el martillero le clava los ojos, los demás hacen lo mismo, y de ello resulta una especie de presión para él, bajo la cual se agita, haciendo esfuerzos por alejarla. Al fin, el amor propio, el placer de oír repetir su nombre en voz alta, el deseo de salir del paso embarazoso en que se ha colocado, cualquier cosa, le hace caer, y sale indefectiblemente *fumado*.

Conocemos un señor, muy buen padre de familia, que principió así su carrera. La primera vez compró unas cortinas para sala, y dos sillas. En su casa, su mujer se le rió en las barbas, demostrándole que era una locura lo que había hecho, pues aquellos objetos, nuevos, valían menos de lo que él había pagado. Entonces, irritado en su amor propio, volvió al remate y trató de aguzar sus sentidos, á fin de hacer una buen compra.

¡ Pero ni por esas ! volvió á clavarse ; y todos los días, era una jarana en su casa, con las burlas que le armaban, para que no continuara delinquiendo. ¿ Qué hizo entonces ? Siguió rematando cosas inútiles, á un precio igual al doble ó triple de su valor. Las llevaba á su casa, y principiaba á restregarse las manos como diciendo : « Ahora sí... digan algo ».

— Y, por esto, ¿ cuánto has pagado ? preguntábale la señora.

— 50 pesos.

— ¡ Ah! si es así, no está malo..... valdrá 80; son 30 pesos de ganancia.....

— No, si yo no sé comprar en remates... decía él; siempre me clavan... Y se sonreía. Pero la verdad era que había pagado 120 pesos por el objeto aquél. Desde entonces, siempre hace lo mismo, contentándose con perder un 50 0/0, con tal de ser admirado en el seno de su familia como buen comprador.

Con frecuencia es el mismo interesado en adquirir un objeto muy barato, el único que tiene la culpa de pagarlo caro, á causa de su inexperiencia, y su apuro. Esto es lo que le sucede al que no sabe lo que son los remates, y que se ha decidido á probarlo prácticamente, ilusionado por las *pichinchas* que han tocado á D. Fulano, á D. Zutano, conocidos suyos.

Su nerviosidad le descubre, y pone de relieve. Todos sus movimientos y ademanes están demostrando que desea comprar uno ó varios objetos determinados. Entonces, el martillero, y el dueño de los artículos, se aperiben, y, aisladamente, se manejan de modo que el pájaro caiga bien hondo en la trampa.

Del comprador de esta especie, conocemos varios rasgos, verdaderamente gráficos. Contaremos el mejor de todos. La escena pasó en la casa de Baltar, y Quesada, hace poco tiempo.

Se trataba de rematar una serie de objetos de algún valor artístico, pertenecientes á una persona de buena posición, que se marchaba á Europa. Con este motivo, había afluído una concurrencia excepcional. Se veía allí, á diputados, hombres de letras, corredores *high life*, abogados, médicos, etc. Ese día se remató todo carísimo.

Llega el turno á un grabado, un cuadro cualquiera, que, nuevo, podía costar doscientos pesos.

Un corredor muy buen mozo, que há poco vino del extranjero, y que usa un tren elegantísimo, estaba interesado en el cuadro, y se lo dijo varias veces al martillero, de modo que los que se hallaban cerca, se apercieron de la cosa. El rematador lo puso al fin, en venta. Nuestro corredor ofreció 100 pesos; mas, como aquél sabía que estaba interesado en él, y lo conocía por hombre de buena posición, comenzó á encarecer los méritos de la obra, poniéndola por las nubes.

Entonces, alguien de un grupo algo lejano, le hizo una seña. El rematador, gritó :

— ¡ 200 pesos !

El corredor se cree humillado, y deseando tapar la oferta para no verse deprimido ni aun en aquéllas, delante de sus amigos, dice en voz alta :

— ¡ 300 !

— ¡ 350 ! grita simultáneamente el martillero, designando al otro interesado. Entonces nuestro hombre se endereza, busca con los ojos á su rival, no lo encuentra, y exclama iracundo :

— ¡ 500 pesos !

Ahí no más dió el golpe el rematador. El misterioso contrario se hizo humo : era un *gurapi*.

\*  
\* \*

En cuestión de anécdotas curiosas, los anales de los remates consignan verdaderas preciosidades. Nos limi-

taremos, sin embargo, á citar las mejores de las que conocemos como testigos oculares.

Cuando se remata algo, por malo que sea, es difícil que no haya algún interesado. Pues bien, este interesado es justamente el que menos aparentará serlo, si es vivo. En el momento en que el martillero está desgañitándose en ponderar las bondades del artículo, él está fumando, impasible, ó conversando con algún amigo, sin ocuparse para nada *al parecer*, de lo que pasa.

— Ofrezcan precio, señores... grita el rematador. ¡Vamos! ¡cualquier cosa, para empezar!...

Él se guarda muy bien de ofrecer un céntimo, porque haría comprender que tiene algún interés en el artículo. El martillero, el gurupí y los otros interesados le llevarían el precio á las nubes. Al fin, otro hace una oferta, el objeto va adquiriendo valor, y cuando se descuidan los otros, *él* la mejora, y se lo lleva en una cantidad conveniente. Cuando el rematador pega el golpe, y lo nombra, los demás se muerden los labios; el verdadero interesado había estado lejos en un rincón, con toda la apariencia de un indiferente, y sin que ellos lo notaran, había hecho una señal rápida, subiendo el precio.

Los tipos ridículos, que demuestran su ignorancia delante de todo el mundo, sin sospecharlo, tampoco escasean.

En un remate de Bullrich, éste puso en venta un cuadro al óleo, que no se veía muy bien, porque estaba colgado á gran altura.

— Señores, principia Bullrich, ¡ese magnífico cuadro al óleo! ¿Qué ofrecen?

— ¿Qué es?, pregunta alguno.

Bullrich, medio miró, y respondió con gran serenidad:

— ¡Es un castillo feudal, á orillas del Rhin! ¡Una idea preciosa! ¡Verdadera obra maestra, señores, fijarse bien!

Entonces un señor que se hallaba lejos del cuadro, se abre paso á través del grupo, interrumpiendo las conversaciones, y llamando sobre sí la atención; luego se acerca á aquél, sube sobre una silla, y después de considerarlo atentamente, baja con la expresión triunfante del hombre que va á satisfacer la curiosidad de todo un pueblo.

Todos lo miran, como interrogándole, y él, con el gesto convencido, dice:

— No vale la pena..... ¡*es muy viejo!*!

Bullrich suelta la carcajada, los demás le siguen, y el pobre queda confundido.

— ¿Pero no ve vd. que *si es viejo*, al contrario, tiene probabilidades de ser de alguna buen firma?

Él murmuró la excusa de que había dicho aquello refiriéndose al « marco », con lo que causa mayores risas aún.

Eso sí, en los remates, no faltan las ocasiones de reir, sobre todo, cuando el martillero es *buen muchacho*.

Un amigo nuestro, compra una vez dos sillas doradas, en 220 pesos cada una. En el momento de dar el golpe, el rematador le dice:

— Hay cuatro más, iguales, señor..... ¿Cuántas quiere Vd.?

— No quiero más que estas dos, responde él.

— Muy bien. ¡Señores, quedan cuatro sillas doradas!, clama el martillero, ¡precio por ellas!

Principia la venta, y nuestro amigo compra las sillas, pero, esta vez, por 180 pesos cada una.

— ¡Ah! ¡pillo!, grita el martillero, me ha *cachifoleado* 40 pesos. ¡Está bien; lo ha hecho con toda viveza!

Y él es el primero en reír de la cosa, jovialidad de buen gusto en que toda la concurrencia le acompaña.

\*  
\*\*

Hay otro tipo aún, de los notables, que concurren á los remates; es el *tacaño*, Harpagón gratuito, que se va á dejar arrastrar por una frase halagadora de su amor propio, ó de la plenitud de su bolsillo.

Han puesto en venta un cuadro al óleo cualquiera, un mamarracho, ó una vulgaridad. Distinguiendo entre la concurrencia al que se pica de conocedor, le dice:

— ¡Vamos á ver, amigo, Vd. que entiende de pintura, y que posee tan buenos cuadros!... ¡no deje escapar la ocasión!

· El otro, que es un infeliz, con algún dinero, y que no conoce de cuadros, ni tiene uno solo en su casa, excepto alguna litografía coloreada, de la batalla de Marengo, ó el combate de Austerlitz, se acerca, arquea las cejas, chupa fuerte el cigarro que tiene en los labios, deja adivinar en su cara cualquier cosa que se parezca á un juicio, y murmura:

— 200 pesos.

— ¡200 pesos! señores, clama el martillero, ¡200 pesos por lo que vale dos mil! Ya ven Vds., ¡cuando un

conocedor se lo quiere llevar !... ¡Vamos á ver, no dejen escapar esta pichincha ! ¡ Es una gran cosa el cuadrito ! ¡ Debe ser de algún autor de nota ; eso se ve á primera vista !

Y el precio del mamarracho sube, y sube. El *conocedor* por no desdecirse, sigue ofreciendo ; y los otros, creyendo que se trata de una obra maestra, la pujan cuanto pueden. Al fin, alguno de ellos se clava, y aquí paz, y después gloria.

Otras veces, es al dinero simplemente que se dirigen sus páfidas insinuaciones. Se pone en venta alguna cosa de mucho precio ; y naturalmente, el número posible de compradores viene á ser muy limitado.

— ¡ Ahora toca el turno á los hombres ricos, señores ! grita.

« Voy á rematar este espléndido juego para dormitorio, compuesto de doce piezas, de jacarandá macizo, estilo Luis XIII ; ¡ una cosa soberbia ! ¡ Los hombres de fortuna, no deben dejarlo escapar !

« ¡ Vd. don Pantaleón, Vd. don Miguel, Vd. don Casiano ! », y los señala con sus apellidos.

Como se comprende, los *hombres ricos*, que se sienten halagados en su vanidad, al verse designados de aquella manera, se aproximan, se miran, rivalizan, y principian á pujar por llevarse el juego, ante aquella agrupación de curiosos, que los excita con su presencia. Al cabo, uno de ellos, el más vanidoso, se lo lleva, sin necesitarlo, por supuesto, y clavándose hasta los talones.

El juego es muy usado ; le faltan algunas pequeñas piezas ; está rajado en varias partes ; y en cuanto á ser estilo Luis XIII, eso es golosina, como dijo el otro ; en



---

los remates todo es de estilo famoso. Es una de las tiranías de la ignorancia, porque ante la aseveración del martillero, que santigua á un aparador cualquiera, con el pomposo calificativo « de estilo Luis XIII ó Luis XIV », no hay nadie que levante la voz para protestar. Los entendidos en achaques de remates no creen una sílaba de esas recomendaciones.

## UNA CASA INFIERNO.

(VIDA ÍNTIMA.)

Uno de los hombres más distinguidos de nuestro foro es un verdadero mártir en su casa. Quedó viudo á los cuarenta años y con *trece* hijos, ¡varones casi todos! El doctor en cuestión, no pudiendo probablemente encontrar quién se resolviera á acompañarlo en el caso de su vida con semejante carga, tuvo el heroísmo de no recurrir al veneno, al puñal ni al revólver, para acabar con su combatida existencia... ¡*Trece* hijos!

Á esta sola idea, pónesenos delante la imagen de un hombre que ansía vivir, y á quien ne se le exige como precio de la vida que levante un enorme peñasco, tal como no lo hubiera movido el mismo Polifemo. Si lasitud y enervamiento nos produce la sola representación ideal de esta situación angustiosa, — á nosotros, que no tenemos más que uno, completamente insoportable, como todos — ¡cuánta debe haber sido la de nuestro pobre amigo, al ver hormiguar á su alrededor aquella legión de diablos con los trajes rotos, las caras arañadas, las narices sucias, y el más insaciable amor al bochinche que haya habido nunca en el mundo!

Cómo se resignó á la vida del martirio; cómo organizó el ejército de salvajes que le legara Fortuna para su entretenimiento; cómo los distribuyó por seccio-

nes, por salas, por edades, asignando á cada repartición un gallego, fuerte cual un loquero; cómo hizo aguantar á su presupuesto el tremendo choque de esa organización, no se sabrá nunca probablemente. Debe ser la eterna historia de la costumbre que se convierte en ley, y de la ley que se hace cumplir á fuerza de ser costumbre.

Su casa es enorme, y á la hora de almorzar, de comer, ó de dormir, parece un jubileo. Entre los muchachos y los sirvientes, hay allí un verdadero ejército.

Es preciso darse cuenta de esta gran verdad, para comprender que en lo que decimos no hay exageración alguna : diez hombres no manejan quince muchachos como los maneja una sola mujer. Una mujer sola es capaz de atenderlos en sus múltiples necesidades, que no ácaban nunca ; mientras lava la cara á uno, pone un calzón al otro, y atraca un tirón de orejas al más cercano, para que se esté quieto y no le ponga cola al que se está ajustando un botín. Y el todo con una paciencia disfrazada de cólera siempre próxima á estallar, con una bondad inagotable que amenaza con el cielo y con la tierra, sonriéndose en su interior de los miedos que causa con su cháchara pintoresca.

Pero esta mujer no ha de ser solamente mujer ; ha de ser madre, y madre de esos quince redomones, para que se pueda producir el prodigio de esta domesticación. De otro modo es inútil. A la sirviente más abnegada y más llena de paciencia, se le ríen los muchachos, y la cachetean sin reparo alguno.

Imaginémonos pues, á nuestro mártir, zarandeado y molido, no teniendo tiempo bastante en todo el día, y

con toda su inteligencia, para ocuparse de esa complicada máquina íntima que hace vivir á los muchachos; al uno le faltaban camisas, y cuando se las había hecho traer, le salían cortas, ó grandes de cuello, ó chicas; el segundo necesitaba botines y ningunos le iban bien, ó todos los que compraba le salían cortos y se perdían; el tercero andaba con las mechas caídas como un indio y se peleaba en todas las peluquerías con los mozos, de modo que era imposible pelarlo; el cuarto tenía los pantalones comidos.... en fin, era un completo infierno, una vorágine de ocupaciones imposibles y atrozmente fastidiosas, sobre todo, para un hombre acostumbrado al silencio, al trabajo de su gabinete de letrado.

\*  
\*\*

Pasemos por alto semejantes horrores; velemos esa página negra, en que no se vé más que la tortura continuada del pobre padre, luchando por establecer un sistema, una organización que lo salvara de aquel naufragio. Vengamos á los momentos más presentables, en que los muchachos, ya más crecidos y más indómitos, son mantenidos en cierto grado de respeto por el sistema represivo que al fin se ha implantado en la casa de nuestro hombre.

El mayor de estos muchachos, cuenta ahora unos diez y ocho años. Es el jefe de la pandilla, el que se permite venir más tarde que todos á su casa; el que trompea á los sirvientes, el que de cuando en cuando se le para al mismo padre, si éste le quiere aplicar un cogotazo.

El Dr. tiene varias hijas jóvenes y bonitas. Hace algún tiempo resolvió dar algunos recibos en su casa, para favorecer las relaciones de aquéllas, aumentar su esfera de trato, y ponerlas en más circulación social. Los muchachos, sin embargo, resolvieron otra cosa muy distinta. Se situaron en grupos de cuatro ó cinco en la puerta de calle y sus adyacencias; y en cuanto llegaban niñas á los recibos, las ponían inmediatamente en fuga, diciéndoles y haciéndoles las iniquidades más tremendas que se pueda imaginar. Las tertulias acabaron casi sin haber principiado.

La vecindad de la casa del Dr. ha tenido forzosamente que mudar varias veces los vidrios de las puertas, y por cierto no se sorprendería ante las calamidades que más afligen á la especie humana; el cólera, la fiebre amarilla ó los tocadores de violín.

Las pedradas á mano limpia, la honda cargada de municiones, maiz, ó semillas de paraíso; el manteo á los sirvientes, el palo de ciego á los pasantes, con ausencia completa de criminal al recobrase la víctima, el colocar cartas en los postes con cierto menjurje en la parte de abajo, el tirar pañuelos en la vereda opuesta, atados con un hilo invisible que permite recogerlos en el momento que un cándido va á alzarlos, todo el complicado sistema de trucs de los mayores pilletes del mundo, ha sido y es practicado por ellos, á entera satisfacción de los inteligentes.

En el barrio, son temidos como la peste. Forman una especie de asociación para el chichoneo de todo bicho viviente, sin distinción de clases, ni sexos ni edades. Tienen cada pelea á trompadas, patadas, arañones y

mordiscos, que se ponen overos entre ellos, ó con los otros muchachos de la vecindad. No les duran trajes por nuevos que sean, ni hay consideración que les arrebate á los hábitos del cachimbo y del paseo por la calle Florida.

\*  
\* \*

Esto es afuera ; adentro es cosa peor todavía. La sala núm. 1, la más grande, está destinada á los seis muchachos mayores. La orden general es que todos estén puertas adentro á las diez y media de la noche. Por supuesto, son pocos los que cumplen con la ordenanza. El garrote del pobre doctor cobra después en las costillas de los retardados el déficit de tiempo empleado en la parranda. Á las once de la noche, generalmente, la sala núm. 1, bien alumbrada porque los picos están á la altura del techo, y se encienden con una largâ caña, presenta un espectáculo de casa de locos en rebelión abierta.

Todos los postigos tienen chapas de madera donde debían estar los cristales ; los lavatorios son de hierro, los muebles, malgrado su fortaleza y su forma primitiva, están desvencijados, cortados á tajos, y sin tiradores.

Los seis muchachos, bajo la inspección de dos gallegos tremendos, principian á desnudarse. El primero que se saca un botín, lo hace volar á la cabeza del celador más cercano. Éste evita el choque, y atropella al desmandado ; ya está, ahí no más se arma la gorda. Vuelan los zapatos, las escobillas, los bastones, suenan gritos de salvaje, los seis redomones brincan y voltean

en el aire, unos en camisa, otros á medio vestir, dan y reciben palos y cachetadas ; es una verdadera batalla.

Al ruido del desorden, acude el doctor con su terrible garrote de tala, al que pasea resueltamente sobre costillas y cabezas, sin miramiento alguno. Este es el único modo de aplastar la hidra de la revolución. Los gallegos se retiran jadeantes, manando sangre de los zapatazos y arañones ; poco á poco se van acostando y durmiendo los *agitados*, mientras los celadores se retiran á un rincón, á dormir con un ojo en previsión de una trastada, fatal como la que han sufrido muchas veces en pleno sueño.

La noche pasa con más ó menos tranquilidad ; pero, al brillar el sol como un filete de oro en las rendijas de las puertas, recomienza nuevamente el desorden y la pelea. La operación del lavaje de las caras, es un carnaval del año 35; las palanganas, de lata por supuesto, parecen tener alas, y no hay regaderas de agua que den abasto á las feroces abluciones que se hacen unos á otros.

El ponerse camisas limpias, rechazando diez de cada doce, porque el cuello es bajo, alto, y está azulado ó con poco azul, el prender los botones siempre ausentes, el arreglarse las corbatas, habría dejado escuetos como un alfiler á los gallegos, si la paciencia fuera corpórea y se gastara con el uso.

Agreguemos á esto iguäl escena en cuatro ó cinco *salas* de la casa del doctor, cuarenta disgustos por día, imposibilidad de ocuparse de nada para poder atender los *trece* redomones ; imaginemos las escenas en la

---

mesa, en las escuelas, en las calles, los reclamos de los vecinos, la innarrable cuenta de los gastos que ocasiona este ejército de bandoleros, y comprendemos ¡cuánta bárbara inocencia hay en los poetas gallináceos que nos pintan los *placeres* de la paternidad!

Con la mayor sinceridad, poniendo la mano sobre nuestro corazón, cual conviene en todo acto solemne, declaramos que nosotros, colocados en la situación del amigo referido, nos hubiéramos pegado resueltamente un tiro.



## SANTOS.

Es preciso confesar, con la cruel pero saludable franqueza del filósofo, que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen. Esta es una ley de la historia psicológica de la humanidad. La diadema de César repugna en su época, porque al lado de los Marco Antonios, estaban todavía los Catones. Pero, cuando desaparecen los últimos republicanos que había dejado en pie la ola de la corrupción que avanzaba omnipotente, viene, como cosa natural, la deificación de Augusto. El gobierno que se halla muy por encima ó muy por debajo de sus gobernados, dura poco; es un interregno como el de Marco Aurelio, de pureza desconocida y no gustada; ó como el de Vitelio, despreciado aún por la misma cohorte pretoriana.

El gobierno es un resultado de las fuerzas generales, es un producto legítimo del término medio de ilustración colectiva.

Cuando su elección se debe á una audacia momentánea, al influjo irresistible del genio; cuando surgen los hombres poderosos de que habla Bagehot, que imprimen movimientos gigantes á su época, no por eso deja de cumplirse la ley de la transición regular de un estado del espíritu al otro. No bien caen los genios guerreros ó políticos, se derrumba detrás de ellos el orden de cosas

que habían fundado. Testigo de esto son Alejandro, Cromwell, Napoleón. El Lord Protector, el modelo del héroe para Carlyle, representaba la reacción moral contra las turpitudes engendradas por el catolicismo; con su voluntad férrea y la corte de puritanos que le sustentaba, consigue desbravar un poco la avalancha de la corrupción; pero no bien desaparece, los apetitos contenidos por la barrera de su moralidad, exagerada para la época, irrumpen con mayor furor que antes y no respetan valladar alguno.

Es que las civilizaciones se hacen, no se improvisan. Para la salvación del mayor número concurren precisamente las formas necesarias, aquellas que pueden permitir la con el menor número de sacrificios. Los gobiernos estables han sido relativamente buenos para su época. Un sabio filósofo sería un peligro para una tribu de cafres, que necesitara solamente un jefe más brutal que la generalidad de sus miembros. De ahí las armonías supremas y necesarias. Un tirano, un dictador es el mejor gobierno para un período de anarquía; todos los pueblos han acudido á ese remedio heroico en tales situaciones. La anarquía misma los engendra, y no desaparecen hasta que una relativa cultura los hace innecesarios: son una forma conservadora de la existencia. ¿Quién concebiría un Justiniano entre los hotentotes, un Shakespeare entre los australianos, un Eliogábalo á la cabeza de la Inglaterra moderna? En cambio se concibe perfectamente un César Borgia en el siglo XV, en medio de la *camarella* tradicional y de los vicios infames de los Papas.

La historia de todas las civilizaciones demuestra lo

que la historia del cuerpo humano, lo que la historia de todos los individuos : en la infancia reina lo arbitrario, que necesita severa represión ; en la juventud la indolencia que demanda cordura, en la virilidad, la independencia que dignifica ó se comprende á sí misma. De la confusión primera lentamente emerge la fisiológica distribución del trabajo, la especialización de las funciones. La evolución tiene que cumplirse, pero hay que recorrer ciclos dolorosos para llegar á la perfección relativa. Los hombres son productos de las épocas, y los gobiernos productos de los pueblos. Siendo mucho mayor el número de los gobernados que el de los gobernantes, resulta que cuando los primeros impiden el desarrollo vital de los segundos, éstos los derriban y colocan en su lugar otros más conformes á las nesidades generales.

Testigo de este hecho la Revolución Francesa y todas las revoluciones del mundo, hasta las domésticas. ¿Existiría un Guzmán Blanco en Venezuela si no fuera por la voluntad de la Nación? No hay duda alguna de que los gobernantes dicen verdad y no mera fórmula cuando expresan en sus decretos « que gobiernan por la voluntad de sus pueblos ». Así es, en efecto.

La tiranía de Rosas, entre nosotros, duró todo el período que debía matemáticamente durar. Si enumeramos sin pasión los elementos de su tiempo, veremos que su gobierno representaba muy fuertes intereses. Cayó el día que estos intereses fueron menores que los de sus contrarios. En Cepeda no eran aún bastantes ; lo fueron en Pavón.



Santos es un producto lógico de las facciones políticas que dividen la Banda Oriental, de la anarquía que la desgarró, de la falta de voluntad nacional en un sentido contrario al que representa su odiosa personalidad. Tiene parciales bastantes para contrabalancear el *deseo* de gran parte de la nación, que tiende hacia otra forma de gobierno, menos brutal, pero que no tiene la energía necesaria para realizar su objetivo.

¡ Cuánto hemos recordado á Tácito, al ver en Montevideo, en los banquetes oficiales, aquellos diplomáticos que se levantaban con la copa en la mano brindando por « la patria oriental en donde reinaba la más *amplia libertad!* » Esto era dicho quizá en presencia de algunos de los que habían tomado parte en el tormento aplicado á los italianos Patroni y Volpi, sin temor de que se levantaran las sombras de los Sarracina y de los Soto, para protestar contra la escandalosa impudencia. Esa noche vimos, en pensamiento, al Senado Romano, atento á las palabras y á los gestos de Tiberio, prorrumpiendo en maldiciones ó en alabanzas, según que el tirano deseaba perder ó salvar á un delatado. Vimos aquellos viles andrajos de la antigua grandeza patricia, temblando como la hoja en el árbol ante un fruncimiento de cejas del príncipe, adelantándose á los caprichos soberanos, de miedo de parecer tardíos en su afecto ó sospechosos en su fidelidad. Y nos pareció que así como ellos se apresuraban á parar con la adulación más infamante y la dedicación más completa, el golpe que podía

herirlos al día siguiente, así también aquellos brindis por la *libertad*, escapados de las bocas falaces de los allegados del general Santos, eran una prenda de seguridad para el futuro, conseguida por medio de pública degradación.

¿Qué hace mientras tanto el espíritu de reacción? Alienta en lo más alto y más sano que tiene el país, en los Ramírez, en los Herrera, en los Muñoz, que serían muy capaces de ser los Terpantros y Tirteos de la situación, si estuvieran unidos y trabajaran resueltamente por la patria. Tan desesperado es el estado presente de la República Oriental, que al estallar una revolución preparada desde un año atrás, le hacen fuego desde los diarios los mismos amigos del hombre que la intenta, ridiculizándola, desconociéndola y arrojando el descrédito sobre los que se sacrifican por la buena causa. Antes de tener lugar el movimiento, había la esperanza de que se le llevara á cabo, había el estímulo moral para los que iban á exponer su vida en lejanos puntos del país, sin elementos suficientes, llevados sólo por el deseo generoso de sacudir el yugo que á todos infama. Pero estalla, y la ¡desesperanza, la falta de apoyo, la ausencia de simpatía lo ahogan y hacen inútil!... Los mismos enemigos del Gobierno se hacen sus cómplices por un momento, ayudándolo á desmenuzar la revolución. ¿No es ésta la verdadera, la única, la oprobiosa anarquía que ha conseguido hacer perpetua la infancia de tantos otros Estados?

Es preciso no perder la esperanza, sin embargo. Así son todas las alboradas de la libertad, y por eso son grandes mártires los héroes de la independencia de las

---

naciones. Alrededor de Salvañach hoy vencido ó aniquilado, vacilan y se tuercen sus elementos naturales; mañana quizá, su desgracia ó la de otro espíritu valiente, despertará la apatía del pueblo oriental, haciendo de estos movimientos ahora ridiculizados, la epopeya del porvenir. Ciertas fibras necesitan ser heridas en lo vivo para que den la respuesta suprema. Hay momentos históricos en que hace falta el cadalso de Juan de Padilla. ¡Vayan adelante nuestros hermanos orientales que tienen el valor suficiente para el sacrificio! El día de la libertad está cercano, puesto que ya aparecen los mártires en el horizonte de la patria.

## BAHIA-BLANCA.

Á VUELO DE PÁJARO.

Han dicho profundos filósofos, y lo ha probado lógicamente la ciencia, que los pueblos ribereños del mar son más fuertes, más enérgicos, más activos y más emprendedores, que los pueblos asentados sobre las márgenes de los ríos. Para que un rápido progreso y una civilización poderosa se desarrolle entre una comunidad humana, es necesario que su asiento topográfico no la confine y aisle de toda comunicación fácil. Hay situaciones que tienden á inmovilizar y momificar, por decirlo así, las civilizaciones; por ejemplo, la de Esparta encerrada entre montañas, que vive siglos enteros sin modificar su antigua manera de vivir, hasta que las guerras la sacan de su hoya y la ponen en contacto con los progresos realizados por las ciudades ribereñas.

De estas ciudades, y no de las del centro, emerge vivaz y poderosa, toda la civilización helénica. Filosofía, poesía, artes, política, ciencias, todo le vino á la Grecia por el mar. Del Egipto y del Asia alcanzó á las costas griegas toda la antigua sabiduría del mundo. La Tesalia, la Arcadia, la Beocia no se movieron de su quicio pastoril sino tarde, con dificultad, y malamente. Los hombres de pensamiento inquieto, bajaban de las montañas á las costas, luchaban con el mar, con los piratas feni-

cios y egipcios, recibían las bocanadas de la vida nueva, se modificaban, pasaban de la sencilla fe pelásgica á la tradicional fe púnica, y preparaban las generaciones inteligentes y nerviosas que luego debían echar su lumbré poderosa por el orbe.

El Asia, cargada de oro, de piedras preciosas, de elefantes, de guerreros, petrificada por una desidia fruto de su clima y de su situación geográfica, baja á las riberas del Mediterráneo ó del Ponto, para aprender de las colonias dóricas y jónicas el arte de hacer valer sus riquezas en hombres y tesoros. Pero ¡cuánta derrota en el comercio, en la política, en la guerra, al chocar sus multitudes estúpidas y sin pensamiento ni iniciativa, contra las poblaciones marítimas asentada sobre el espumoso y violento Egeo, fortalecidas por su lucha continua contra los peligros del mar!

Pueblo alguno de la tierra ha dejado huellas luminosas de su paso, cuando ha vivido y muerto en medio de grandes territorios sin comunicación, ó asentado sobre la ribera de los ríos aislados. Todos los grandes centros de civilización que ha habido en el mundo, han estado sobre el mar, y á él han debido su desarrollo rápido y su poderío. De las montañas de la Iliria bajan guerreros feroces; de Doris descende en busca de climas más benignos y de encantos mayores, el rudo elemento heracleano, que luego se hizo un centro en Lacedemonia; pero es de Atenas, de Corinto, de Samos, de Mileto, de Lesbos, del mar, en fin, que procede la luz de las artes y de la filosofía, del comercio, de las diversas ansias valiosas en la humanidad.

Es que el hombre, y la vida misma, son un producto



del medio. Como una correlación y una respuesta á las necesidades del medio en que respira, el animal adquiere las cualidades que lo distinguen. Los climas benignos, los ríos apacibles, las cosechas fáciles, la existencia al alcance de la mano, engendran gentes afeminadas, dadas al lujo y á todos los placeres, de pensamiento perezoso y de poco vuelo, malos guerreros, filósofos superficiales, comerciantes sin iniciativa. Pero los climas cambiantes, el mar, la vegetación difícil, la subsistencia cara, tienen forzosamente que producir hombres fuertes, de alta organización y de verdaderas aptitudes para el progreso. Las aguas del río, son, cuando más, profundas é inquietas; se deslizan, no saltan; sepultan lo que se les entrega, pero no arrebatan; se agitan, no se enfurecen; son en ellas raras las tormentas. ¡ Pero las del mar! — cuanto más benignas, son siempre peligrosas, demandan una atención continuada, una lucha de todos los momentos, un ejercicio perenne de las facultades intelectuales; de un instante para el otro su cuerpo tranquilo es agitado por inmensas convulsiones; cada ola se convierte en un monstruo que atropella y devasta, rompe y traga las embarcaciones y sus tripulantes. Cabalgar sobre el lomo hinchado de la mar, es como andar en la guerra. Al fin, los soldados se hacen veteranos, se acostumbran á desafiar el peligro, y adquieren organizaciones supremas. Mientras el ribereño de los ríos pasa una vida tranquila y sin zozobras, el del mar sólo puede arrancarle su existencia á costa de audacia, de inteligencia y de energía.

Aqué es como un soldado de la guardia nacional, que sabe hacer ejercicio; pero éste es como soldado de línea

que sabe batirse en la formidable lucha por la vida.

Aun las condiciones sanitarias del mar le dan ventaja indiscutible sobre su competidor. Goza el ribereño de la mar de mejor salud que el de los ríos. Está visto por los Pasteur y los Koch que los microbios no se desarrollan en un medio salino.

El mundo está en perpetua modificación, y los que más pronto se modifican entre los individuos, son los más aptos para el combate diario. Los pueblos que tienen la facilidad de ponerse en contacto con la ola incesante del progreso que avanza, están más favorecidos que los que no tienen situación á propósito para ello.

En la antigüedad la vida marítima primó siempre sobre las mejores iniciativas é impulsos de los pueblos que solo tenían por dominio la tierra firme. Las escuadras de guerra y comercio, antes como ahora, deciden de la supremacía general. Si ceñimos nuestros propios pueblos de la República con ese lazo, veremos que los destinados á avanzar antes que los otros, son los que tienen comunicación por agua con las demás ciudades de la tierra. El puerto de Buenos Aires es el que ha determinado su progreso. Toda ciudad puede llegar á tener vida propia, cuando tiene puerto; y si este puerto es de mar, es decir, si este puerto la pone al habla directa con la Europa, puede aspirar con seguridad á una gran posición entre sus competidoras. Nuestra situación geográfica, como país, hace que, lógicamente, obtengan inmensa ventaja las provincias ó poblaciones que que-

dan más cercanas á los puertos europeos. Cuanto más corto el camino, menos cuestan los fletes; y la vida es más cómoda allí donde se puede obtener lo necesario á menos precio.

Las provincias centrales llegarán á ser centros productores; pero jamás serán mercados enérgicos. Ahí está Córdoba inmovilizada; no basta el ferrocarril para quitarle su fisonomía. Necesariamente la mercancía europea es más cara allí que en Buenos Aires, en La Plata, ó en Bahía Blanca. Y lo mismo sucederá con Mendoza, con San Luis, con San Juan, con Santiago del Estero. Las cordilleras andinas que las separan de los puertos, son la valla que las retardará en su evolución, y acaso las haga para siempre hijas infelices y pobres de la que, andando el tiempo, será la riquísima y floreciente República Argentina.

Es que hay condiciones fijas que determinan los cambios; y aun cuando los gobiernos y los legisladores retarden en lo posible el prestar su impulso á ciertos pueblos, ellos adelantarán obligadamente. Las corrientes comerciales, como todas las demás que actúan en el mundo, no obedecen nunca á las impulsiones oficiales; y los equilibrios rotos por las voluntades supremas de los que mandan, vuelven á ser luego restablecidos por la naturaleza. Leyes son éstas que vienen de muy hondo, de muy lejos, y como fruto de la combinación de todas las energías humanas.

\* \*

Á mi entender, Bahía Blanca tiene una situación feli-

císima, capaz de llevarla pronto á un desarrollo que eclipsará el de todas las poblaciones que son sus competidoras naturales, y en las cuales no haya directamente influencia oficial que las lleve á mejorar y adelantar á todo trance. Por el momento es nada, ó casi nada, pero ya en su brillante protoplasma se ve un núcleo que aumenta día por día, á vista de ojo. Todos los establecimientos de comercio son amplios, atendidos con generosidad, con ánimo y esperanza de buena cosecha. No se ve en Bahía aquella pequeñez de vistas que reina en el Rosario, y que hace que cada cual repita hoy lo que hizo ayer, sin cambio alguno; aquella estrechez de opiniones, aquellos celos que se encuentran en los lugarejos, y que son producidos por la conciencia de la propia insignificancia. El comercio es aquí liberal, extendido; las casas grandes, las operaciones francas; nadie se queja del año, aunque no ha sido bueno; todos van de buen humor, y la salud general es inmejorable. Los campos han centuplicado su valor con relación al que tenían hace dos años; sólo un establecimiento, un café con ocho billares, ha quebrado en estos últimos tiempos, y eso porque su dueño fué imprudente ó apresurado; reina aquí una atmósfera de facilidad, de confianza, que encanta; progresa más el europeo que el indígena, pero todos van creciendo en fortuna.

Abundan los capitales en Buenos Aires, y el día en que los que tienen dinero se penetren de estas verdades, buena parte de ellos tomará camino de Bahía Blanca. La obra del puerto, de la que me ocuparé más despacio, es gigantesca, y por cada vara que avanza, valoriza las tierras los bienes raíces del partido. Ya introducen algu-

nas cosas directamente de Europa, muchas mercancías, lo que les permite darlas á menor precio que en Buenos Aires. Hay tiendas en Bahía Blanca, como no las hay ni en el Rosario ni en San Nicolás, atendidas por doce y catorce dependientes, y en las cuales se ha hecho en años anteriores, cuando todo el mundo tenía más dinero que ahora, diarios de más de cuatro mil patacones. Baja la gente de Pringles, de Tres Arroyos, del Cristiano, de Puan, de Guaminí, del Colorado, etc., á hacer en este pueblo sus provisiones; y cuando el puerto permita la llegada de los grandes buques mercantes europeos, y en Bahía Blanca sea introducido todo directamente de Europa, vendrán á comprar lo que necesiten, todos los que estén más cerca de aquí que de Buenos Aires, que serán tantos como para llevar á este pueblo á un crecimiento que parecerá asombroso. Las casas por menor, en las poblaciones del tránsito, que hoy se surten en las casas mayoristas de Buenos Aires, pagando un recargo en el precio de la mercancía, por razón de la distancia, acudirán á proveerse á Bahía, donde ese flete será menor.

Todo lo que produzca Bahía encontrará exportación inmediata en los mercados europeos. Ya hay dos grandes barracas, y luego se establecerán dos más, que exportan á Europa lana, cueros, huesos, astas, cerda, etc., de modo que los estancieros tienen á la mano el mercado para sus frutos, en el cual obtienen precios más altos de los que podrían obtener en Buenos Aires. Se está levantando los muros de un gran saladero, constituido con un capital de 80.000 pesos nacionales, recogido en acciones, la mayor parte de las cuales pertenecen á los estancieros de Bahía y sus adyacencias. Este esta-

---

blecimiento faenará todos los animales de Bahía que ésta pueda ofrecerle, y además todos los de los territorios que estén más cercanos de aquí que de Buenos Aires..... ¡ Piénsese cuánta riqueza la espera! Es sabido que todavía no tenemos mercado bastante en la Provincia para los animales que en ella se crían, y que por consiguiente hay siempre un stock considerable. Para desahogar este capital casi muerto se han fundado las empresas exportadoras de carne helada. Pues Bahía Blanca abaratando los fletes, viene á abrir un nuevo rumbo á ese comercio, ó á cualquier otro que permita la exportación del animal faenado.

## DE AMICIS.

Á TRAVÉS DE SU CONVERSACIÓN.

De Amicis es un hombre tan encantador cuando habla como cuando escribe. Hace ambas cosas con una facilidad tan llena de movimientos ingenuos, que uno se ve obligado á seguirlo hasta el fin. Escuchándolo, sin embargo, no se le adivinaría, porque los temas de su conversación son inevitablemente alegres, espirituales, graciosos, mientras los de sus escritos son serios, conmovedores ó tristes. Es una doble faceta de su espíritu, que parece no encontrar campo digno en el libro, y que sólo se puede apreciar en el trato directo del hombre.

En general, es discretísimo para hablar; evita siempre el explicar demasiado lo que quiere hacer entender, bastándole una insinuación finísima, acompañada de un movimiento de su móvil fisonomía para que le comprendan enteramente. Tiene los ojos grandes y expresivos, pareciéndonos que nunca se podría decir con más verdad que un hombre tiene los ojos luminosos. Es verdaderamente luz lo que hay en ellos.

Cuando se le acerca alguna persona, conocida ó desconocida, no le demuestra lo que en buen español se llama obsequiosidad, es decir la exageración de la amabilidad. Se le podría creer entonces un buen burgués, una especie de comerciante bonachón que no toma gran

interés en su interlocutor, porque no le habla de los fideos ó de las harinas que trae encargo de vender. No demuestra tampoco que se halle incómodo, ó inquieto ó apurado, ó cortado, por más alto y por más *dróle* que sea el personaje que tenga delante.

No es nervioso, se domina muchísimo, y sabe imprimir á su rostro, á sus movimientos y á sus palabras, tal naturalidad y sencillez que dos ó tres minutos después de estar con él, uno se siente completamente *à son aise*.

Habla con mesura, sin explosiones, sin golpeteo de manos contra las mesas, sin levantar los brazos, sin violencia, en fin. En muchos otros buenos conversadores, esa serie de movimientos, esas gesticulaciones rápidas, esos relámpagos en los ojos, esos ¡*per Dio!* pronunciados con una energía meridional que seduce, son verdaderos encantos que imprimen color y vida á la frase, estableciendo entre ellos y los que escuchan una corriente de sonrisas, de exclamaciones de reproche ó de admiración, de estremecimientos que se parecen á contactos eléctricos.

Delante de esta clase de conversadores, los que escuchan podrían compararse á los pacientes que los médicos someten á choques galvánicos sucesivos; pero que salen luego del lado de la pila, reconfortados como otros tantos Anteos, con más calor en el alma, con horizonte más risueño ante los ojos.

De Amicis, sin embargo de esa frialdad relativa, se calienta poco á poco, como un corcel generoso; y lo que en aquéllos sucede por una especie de descargo simultáneo de la onda nerviosa, que les mueve los miembros al mismo tiempo que los hace desatar en palabras



seductoras, no tiene lugar en él, que aprovecha en el concepto lo que los otros pierden en el gesto.

En estos momentos, cuando el fuego sagrado luce espléndido en su cerebro, se puede ver que su cuerpo está tranquilo; pero sus ojos brillan, van y vienen, enlazan su luz con la sonrisa de los labios, escrutan, cosquillean y seducen. Pero todo ello siempre con tranquilidad, con gracia, escuchando las preguntas y respondiéndolas, dejando pasar las interrupciones sin impaciencia, como si fuera él mismo uno de los satélites y no el centro del sistema. Es precisamente esto quizá lo que forma la base del encanto que ejerce; su modestia encuentra meandros infinitos para desviar la atención de su propia persona, haciéndola refluir sobre las cosas más pequeñas y aparentemente sin valor. No encadena tampoco la atención, como sacerdote celoso que frunce el ceño á la menor sospecha de que otro cualquiera pretende arrebatarla. De Amicis la deja escapar, la suelta por algunos momentos como para que se refresque en el reposo, se recrea en las calaveradas que la ve hacer, huyendo de unos brazos para caer en otros, hasta que la vuelve á recibir de nuevo en los suyos como á una querida demasiado linda para no perdonarle sus coquetearías.

\*  
\*\*

De Amicis es un hombre de espíritu, *une fine mouche*. Retrata á veces con una frase una situación ó un tipo ridículo. Sus comentarios son siempre picantes, pero nunca amargos. No se siente en ellos más que la luz de su buen gusto que lanza un rayo sobre el mundo que pasa.

Se podría sintetizar mucho nuestro juicio, á propósito de este rasgo de su fisonomía intelectual, diciendo *qu'il ne pose pas*; ¡pero quedaría tanto por decir, diciendo solamente eso!...

Lo más difícil de explicar, para nosotros, por lo menos, en este caso, es la habilidad singular que tiene este hombre para no salir jamás de una esfera en cierto modo poética y refinada, aun hablando de las cosas más vulgares, sin caer en la afectación, y sin parecer nunca rebuscado, ni pulido, ¡ni siquiera frío!

Á través de su conversación se vé inmediatamente un espíritu culto, sin pretensiones á la erudición; no brilla, pero encanta; prefiere seducir antes que admirar. Decimos prefiere, porque en realidad podría admirar si quisiera, á la manera de Coleridge. Es que tiene otro genio, otro gusto en el espíritu, otro ideal ante los ojos. Pero es elevado, espiritual y discreto; grandes cualidades que se completan con la suprema benevolencia de su corazón.

## MONTEVIDEO EN 1884.

Vivimos en gran comunidad con Montevideo; cambiamos noticias por el telégrafo, y podríamos decir que esta corriente presenta á ambos una imagen fresca de su vecino. Pero nada podría hacer comprender en Buenos Aires el estado general de Montevideo, ese estado del que allí nadie se ocupa porque se ha hecho habitual, y del que aquí no se puede tener una pintura en conjunto, pues las noticias sólo nos presentan líneas de su fisonomía.

En primer lugar hay allí mucho menos movimiento en las calles; son raros los carros, y mucho más raros aún los carruajes. La mayoría absoluta de las casas, tiene unas puertas de calle que las asemeja á pequeñas fortalezas; llevan todas el antiguo postigo ferrado de los españoles, que permite escrutar desde adentro, con seguridad, al personaje que ha hecho sonar el pesado aldabón, á fin de no abrir la puerta sin conocerlo. ¡ Preciosa precaución en tiempos de equívoca tranquilidad! Pero ella da indicio de la desconfianza que tiene todo el pueblo; es clara prueba del temor de una sorpresa; y para nosotros particularmente, fué un estímulo para el recuerdo de la época de Rosas, que se nos despertó en el acto con sus terrores de todos los momentos, con sus incertidumbres sobre la vida, sus conversaciones sotto

voce, y sus sueños interrumpidos por el ruido siniestro de los sables.

Montevideo se recoge temprano; y al pasear por sus calles á las ocho de la noche, se puede adivinar cuáles son las familias que se creen seguras, nada más que viendo cuáles son las puertas de calle que á esa hora permanecen abiertas. Las familias cuyos hombres pertenecen a la oposición, son seguramente aquellas que al entrarse el Sol, hacen cerrar sus puertas dejando abierto, sin embargo, el postigo ferrado, á través de cuya reja se ve la luz que ilumina los zaguanes. Además del postigo ferrado, todas las puertas son de gran espesor, en general de madera dura, reforzadas con barrotes, y aseguradas con excelentes cerrojos.

Á las nueve y media todo el mundo se ha recogido ya; ó por lo menos no se ve á nadie por los calles; cesa el tránsito y acaba la vida aparente. A las seis se cierra el puerto; á las siete tratamos en vano una noche de ir al muelle á tomar fresco; todas sus avenidas estaban cerradas con grandes puertas de hierro; y donde no había puertas, reinaba gran oscuridad y se oía conversaciones de soldados, y ruidos de carabina. Recordando que teníamos sobre la conciencia algunos artículos contra el General Santos, se nos vinieron á la mente las *desapariciones* tan misteriosas que han tenido lugar durante su administración en Montevideo, y tocamos prudentemente retirada.

Por aquellos alrededores no andaba un alma; de modo que nuestros pasos sonaban *demasiado* sobre la piedra de las veredas, haciendo que los serenos nos deslumbraran por un momento con los rayos insostenibles de sus

linternas. Antes de llegar al hotel, pasamos por una ventana de la que escapaba luz; dentro de la pieza había soldados que conversaban; uno de ellos rascaba una guitarra y cantaba coplas guarangas con voz aguardentosa.

En aquel momento, nos sorprendimos todos tres, caminando con paso suavísimo sobre la vereda; é hicimos la reflexión de que también se podían reconocer las opiniones políticas, en Montevideo, por la más ó menos firmeza y seguridad de los pasos. Después hemos tenido ocasión de dividir los ciudadanos orientales en grupos: los que caminan fuerte, y caminan despacio: los primeros eran seguramente santistas, militares, ó allegados de cualquier especie: los segundos, eran de la oposición. En el silencio de la noche, hacían examen de conciencia; recordaban probablemente sus artículos, ó sus cartas ó sus conversaciones, ó sus sonrisas, ó su alejamiento de las regiones oficiales; é impensadamente iban traicionando sus culpas en la manera de caminar que denotaba sus deseos de no ser encontrados por algún *bravo* del General Santos.

\*  
\*\*

Todo lleva el sello en Montevideo de esta fisonomía intranquila, transitoria é insostenible de su actual gobierno. Por un lado los caracteres fuertes y viriles que no descansan en su empeño de hacer una revolución al tiranuelo ridículo que se ha apoderado de la situación; y por otro, la indolencia que engendra la expectativa, hacen que reine allí gran apatía en las cosas que demuestran siempre el estado de seguridad del ánimo.

Los diarios, por ejemplo, no se ocupan de lo *impersonal*, que es lo que agrada é interesa al público, no están ni bien informados, ni informados con la rapidez que lo son en Buenos Aires; discuten todavía desde la cátedra del artículo de fondo, en estilo solemne, cosas que á nadie parecen interesantes; crean para ellos una vida ficticia, y viven, en general, mucho más del extranjero que del indígena. En cambio la información — que es la palabra de orden del periodismo moderno — no les despierta ningún apetito.

Y sin embargo, hay allí muchísimos elementos para hacer buenos diarios. Montevideo cuenta con tres veces más redactores de diarios que Buenos Aires; plumas realmente de periodista, que pueden correr sobre el papel de Enero á Enero, sin cansarse. Es que aquella situación pone apatía en todos los espíritus, disgusta de la actividad, aleja del movimiento, llevando todas las fuerzas del alma al ideal de salir de ella, antes de todo.

\*  
\*  
..

No pudimos ir más que una vez á los Pocitos, porque las exigencias de la comisión que llevábamos, nos tuvieron atados siempre al yugo del hotel. Pero ese corto paseo nos sirvió para darnos cuenta de otro rasgo de la fisonomía actual de Montevideo. La hipocresía fué siempre digna acompañante de los tiranos; y era natural que en la época de Santos, parodia tragi-cómica de la tiranía, nos faltara ese elemento histórico.

El baño para las damas en los Pocitos, está como á una cuadra del de los hombres; pero es prohibido rigu-

rosamente el acercarse á aquél, por más títulos que uno tenga á la confianza de una mujer. Un marido no puede acompañar á su cara mitad, durante el baño, para enseñarle á nadar, para sostenerla en sus flaquezas, continuar allí esa protección amable que forma el fondo de sus relaciones, y la parte más encantadora del lazo que los une.

Un hermano no puede enseñar á nadar tampoco á sus hermanas; un amigo mismo no puede demostrar en aquella ocasión su respeto por una niña ó una señora, porque la policía oriental se cree en el deber de resguardarlas de la tentación. En Europa, es decir en medio de la civilización, una mujer decente no teme hallarse en los baños con un caballero que le falte al respeto, porque ella sería capaz de hacerse respetar, si quisiera.

Es propio de los pueblos amordazados, el tener las mujeres con cerrojos. Si la virtud ó la honestidad sólo existen por el aislamiento y el secuestro; si la fidelidad es un fruto del cinturón casto de los reyes, ¿de qué podrá enorgullecerse el que la posea?

Además, esa repugnancia en seguir el hábito de los Europeos, en los baños, cuando se les sigue en los bailes, y en mil otras cosas que nos han venido con el refinamiento de los gustos, es ilógica, é indica esa situación especial del ánimo, que en América caracteriza tan bien la palabra *chúcaro*.

El mejor medio de hacer respetar las mujeres, es enseñarles á que se hagan respetar ellas mismas, acostumbrándolas á las circunstancias que ponen en juego la virtud del alma, y la elasticidad del espíritu. ¿No es el medio de formar una juventud bien educada, respetuosa,

---

fina, el ponerla en presencia de lo que puede desarrollar sus mejores aptitudes para la vida social, que vive justamente del respeto y de la galantería irrefragable?

Hemos tenido ocasión, allí mismo en Montevideo, de oír las quejas que formaban á ese respecto, varios extranjeros que se habían bañado siempre con sus familias, en Europa. Uno de ellos había tomado pocas tardes antes, un bote con su señora, en compañía de otro amigo inglés que llevaba también su esposa.

Salieron un poco afuera, y tomándose del bote, estaban los cuatro bañándose alegremente, con trajes especiales, cuando fueron embestidos por otro bote en que iba un vigía de la casa de baños.

Este tal pretendía que volvieran atrás inmediatamente pues no era permitido *bañarse con señoras*. Los dos extranjeros protestaron que aquellas señoras eran sus propias esposas, y no quisieron obedecer.

Las cuatro eran personas serias, de edad ya respetable, y muy conocidas y distinguidas en Montevideo.



## EN COLÓN.

(UN BOUT DE CAUSERIE.)

Venimos notando hace tiempo, una verdadera revolución en las costumbres de la sala del gran teatro. Antes no bajaban las señoras á la platea, sino raramente. Cuando alguien veía un sombrero femenino en una tertulia, decía con seguridad : Ha de ser alguna inglesa.

Y así era, en efecto. Si no se trataba de una inglesa, era por lo menos, de una extranjera. Esta preocupación desapareció felizmente, con muchas otras, que gasta poco á poco la ola invasora de la educación europea, refinada y sabia. Ahora asisten las damas á la platea, como en todos los teatros elegantes del mundo. Pero les falta adoptar todavía una modificación que complete aquella otra ; nos referimos á los sombreros. Es preciso que comprendan la justicia de esta demanda del público por sombreros bajos ó simples tocados.

Aquel á quien toque un tremendo bonete con flores y plumas, delante de su asiento, rabiará toda la noche, y con razón. Ir á la platea con un gran sombrero es una imprudencia y una falta de buen tono. Ya hemos visto disminuir el número de las asistentes de esta especie, sin embargo ; muchas damas concurren hoy á la platea con tocados en la cabeza, ó con gorras de poca altura.

Otra de las faltas de buena educación que les debemos

criticar es la de estar conversando sin miramiento alguno al deseo de silencio que manifiesta la concurrencia; no se les escapa nada; Fulanita lleva el mismo vestido del año pasado, al que no ha hecho más que cambiarle la delantera y mudar las bocamangas de terciopelo; fetsimo el sombrero de aquélla; ésta viene siempre con la misma pulsera de oro, como si no estuvieran cansadas de vérsela; Zutanita está pintada hasta las orejas; Menganita se está mirando con una desfachatez increíble con Z... el lagartija que festejaba á la de P... en fin, es un conversadero que marea. Mientras se desgañita el tenor en la escena, chillan la señorita Ravogli y atruena el espacio el barítono De Anna, lanzando miradas aterradoras en su derredor.

Las sociedades entran poco á poco en el *bon ton*, lo comprendemos; y estas líneas van dedicadas sólo al pequeño número que todavía no se ha pulido hasta el punto de estar callado en el teatro. Por lo demás, el éxito con que nuestra sociedad va imitando de año en año las cultísimas maneras europeas, esa serie de refinamientos que constituyen el verdadero privilegio del *high-life*, es no solamente indiscutible sino también halagador.

Por ejemplo, ya ha entrado á figurar en el Código de la moda en el teatro, la necesidad de ir á las representaciones líricas, con vestidos no solamente lujosos sino elegantes y de corte de etiqueta. El teatro lírico, y mucho más un teatro como es Colón entre nosotros, no debe ser frecuentado en traje de calle, y sin peinarse, y con tamangos en lugar de botines, y con boas en el pescuezo como si fuera una plaza pública en noche de jaleo. Se debe ir á él lo mejor vestido que se pueda, no sólo para

estar á la altura de la mayoría de la concurrencia y no quedar en ridículo, sino también para honrar el arte cuyas manifestaciones van á presenciarse. El arte es siempre una cosa augusta. Las sacerdotisas antiguas eran vírgenes, y vestían ropas albas; era porque cuidaban del culto de un dios. Y la filosofía moderna no ha dejado en pie más dioses que los del arte.

Cuando sobre el ábside del templo de Eleusis resonaba una planta humana, oíase una voz que le ordenaba no penetrar en el recinto antes de haber purificado su cuerpo y su espíritu. Así es como debemos aproximarnos á los altares del arte.

Estar limpio, estar bien puesto, con elegancia si no podemos con lujo, es un verdadero placer, una voluptuosidad intensísima. ¿Y quién puede negar que la impresión que produce el traje sobre el que lo lleva, si es buena, si es placentera, mejora los pensamientos, calienta el ánimo y levanta el espíritu? Balzac, profundo en estos pequeños secretos de la vida, recomendaba que se tuviera siempre con vestidos nuevos y bellos á las mujeres. En los niños se ve que cuando visten traje limpio, son más pulcros y educados.

¡Cuántas buenas ideas, cuántos generosos movimientos no insinúan é inspiran los vestidos que embellecen nuestro cuerpo!

Quien se ve como amortajado entre un montón de harapos, difícilmente se eleva hasta los grandes ideales; parece que su mismo pensamiento se matiza con la podredumbre que le rodea. En cambio, quien viste de fiesta y mueve orgulloso y alegre sus miembros, parece como que se siente hermo­seado y trata de poner armonía entre

su cuerpo así embellecido, y las manifestaciones de su espíritu.

\*  
\* \*

En la parte masculina de la concurrencia es más notable quizá esta evolución en el sentido del perfeccionamiento. Desearíamos ver á nuestros jóvenes elegantes, menos endurecidos, sin embargo, menos tiesos y engomados. Somos de los primeros en sostener que más vale imitar lo bueno, que ser torpemente original. Nos parece elegante la *tendue* inglesa de etiqueta, pero creemos que hay algunos pescuezos demasiado cortos para los cuellos de rigor en ella. Hemos vistos varios pescuezos envarados, atormentados de fiera manera por los tales cuellos; se podría rebajarlos un poco sin pecar contra la etiqueta.

Son los jóvenes extranjeros del high-life, quienes han introducido la moda europea de asistir al teatro de frac. Los más decididos entre la juventud nativa les han seguido en ese camino, y á nuestro modo de ver, con muchísimo éxito. Es verdaderamente bello espectáculo el de la juventud, de gala. Sobre todo, el motivo de ponerse así de fiesta no nos puede ser más simpático. Para oír música, para palpar con las emociones espléndidas del arte, se debe preparar uno como para un desposorio. Al teatro lírico se va á tomar una especie de baño de ideal. ¿Quién sabe qué hombre nuevo va á resultar en nosotros después de vibrar como un cristal ante las creaciones cuasi-divinas de la música? Una pasión intensa, un ataque imprevisto, una canción jamás oída, la lectura de unos versos, la vista de un espectáculo su-

blime, una mujer hermosa ¿no forman época en la vida humana no nos despiertan cualidades y sentimientos, rasgos y fisonomías que nosotros mismos no nos habíamos sospechado?

Parece que como partes del gran todo universal, estamos sujetos á nuevos arreglos moleculares, que se producen así en nuestro cuerpo como en nuestro ánimo, al someternos á la alta temperatura de las emociones inhabituales.

¿Qué mucho, pues, que pidamos á esa juventud, llena de fuerza y de vida, que imite la sabia y refinada costumbre europea, de asistir á los templos del arte en traje de gala? Así haríamos de Colón nuestro *Covent Garden*, ó la *Grand-Opéra* de París. Los extranjeros cultos que entraran en Colón como acostumbran á hacerlo en sus grandes coliseos, no se verían así convertidos en blanco de las miradas de la concurrencia, porque son casi los únicos todavía en vestir de etiqueta. Con franqueza lo confesamos : nos gusta el lujo cuando él embellece y mejora.

\*  
\*  
..

Para conseguir alcanzar este ideal del teatro aristocrático, del teatro pulido, correcto y bien educado, falta, según nos parece, entre nosotros, mucho menos la generalidad del deseo que la voluntad de llevarlo á cabo. Hay muchas cosas que nos aproximan á él cada día que pasa; pero pequeños esfuerzos bastarían para acercarnos mucho más. Del número de éstos son los que se harían, si todos sintieran el mismo sincerísimo amor por la música, el mismo respeto por el arte, y se con-

vencieran de que es preciso sacrificar los propios caprichos de mala crianza para obtener los beneficios de la cultura general.

Si se guardara silencio en el teatro y nadie se atreviera á romperlo; si no asistieran á la representación sino los que van por ella sola, habría una educación general más rápida del oído, y crecería el poder fascinador de la escena. Dejaría entonces de ser una muestra de refinamiento y de cultura social el entrar en el coliseo en el segundo ó tercer acto, y no ocuparse absolutamente de lo que pasa en el proscenio, poniéndose á mirar para otro lado ó á conversar en voz alta de asuntos superficiales.

Hemos notado este año en Colón un aumento de insolencia y de audacia en *cierta* parte de la concurrencia que asiste al paraíso, populachero grosero y de hábitos de plaza pública, entre el que no faltan ladrones conocidos y rateros de pañuelos, que van por su oficio y no por la ópera. Estos tales se están arrogando el derecho que de todo tiempo ha pertenecido á la clase más ilustrada, cual es el de silbar ó aplaudir á los artistas, impidiendo con verdaderas rupturas del orden toda manifestación en contrario.

¿Cuándo ha sucedido nunca que sean jueces en estos torneos, los que sólo entienden de industrias menudas y sucias, los que no han perdido aún, por el pulimiento de la educación, la acedia del caracter ni la fealdad primitiva de sus maneras?

Los continuos desórdenes que se producen en el paraíso á consecuencia de esa gente, que perturba aún á sus mismos compañeros de localidad, haciendo aparecer

injustamente á todos los asistentes á ella, como guazos de la última clase, debían ser suprimidos á la fuerza por la policía.

Pero en esta medida debía colaborar sobre todo el poder moralizador de la platea y de los palcos, imponiendo sus opiniones, no por su altura aristocrática de concepto, sino por su forma culta de manifestación. Nosotros lo confesamos francamente: no nos seduce ni el cosmopolitismo, ni la democracia de las novelas románticas en que la hez del pueblo aparece codeándose con la gente bien educada. Creemos que hay una nobleza de abolengo tan limpio que no es posible dejar de acatarlo: hablamos de la nobleza de la educación.

Ella es la única que pone lustre en el ánimo y levanta las concepciones, mejorando al hombre y haciéndole delicado, gentil y caballero. ¿Por qué no decir que este es el límite infranqueable entre una y otra agrupación, si lo es en realidad? La igualdad humana es una quimera. Ni aun anatómicamente son iguales los hombres; y en las sociedades sus diferencias se concretan en grupos bien precisos y marcados. La mayor de estas divisiones es la que pone entre una y otra persona la educación general. ¿Por qué pues, no reacciona esa platea distinguida pero inerme, contra esa parte grosera del paraíso que quiere llevar al teatro la costumbre de los circos de acróbatas? Por estos avances del populacho, principian las demagogias.

## ESPIRITU NUEVO.

Las Universidades, en general  
no producen más que medio-  
cridades.

SPENCER (*Essays*).

El hecho de que cada vez son más frecuentes las tesis para el doctorado que merecen el rechazo de las Facultades de la República, es indicación de que cada día aumenta también el número de estudiantes capaces de pensar sin la ayuda de sus profesores. Los que siguen el desarrollo de las conquistas filosóficas en Europa, saben muy bien que esas tesis rechazadas, no contienen, sin embargo, nada nuevo. Son aplicaciones de las grandes verdades adquiridas para el espíritu humano, desde la primera mitad de este siglo por los Bentham, los Stuart Mill, los Emerson, los Spencer, los Darwin, los Büchner... Mas, para nosotros como pueblo, son esas ideas, aun esas aplicaciones, completamente nuevas, hasta el punto de producir sacro terror en los cuerpos colegiados donde de antaño reside el mayor poder conservador de la nación. Fácil es de ver, no obstante, que la manera con que esos cuerpos ejercitan su derecho de aterrizarse, es un residuo de aquel acerbo medieval que ya felizmente destruyeron las revoluciones. No de otro modo se puede comprender que un colegio rechace proposiciones de un discípulo, simplemente filosóficas, elaboradas con los elementos que en él mismo ha aprendido



durante el curso de sus estudios, y fruto lógico de su inteligencia.

El rechazo de una tesis no debe hacerse á la manera de la Iglesia, que confronta las opiniones de Juan Huss ó de Lutero con su dogma, y no encontrándolas conformes, las manda echar á la hoguera junto con el autor. Una idea es un movimiento cerebral, engendrado por una serie infinita de otros que toman su origen en el pueblo, en la raza, en la capacidad pensadora de todo el género humano; tiene por consiguiente su razón de ser, y es inútil suprimirlo por el fuego ó el rechazo, porque se ha de continuar de época en época, perdiendo ó agrandando su vida, según sea su destino. Comprenderíamos que, como se echa agua á un incendio que comienza, se arrojará silencio de académico sobre una manifestación peligrosa y subversiva; comprenderíamos que se rehusara entrada á una memoria concebida en términos insolentes ó indecorosos; pero negarse á recibir una proposición filosófica, una propuesta, una opinión, un proyecto, en fin, es un verdadero absurdo, una intolerancia propia de épocas de mayor oscuridad. ¿Se podría concebir que en una Cámara, en una reunión de hombres libres, se negara la palabra á uno de los miembros para presentar un proyecto? Si este es inadmisibile, se le discute, señor; y él caerá de su propio peso.

Pues esto que pone venda en los ojos, y hace creer infalibles á los académicos, es el espíritu de intolerancia, la infatuación del sacerdote de la Edad Media que se creía órgano de Dios sobre la tierra.

¿Qué poder pueden tener, sin embargo, tales frenos sobre el anhelo impetuoso de las nuevas generaciones,

que avanzan contra las trincheras de las antiguas fábulas que han asustado al mundo durante tantos siglos?

Tienen el de retardar la expansión legítima de las inteligencias, descuajando muchísimos frutos tiernos; de modo que sólo llegan á recoger la cosecha esperada aquellas individualidades poderosas que desde la primera edad se han desarrollado con suprema independencia, atropellando hasta las tradiciones del colegio, y á las cuales no corta las alas la cuchilla niveladora de las academias.

\*  
\* \*

Es lógico que en los grandes cuerpos constituidos para legar á las generaciones que se levantan, las formas de la antigua sabiduría, resida al mismo tiempo que la prudencia de la edad madura, el temor éxagerado de lo nuevo. Desde el Arcópago y los Arcontas, hasta los colegios eclesiásticos de todas las edades, y hasta las academias científicas y artísticas, así antiguas como modernas, vemos reinar en tales corporaciones la rigidez que llama para atrás, disminuyendo el impulso de los hombres nuevos que tiran con demasiado vigor para adelante, camino de sus apetitos.

Es por esto que las academias, como elemento conservador que impide los cambios violentos de una forma á otra, han encontrado siempre apoyo en los gobiernos sabios. Pero es también ley de la historia, así natural como filosófica, que el freno sea roto cuando es muy violento, ó cuando, por el poder del propio control haya llegado á hacerse innecesario.

No es otra la lección que procede de la caída de los

poderes fuertemente conservadores. Ellos, como ciertas caparazones de coleópteros, no tienen más objeto que el de *proteger* la nueva generación hasta el momento en que pueda marchar por sí sola. Cuando la variabilidad que estas generaciones aportan á la vida, no es de carácter de hacerlas peligrar, la protección es no solamente inútil, sino entorpecedora. Es el momento en que el coleóptero rompe la cáscara en que ha vivido hasta entonces protegido contra los ataques del exterior; y en que el hombre se rebela contra la túnica de plomo de las tiranías.

Ahora bien: nos parece que lo que sucede en estos momentos en las Facultades de Derecho de Córdoba y Buenos Aires es la exageración de la medida conservadora, y que por lo tanto debe ser modificado, vencido por el espíritu de los estudiantes que se sientan hombres independientes. Se rechaza la tesis del señor Cárcano porque reivindica en el terreno filosófico, el derecho de los hijos naturales; se rechaza la del señor Barroetaveña porque se expresa en términos valientes contra el clericalismo; se manda cortar el prefacio de la del señor Lalanne porque contiene la crítica de una tradición adulatoria á los miembros de la Facultad.

Las Facultades *no deben* ser oficialmente clericales, aunque lo sean, como las nuestras: deben mirar con espíritu alto las opiniones de los estudiantes, y no rechazarlas según que hagan flamear una de las dos banderas que dividen el campo de la filosofía. Si así fuera, resultaría que las escuelas pagas por el pueblo para el adelanto general, podrían cerrar sus puertas á los clericales ó á los liberales, según la opinión general de los

profesores. Esto es tan indiscutible, que preferimos apuntarlo y pasar.

Todos sabemos que la intolerancia dogmática se bate desesperadamente en América, rechazada de Europa, primero por la Reforma, y más tarde por la ciencia, la ilustración de las masas, etc. Todos sabemos cuáles son en la República, los focos del antiguo espíritu religioso : los Goyena, los Lamarcá, los Estrada; y todos sabemos también que estos señores se ponen de muralla en las cátedras, en los diarios, en las Cámaras, contra la ola del pensamiento independiente que avanza. En Córdoba ha sido un obispo quien ha fulminado el único ataque llevado por el espíritu nuevo contra las posiciones enemigas. En Buenos Aires han sido los clericales de la Facultad de Derecho. Hay tesis de estudiante religioso, de aquellos que han recibido íntegro el movimiento dado por los profesores, en las cuales se llama *criminales* á los libre-pensadores. Sin embargo, no han sido rechazadas por *intemperancia de lenguaje*.

Á ello queríamos venir. No debemos considerar estos sucesos sino como un resultado de la situación general de la enseñanza en la República.

Ella está en manos del clericalismo ; y lo está porque los clericales en general, son más instruídos y más valientes en sus opiniones que los liberales. En la República recién principian á nacer los liberales. En América apenas comienza á hacerse carne las coquistas de la filosofía europea ; y tenemos que esperar aún mucho tiempo para que ellas penetren en el campo de los hombres estudiosos.

En todas partes, las Universidades tienen la tendencia

---

á nivelar el intelecto de los estudiantes, de modo de confundirlos en el término medio de mediocridades que no levantan escaras en la epidermis del credo reinante.

Es general en todos los países que los grandes movimientos sean dados por los hombres educados fuera de las Universidades; ó que han roto con ellas. Y este privilegio sólo pueden tenerlo las naturalezas vigorosas, las inteligencias desarrolladas sin trabas. Rompan, pues, valientemente, los que puedan, contra el espíritu académico, que de ese modo harán obra de varón en beneficio propio y del país.

# JAEGER

## EL APÓSTOL DE LA LANA.

En la Exposición Universal de Higiene, abierta en Londres en meses anteriores, acaba de concederse una medalla de oro al profesor alemán Jaeger, por su teoría de la ventaja de la lana en la confección de los vestidos, sobre todo otro elemento conocido. El ejército alemán, por vía de ensayo, será vestido en adelante, con ropas de lana solamente, y el gran número de personas que en Europa han seguido el sistema Jaeger, consiguiendo beneficios positivos para la salud, hace suponer que el ensayo en cuestión, pasará á ser la manera única de vestir que tendrán en el porvenir las huestes germánicas.

Nuestro corresponsal en Hamburgo, el Doctor Hugo Toeppen, uno de los partidarios más notables del célebre profesor, por ser él mismo un hombre de ciencia y un espíritu superior, nos comunicaba hace días que, felizmente, no era cierta la noticia de la muerte de Jaeger, y que al contrario había obtenido los honores que dejamos consignados.

Si reflexionamos un momento sobre los resultados que tendría la aceptación del sistema Jaeger en todo el mundo, veremos que si ellos no son incalculables son por lo menos, inmensos. Jaeger es uno de esos

sabios que dedican su vida entera á la propagandá de *una sola* teoría, que al principio parece inocente ó ridícula á la generalidad, pero que poco á poco va ganando terreno entre los hombres de pensamiento y haciéndose un círculo de acción, desde el cual irradia poder en todos sentidos, hasta desaparecer como otra nueva quimera del incansable espíritu humano, ó quedar definitivamente vencedora. Jaeger, el apóstol de la lana, ha derramado los fundamentos de su teoría en periódicos, folletos y libros; ha conseguido un grupo de discípulos y de partidarios; el público en Europa ha reído despiadadamente de todos ellos. Hoy ha pasado sin embargo, ese momento de difícil prueba, y el sistema Jaeger está poco menos que triunfante. ; Cuánto no debe felicitarse por ello la República Argentina, cuya principal producción es la lana!

El triunfo de Jaeger querría decir que este país y la Australia, su feliz competidor, tomarían de pronto un vuelo prodigioso. Aumentada la demanda de la lana, aumentaría su precio, y quien antes creía poseer solamente 10.000 duros se encontraría en poco tiempo dueño de un millón. Este cambio de fortuna sería sentido en dirección contraria, por los países productores de algodón y lino, y por el inmenso número de localidades y fábricas que deben su existencia á la elaboración de estos elementos. Millares de individuos dejarían el oficio en que han pasado su vida entera, para dedicarse á otros nuevos, relacionados directa ó indirectamente con la elaboración de la lana. Poblaciones ricas por su algodón ó su lino, llegarían á ser pobres y tributarias de las comarcas extendidas donde es fácil la cría del ganado lanar.

Regiones inmensas, sembradas de algodón y de lino, desaparecerían para dar lugar al precioso ganado. La agricultura cedería el paso en ese terreno, á la ganadería. Y como la producción de lana sería uno de los negocios que rendirían más beneficio, veríamos pronto poblarse nuestros campos desiertos con innumerables animales lanares. La República Argentina asumiría de pronto, un lugar tan prominente sobre todos sus vecinos, que su progreso, por natural fuerza de expansión, traería cambios trascendentales en la política americana. Las costumbres mismas, la sociabilidad, el comercio en general, experimentarían los resultados de este cambio en la dirección de la riqueza pública.

La modificación más pequeña en las provisiones que alimentan la vida de un pueblo, trae consigo cambios cuyas ondulaciones se pierden en una nube donde el cálculo entra á ser fantasía. Imaginemos, para no salir de nuestro caso, algunos de los cambios que produciría la aceptación general entre nosotros, del sistema Jaeger. En primer lugar, se gozaría de más salud.

Está visto que la lana, usada en tejido para las ropas, tanto interiores como exteriores, permite la evaporación lenta del sudor, impidiendo las consecuencias fatales de los cambios bruscos de temperatura en la superficie del cuerpo. Por su capilaridad y su naturaleza esponjosa, recoge el producto de las glándulas sebáceas, quitándolo de la piel, y haciendo necesario el lavado de la ropa bien á menudo. Todos los otros tejidos ocultan la suciedad; sólo la lana la hace visible en el instante.

Con la mejora de la salud general, vendrían cambios en el carácter, y en los pensamientos. Habría más buen



humor, más actividad, más ánimo para el trabajo, mayor fortaleza de cuerpo y espíritu. ¿Y adónde nos podría llevar esta sollicitación suave de la naturaleza hacia la perfección?

Además, si siguiéramos en un todo las recomendaciones del sistema Jaeger, seríamos menos esclavos de la moda, por cuanto el profesor y sus partidarios, usan trajes casi siempre de un mismo corte, no poniendo atención sino en que la lana sea de la mejor calidad posible, y su tejido el más perfecto. Esta sencillez en el vestir nos llevaría á la sencillez de las costumbres, que es un elemento para la pureza social.

Pensemos ahora en el exterior. Todo cuanto se hace hoy por atraer la inmigración, no alcanza á llenar nuestra necesidad de brazos. Miles de leguas de campo fértil hay en la República, que nadie aprovecha. Pues en cuanto subiera el precio de la lana por el aumento de la demanda, se derramaría tan vivamente la luz de los beneficios que realizarían nuestros estancieros, que la República atraería el inmigrante, en enjambres, como en otro tiempo el Potosí ó la California.

Hé aquí, pues, como el profesor Jaeger, derrotando las preocupaciones de la Europa del siglo XVII, que rechazó la ropa interior de lana, creyendo que era ésta la productora de las enfermedades cutáneas importadas por las emigraciones del Oriente, viene á hacer un inmenso é incalculable servicio á la República Argentina, al mismo tiempo que lucha por el bien de la humanidad.

Volver á la lana, sería hacer justicia al mundo antiguo, que no encontró nada mejor para vestirse. Y este

siglo, particularmente, la ha hecho y la hace en muchos otros terrenos á aquella época que el estudiante moderno llama con ligereza *atrasada*. En educación, volvemos á la educación antigua, que era mixta. Ahora se ve claro en la locura medieval que solo desarrolló el cuerpo, cuando la caballería, ó el cerebro, cuando la manía monástica. En política ¿qué principios ha inventado el mundo moderno? ¿En arte, en literatura? Sólo en la ciencia vamos adelante indiscutiblemente. La salud antigua, que es proverbial, era en parte conservada por los vestidos. Después de la época de los héroes que se visten con la piel de los animales immolados en las selvas viene el largo período en que el hombre, según las latitudes que habita, se sirve poco ó mucho, pero exclusivamente, de la lana de sus rebaños.

Hoy, los higienistas más famosos acuerdan una medalla de oro al profesor Jaeger por sus valientes recomendaciones de los vestidos de lana; y Bismarck, el hombre de las vistas asombrosas, busca para el ejército alemán, ya mejor alimentado que el francés, un nuevo elemento de éxito en la superioridad de las ropas de lana. En el triunfo de la teoría de Jaeger, uno de los vencedores sería la República Argentina.

## EN EL TEATRO.

Durante la primera representación de los *Hugonotes* en Colón, entró la concurrencia hasta cerca de las diez de la noche, habiendo principiado aquella á las 8 1/4.

Como se comprende, en un teatro como Colón, en que es pequeño el espacio que queda entre una y otra fila de aposentaduras, en la platea, la entrada de un nuevo concurrente, es fecunda en incomodidades de todo género. Hay que levantarse del asiento para darle paso; si hay alguna equivocación, las conversaciones que se producen con ese motivo, no dejan oír lo que sucede en la escena; algunos chistan para que los imprudentes callen, con lo cual se aumenta la perturbación.

Esto es cuando se trata de un hombre solo. Imagínese, ó más bien, recuérdese lo que sucede cuando entran señoras, dos ó tres, de cuerpos monumentales, con sombreros como pagodas. Los que ocupan asientos en el pasaje de estas señoras, tienen que levantarse, incomodándose é incomodando á todo el mundo con los ruidos que producen inevitablemente; viene después el buscar de la tertulia; los comentarios del acomodador; que hay una persona que ocupa uno de los asientos; ¡que sí, que no; que está Vd. equivocado!..... y de este modo se produce una nueva perturbación. Las miradas se vuelven hácia los recién venidos, se inte-

rrogan sus rostros, se comentan sus vestidos, se saluda, se tose; y por un momento queda eclipsado Meyerbeer, y *Los Hugonotes*, y Tamagno, ó la Teodorini.

Comprendemos que esto presisamente es lo que buscan muchos, seguros de que no producirían efecto alguno si entraran á tiempo, y ocuparan sus localidades sin incomodar á nadie. Comprendemos también que debe ser un gran placer el que produce ese reflujo de la atención de miles de personas, hacia uno mismo, hacia los sombreros, y las blondas, el raso, el terciopelo ó las joyas que se llevan como aperitivos de la belleza ó como caricias de la vanidad.

Es sabido que en las novelas jamás entra un personaje á su palco, antes del segundo acto; y en general los seres superiores, que van al teatro solamente por hacer admirar su envidiada grandeza, no descienden hasta ocuparse de fruslerías como la música, el canto, y las pasiones que desarrollan los artistas en la escena.

No podemos dejar de comprender que todo ello es muy lindo, muy distinguido, muy novelesco; y que un alma atormentada por el deseo sublime de la perfección, debe tender hacia ese bello ideal de los romances y aun de la historia, que nos hacen envidiar los personajes al mostrárnoslos adorados por las multitudes, produciendo la admiración y el espasmo por donde van.

Pero nos parece al mismo tiempo mal elegido el camino que toman nuestros elegantes de ambos sexos, para hacerse admirar; no es precisamente incomodando á los que van al teatro á escuchar con recogimiento las creaciones del arte, que conseguirán hacerse simpáticos ni siquiera demostrar que han recibido exquisita edu-

cacion. Ir al teatro á todas horas, cuando hay una hora fija para ocupar sus localidades, no indica más que dos cosas : ó que se tiene el cerebro de estopa y se copia ciegamente los héroes de las novelas, sin mirar el ridículo en que se cae; ó que se tiene tan poco respeto por el público ya congregado en la sala, como se tendría por una reunión de muñecas.

\*  
\*\*

Y hay además otra consideración, pero tan nimia según el sentir general, que no la adelantamos sino con cierta timidez. Hay cierta clase de personas — son pocas quizá, pero existen — que van al teatro, real y efectivamente *por escuchar*, por admirar, por gozar, por palpar con las emociones que les despierta el lenguaje alado de la orquesta y de los cantores. Estos tales se abstraen en el drama lúcido y coloreado que forjan en sus espíritus los elementos concentrados en la escena; se dejan poseer completamente por el encanto de hacer comparaciones entre los propios personajes que conocen, entre las emociones sentidas en época pasada, y los tipos y pasiones que se desarrollan á su vista; y una vez en ese camino, pronto caen en el arrobamiento, en la ilusión de que todo lo que ven y oyen allí, es real, con lo cual vienen á experimentar sacudimientos supremos que les ponen el alma vibrante y sonora á la mínima impresión. Si á esto que es capaz de producirles el drama solo, se agrega el poder infinito de la música, el cúmulo de energías desconocidas y de poemas inmensos que ella les despierta, podemos imaginar cuál será el

---

estado augusto de esas almas, en los momentos terribles ó sublimes que se realizan en la escena. No es raro que sean agitados por temblores nerviosos, que lloren y que sollozen, cobrando el aspecto de poseídos... Es que en realidad pasan en tales instantes por todas las ceremonias de un desposorio solemne con las musas, con la poesía, con el arte, con cuánto tiene de más sublime el culto de la vida humana.

Supongamos ahora que bruscamente los arrancan de este paraíso, cuatro ó cinco elegantes que por seguir el código del *high-life*, entran a las diez de la noche, perturbando el silencio de la sala, rompiendo el encanto...

Si en ese momento se pegaran un tiro, los diarios dirían al día siguiente : « Anoche se suicidó un loco en Colón. »

## 17 AÑOS DE PLEITEAR.

Buenos Aires, Agosto 6.

..... « Entre las cosas curiosísimas que he encontrado en este país, ninguna lo es más seguramente, que la manera con que los argentinos resuelven las dificultades que se originan entre ellos por la pretensión á unos mismos intereses. Lo que entre nosotros es materia de unos quince días, cuando más, y eso, si se ponen á la resolución del asunto todas las trabas é impedimentos inventados por nuestros más astutos pleiteadores, ¡ es aquí materia de veinte ó treinta años! Entre nosotros, el procedimiento, por su simplicidad, anula el artificio de los abogados y procuradores. Aquí, la complicación del procedimiento, hace artificiosos aun á los que pleitean con toda razón y derecho. Recordarás que en una proposición de Aristóteles se dice que el hombre es tan falso é hipócrita, que aun para demostrar la verdad, tiene que valerse de la mentira. Y de allí se procede á excusar las formas elaboradas y enmarañadas de la lógica de los sofistas. Pues aquí, no sólo ha de valerse de la mentira el inocente para probar su derecho, sino también de cuantas artes inventó la astucia de los Maquiavelo, los Richelieu, los Talleyrand y los Gortschakof.

« Y como no abundan en el pueblo los genios de tal

especie, han sobresalido poco á poco los más aptos en esta lucha, todo un ejército de abogados, procuradores, peritos, escribanos, pasantes, porteros, ¡la mar! como me decían siempre los madrileños cuando deseaban ponderarme algún imbroglio. Es como una industria de arañas, que tejen y cruzan y estrican todo el día sus hilos, hasta formar una red infinita en sus combinaciones y recobecos.

« No habrás olvidado, supongo, la *Cámara de los arácnidos*, de Berner, en Wilhemstrasse, donde vimos aquel mundo maravilloso ocupado febrilmente en tender sus redes de hilos impalpables, y que nosotros seguíamos en sus evoluciones pacientes y repelidas, por medio del anteojo aumentador. Pues ni más ni menos es lo que se llama el *Cabildo* de Buenos Aires.

« He ido á pasear algunos días allí, y he salido aturcido, afiebrado. ¡Qué movimiento! ¡qué agitación! ¡qué ceguedad! Gentes atareadas entran y salen de las oficinas, con los rostros ansiosos ó alegres ó entristecidos; señoras de luto esperan en los corredores, á la puerta de las escribanías, alimentando sus temores ó sus esperanzas con las noticias rápidas que les dan hombres de gabanes raídos y de bolsillos rellenos como maletas; tipos hambrientos arrancan dinero en los corredores á clientes recelosos que se hacen explicar detalladamente el objeto á que se destina la suma pedida; abogados faustosamente vestidos pasan como exhalaciones de una á otra escribanía, activando unos asuntos y retardando otros; los pleitistas relacionados entran á las tumbas donde moran los jueces y salen de ellas con aire de misterio. Todos estos trabajadores apenas se



saludan; van y vienen, cruzan y se hunden en las callejuelas, reaparecen arriba, emergen de un rincón para volver á sepultarse en otro; son como las ruedas, ejes, goznes, pernos, dientes y brazos de una máquina complicada; se tocan sin cruzir ni rechinar.

« Investigando por medio de personas influyentes de aquí para las cuales he traído cartas de recomendación, sobre las causas de este procedimiento judicial tan increíblemente complicado, no me han podido dar razón alguna bien clara. Los jueces gozan de sueldo, de modo que no tienen interés alguno en despachar los pleitos rápidamente; no es como entre nosotros, donde ganan un medio por ciento en el monto de cada causa sobre cuya solución no haya reclamos justos. Los escribanos secretarios de la capital también ganan sueldo, y quedan en las mismas condiciones que los jueces. No se les importa que las diligencias sean ó no despachadas con rapidez. Los de la provincia de Buenos Aires, en cambio, cobran costas, y es entre ellos, sobre todo, donde se puede ver y palpar el terrible daño que produce esta máquina, montada por los intereses de los vampiros judiciales, durante una larga serie de años.

« Creo que precisamente reside en esos intereses, el secreto de este procedimiento largo, costoso y cuando se desea, inacabable. Desde que Bentham nos enseñó á descubrir en ese terreno, el motivo de las acciones humanas reflexionadas, y á ponerles el remedio único con el manejo inteligente de esos mismos intereses, me es mucho más fácil entender ciertas cosas que antes me parecían sin solución.

« En efecto, desde que ese procedimiento judicial

existe aquí, como existía en Inglaterra en los tiempos de que habla Dickens en *Bleack House*, y como existe en muchas otras partes, es indudable que alguien le ha querido. Este alguien no puede ser sin embargo, uno; un solo hombre no puede llevar á cabo semejante empresa; es una parte de la población la que lo ha deseado. Esta parte tiene que ser, por la naturaleza de las cosas, la interesada en que la complicación sea grande, porque así se multiplican las costas que ella puede cobrar. ¿Y cuál es el poder que ha establecido ese procedimiento y sus diversas complicaciones? Las Cámaras, me dicen.

«Pues entonces, comprendo todo. Es preciso que sepas que aquí es raro el legislador que no es abogado. Parece que se cree en esta ciudad, que para ser diputado ó senador, es necesario ante todo ser abogado. Naturalmente, si ellos forman las leyes, las hacen complicadas en el departamento que á ellos mismos les tocará más tarde ejecutar; porque, cuanto más largo es el procedimiento para aplicarlas, más dinero podrán demandar de sus clientes como honorarios.

«La mínima diligencia cuesta aquí no solamente un ojo de la cara, sino mucha paciencia, mucho caminar, ver personajes, llevar cartas de recomendación á los jueces y á los escribanos, untar manos á derecha é izquierda entre porteros y demás baja estofa — y aun así, es rara la información, la regulación de honorarios, la apelación, el pedido de fe de bautismo, etc., que se pueda conseguir en menos de *dos meses*!

«La población parece estar tan convencida de lo terrible que es este flagelo, que, según me dicen todas las personas con quienes aquí he hecho relación, se vacila

mucho, se reflexiona mucho antes de decidirse á intentar ese recurso, porque todo el mundo sabe que es muy difícil conseguir justicia, siendo lo más común el perder en el pleito todo el dinero ó bienes que se gestionan, y eso si no hay que pagar todavía costos y costas de los fondos que no entraban en la disputa. Sucede por esto, que mucha gente prefiere dar por perdido, ó transar con desventaja cualquier asunto en que tienen todo el derecho y la razón.

« Los pleitos que han durado cincuenta ó sesenta años, aquí, son muchos.

« Se podría creer por el término largo de la solución que el asunto era muy complicado, pero no es así. Se ha tratado en ellos de cosas simplicísimas, que el ejército de escribanos, abogados, procuradores, tasadores, etc., ha embrollado de tal modo, que luego se ha necesitado la ciencia y la paciencia de otro ejército no menos numeroso y disciplinado para desenredarla y llevarla al término feliz del cobro de honorarios.

« Nada más natural, como comprenderás, que el que desea solucionar un asunto complicado, trate de buscar los abogados más famosos y entendidos, para que se lo desembrollen pronto. Así hace aquí la gente cándida, pero con un resultado desastroso. Eternizanse los pleitos, de modo que los honorarios vienen á sumar cifras enormes. Tengo tres ó cuatro amigos abogados aquí, personas honorabilísimas que trabajan poco, precisamente porque se afanan por hacer durar los pleitos lo menos posible. No encuentran procuradores que les quieran llevar pleitos, porque durando éstos poco, sus honorarios son mínimos.

« Los que más bregan y luchan contra esta pesada máquina judicial, son los abogados criminalistas, casi siempre pobres, porque los presos tienen dinero raras veces. Esto no impide que se haya detenido en ocasiones, á hombres inocentes, durante *cuatro ó cinco años*, mientras los jueces les examinaban las causas! Otros han permanecido, dos, tres, cuatro y hasta seis años, esperando que la justicia revisara los cargos que se les habían hecho, ¡y los encontrara infundados! Á esto llaman aquí *prisión preventiva*. !

« En estos días, se ha resuelto un pleito ruidoso, que ha durado *diez y siete años*! ¿ Creerás que se trataba simplemente de la devolución de una majada de 1.500 ovejas? ¿ No lo creerás, no es cierto? Voy á decirte cómo ha sido, para que te convenzas. Hace como veinte años, el Sr. Alzaga explotaba en sociedad con el señor Dadín, una estancia. Se separaron y quedó como de propiedad de ambos una majada de ovejas, algún ganado vacuno, etc. Muere el señor Alzaga, reclama Dadín de sus herederos lo que le pertenecía, no se lo dan, y entabla pleito. Diez y siete años han tardado, entre abogados jueces y procuradores, para averiguar si aquello le pertenecía ó nó. Al cabo de los diez y siete años, después de haber andado de unos abogados en otros, resulta el pleito ganado por Dadín. Pero los procreos de las ovejas durante todo ese tiempo, han aumentado singularmente su propiedad; estas ovejas han sido refinadas; más aumento aun; han podido sufrir pérdidas; luego una disminución de precio: escosa complicada. Hay que llamar peritos, Y no uno; sino dos; uno por cada parte; y luego un tercero para que decida en caso de discordia.

---

« Pero si 1.500 ovejas en 17 años de vida, pueden valer mucho, en cambio, cuesta más seguramente el entretenimiento de varios ejércitos judiciales en ese mismo lapso de tiempo. Diez y siete años de abogados, de procuradores, de escribanos, de costos y de costas de toda especie, suman una cantidad enorme. Los peritos han tasado lo que se debe entregar al Sr. Dadín, en 210.000 francos, con más, 25.000 ovejas, que al precio de 5 francos por una, hacen un total de 335.000 francos.

« Si calculamos los honorarios en este pleito, por los honorarios de todos los pleitos grandes y chicos que se han solucionado aquí, no hay dificultad en creer que su monto alcance ó exceda quizá á la suma que se ha mandado entregar á Dadín.

« ¡ Qué monstruosidad parecería esto entre nosotros, eh ! Pues aquí es la cosa más natural del mundo. »

« Tuyo.....

# EL MUNDO DE LOS CORISTAS.

LA GLORIA DE LA ESPECIE.

Si no es famoso, debiera serlo. Ninguno como él arrogante, como él agujoneado de las ansias supremas del teatro ; ninguno que tenga más alta y exquisita conciencia de su papel. Estos hombres entusiastas merecen respeto, que es glorioso ver seres que tienden invenciblemente al ideal, despreciando de modo olímpico las preocupaciones del *profanum vulgus*. En Colón, es figura de antaño distinguida y atrayente, aunque no en verdad, por los atributos físicos de su personalidad, que para el no iniciado en los misterios que ayudan á descubrir méritos escondidos, podrían pasar por los de una naturaleza franca y lealmente ridícula. ; No, jamás! Sólo que su espíritu es bondadoso, y su sinceridad le persuade é ilumina los rasgos, dándoles la apariencia de uno de esos tipos del *Fun* ó del *Punch* de Londres, que los caricaturistas van á pescar como piedras preciosas entre las multitudes, y que luego sacan á la superficie en la punta de un lápiz picaresco, paseándolo como perla de riquísimo oriente ante los ojos asombrados del público.

No conocemos al hombre íntimo, pero el artista nos ha fascinado. Somos de aquellos que se enamoran de un hombre-tipo, como de algo supremo que encadena

la admiración; impórtanos poco hallarlo entre las testas coronadas por el sufragio de todo un pueblo, entre los elegidos de la fama ó entre las partículas invisibles del gran tablero universal. Creemos además que se puede ser artista aún entre la humilde banda de coros de Colón. Y afirmamos que nuestro hombre tiene varias de las cualidades principales de los grandes artistas, á saber; enormísima sinceridad, que va hasta darle en la escena toda la excelsitud de un héroe real ó de un iluminado; facilidad de dejarse poseer por el carácter del tipo que representa, de modo que entra en él, se encarna en su cuerpo glorioso y le infiltra todo el vuelvo de su propio genio; desprecio soberbio de las multitudes ignorantes que no se trasladan de un golpe á las épocas legendarias ó medievales, y que demuestran no comprender sus impulsos heroicos ó caballerescos. Tiene además inteligencia apropiada, prestancia si no hermosa ni elegante, al menos dócil á las inflexiones de la voluntad; movimientos rigurosamente históricos en los pasajes antiguos; caballerosa actitud en las escenas más comunes ó vulgares de la vida.

Tiene ese *quid divinum* de los poetas y de los artistas de raza, que les hace hermohear cuanto tocan. Así como en boca de Anacreonte parecen bellas aun las cosas feas, y el aliento de Píndaro ennoblece y da corte de estatua á los triunfadores más humildes, así él crea importancia desconocida para sus papeles hasta ahora sin alcance. Todo lo que hay es que le falta escenario.

Los asistentes á Colón lo conocen muy bien. Parécese á Scappatura, el pianista, como una gota de agua á otra gota. Tiene la altura de Pickwick, y un poco de su

carácter, pero sin su vientre lanzado fuera del centro de gravedad, que le imposibilitaría la representación de papeles trágicos. Es apersonado y viril, de ojos enormes, de nariz monumental como puente echado sobre el vacío, pero donde reside toda la fuerza de su elocuentísima teatralidad, es en su frente fugitiva y achatada, y en sus manos inmensas, que abarcan con amplitud antigua la lanza griega, la espada romana, la germánica framea ó la formidable tizona medieval

Una terrible calvicie prematura desarmoniza singularmente estas buenas condiciones físicas prestando á su cráneo el aspecto nada trágico de un zapallo criollo.

La naturalidad en sus papeles es el rasgo distintivo de su fisonomía artística. Cuando se trata de representar un caballero de la Edad Media, que baja recién del piafante corcel, y que en su bota alta de montar calza sonadora espuela de oro, ninguno más arrogante en el andar, más campeador en la manera de acariciar el pomo de la espada, más altanero en el alzar la visera del relumbroso casco, rematado por negro penacho. Tal así aparece en *Trovador*, escoltando al conde de Luna. Sus compañeros, verdaderos comparsas alquilados para servir de marco al cuadro de la escena, son torpes é inocentes á su lado; él es el único que se penetra de su papel, que vuela con su memoria á aquellas épocas feudales, pobladas de altos sentimientos caballerosos, en que se sabía apreciar el honor de llevar espada al cinto. Por eso sus movimientos lo denuncian á la vista del espectador y lo vemos, ganoso y lleno de emulación, adelantarse en el escenario como un justador en la arena, que va confiado en Dios á combatir por su dama.



Veámosle después, cuando le toca ser simple caballero de salón, pulido y argentado como dije de corte, compañero de placeres del condesito de Nevers. Retrátase en su fisonomía la vida alegremente disipada que lleva; en su jubón de terciopelo azul brilla un puñalito de aventuras, y la seda blanca relumbra debajo de sus mangas acuchilladas con primor de damisela. Sus enormes labios, sobre los cuales domina un bigote negro, espeso, é hirsuto cortado á tijera por un inexplicable mal gusto, y su barba enmarañada como zarza salvaje, podrían parecer fuera de lugar á un crítico exigente, en la cara de un *mignon* como los de la época de Carlos IX; igual cosa pensará quizás el crítico de su rostro de troglodita, rematado por la calva prematura de que hemos hablado, y de su talla menos que mediana, y de sus manazas que parecen revestidas de guantes de esgrima; pero todas estas inconveniencias *reales* desaparecen ante el soplo mágico é increíble que él derrama sobre toda su persona, á guisa de bálsamo transformador. Mirándolo, se olvida esa reunión de cosas disparates, amontonadas por la naturaleza en un solo hombre, como para probar hasta dónde llega el estiramiento y virtud de la humana paciencia. Á pesar de todos estos defectos, él pone tanta sinceridad en su papel, que resplandece entre sus compañeros de banda como una estrella.

La facilidad con que se transforma, es increíble. Más tarde aparecerá de hugonote exaltado, con bota amarilla, peto de acero burdo, espada de tropa y casco de guerrero. Á sus ansias generosas de ideal, poco importa que la coraza sea de zinc, y el casco de lata. Mueve su

cuerpo con marcial arrogancia, y parece desafiar las mismas iras de Marte. Podría decirse con el poeta que en tales momentos se siente á Aquiles en el seno ; todo su rostro respira el horror de las batallas. Cuando llega el instante de arremeter con las gentes siniestras y embozadas de Saint-Bris, el primero en requerir la tizona y hacerla correr por los aires con círculos tajantes ó golpes macedores, es él. En el ardor de la contienda, que á él, por su valor artístico se le antoja real y verdadera, atropella con tan buenas ganas, que á no bajarse pronto el telón, de seguro que se despachara dos ó tres de los figurantes.

Los otros comparsas, ¡ gentes vulgares ! hurtan el cuerpo á los golpes, no pudiendo olvidar en su prosaica concepción de la escena, que sólo se trata de una farsa teatral. Él no ; ¡ pone casi pavor en el ánimo, verlo irse para los católicos, en alto la espada vengadora, el ademán fiero y el casco relumbrante !

En *Africana*, es impagable, cuando caracteriza por su fogosidad al más feroz de los salvajes que asaltan el barco del navegante portugués. En sus manos aparece la clava más ponderosa y más llena de protuberancias homicidas. Si se pudiera aislar de la visión su estatura, su nariz, y aun cierta reminiscencia de sus anteriores papeles de otro género más civilizado, sería posible concebir, de sólo verlo, el ardor heroico de los guerreros antiguos. Porque lo que hay de más curioso, de más extraordinario y de más increíble en lo que pasa con este artista, es que habiendo una evidente contradicción entre su figura real y los papeles que representa, él consigue sin embargo llamar la atención, admirar y aun embe-

lesar hasta las lágrimas á las personas de un gusto refinado.

Allí, en medio de la confusión del abordaje, la masa de nuestro héroe, parte, vuela, taja, hiende cuerpos y cabezas; es un horror; lo toma realmente á lo serio, se entusiasma de un modo cuasi-peligroso; da de veras, como si se tratara de un combate real. Los destinados á morir en la escena, le tiemblan, y cuanto lo ven llegar se arrojan al suelo sin esperar el ataque. Esto perjudica un poco á la verdad de la representación, pero todo lo que ella pierde, lo gana él en terrible y sombría hermosura. Nada iguala al fuego siniestro de sus ojos, al crispamiento supremo de sus músculos, á la expresión encendida y devorante de todo su ser. Es una furia.

Y después de todo, su mimica es sencilla; la mano derecha llevada al pecho, ó alzada al cielo: ¡hé hí todo! Sin embargo, ¡cuánto efecto obtenido por tan sencillos medios! ¡Qué luz les presta la mirada honda, profunda é incomparable del artista!

Á veces es raro, no obstante, el aspecto que presenta su inoportuna calva, revelándose de improviso en medio de sus detalles históricos; por ejemplo, cuando aparece de caballero portugués en la corte del rey Don Pedro, y forma parte del consejo que escucha á Vasco de Gama; al principio, cubierto por su sombrerito lusitano de terciopelo azul, moviéndose acompásadamente, y tomando asiento en el banco circular de la cámara, hace perfecta la ilusión de su nobilidad, pero en cuanto quita el gorro de su cabeza especialísima, y aparece debajo aquella calva imposible, vienen al espectador antojos y bascas de risa, que no llegan sin embargo á estallar, contenidas por el embeleso que inspira toda su persona.

En tales circunstancias, la admiración que produce es tan grande, que no deja lugar para otros sentimientos.

\*  
\*\*

Tres años van que lo estudiamos con todo el cariño de un curioso de corazón. No pinta Ovidio en sus *Metamorfosis*, cambios tan varios ni tan rápidos como los que le hemos visto experimentar nosotros, á veces en el curso de una semana. De noble á pechero, de general á soldado, de mártir del pueblo á traidor emboscado y sombrío, de griego en el coro de la esposa de Menelao, á salvaje cuasi desnudo y antropófago, en *Africana*.....

Recorre la riquísima gama de todas las apariencias, de todos los sentimientos, de todas las pasiones, y siempre con igual serenidad, con igual calor sincero, con una suprema franqueza que hace olvidar las terribles incongruencias de su persona.

Se adivina á través de estos inconvenientes para el disfraz escénico, al hombre de corazón levantado, que desprecia su propia pequenez para volar en brazos del ideal, á las regiones puras del valor, del heroísmo, de la belleza novelesca y romántica..... Es un alma de poeta en el cuerpo de un Cuasimodo. Jamás hemos encontrado un corista que merezca más franca simpatía, ni que nos haya producido más deliquio, á pesar de sus humildes papeles. Por eso no hemos trepido en bosquejar nuestras impresiones á su respecto, bien débiles y borradas por cierto, al lado de las que hace sentir este artista curiosísimo á otros espíritus más sensibles que el nuestro, á las bellezas del mundo de la caricatura.

## BENIGNO B. LUGONES.

..... Oh starry hope,  
That did'st arise  
But to die!

Poz.

De la dirección de EL DIARIO y de nuestros compañeros hemos recibido el encargo doloroso de representarlos en este caso fúnebre. ¡Vaya pues nuestro espíritu á gemir sobre la tumba del amigo que desaparece para siempre!

Hace un par de años, apenas, ¡cuán lejos estábamos de pensar que esta inteligencia brillante, que este espíritu poderoso iba á extinguirse prontamente! Al sentir las emanaciones vibrantes de su talento, al ver tanta lumbre en sus ojos, tanto calor en su palabra, tanta elocuencia en su instructiva conversación, nos afirmábamos más que nunca en aquella especie de confianza inexplicable que había sabido inspirar en todos los que le conocieron, acerca de su porvenir. En efecto, nada que fascine y engañe más sobre los misterios del destino, que estas naturalezas inquietas, fogosas, dotadas de un ardor inextinguible por la verdad y que entran en la carrera de la vida con la pujanza y la fiereza de un héroe antiguo, moviendo con placer sus energías en todos sentidos, como miembros deseosos de luchar aspirando á plena boca el aire áspero de la controversia,

lanzando á la tierra y al cielo miradas de curiosidad que van hasta lo recóndito.

Se le veía así, en la completa florescencia de su juventud y se pensaba con respeto en la parte gloriosa que estaba llamado á representar en la existencia humana. Y dos años más tarde, todas estas promesas, para él, para su familia, para sus amigos, para su país, se han desvanecido completamente!... ¡Mengua y tierra es la vida!

Aquel arco tendido, aquella palabra sincera, cálida, desbordante de penetración, de elegancia y de fuerza, aquel espíritu soberbio, águila de todas las alturas, que franqueaba los picos de la historia, de la filosofía, de las letras, para pasearse por los ciclos del mundo y visitar sus teorías más atrevidas; aquel corazón leal y generoso que buscaba la verdad con la mano abierta y la visera levantada, no es hoy para sus amigos más que un recuerdo doloroso, que desalienta y pone sombra en los pensamientos.

De aquellos amigos de los veinte años, Oscar Knoblauch, Benigno Lugones, no queda ninguno. Aquél, ofuscado por los mirajes que entró á contemplar demasiado pronto, se suicidó; éste ha sucumbido con estoica constancia á los golpes de una insidiosa enfermedad, ¡Y qué dos inteligencias, qué dos esperanzas!

Porque, ¿quién sabe adónde habría llegado Lugones, encendida como tenía el alma por todos los ideales profundos del hombre moderno? Tenía la virtud del estudio, y la humildad de un sabio. Nadie mejor que él sabía que la grandeza reposa en el trabajo. Ejemplo digno de imitarse por la juventud de nuestra época, nunca se vió á Lugones perder el tiempo en afeminadas

diversiones, ni en pláticas de damiselas, ni en frivolidades de ninguna especie. Fué para él dura la enseñanza de la vida. Á la hora en que los demás se divierten todavía, él ya era un hombre de pensamiento serio, de graves atenciones en su hogar. La desgracia le había templado el espíritu como una hoja de Damasco.

Hallábase aún en la edad en que según Tucídides no necesita el hombre sino benevolencia y consejos, cuando ya era el maestro y el ejemplo de sus compañeros. Hombre moderno, era el tipo de estos tiempos de febril ansiedad, de fatales precocidades, de dolorosísimas luchas entre las antiguas virtudes que desaparecen para siempre, y los vicios nuevos que adelantan y van corrompiendo todo.

Tenía encarnados en el espíritu, los ideales sencillos pero severos, simples pero altivos de la más avanzada filosofía moderna. Su concepción del mundo era tan grandiosa y tan esplendente, que rechazaba como indignos hacedores de tan grande obra á todos los dioses inventados hasta ahora por la inquietud humana, ansiosa de postrarse ante las maravillas de la naturaleza. Vogaba su alma atrevida por los espacios del pensamiento; atravesaba los mares conocidos, pasaba las cimas de las historia, sacaba rápidas lecciones dolorosas de las civilizaciones antiguas, y de allá arriba, con mirada serena, dominando el pasado, fijo en el presente, se debatía como ñn león joven, lleno de esperanzas de triunfo, contra las desoladoras verdades que entreveía, ¡la fatalidad, la inanidad del libre arbitrio, la nada humana, el misterio insondable, la absoluta desesperanza de resolverlo jamás!

¡Pobre Lugones! Muchos hemos partido para disputar el premio de la carrera, todos con igual sincero deseo de hacer refluir el honor sobre nuestra tribu y nuestro país, como el atleta antiguo; muchos se han desalentado y quedado á mitad de camino; otros han muerto, como tú, como Knoblauch, como Adolfo Mitre; otros sienten vacilar sus piernas cuando recuerdan el cruelísimo destino que ha cabido á los tres!

Cuando vemos morir un hombre que ya había cumplido más ó menos su parte de labor en la tierra, que ya había amado y sido correspondido, que ya había sentido abrazar su cuello por las manecitas de los hijos, que ya había hecho feliz á una familia por pequeña que fuera; que ya había merecido confianza ú honores de sus conciudadanos, que ya había mostrado, en fin, lo que era, lo que podía dar de sí, es justo que lo lloremos y que su desaparición nos cause sentimientos. Al fin, la muerte es la ley misma de la vida, y ese hombre cae bajo el destino común.

Pero la muerte de un joven, todo luz, todo ilusiones, lleno el pecho de ímpetus generosos, en plena preparación, al salir recién para recorrer el estadio, produce desesperación, desaliento, hace estremecer y trae lágrimas á los ojos. ¿Dónde hay un corazón tan egoísta que no lo sienta?



Lugones venía, como muchos héroes del pensamiento, de humildísima cuna. No le habían recibido, ciertamente, en la vida, ni brazos de princesa ni ropas



albas de cambray. Todo él, se debía á sí mismo, y á su familia, una desgraciada señora y una hermana ejemplar, en las que no podemos pensar hoy sin que se nos oprima el pecho y se nos corte la palabra. ¡Y qué luchas para ser lo que fué! Sacrificios de toda especie, batallas inauditas en que su amor propio de joven quedó profundamente lacerado, batallas contra las preocupaciones sociales, religiosas, contra la costumbre, contra la tradición, todo lo sufrió estoicamente, alegremente, con orgullo, sintiendo levantarse su dignidad íntima de hombre, al paso que caía su reputación de dandy. Economizaba sobre el hambre y la sed, para tener libros, allá por el año 74. Fuimos en aquella época compañeros de una mísera oficina de la Prefectura de policía, y, más jóvenes que él, sin su anhelo poderoso en el espíritu, nuestro primer movimiento á su respecto fué de repulsión. ¡Eran tan pobres sus apariencias y es tan egoísta el corazón humano! Pero el aislamiento en que se le tenía, nos llamó después á su lado. Fué como una transformación divina; todo lo que hoy poseemos en capital de esperanzas y de amor al trabajo, nos lo dió él. Antes de conocerle, habíamos sido tan efímeros como el que más. Pero en cuanto nuestros dos espíritus hubieron hecho comunión, abandonamos completamente el rumbo que seguíamos, y lo cambiamos por el que nos marcó su alma avasalladora, encendida de ideal, consagrada á la verdad, irónica como la de Sócrates y como la de este gran filósofo, deseosa de mostrar á las otras el camino de la nada humana, á fin de encaminarlas por la senda del bien.

¡Cuántas lecciones desde entonces, recibidas de su

carácter, de su insaciable amor del saber ! Cuatro ó cinco años después, éramos todavía inseparables ; habíamos principiado esta amistad de que ahora nos enorgullecemos, de un modo que él, ¡ tan bueno ! no olvidaba nunca. Andaba él, apenas vestido ; nosotros vergonzosamente correctos, y hasta con reloj y cadena.

Tan generosos impulsos nos llenaron el alma, que esta ofensiva desigualdad desapareció á los pocos días, de modo que pudimos andar del brazo, oscurecidos en una modesta pero limpia pobreza ; en cambio tuvimos el primer Büchner, el primer Spencer, el libro de Bagehot, los tres principales volúmenes de Darwin. Por la noche en el patio de la casa de Knoblauch, recibíamos ambos las explicaciones y las ampliaciones de este otro espíritu brillante que también se fué, y que había entrado á fondo en los dominios de la química y la física. ¡ Qué noches, qué inolvidables recuerdos !

\*  
\* \*

Después vino el viento borrascoso que nos separó á los tres. Knoblauch fué á Europa, ya revuelto su hermoso espíritu por la locura ; Lugones pasó á *La Nación* y nosotros á *El Nacional*. Á medida que su talento maduraba, crecía su afán por el estudio ; y los frutos que principió á dar, hicieron ver bien pronto cuán luminosa y alada sería su carrera. Si Lugones hubiera vivido, habría triunfado seguramente. Era de la arcilla de que se hacen los buenos escritores. Era ya, al tiempo de morir, una brillantísima promesa, el primero de su edad, por el conocimiento del lenguaje, la mesura de sus

---

ideas, y su caudal de ciencia social, política y literaria.

Con su muerte, pierde nuestro colega *La Nación* el mejor de sus colaboradores jóvenes; la familia, el tronco robusto y único del que manaba la savia bienhechora; sus amigos, un orgullo del porvenir y un corazón leal. Después, todos los que aman, todos los que sufren, todos los que piensan y batallan, todos los que luchan por la independencia del pensamiento, pierden en el querido Lugones que desaparece, una alma fuerte y vibrante, que hubiera gemido y luchado con ellos por todos los ideales altos y generosos.

¡ Recuerdo para su nombre en la tierra !



1885.



## ARTISTAS NAUFRAGOS.

Bahía Blanca, Diciembre 8.

Para una de las cosas que ha sido ingrata hasta ahora Bahía Blanca, es para esa, al mismo tiempo sublime y ridícula, según sea la faceta que se le contemple, llamada artista de teatro menor, ó *cómico de la legua*. En una época no lejana, cuando vino hacia este pueblo una corriente poderosa de repentina energía, cuando se principió la construcción del puerto, y se creó en él una Sub-Prefectura, cuando se fundó la sucursal del Banco de la Provincia, y se abrió calles, y se edificó á toda prisa, y la tierra pública desapareció en manos de ciertas autoridades, vino también una compañía de cómicos de la legua. Levantóse un teatrillo, en una barraca, frente á la plaza, se arregló un escenario y un parterre, y con gran golpe de música á la puerta, se anunció una noche la representación de una opereta francesa.

Era el primer vahido del arte en Bahía Blanca, de un arte extranjero, es cierto, y no de indiscutible abo-lengo, pero arte al fin y al cabo. Sobre los penachos de humo de los talleres del ferrocarril cuya línea ya tocaba los lindes del pueblo, sobre el comercio afanoso, sobre la vida puramente canina del que sólo trabaja y come, sin tener tiempo ni deseo para reposar el pen-

samiento en amables tareas, se tendía humilde la bandera de la dignidad intelectual, flameando con vientos de esperanza. Eran como las primeras estrofas de *El Cuervo* sobre la población almacenera de Baltimore. Al fin iba á resonar el aire de Bahía Blanca, hasta poco tiempo antes sólo agitado por los gritos estentóreos del salvaje, con las vibraciones sagradas de la música. Principiaba el arte del teatro, como en Eleusis, por coros báquicos y canciones semi-obscenas. Pero Bahía Blanca respondió mal; no hizo caso de la opereta, dejó languidecer los artistas, sin que más tarde tuviera mejor suerte una compañía de saltimbanquis distinguidos, entre los cuales hacía papel un ex-payaso del Circo Umberto 1º, compañero del popular Rafetto.

El empresario de la primera compañía, lo era también de la segunda: y aun cuando su éxito no era lisonjero, en absoluto, no podía quejarse de la concurrencia. No asistían á sus apetitosos espectáculos las familias recientes pobladoras de Bahía, pero en cambio lo hacían asiduamente los que jamás habían oído á Gayarre ni Tamagno, ni visto á Rossi ó siquiera á Calvo, y no tenían, por consiguiente, anhelos superiores que los artistas en cuestión eran incapaces de contentar. El Empresario, hombre de interpresa, corría con sus cómicos y cantantes de Bahía á los pueblos cercanos, haciendo llevar á sus compañeros una vida que si no era fecunda en cosechas de vil metal, lo era en cambio de aplausos y de espectáculos nuevos, panoramas espléndidos de la naturaleza y viajes agitados, que tenían todo el atractivo de la novedad.

Durante unos ocho meses, fueron estas tribus errantes



de peregrinos del teatro, la diversión de la gente sencilla y de fácil contentamiento, de todas las poblaciones campestres á cuyas puertas fueron á llamar; pero desgraciadamente, la concurrencia era siempre escasa. Trasplantados los artistas, de un momento para el otro. de los pequeños teatros de Buenos Aires, donde trabajaban por accidente, al límite Sud de la civilización bonaerense, donde apenas había autoridades ni casas, donde declamaban ó cantaban casi al aire libre, donde se alimentaban de cocidos de carnero y mate, se hallaban confundidos, fuera de quicio, como pollos en corral ajeno, según la expresión pintoresca del gaucho.

Alimentáronse unos cuantos meses con las promesas brillantes del empresario, sin recibir sus emolumentos, en razón de no haberse recogido nunca dinero bastante para llevar á cabo esa importante operacion administrativa; exigieron luego saldo de cuentas, y entre tú lo pones, yo lo quito, pasáronse los ocho meses consabidos, al fin de los cuales vióse obligado el director de aquella lastimera orquesta humana, á presentar el estado de caja. No tuvieron poca influencia en conseguir el arribo á tan feliz resultado, varias de las autoridades del partido, ante quienes se presentaron los artistas, exponiendo de un modo perentorio la absoluta necesidad en que se hallaban de que la situación aquella cambiara en cualquier sentido. Se encontraban los desgraciados; oh vergüenza! en la mayor miseria, algunos casi en cueros, y en vísperas de echar mano de la guarderopa del teatro para cubrirse, porque sus vestidos de diario habían ídose á pedazos. La perspectiva de que las unas pasearan por las calles en los trajes de odalís-

cas que lucían en *Les Turcs*, ó en el de las bailarinas del *Petit Faust*, y que los otros aparecieran en el de pachá, ó Mefistóles, ó mariscal Boum-Boum, ó volatinero salta cuerdas, horrorizó á la gente conservadora del pueblo ; y de ahí que hubiera una protección general para los artistas contra el abusivo empresario. Llegado, sin embargo, el día fatal de la rendición de cuentas, aquél demostró que la compañía estaba casi en pérdida puesto que deducidos todos los gastos de instalaciones viajes, alimentos, etc., sólo tocaba á cada artista, *diez y seis pesos mic.....* los cuales fueron entregados por él religiosamente, como concienzudo banquero que era.

Puede ya imaginarse la desesperación de la disuelta banda de peregrinos ; no les quedaba recurso alguno para tornar á Buenos Aires. El pasaje costaba cerca de cuatrocientos pesos, y no tenían ni qué comer. ¡Horrible desilusión ! Iban á sufrir verdaderos martirios por el arte : en lugar de premios, iban á recibir castigo, aquellos sublimes deseos de pasear en triunfo las figuras gloriosas de la humanidad ante los ojos atontados del vulgo ! La eterna inocente Margarita, tipo ideal inalcanzable por la protagonista en otra parte que en la escena ; el poderoso burlón Mefistófeles, el siempre simpático y atrayente Fausto, las beldades orientales, que envueltas entre gasas hacían temblar á jóvenes y viejos, aquellos cuerpos que se habían movido al compás de voluptuosas danzas, ondeando en el aire caliente como una promesa de coqueta, blanco obstinado de las miradas de la concurrencia masculina — todas aquellas glorias, aquellos triunfos, aquellas satisfacciones excepcionales del amor propio, iban á convertirse en cosas vulgares y aja-

das, en manoseo de la multitud, en harapos de la popularidad !..... Del cielo iluminado de la escena, descenderían á rozarse con la gente de todos los días, con los comerciantes por menor, con la gente de servicio, acaso !

¡ *Dura lex!* No hubo más remedio ; envalentonados por las exigencias del estómago, los elementos de la disuelta compañía entraron á mezclarse animosamente con el mundo obrero de Bahía Blanca. Obtuvieron los tenores, majadas al tercio ; uno de los baritonos entró de mozo de hotel, y el otro de peón en una estancia ; los dos bajos calzaron el puesto vacante de jefes de cocina en dos restaurants ; el apuntador pasó de marinero á la Capitanía del Puerto ; las damas, Margarita y las odaliscas, ¡ ay... triste condición humana ! — En fin, el resto de la compañía se diseminó como mejor pudo en los establecimientos de toda especie de Bahía Blanca y aun los pueblos adyacentes. He encontrado esquilando ovejas en varias estancias á algunos de los *artistas* que cantaban operetas, y á tres de los saltimbanquis que hacían pruebas en el trapecio y la barra. El payaso está aún de cocinero en la Capitanía. Aquel brillante personaje, que vestido de cien colores, con un bonete Pierrot, la cara pintarrajeada y una nariz postiza, marchaba por las calles horas antes de la función á la cabeza de sus compañeros de circo, á horcajadas sobre el pescuezo de una mula raboña, gritando y gesticulando al compás de una música de bombo y platillos que hacían sonar los pruebistas en el carro, este tal, alborozo de los niños, delicia de los gauchos, encanto de la concurrencia, se lo lleva ahora combinando salsas diabólicas

para las curbinas, maltratando los sabrosos pejerreyes, desnaturalizando sin piedad todas las comidas criollas. Á mis preguntas ha respondido con melancolía : — Tuve que dejar el *arte*... De cuando en cuando organiza para los marineros sesiones extraordinarias de gimnasia y ejercicios de mano, que alivian en algo sus necesidades financieras. Corramos un velo de lástima sobre esta prostitución de su gloriosa carrera. ¡ Oh tiempos !

Háme tocado en suerte también, catar los condimentos de sus otros dos compañeros, jefes de cocina en los hoteles. Ha sucedido con ellos lo que era de esperarse : han obtenido el puesto que ocupan, no por sus propias aptitudes, sino por recomendaciones ; de ahí que gocen de una fama detestable. ¿ Pero, qué se va á hacer ? Se respeta en ellos al arte caído, á la gloria en desgracia.

El mundo, sin embargo, tiene crueldades que horro- rizan. La soledad, el abandono, la melancolía, la desesperanza, han trabajado de tal modo á estos pobres náufragos en un pueblo inhospitatorio para.... el arte, que hasta de sus antiguas virtudes ya queda poco en pie. Casi ofendo al pudor escénico, confesando que muchos de los infortunados artistas se han entregado á la embriaguez, de manera que no ganan dinero sino cuando están sanos de la cabeza. Decir esto, y comprender que nunca podrán salir de estas costas semi-salvajes para ellos, es todo uno. La misma suerte terrible ha cabido, en general, á los que se dedicaron á la ganadería ó la labranza. Han tenido mal fin ; hoy no son ni la sombra de lo que fueron ; la desesperación los ha roído, hasta el punto de entregarlos á la más brutal desidia. ¡ No habían nacido para obreros estos águilas !

---

Cantaban los tenores sus apasionadas romanzas, en lugar de ocuparse de las faenas ruines que demanda la cría de las ovejas ; los barítonos clamaban arias melódicas en lugar de montar á caballo ó de atender la concurrencia ; y fueron despedidos ignominiosamente. Las damas, después de alimentar ruidosas historietas de amores interesados, han sido olvidadas. Todo ha cambiado para ellas. En cambio de las sonrisas seductoras, de las tentaciones voluptuosas, del placer de ser admiradas y codiciadas, tienen ante sí la perspectiva del hospital.

Dicen bien los que dicen que no es posible tener todas las glorias. El *arte* ha naufragado en Bahía Blanca ; es una lección severa para los que quieren pervertir el gusto y las costumbres antes de contar con una concurrencia de desocupados.

## FISONOMÍAS CAMPESTRES.

EL SARGENTO.

La fortuna no ha elegido nunca, según parece, determinadas castas, familias ni épocas, para hacer nacer grandes hombres. Hálos echado á rodar, tomándolos de cualquier parte, como al azar, contentándose solamente con pasarlos antes por el molde de un excelso guerrero, de un sabio abnegado ó de un literato de genio. Pero estos niños encaminados á ser más tarde el asombro y el orgullo de la raza humana, entran al mundo acompañados, podría decirse, por un nimbo esplendente que derrama claridad vivísima en torno á sus figuras. Hay verdaderos anuncios del porvenir en la infancia de los Giotto, los Salvator Rosa, los Mozart, los Roberto Peel, los Byron, los Poe. Extrañas precocidades sublimes los han señalado desde sus primeros años á la atención de los demás ; es como una visión anticipada del influjo de que gozarán más tarde.

Sin embargo, hay número infinito de promesas espléndidas en la infancia que no llegan á cumplirse en la edad madura. De todós los que corren esta carrera hacia la gloria y sus acres voluptuosidades, no llegan más que los de raza superior é incontestable. Unos mueren en el camino, otros se desvían y se pierden; otros cogen frutas sabrosas como Atalanta y se paran á mitad

del circo. Pero todos tienen la misma preparación, y el mismo asiento en la naturaleza, y se desarrollan del mismo modo.

Si consideramos atentamente la manera de formarse del grande hombre, veremos que ella resulta ser en todas partes y en todas épocas, igual. Se ve la cuna humilde, el nacimiento trabajoso, la flaqueza de todos los momentos, las malas inclinaciones, las debilidades propiamente animales, radicadas en la naturaleza é imposibles de evitar. La nodriza de Oreste hace confesiones humillantes para el héroe en torno del cual se agitan los afectos diversos puestos en juego por Esquilo, en el Agamenón. Si la memoria fuera más poderosa, y la admiración permitiera ponderar al hombre glorioso con el hombre germen, el entusiasmo sería mucho menor. Para llegar á ser el héroe, la antorcha, el faro de una generación ó de una época, ¡cuántos comienzos humildes, cuántos tanteos humilladores, cuántas caídas!..... Asombroso parece luego á los que conocen desde niños á esos hombres, que ellos hayan llegado á ser tales glorias vivas de la especie humana.

Debido á esta reflexión melancólica es que muchos grandes caracteres se han aislado para parecer más altos y superiores, siendo común que se valieran de piadosos engaños como Numa con su ninfa Egeria, y Sertorio con su corza blanca, adquiriendo así cierta aureola que los diferenciaba del resto de sus semejantes, por representarlos como protegidos de alguna divinidad. De ahí viene también el melancólico *Nemo profeta in patria sua*, y el « no hay grande hombre para su ayuda de cámara, » de Napoleón.

Así, pues, no hay motivo serio para rechazar la presunción de que allí ó acá, á la vuelta de la esquina, en Buenos Aires como en el Baradero ó en Bahía Blanca, pueda haber una gran figura en germen, que será desarrollada ó no, según la protejan y la exciten las circunstancias.

\*  
\*  
\*

El *Sargento* es hoy un chiquilín que tiene siete años. Al ver sus extraordinarias disposiciones y su aire marcial, el Comandante militar lo nombró, por broma, *sargento*, le enseñó á cuadrarse y á hacer la venia, le regaló un pito de vigilante que él lleva gravemente colgado del cuello con una cinta de lana desteñida de su primitivo color rosa; y desde entonces, en muchas leguas á la redonda, es conocido con ese nombre y son comentadas sus acciones y palabras.

Tiene el talante dispuesto, la estatura no mayor de una vara, los ojos vivos y escrutadores, la palabra seria y preguntadora, la dentadura pareja y blanca, el pelo semi-rubio, la color tostada del hombre de los campos, con una especie de careta oscura en las partes que más le azota el sol. Calza alpargata y media larga, chiripá de color indefinido, un tantico lleno de agujeros, cinturón de cuero y en él suspendido un cuchillo con vaina de lo mismo, camiseta y saco, pañuelo de algodón pintado en el pescuezo, y un sombrero gacho, viejo, grasiento, con restos de cinta, sujetado al mentón por un barbijo negro. El resto del traje es completado por un rebenque de lonja con cabo de madera retobado



cuero de potro, que pende de su muñeca derecha por medio de un tiento en forma de argolla.

Todo esto, llévalo él sin afectación, con perfecta sencillez, sin sospechar que ello, por sí sólo, lo convierte en una figura interesante y curiosa. Si está á pie, cruza una de las piernas sobre la otra, deja colgar el rebenque cuya lonja toca el suelo, y mira con atención, hablando poco pero justo, con un tonito genuinamente gaucho. Si está á caballo, conserva la misma seriedad sin impertinencia, la misma franqueza de expresión. El *mancarrón* que monta suele ser medio redomón; todavía no posee freno, y ensilla con bocado, componiéndose todo su apero, de unas bajeras viejas, unos bastos cuasi insertibles, una encimera y una cincha de cuero sobre la cual pone una piel de carnero.

Es preciso ayudarle á montar, porque no alcanza de ningún modo á hacerlo solo. Una vez arriba está seguro, aunque sus piernitas extendidas sobre el lomo del animal, agrandado por el recado, sólo vayan hasta las argollas de la cincha. Tiene tres caballos, y un potrillo colorado muy lindo, al cual está domando para dedicarlo á parejero. Desde las cinco de la mañana el Sargento está en pie, cuidando su majada, porque aun cuando ella es de propiedad del padre, es él quien la cuida exclusivamente. Á su cargo están también varias vacas tamberas, de modo que tiene que pastorearlas y atar una ó dos todos los días al palenque. El *Sargento* vive sobre el caballo.

Las horas de la vigilia las pasa galopando, corriendo, domando su potrillo, haciendo mandados á cuatro y cinco leguas de distancia. La madre es lavandera, y él lleva y trae la ropa. El padre es cocinero de la estancia

San José, y lo envía á todas partes con entera confianza, fiándose de él para los encargos más delicados. El Sargento ata el dinero en la punta de un pañuelo de algodón, después de contarlo bien, se ata el pañuelo á la cintura, juega con su rebenque en el suelo, chifla algún aire de milonga, saluda, se pasa por la cocina donde churrasquea ó matea, y se informa de los caballos, y de las yeguas, y de las ovejas y de los guachos; y luego se hace ayudar á montar.

Su puesto es el de peón de estancia, y trabaja á la par, y mejor que cualquiera de ellos, porque no se embriaga, no se pelea, es respetuoso, obediente y de buena voluntad. Los gauchos en la cocina ó en el palenque, han querido burlarse de él cuatro ó cinco veces, pero les ha dado por la cabeza con su rebenque sin consideración alguna, echando luego mano al cuchillo. Con esto ha conseguido ponerlos á raya. Es silencioso y observador. Escucha las conversaciones con atención, y no contesta cuando lo reprende el padre ó su comandante. Cuando le buscan la boca, habla como hombre, poniéndose sin esfuerzo en el caso de cualquiera. En la última inundación, se hallaba él *paseando* en Bahía; doscientas y tantas ovejas de su majada se ahogaron por la incuria de los que habían quedado cuidándolas. Su comandante debía llevarlo á Buenos Aires, donde lo quiere tener para enviarlo á la escuela. Se le presentó, se le cuadró y le dijo :

— No puedo ir con vd. señor.

— ¡ Oh! ¿ y por qué, sargento?

— ¿ Pero no ve lo que hay señor....? Estos gauchos haraganes y sin vergüenza, me han dejado ahogar las ove-

jas.... ¿Cómo me voy á dir así? Si me voy con vd., me ví á quedar sin nada. ¿No le parece amigo? — Tiene razón, sargento — le dijo el Comandante — estos gauchos no sirven para nada. Y ahora, ¿qué á hacer Vd. con ellos?

— Los ví á peliar, pues amigo...

Y así fué. Cuando llegó los insultó y les pidió cuentas de los perjuicios que habían hecho sufrir á su majada. Ellos se rieron, pero lo que él les decía era justo.

El padre lo trata de vd. y le da su título de sargento, á la par de los demás. Lo quiere mucho, lo enseña á ser hombre gaucho; pero como la mayor parte de los peones de campo, suele tomar unas trancas que lo dejan de cama. Entonces es cuando se ve al desnudo la naturaleza sublime de este muchacho de siete años, que piensa y obra como un hombre aprovechado. Se acerca á la pulpería donde el padre está cargoseando y tratando de pelear con el que encuentra, y principia á rogarle que salga de allí y se vaya con él.

— ¿Vamos tata pá casa?

El gaucho se enoja, lo insulta, lo amenaza, le pega para que le deje solo, á fin de embriagarse á sus anchas. El dispara de los golpes, llora cuando ellos le alcanzan, pero continúa firme en sus ruegos, haciéndole reflexiones profundas en una ó dos palabras, engañándolo con que lo espera Fulano ó Zutano en su puesto, con que ha pasado esto ó aquello á las ovejas. Él lo deja acercar como si estuviera convenciéndose, y á lo mejor le aplica un rebencazo por la cabeza; el sargento llora cuando no puede más, pero vuelve á la carga. Irritado el padre saca el cuchillo y lo corre, con la intención

probablemente de matarlo, como se lo dice. El chiquilín salta atrás, con los ojos fijos en el cuchillo y huye hasta que su padre lo abandona. Pero no bien éste da vuelta para ganar la pulpería, él lo sigue y torna á su propaganda, con la persistencia de quien cumple con un deber sagrado. Al fin acaba por vencer al viejo pecador, que sin poderse apenas tener, monta en su caballo y se retira sin haber peleado con nadie.

\*  
\*\*

Se ha dicho que los grandes hombres nacen cuando se les necesita. Están latentes en las sociedades, cuando ellas viven tranquilas ó aletargadas; pero en cuanto hay una reacción que ha menester de precursores ardientes ó de jefes resueltos, emergen ellos de la superficie del suelo y en poco tiempo se les ve crecer y agigantarse. Así, ser una figura notable en cualquier terreno, depende menos del hombre mismo, que de los acontecimientos. Estos pueden desarrollar ó no el germen. La vida es una respuesta á las necesidades del exterior. Si éstas no solicitan el desenvolvimiento del niño, quedará él á mitad del camino, según sean las excitaciones que haya encontrado; los ideales radican en la educación que se recibe.

¿Estará el *Sargento* destinado á ser solamente un estanciero con mucha hacienda, un perdido que pase su vida en las pulperías, ó uno de esos caracteres que se hacen distinguir en el mundo como los árboles muy altos en las selvas?....

## JUAN MOREIRA.

Dícese siempre que principio quieren las cosas : Nosotros creemos que en la semana anterior ha nacido el *teatro nacional*, pero con tan humildes vahidos que nadie ha curado de ellos, y se sigue creyendo en la esterilidad de la Literatura de la escena, en la República. Este nacimiento, que no es augusto por cierto, ni ha sido marcado de alegría entre los que le esperaban, acechando las débiles pulsaciones del cuerpo de la parturiente, tiene sin embargo todos los caracteres que han acompañado en otras épocas, el cuajar de la flor escénica. La baja extracción del recién nacido, como que viene de fermento popular, no colado en los tamices de alta ilustración, le asegura el concurso de la multitud cuyos gustos poco escrupulosos halaga, y cuyas pasiones simples, pero intensas, pone en hervimiento.

El albor del teatro no fué acompañado en la antigüedad, de luces delicadas, ni fueron muy distinguidas las figuras que en él se agitaron. Una orgía brutal, tiadas cuasi desnudas, coronadas de pámpanos, vibrando frenéticas en las fiestas de Dionisus, en la época de las vendimias, hacen brotar el coro; y del coro nace el teatro.

Aproximemos esta época, este bosquejo informe de la escena, al mundo de Shakespeare ó de Molière, y ten-

dremos una monstruosidad. No se comprende el pasaje brusco del nacimiento, á la plena madurez.

Nosotros no tenemos teatro; tiene que nacer; y ya ha nacido. Consideramos que no hay teatro hasta el momento en que el público aplaude la producción. ¿Qué importa que alrededor de una obra nacional se hayan reunido en una noche cuarenta ó cincuenta personas, y que en los días posteriores los literatos hayan enviado cartas halagadoras al autor?

Se sabe que la obra ha sido puesta en escena sin esperanza, y que después del estreno, será olvidada hasta el día del juicio final. Los amigos del autor se ejecutan durante una noche; y todo acaba ahí. Por consiguiente, éste no es todavía el teatro nacional; cuarenta ó cincuenta personas podrían reunirse por una noche hasta para oír *Las Suplicantes* de Esquilo. Obra que no atrae público, que no llama la atención de nadie, que es una chispa que pasa inapercibida, por más fulgurante que ella sea, no llena seguramente las exigencias de la época, no está á la altura de la cantidad posible de concurrentes; es un detalle de la vida, insignificante y ocioso que no hace el elogio de nuestro buen gusto nacional.

Sea esta obra de cualquier otra naturaleza, y consiga llamar así la atención popular, despertando el deseo de novedades ó emociones en la generalidad, y entónces la llamaremos parte del teatro. Las cosas son tan lógicas en el mundo, que no hay eslabón que aparezca solo, sin emerger de otros anteriores. No hay posibilidad de hacerse entender y apreciar, si no hay gente capaz de ponerse á la altura del público, por hallarse demasiado arriba del término medio de entenderas generales.

La habrá, en cuanto aparezca un autor que sienta las palpitaciones del corazón de la multitud y las sepa halagar. Se nos dirá que para esto no se necesita mucho talento, ni mucha instrucción, ni nada más que alzarse una pulgada sobre la plebe; convenido. Pero hay ciertos momentos en el desarrollo intelectual de la generalidad, en que sólo esa clase de teatro es posible, porque faltan los autores capaces de halagar el gusto de la masa más educada. Que entre nosotros faltan éstos, es indiscutible, puesto que hasta ahora no ha tenido verdaderamente éxito ninguna de las obras representadas en los teatros serios ó frecuentados por la buena sociedad. En cambio ya tenemos un autor que contenta al *ignobile vulgus*, y cuyas obras son saludadas con los vítores y aclamaciones más entusiastas. Siguiendo, pues, la lógica rigurosa de nuestro razonamiento, debemos decir que el teatro nacional cuenta ya existencia entre nosotros, desde la primera noche en que una producción *nacional* fué aceptada por una gran mayoría de público. Todos conocen el hecho: la pantomima de *Juan Moreira* ha atraído tanta concurrencia al Circo del Politeama, que la Policía tiene que intervenir cuando se representa, para impedir que se venda mayor número de entradas del que puede expendirse sin peligro para la concurrencia. ¿Cuándo nunca ha sucedido semejante cosa con las obras de otros autores nacionales?

Los estrenos de las ótras producciones teatrales hasta ahora, habían sido velorios completos. Ni aun la influencia oficial, la asistencia del Presidente y de los Ministros, la de los literatos conocidos, la de bandas de música en la puerta del Coliseo, han conseguido jamás

hacer de una noche de audición de obra nacional, otra cosa que un inacabable bostezo.

Se ha empleado todo, sin embargo, para hacerles tener éxito: propaganda de los diarios, dedicación del producto de las entradas á obras de beneficencia, cartas de efecto, recomendaciones de toda especie, compromisos... cuanto ha sugerido el buen deseo, la amistad y la inteligencia. Ha sido inútil.

Se anuncia, en cambio, le pantomima *Juan Moreira*. La mayoría de los diarios hace el vacío alrededor del suceso. Se ha leído de *Juan Moreira*, novela, se continúa riendo de *Juan Moreira* pantomima. Se dice « es cosa para la plebe », pero la novela hace el éxito de un diario, y se vende á miles de ejemplares en la ciudad y la campaña; el autor, antes pobre como una ñaña, compra casa; y la pantomima atrae inacabable cadena de espectadores al circo.

Al finalizar la representación, el público sale encantado del caballo volador de Juan Moreira, de su legendario y enorme facón, *bueno pa un entrevero*, del número prodigioso de *micifuses* que mata durante su vida, y de las *milongas* del *mulato Gabino*, las que aprende de memoria y canta en sus momentos de alegría, como sus contemporáneos de Colón, tararean el *Ripetli ancor de Hugonotes*, ó el *Libiam che tutto spiri*, del *Profeta*.

Como se ve, no falta nada. En ese mundo del circo, se imita y se reproduce en otra escala, los mismos movimientos del teatro serio. Los tipos que reviven en esta obra nacional, són admirados y queridos de la multitud, y crean esas tempestades de pasión y de sentimiento que son el alma de todas las escenas famosas. Se dirá



---

que la concurrencia que gusta de *Juan Moreira* está separada por un abismo de la que gusta de *Otelo* ó de *Hugonotes*; no lo negamos; se dirá que la pantomina en cuestión, producto inferior para espectadores inferiores, es simplemente una *guazada*, que no puede jamás representar el gusto de la gente culta de Buenos Aires; tampoco lo negamos. Pero mantenemos que es indiscutible que ella ha llenado las aspiraciones literarias de la multitud; que esta multitud forma parte del público; y que por consiguiente hay que tener en cuenta sus movimientos. Juan Moreira, drama, ha vencido en el teatro á sus competidores, como ha vencido en los folletines á las novelas que han tratado de hacerle concurrencia.

Hemos principiado por el circo, pero en fin, hemos principiado. Ya saben cuál es el camino los que deseen triunfar en la escena argentina. *Juan Moreira* irá dentro de poco á Europa; una compañía de tiliriteros será la encargada de enseñar á la multitud, en los circos del viejo mundo, cuáles son nuestras costumbres nacionales; por el espectáculo se juzgará de la altura de nuestra educación.

¡ Jóvenes poetas y literatos; ahí tenéis la escuela del éxito; principiad por el circo !

## VIDA SOCIAL.

Con el invierno que avanza, los cuerpos así pequeños como grandes se encogen; las familias se reducen á las habitaciones más amparadas de la casa; y los miembros de la grãñ familia argentina, hasta hace poco dulcemente estirados sobre nuestros pueblitos de campaña, comienzan á concentrarse hacia la capital, donde hace menos frío.

Al mismo tiempo que el invierno trae esta concentración, las reuniones sociales aumentan por el hecho de estar más cerca que nunca las familias, unas de otras; y también porque el frío, bloqueándolas en sus casas, las invita á la conversaci3n amable, al departir amistoso, al encanto de la música en sociedad, al chispear del espíritu en la lucha por el aplauso.

Buenos Aires empieza á tener su aristocracia, cosa de que nos holgamos mucho, porque digan lo que quieran los democráticos exagerados, el placer de estar en sociedad aumenta en raz3n directa de la fina educaci3n, del espíritu cultivado, de la gracia, de la belleza de los comensales.

La libertad, tal como la entienden los que la concibieron por los escritores revolucionarios de la última mitad del siglo pasado, tiene embriagueces y voluptuosidades arrastradoras para los que temen el yugo de un señor.

---

por encontrarse incapaces de sacudirlo; pero tiene el inconveniente de mezclar y confundir todos los elementos sociales, quitando á los unos y á los otros, el placer de reunirse francamente según sus afinidades.

En una república, en medio de un pueblo que proclama de todos modos la democracia en el pensar, en el vivir, en el comer, en el vestirse, en las diversiones, acarréase odios quien rechaza valientemente esta promiscuidad y busca el juntarse sólo con los elementos que le son simpáticos.

Y sin embargo, preciso es confesar que esta operación es tan verdadera y tan necesaria en la vida de los fenómenos sociales, como en lo de los cuerpos orgánicos é inorgánicos. La ley de las afinidades electivas es tan palpable en química como en sociología. La sabiduría popular la ha concentrado en cuanto á los hombres se refiere en el conocido refrán: *Dios los cria y ellos se juntan.*

Reunirse, pues, según sus gustos, su educación, sus inclinaciones, sus costumbres es un derecho inalienable, por ser de aquellos que provienen del desarrollo propio de nuestra naturaleza. Si en Buenos Aires hay salones donde se da cita lo que puede llamarse nuestra aristocracia, no son ellos un signo de afeminamiento ni de deseo de distinguirse por singularidades. Es que á medida que cultivemos el cerebro, como pueblo, hemos de ir siendo cada vez menos democráticos, por significar también democracia, dispersión y mezcla; y aristocracia. concentración y selección.



En este invierno, según parece, no serán muchas las familias que reciban periódicamente en sus salones á sus amistades, con la etiqueta que demanda una reunión; pero al menos serán esas familias, de las que figuran entre nuestra *crème*.

Por el momento, no se habla sino de las de Unzué, Diego de Alvear y Avellaneda. Todo cuanto tiene hoy Buenos Aires de distinguido en belleza, gracia, elegancia, riqueza, finanzas, política, literatura, se reunirá seguramente en esos tres centros, que representa cada cual una faceta importante de nuestra vida social.

Ya hemos visto en otras temporadas, cuán brillantes han sido las reuniones en las casas de estas tres familias principales; de modo que hay todo motivo de esperar que los miembros *escogidos* de la sociedad bonaerense se encontrarán allí este invierno para solazarse en conversaciones cultas y espirituales.

Esta noticia nos trae particularmente una promesa lisonjera: es la aparición del Dr. Avellaneda, después del largo y doloroso eclipse de su enfermedad.

Nosotros hemos sostenido siempre que sean cuales fueren los defectos y los errores que los adversarios hayan atacado en este prominente hombre de Estado, nadie podrá negarle una extraordinaria preparación política, histórica y literaria, y que de este punto de vista, Avellaneda será siempre un hombre cuya palabra se escuchará con respeto.

El ex-Presidente de la República no ha descansado

nunca en el afán de cultivar su espíritu, afán que lo ha llevado á poseer una de las más completas bibliotecas particulares que existen en Buenos Aires. Cuando bajó del sillón presidencial, en los largos intervalos que le dejaron sus viajes y sus dolencias físicas, placíase como en un retiro de Tusculum, leyendo los clásicos de la antigüedad griega y romana, en medio de montañas de libros rápidamente consultados.

El Dr. Avellaneda no es lo que los franceses llaman un *brillant causeur*; su espíritu tiene otros rumbos, y otra manera de manifestarse, más seria, más reposada, pero más profunda é instructiva. Parece haber buscado con empeño aquel modo de hablar suave, discreto, pero insinuante y fácil que tiene el Nestor de la *Iliada*, y que hace decir á Homero :

*Dulces como la miel, brotaban de sus labios las palabras...*

Por sus gustos, por su amor de la antigüedad, Avellaneda merecería vivir en la apacible tranquilidad de una existencia puramente estudiosa; pero las necesidades de la vida moderna lo sacan de ese dulce camino, obligándole en cierto modo á presentarse á sus amigos y permitirles el placer de acompañarlo.

Este invierno, pues, tendremos el gusto de verlo rodeado, al calor de amorosa lumbre, por todos los que aman los placeres excelsos del espíritu. Se charlará de literatura, de artes, de política, de mujeres antiguas y modernas, de cuanto merezca la especulación intelectual ó un rasgo de talento y de fina crítica. Será un pequeño salón Thiers, en su vasta biblioteca, mientras las señoras y las niñas gozarán en otra sala de los encantos de la música, el baile y la conversación.

## BARBARIZACIÓN OFICIAL.

¿De qué le serviría á un hombre en estos momentos el saber con la mayor perfección lo que pensaban los antiguos griegos sobre la fundición de los metales, ó el conocer á fondo las diversas teorías corrientes en la Media Edad sobre la mejor manera de *hacer oro*? Si ese hombre no supiera más que esto, ó si su ilustración versara únicamente sobre materias abstrusas, olvidadas, que no tienen demanda, es indudable que pagaría con una temprana muerte el error de no haberse puesto á la altura de su medio ambiente. No hallando quién le pagara los datos que podría suministrar ó el trabajo especial que podría llevar á cabo, se alimentaría difícilmente; llevaría andrajos en lugar de vestidos; dormiría al aire libre ó en las prisiones y su existencia sería precaria para sí mismo, y penosa para los demás.

Este fenómeno lo vemos á cada momento en los hechos sobre los cuales se ha fundado las teorías de la adaptación al medio, y de la supervivencia del más apto. Si en una localidad donde no hay absolutamente nadie que use ó necesite violines, se establece un individuo que no sabe hacer otra cosa sino violines, su ruina es inminente é inevitable. Para que la existencia de este industrial fuera posible allí, sería nece-

sario que aprendiera algunas de las cosas que en la localidad tenían demanda, y todavía que la aprendiera en el grado suficiente para competir con cierta ventaja sobre todas las demás que las sabían.

Lo que en biología se llama supervivencia del más apto, en economía política se llama ley de la oferta y la demanda; y en sociología adaptación al medio. En el fondo estas tres leyes son una misma, y de ella se sigue que el desarrollo de los individuos está en razón directa de la exactitud con que responden á las exigencias del medio en que actúan. Todo hombre que dedique la entera actividad de su organismo á la obtención de las aptitudes que tienen más demanda en su época y en el pueblo en que reside, vivirá mejor que el que dedique al mismo objeto las tres cuartas partes de esa actividad, ó la mitad, ó una proporción mínima.

Aprender, por consiguiente, materias que no sólo no pueden ayudar al desenvolvimiento del sujeto, sino que lo perjudican absorbiéndole tiempo, desviándolo del camino directo y retardando su perfecta comprensión de lo necesario, es un error que debe pagarse en razón de su misma gravedad. La inmensa preocupación de las universidades, la sistematización escolástica de los estudios, la aplicación de un mismo patrón á inteligencias infinitamente disimilares, es una de las grandes deudas que la humanidad está pagando á la ignorancia de otras edades. Emerson y Spencer han pensado que los colegios de adultos sólo sirven, en general, para formar mediocridades; y la historia de los grandes hombres les ha dado plena razón. La naturaleza tiene otro sistema en la forma-

ción de los animales dominantes, y todo lo que se opone á su método es insanablemente erróneo. Así como ha cambiado de centro el fundamento del derecho humano, que arranca ahora directamente de las necesidades inherentes al sujeto, ha cambiado de ideal la educación. Una molécula puesta entre varias busca para asociarse á aquellas con quienes tiene mayores afinidades; y si el artificio del químico la obliga á juntarse con otras por las cuales tiene poca simpatía, bastará que se le aproximen sus verdaderas aliadas naturales para que rompiendo el lazo momentáneo, corra á agrupárseles.

Ésta es también la historia del espíritu humano. Larga cifra de siglos, con su cortejo de modelos, de formas, de patrones, al parecer inmutables, no han podido oponer un yugo eterno á su potencia creadora y renovadora. El hombre ha venido dibujando sus tendencias por debajo de las manos férreas que lo han oprimido; como un astro de órbita fija viene recorriendo una elipse que parte de la Sinceridad-brutal para llegar á través de la Opresión, la Hipocresía y el Engaño, hasta la Sinceridad-moderada que es la Verdad contenida por el derecho de todos. Cada vez tendremos menos trabas del hombre, de modo que al fin sólo reconocemos las trabas de la naturaleza y acataremos solamente sus consejos. Debemos hacer la guerra á lo artificial para poder ser libres.



¿ En nombre de qué derecho se barbariza á la juventud del mundo entero, obligándola á aprender una



serie inacabable de materias abstrusas, la menor de las cuales, estudiada por un hombre libre, toma toda la vida de este hombre y no llega á ser agotada? ¡ Matemáticas, física, química, gramática, historia, literatura, filosofía..... deben ser abrazadas por una mente de 14 á 16 años, cuando apenas se puede formar con claridad ciertos conceptos fundamentales! ¡ Y cualquiera de esas ciencias ocupa la vida entera, sesenta á setenta años de actividad incansable de un espléndido cerebro europeo! Siglos pasarán sin embargo, antes de que el molde de la sociedad se quiebre en ese paraje, y reaparezca el hombre nuevo, que estudie lo que necesite, y que se dedique exclusivamente á conocer aquello para lo cual se sienta con mayores tendencias, no ocupándose de lo demás sino como accesorios destinados á redondear sus vistas. Así se realizará entonces el ideal de la repartición del trabajo, que hoy sólo realizan grupos humanos aislados, y que es la base de los progresos que asombran al mundo contemporáneo.

..

Hubo quien dijo, hace poco, en el Congreso con gran perspicacia y verdad, que con la educación oficial en la República Argentina, sólo se conseguía *barbarizar* nuestra juventud. Y basta echar una ojeada sobre los programas de la enseñanza secundaria, cuyo modelo es el Colegio Nacional, para comprender el inmenso extravío de la Administración actual, cuya pesada influencia sobre la juventud parece gravitar como una mole ilevantable sobre estas desgraciadas generaciones, desti-

nadas á verse aplastadas en la flor de la edad por un sistema absurdo. La sola lectura de esos programas da algo así como una pesadilla ; y sólo los que tienen hijos y miran por su porvenir como padres y como hombres libres, despojados de preocupaciones y de fórmulas seculares, pueden vislumbrar el abismo á que lleva á los niños argentinos el sistema de enseñanza oficial.

Al actual Ministro de Instrucción Pública complicado con la Dirección del Colegio Nacional le estaba reservado el perfeccionar esta máquina de barbarización, desarrollando su engranaje hasta convertirlo en un verdadero lecho de Procusto.

En otro artículo estudiaremos esos programas *que no conocen á fondo ni los mismos profeseros*, y que se quiere ingertar por entero en cabezas de 15 años, multiplicados por veinticuatro materias fundamentales, es decir ; una cantidad de ciencia tan inmensa que no bastaría para abrazarla el cerebro mejor organizado de la Europa !

## LOS PROGRAMAS.

El derecho de agotar las inteligencias jóvenes, exprimiéndolas con el estudio de inmenso número de materias, que ellas deben conocer á fondo, es llevado entre nosotros hasta un punto increíble. Ese derecho fundado en la costumbre, apoyado en la tradición y en falsas prerrogativas, ha venido á implantar en la República una verdadera escuela de idiotismo, un sistema perfeccionado de hacer *bárbaros*, que mañana serán la rémora del progreso en esta parte de América.

¿ Quién no ha visto alguno de esos niños que por ser muy inteligentes, han sido apurados demasiado en el estudio y se han quedado idiotas á los 15 años ? ¿ Quién no conoce el caso de los estudiantes que por haber querido aprender realmente los programas del Colegio Nacional, — por el deseo legítimo de sobrepasar á sus iguales — han caído tronchados á la mitad del camino, convirtiéndose en un recuerdo lastimero para su familia ? De estos niños es que se dice familiarmente : *Murió porque era muy inteligente.*

Nó, no murió por serlo ; murió por exceso de trabajo cerebral ; como era muy inteligente quiso *aprender* lo que se trataba de enseñarle, haciendo lo contrario de sus compañeros que se salvan porque no aprenden nada, limitándose á almacenar en la memoria una serie

de palabras que no corresponden á ninguna idea clara y precisa.

El que dude de que sólo *palabras* pueden aprender los alumnos del Colegio Nacional para poder responder á las exigencias de los programas, no tiene más que echar una ojeada sobre estos monumentos de la imprevisión y de la ignorancia oficiales. El asombroso campo de adquisiciones cerebrales que ellos abrazan, aterraría como programa al más animoso de los sabios.

No siendo posible que adquieran los discípulos los conocimientos que requieren los programas, por ser pretensión absurda que los adquieran inteligencias tier-nísimas, cuando no lo consiguen hombres bien dotados en cuarenta años de estudios continuos, sucede que el sistema se resuelve en una mistificación general de profesores y de alumnos.

Éstos, al cabo del año, cuando han sido estrujados por veinte maestros que han tratado de meterles, como en una bolsa, las particulares de las distintas materias de su competencia, se encuentran atontados, perturbados, anémicos y sin saber otra cosa que vagas aproximaciones, es decir palabras aprendidas como el loro. Un mes de vacaciones, un mes de aire, de juegos, de alegría y de naturaleza, bastan para borrar de esas masas cerebrales apenas consistentes, las huellas de las líneas que se había querido grabar brutalmente sobre ellas. ¿ Pero acaso el desarrollo de estas desgraciadas criaturas no es retardado y atacado en la fuente, por ese mismo trabajo de almacenar palabras sin sentido ? Esos jóvenes que se reciben de doctores á los 20 ó 21 años ¿ qué son, en general, sino víctimas perpetuas de un sistema que los

agota en flor y que los deja fisiológicamente incapaces para los altos vuelos del espíritu? La historia de nuestra vida pública, gira alrededor de los hombres que han tenido la fortuna de escapar á la barbarización oficial, y que han proseguido luego la verdadera carrera en cuya meta está el triunfo, y que consiste en el estudio libre de lo útil y de lo necesario en cada época y para cada sujeto.

Es que con el sistema oficial se contraría una ley de la naturaleza, que respetan todos los que quieren sobresalir. Aquella frase de Barthélemy sobre Pericles : « siempre ardiente en proseguir con lentitud los progresos de su elevación » contiene la verdadera pauta y el principal secreto del triunfo. Los caballos de carrera son apurados sólo cuando se les encuentra fuertes ; y el científico *training* de estos animales es una prueba concluyente de que la naturaleza es el principal consejero de la vida. La materia ha sido tan clara y extensamente tratada por Alejandro Bain en *The Education as a Science*, que no podríamos decir una palabra de verdad sobre ella, que no estuviera contenida en este libro y que no fuera ya conocida. Pasa con la educación, lo que con tantas otras ciencias ; en el dominio de los altos estudios no se discuten ya sus verdades, mientras el mundo adora todavía ídolos necios y se postra delante de estúpidas preocupaciones.

\*  
\* \*

Si preguntamos al más cretino de los que sostienen el actual sistema de educación oficial, si cree que el objeto de la enseñanza es adquirir palabras y nociones

vagas, nos contestará evidentemente que no. Ahora preguntamos, ¿ dónde hay en este momento un hombre capaz de responder satisfactoriamente á las preguntas contenidas en todos los programas con que se examina en un solo año á los alumnos del Colegio Nacional? Para que no se nos tache de exagerados, vamos á reproducir una bolilla de cinco de los cursos del 3<sup>er</sup>. año de estudios — es decir de las materias que estudian los niños de 10 á 11 años.

**XXII. Problemas sobre la inscripción ó circunscripción de polígonos regulares** — Inscripción y circunscripción á un círculo dado del triángulo equilátero, cuadrado, decágono regular, pentágono regular y pentadecágono regular — Escolio — Dado el valor de un lado del polígono regular inscripto hallar el valor del lado del polígono regular circunscripto semejante — Dado el valor de un lado del polígono regular inscripto hallar el valor del lado del polígono regular inscripto de duplo número de lados — Conocidos los valores de los perímetros de dos polígonos regulares semejantes, uno inscripto y otro circunscripto á un mismo círculo, calcular los perímetros de polígonos regulares inscripto y circunscripto de duplo número de lados.

Fuentes de la Historia — Paleontología — Etnología — Lingüística — Mitología comparada — Arqueología — La tradición — Los testimonios escritos — La Epigrafía — El Arte y la Literatura — Las ciencias auxiliares de la Historia — La Geografía — La crítica.

**VII. Poesía** — Definición — ¿Qué se entiende por *ideal*? — Cualidades del poeta — Formas del prosaísmo en que está expuesta á caer la poesía — ¿Por qué debe ser nacional la poesía? — ¿Cómo ha de entenderse lo nacional en este caso? — ¿Es igualmente necesario que sea popular? — Poesía natural, artística y artificial — Verdad científica y verdad poética — Lenguaje poético — Extremos en que se ha incurrido: modo como debe entenderse: sus fundamentos — Diferentes géneros de poesía.

**I. Concepto de la Gramática general y particular** — La Gramática es ciencia y arte — Necesidad é importancia de su estudio — División de la Gramática — Objeto de cada una de las partes de la división — Definición de idioma ó lengua y dialecto — **ANALOGÍA**

---

— Alfabeto — Número y división de las letras del alfabeto — División de las vocales y consonantes — Idea de sílaba — Concepto de palabra — Nombre de las palabras por razón de sus sílabas.

I. Límites del mundo antiguo — Los tres continentes — Su configuración — Mares — Montañas.

Razas que poblaban los tres continentes.

Desenvolvimiento de la Geografía hasta la época de Tolomeo.

Para responder á cualquiera de las preguntas contenidas en estas cinco bolillas de cinco cursos solamente, — para responder como se debe, sabiendo lo que se dice y abrazando bien claramente el tema — se necesita años de estudios serios.

Es tan vasto el campo en que hemos entrado, y es tan pequeño el espacio de que disponemos, que nos alejamos sin querer del análisis de los programas en sí, es decir de lo que tiene de absurda la exigencia del sistema oficial de educación. Nos bastará elegir cualquiera de las preguntas contenidas en las bolillas que dejamos apuntadas, y analizar los conocimientos complejos, difíciles, *abstractos* de que se necesita disponer, para dejar demostrada la insensatez de pretender que conciban siquiera su alcance discípulos de quince años !

El arte de enseñar consiste en hacer concebir y pensar, no en forzar los conceptos del profesor en la mente del discípulo, sin hacérselos entender. Bibliotecas respetables podrían llenarse con los volúmenes que se ha escrito en pro y en contra de las cuestiones cuya resolución se exige á los alumnos de 12 años del Colegio Nacional, *conjuntamente* con la explicación de todas las ciencias que ocupan el espíritu humano, y que en Europa se estudian en más de una docena de institutos separados.

---

¿ No es un verdadero delito que se trate de inculcar á un solo niño, en un solo año, lo que no saben bien doce ó catorce profesores, pues la mayor parte de ellos preparan las lecciones que han de ir á repetir como otros tantos loros, pocos momentos antes de entrar en clase ?  
¿ Cómo se quiere que un solo niño entienda de doce á catorce materias, cada una de las cuales no es poseída sino á medias por cada profesor ? Esta terrible complicidad de doce hombres contra un solo niño, ¿ podría en ningún caso dejar en pie la inteligencia más robusta ?



## EL COLEGIO NACIONAL.

En su luminoso estudio sobre *Education*, ha demostrado Spencer claramente que el cerebro humano procede de lo concreto á lo abstracto, de lo particular á lo general, del detalle á la suma ; y que toda educación que contrarie este sistema de la naturaleza, es absurda. Pues esto es justamente lo que se hace en el Colegio Nacional.

Las leyes de la química, de la física, de la gramática, — es decir, las generalizaciones de los fenómenos, englobados dentro de cada una de esas ciencias, figuran entre las más difíciles adquisiciones del espíritu humano : y no pueden ser concebidas en realidad sino después de conocer los detalles que les sirven de soporte. En el orden histórico, el hombre no ha conocido los principios invariables que rigen las combinaciones de los cuerpos, sino después de haber estudiado una á una esas combinaciones. Lo mismo ha pasado con la física, con todas las ciencias, en fin. La humanidad no ha sabido gramática sino después que ha sabido hablar. Las leyes de la historia, por más que hayan sido observadas desde temprano por Platón, en su *República* y en las *Leyes*, y luego fueran estudiadas por los Vico, los Montesquieu, los Diderot, etc., sólo han podido ser descubiertas plenamente después que las investigaciones de

la Arqueología de los Lubbock, los Maspero, los Tylor, han permitido el establecerlas sobre bases fijas y seguras.

Y no podía ser de otro modo. El hecho es infancia; la ley es virilidad. ¿Como hubiéramos podido principiar con lo abstracto que es el resultado de la experiencia cerebral, que es como el jugo de la acumulación de conocimientos? Debíamos principiar por lo concreto, por el árbol, por la hoja, por los animales, para elevarnos hasta el concepto de sustantivo, que es la generalidad.

Pues en nuestro Colegio Nacional se principia por el revés; allí la infancia estudia lo que el mundo sólo ha aprendido en la virilidad. Resultado: que no lo entiende, que se aturde, que edifica sobre nubes de arena y que cualquier hombre de la naturaleza, escapado de esa tiranía, sabe más de la vida que esos sabios de quince años.

Este trabajo de tentativa los agota, sin embargo; los acobarda, los disgusta del estudio, y son pocos los que después de obtener un título de competencia, quedan con deseos y con alientos de hacer diaria comunión con el libro. Les pasa lo que á cualquier animal generoso, que es apurado en el principio de la carrera; ó no llegan al fin, ó llegan tarde, desalentados y perdidos para el porvenir.

Otra de las terribles consecuencias del bárbaro sistema oficial, es inhabilitar á los hombres para hacer buenos estudios superiores en cualquier ramo de las ciencias, por falta de bases serias y fijas. No habiendo entendido sino muy vagamente los fundamentos de las ciencias

naturales, no pueden seguir más tarde sus complejos desarrollos. Esa proporción de 75 p. 100 de alumnos que abandonan sus carreras no bien entran á estudios superiores; y esa enorme desventaja en que están en general nuestros argentinos doctores relativamente á los doctores europeos, no reconocen otra causa que el absurdo sistema de enseñanza secundaria. ¿No es dólórico que todas nuestras obras públicas sean confiadas á europeos, mientras la Nación gasta sumas ingentes en el profesorado de Matemáticas Superiores? La generalidad de nuestros estudiantes oficiales se halla en el mismo caso.

\*  
\* \*

Volviendo á nuestro tema, y para probar que en el Colegio Nacional se sigue un método opuesto al que indica la naturaleza—que es también el que se sigue en Europa, pero en una escala muchísimo más reducida—no tenemos más que fijarnos en esos programas del 3<sup>er</sup>. año que venimos estudiando. Vamos á analizar una de esas preguntas, tomadas al azar, del programa de historia, por ejemplo, y de la bolilla que publicamos en el artículo anterior. Defina el discípulo de 3<sup>er</sup>. año (de 10 á 15 años de edad) *cuáles son las fuentes de la historia*: la Etnología, la lingüística, la Mitología comparada, la Arqueología. Es de suponerse que el alumno no se limitará á hacer la enumeración de esas palabras, y que debe estar en aptitud de explicar lo que ellas significan. Principie pues por resolver la cuestión sobre *Etnología*, que tiene si no divididos, al ménos no de acuerdo todavía, á los sabios desde el tiempo de Lamarck. Se ha fundado

sociedades con el título de Etnológicas, con el objeto de estudiar los pueblos por sus lenguas respectivas. Brocca cree que ella designa simplemente « la descripción de cada pueblo en particular ». En Inglaterra desde Pritchard hasta Lubbock en sus *Orígenes de la civilización*, la comprenden como « el estudio de las razas », Littré, Federico Müller y Topinard le conservan su sentido etimológico; « origen y distribución de los pueblos ».

Para resolver la cuestión según sus luces propias, el alumno deberá explicar naturalmente el alcance de los estudios hechos en antropología, lingüística y arqueología; estudiar los límites naturales de estas ciencias; definir su desarrollo en el mundo moderno, la importancia de la exacta claridad de las clasificaciones para la mejor distribución del trabajo, y por fin, basándose en las investigaciones hechas desde Aristóteles hasta Broca, zanjar la dificultad en pro de los *pueblos* ó de las *razas*.

Queremos suponer que no se le exigirá que sepa tanto, ni que diga tanto; pero para poder asegurar con conciencia que la *Etnología* es una de las fuentes de la Historia, tiene que hacer el juicio que dejamos apuntado — es decir, examinar la cuestión antes de resolverla. De otro modo su papel se reducirá á repetir como un loro lo que quizá le enseñó su profesor del mismo modo.

¿Y si el examen sigue por la *Lingüística*? Tendrá que estudiar su tema siguiendo la vasta línea que él abraza, desde las fantasías de Platón en su *Cratyle*, hasta los comienzos prácticos de la ciencia con Darwin, Müller, Whitney, Hovelacque; explicar lo que es una lengua *aptótica* ó *anaptótica*, demostrar sus desventajas y ven-

tajas relativas para la emisión del pensamiento, y luego considerarlas con relación al estado de cultura de cada pueblo, haciendo ver el lazo que une su perfección con la de las artes y las ciencias..... ¡la mar!

Hagámosle seguir por la Mitología comparada, y por la Arqueología; y si nos da una mediana explicación de tan raros y preciosos conocimientos, subordinándolos á un criterio claro y libre, señalando los fenómenos subyacentes de cada hecho hasta llegar á una comprensión general y luminosa de las leyes á que han obedecido, no tendremos más remedio que declararlo un sabio eminentísimo.

¿Pero no son sueños éstos? ¿Sospechan acaso esas desgraciadas criaturas el alcance de las palabras que ofrecen como descargos de conciencia á los examinadores? ¿No sería para ellos lo mismo decir *Teratología* en lugar de *Etnología*, ó *Bromatología* en lugar de *Electricidad*? Todas estas palabras que se les enseña tienen para ellos sólo un valor convencional; es una especie de moneda que entregarán á los examinadores para que les borren una cuenta fastidiosa del libro de las obligaciones con su familia.

Los conceptos difíciles del calor, fuerza, movimiento, acción, reacción, son verdaderos mitos para ellos. Si se les pregunta qué cosa es *luz*, devuelven mecánicamente una respuesta que no entienden, y no se apartan de ella una línea sin caer en la más dolorosa de las decepciones.

Ahora, si para responder como se debe á una sola pregunta de una sola bolilla de uno solo de los nueve programas que tienen que estudiar, necesitarían pasar

---

muchos años trabajando exclusivamente sobre ella ¿no es un absurdo pretender que sepan *todos* los programas de los *nueve* cursos?

Si después de ese trabajo intelectual relativamente enorme para un joven de 15 años, se le exige que explique concienzudamente las más complejas leyes de la química, las combinaciones algebraicas; que ejecute dibujos; que traduzca el francés y el inglés; que hable de literatura universal y desarrolle sus ideas sobre el *ideal* en la poesía y sobre lo que es *genio*, *arte*, *inspiración*; y luego física, geografía antigua y moderna ¿qué quieren que resulte de estos tiernos cerebros tan bárbaramente tratados.

Y todavía hay algunos padres que hacen enseñar música á sus hijos, en los *ratos desocupados*.

## LEY DE EDUCACIÓN.

Hemos visto que el Gobierno por medio de su Ministerio de Instrucción Pública en complicidad con el Rector del Colegio Nacional, se ha apoderado absolutamente del dominio de la Educación secundaria en la Capital de la República, asumiendo una superintendencia que la Constitución está muy lejos de acordarle.

La ley de Septiembre de 1878 protegía especialmente á los Colegios particulares, acordándoles garantías y seguridades, que han sido desconocidas por las intemperancias clericales antes, y por las intemperancias liberales ahora. La referida ley acuerda á los Colegios particulares el derecho de presentar sus alumnos á examen *parcial ó general de las materias que comprende la enseñanza secundaria*, siempre que se llenen las condiciones reglamentarias, y que « el plan de estudios comprenda las mismas materias que el de los institutos nacionales. »

De esta provisión se ha hecho nacer la odiosa y perjudicial tiranía que pesa sobre los colegios particulares, los únicos que pueden salvar á la República de la barbarización de la juventud, operada con tanto ahinco por los colegios oficiales. Antes, cuando el Colegio Nacional obedecía á otras tendencias, hubo colegios que fueron una especie de sucursal privilegiada de

aquél ; hoy que el mismo Establecimiento está en poder de un Ministro intemperante liberal, se ha hecho víctima al Salvador de una verdadera excomunión. De estos dos extremos nacen los males actuales de la educación, porque el Dr. Wilde en el deseo de atraer á sí y subordinar al liberalismo las energías de la juventud, desploma sobre los colegios dirigidos por religiosos toda su influencia obstrucionista, mientras por su lado, el Dr. Alcorta hace á todos los colegios particulares sin distinción, una guerra irritante ó injusticiable.

De este estado de cosas resulta una tirantez extraordinaria entre el Colegio Nacional y los colegios particulares, tirantez que ha de producir amargos frutos á la República. El sistema de barbarización implantado en el Colegio Nacional tiene su correlativo en la complicidad de los profesores que forman las mesas examinadoras. Como los programas son absurdos y no es posible que los niños los aprendan, los exámenes, para los alumnos del Colegio Nacional son simples mistificaciones; pero para los alumnos de los Colegios particulares son severas realidades.

Las mesas examinadoras son formadas con mayoría de profesores del Colegio Nacional, de modo que siempre puedan sacar á flote á los discípulos del Establecimiento, no sólo influyendo en la manera de preguntarles *que coincide con la manera de enseñarles*, sino también con el peso decisivo de la votación. Es por esto que son muy raros los niños reprobados, cuando pertenecen al Colegio Nacional, mientras es grande el número de ellos, cuando pertenecen á los colegios particulares.

Á aquéllos se les exige que repitan como loros lo que



se les ha enseñado ; á éstos se les exige que expliquen claramente lo que responden, y se les pregunta sobre cualquier punto del programa, sin excepción. Es odioso, pero es cierto.

Es por eso también, que, en general, los niños que estudian en colegios particulares son mucho más aprovechados que los alumnos del Colegio Nacional, los cuales no tienen tan buenos profesores ni se empeñan tanto como los de aquéllos por saber, puesto que tienen asegurado el éxito del examen.

Para el Dr. Alcorta y para el Dr. Wilde, el hacer salir bien á los alumnos del Colegio Nacional, es cuestión de vida ó muerte. Si después de tanto engañar, tanto mistificar y tanto gastar, el resultado de los exámenes fuera mezquino relativamente al de los colegios particulares, el Ministerio quedaría en ridículo. La cuestión se reduce á sacar bien á los estudiantes de los colegios oficiales.

Ahora, ¡imagínese qué lucha deben mantener los colegios particulares para poder sostenerse contra una escuela que se declara ortodoxa, inamovible é infalible, apoyada en la ciega fuerza oficial! Es una lucha de astucia, de inteligencia, de estudio, que agosta la vida de las pobres criaturas y pone en desesperantes aprietos á los directores de colegios, cualquiera de los cuales sabe más de Educación que el Dr. Alcorta, abogado, y que nunca ha tenido ocasión de aprender el oficio de enseñar.

La ley de Septiembre es previsoras, y al conceder el derecho de presentarse á exámenes *parciales ó generales*, ha abierto una puerta de salvación á las víctimas de

estos abusos escandalosos, las cuales viéndose acosadas, salen por ella y no se someten á la prueba del examen sino en las materias que conocen diez veces más que los alumnos del Colegio Nacional, los que, como decimos, tienen asegurado el triunfo sin esfuerzo alguno. Así, aun cuando se retarden, no se exponen á una reprobación, á pesar de que cuando los examinadores quieren cometer una injusticia con algún colegio particular que ha presentado buenos alumnos, la cometen á mansalva, para nivelarlo con los otros, y hacer resaltar en la Estadística el triunfo del Colegio Nacional.

Los programas, que hemos estudiado y cuya absurdidad hemos demostrado en anteriores artículos, son en manos del Rector del Colegio Nacional un arma mortífera, pero sólo para los Colegios particulares, contra los cuales es esgrimida sin descanso. Los niños *de la casa* no tienen nada que temer; son los privilegiados del sistema de la barbarización oficial, porque estudiando menos, seguros del triunfo, y enseñados por profesores noveles, frutos de las recomendaciones y del compadrazgo político, tienen luego en la lucha por la vida gran desventaja en comparación de los alumnos particulares, que han estudiado más despacio, que conquistan sus clasificaciones con gran pena, y que tienen excelentes profesores.

Por de contado, que de los programas no saben sino lo estrictamente necesario para entenderlos por aproximación; pero así mismo son sabios, comparados con sus colegas del Colegio Nacional. Unos y otros son víctimas del sistema; pero en unos el carácter, urgido por la voluntad y acaso la necesidad, se desarrolla más

---

pronto y la inteligencia florece prematuramente para decaer más tarde; mientras que en los otros sólo germina el desamor del estudio, la indolencia y la seguridad de salir bien sin saber nada, escuela desastrosa para el porvenir. Los que se salvan son los que, desalentados por la imposibilidad de aprender lo que se les enseña, abandonan los libros, fortifican su cuerpo y reasumen más tarde el estudio cuando se encuentran con fuerzas bastantes.

Mientras tanto, preparémonos á ver una generación de hombres débiles, apenas instruídos y desalentados antes de principiar la lucha, al lado de otra compuesta de jóvenes ignorantes pero altaneros y envanecidos de sus títulos universitarios, que son, en general, la patente de los mediocres, el sello que los condena casi siempre á una servilidad eterna en política, en ciencias, en filosofía.

## LOS PROFESORES.

..... On me recommanda pour un emploi, mais malheureusement j'y étais capable; il fallait un calculateur; ce fut un danseur qui l'obtint.

*Mariage de Figaro.*

En el Colegio Nacional todo necesita reforma, del Rector abajo, sin excepciones. El sistema de nombrar facultativamente los profesores, si bien permite al Gobierno premiar con cátedras á los que siguen con servilidad su política, tiene resultados desastrosos para la educación. ¿Qué entiende el Presidente, ni el Ministro, ni el Rector de profesores, si jamás se han ocupado de apreciar esta clase de competencia?

El estado de sus conocimientos no se lo permitiría tampoco aun cuando lo quisieran. El general Roca sabrá elegir quiénes son capaces de ayudarlo en la obra que ha emprendido contra la República; el Dr. Wilde, lo que más ha sabido en sus mejores épocas, es hacer gracias; y el Dr. Alcorta sólo ha servido para enredar ó desenredar ventajosamente los pleitos comerciales. Y sin embargo, ¡estos tres personajes reunidos se declaran competentes para elegir profesores de ciencias exactas!... ¿Será acaso que, como en el misterio católico, la Trinidad adquirirá facultades que ninguno de ellos tiene aisladamente?

El sistema es insanablemente nulo. En Europa, todas las cátedras se sacan á concurso, y éstos son presididos por hombres de reconocida competencia en las materias relativas al concurso. Porque, en el fondo, esa es la cuestión; el que se erija en juez, debe tener títulos especiales para ese puesto. Si mañana, un almacenero ó un mecánico entraran á fallar en las causas criminales cometidas hoy á los letrados, el pueblo se levantaría en masa á protestar contra el absurdo. Por loco sería tenido quien necesitando hacer componer un paraguas, lo llevara á un relojero ó á una confitería.

La política nuestra parece un mundo aparte del que conocemos, en el cual no presiden las mismas leyes de coordinación y subordinación, que respeta y reconoce la gente cuando se trata de las cosas comunes de la vida. ¿ Por qué cuando se necesita un hombre que sepa levantar un edificio y distribuir sus partes consultando las leyes de la gravedad y propiedad de los cuerpos, se busca siempre á un arquitecto, y cuando se necesita un maestro de escuela se le toma en cualquier profesión, sin tener absolutamente en cuenta la competencia *especial* que debe exigírsele? No hay más que recorrer la lista de los profesores del Colegio Nacional, para convencerse que, fuera del plantel de antiguos y bien reputados profesores extranjeros ó nacionales, la mayoría se compone de abogados recién recibidos, hijos de amigos de la situación creada por el General Roca, á los cuales, así como se les daría una comisión á Europa, un encargo de comprar materiales, ó la formación de un nuevo *Código* que no hay más que copiarlo de los existentes en otros países, se les ha premiado con una *cátedra* para

los hijos. Así es como se juega con la educación entre nosotros ; y tal es el valor que se da al permiso para enseñar.

Actualmente, las condiciones para optar á una plaza de profesor en el Colegio Nacional son : 1<sup>a</sup>. ser abogado recién recibido, 2<sup>a</sup>. ser recomendado por los padres ó tutores, y 3<sup>a</sup>. no tener pleitos, si se es abogado. Es un verdadero concurso, pero en el cual lo que vale no es el saber, sino las mañas. Más tarde, estos mismos profesores, á los que tocara casi á la suerte, una cátedra de cualquier ciencia — ¡ Oh Picos de la Mirándola ! — se complotarán para forzar en los cerebros de las criaturas, cada cual su *cantidad* de ciencia bebida pocas horas antes de clase en cualquier tratado, de cuya digestión en aquellas pobres cabezas no se preocupan ; lo mismo hacen con sus propias cabezas.

En general son jóvenes irreprochables en el conocimiento de los usos del *high-life* ; atentos á hacerse presente á las tres personas y un solo Dios verdadero que forman la Trinidad autora de sus nombramientos ; en cuanto al resto, es decir, á la clase, á los discípulos, al saber, los exámenes uniformemente felices de sus alumnos hablarán bien claro. Las mesas examinadoras son compuestas por ellos mismos. ¡ Alabado sea el Señor !

En ciertos casos, es tal la ignorancia de estos profesores tan sabiamente electos, que, como ejemplo de cuentos edificantes, recordaremos éste : En el año anterior, un joven recién recibido de abogado obtuvo una cátedra, y se vió obligado á confeccionar un programa. á tientas. Desconfiando de sí mismo, lo llevó á un entendido, el cual, viendo que la tarea de reformarlo era

algo larga, no se apuró mucho de modo que los exámenes sorprendieron al novel catedrático con un programa absurdo. No pudiendo delatarse á sí mismo, dejó que las cosas siguieran su curso. Formaba parte de las mesas examinadoras el entendido, encargado de las reformas, y tres ó cuatro profesores de otros ramos, pero del mismo Colegio Nacional. Ninguno de éstos se apercibió de los errores del programa, de modo que los exámenes se dieron con arreglo á él. Todos los profesores, para examinar, ¡se habían estudiado el programa al pie de la letra!... No habían podido discernir lo bueno de lo malo.

La historia de estos catedráticos es la historia del mismo Rector del Colegio, abogado de pleitos comerciales, llamado de pronto á dirigir un establecimiento de enseñanza, sin preparación técnica de ninguna clase, porque es notorio que en Buenos Aires no se puede aprender nada sólido en los cursos oficiales; y sobre todo, sin la vocación, sin la experiencia, sin las condiciones especiales que debe tener un maestro de escuela, el cual es como todos los demás hombres que *nacen* para un puesto oficial, es decir tiene las tendencias vigorosas del oficio.

Pero el gobierno necesitaba tener en su mano la educación, y disponer de ella á su antojo, y poder nombrar catedráticos á los hijos de sus amigos políticos, y poder recomendar estos ó aquellos textos: ¡el que no entiende de enseñanza, no entiende de catedráticos ni de textos! Debía elegir un amigo y aunque « se necesitaba un calculador, » — como dice *Figaro* en su monólogo — « fué un bailarín quien obtuvo el puesto. » Esto es la moral del cuento.

La guerra á los colegios particulares dimana precisamente de la situación falsa en que se ha colocado la camarilla oficial, y que hace insostenible al Colegio Nacional como institución seria. ¿De qué valor pueden ser para un hombre de buen sentido los diplomas científicos otorgados por gente en su mayoría sin competencia, después de estudios malos y absurdamente largos, en concursos cuyos jueces son los mismos interesados en sacar bien á los alumnos? La disyuntiva es de hierro: ó los discípulos son aprobados, ó el Colegio Nacional no sirve, y los catedráticos deben ser reemplazados por gente competente. Por esto y para esto es que los examinadores son exclusivamente empleados de la casa.

Hagan lo que hagan, el público sensato ha de sostener á los Colegios particulares, porque en ellos no hay camarillas, no hay favoritismo, no hay catedráticos que entren á aprender la ciencia que enseñan al mismo tiempo que el discípulo, no hay preferencias ni contemplaciones. Los niños que obtienen buenos puntos en los exámenes, perteneciendo á colegios particulares, los deben á sus propios esfuerzos; en estos establecimientos la ciencia está en razón directa del verdadero mérito, porque los que no cuentan con elementos superiores, cesan de existir y desaparecen de la competencia.

En una palabra, en ellos no hay bailarines metidos á calculadores.



## FAREWELL GUN.

Hoy hemos hecho una detenida visita al salón del Café de París en que tendrá lugar esta noche el banquete ofrecido al Dr. Plaza por sus amigos, con motivo de ausentarse á Europa, y venimos verdaderamente maravillados de la habilidad artística con que aquél ha sido preparado.

Ha presidido al adorno del salón un conocimiento exquisito de lo agradable á los ojos, al olfato, y al tacto; los sentidos se sienten allí tan acariciados que en vano se trataría de reaccionar contra el encanto, para darse cuenta fríamente de la situación. Nosotros hemos necesitado unas dos horas de reposo antes de poder condensar nuestro pensamiento y recoger nuestra memoria.

El salón es pequeño, y ha sido tendido de arriba abajo con alba tela de raso sobre la cual diez oficiales de las más hábiles de la casa Mme. Vigneau, han escrito ese delicado y atrayente poema de flores que hizo célebre un vestido de Madame de Pompadour. Botones de rosa color fuego, apenas entreabiertos y miosotis, distribuidos por pequeñísimos grupos simétricos sobre el raso blanco, dan á las paredes un aspecto femenino del más amoroso efecto. El tapiz del suelo es de un suave azul, matizado á intervalos con

capullos de rosa vellosa. Seis pequeños pero lucientes espejos biselados, con marco de encendida peluche color fuego reflejarán las luces de diez y ocho bujías Luis XV, de cera color caramelo, perfumadas con esencia de Frangipani y de Corilopsis del Japón, que son los perfumes favoritos de Sarah Bernhardt.

Los cuatro ángulos del salón están adornados con espléndidas fundiciones en bronce florentino; aquí abre los brazos y sonríe una ardiente cortesana cuyo seno se desborda soberbio de un corsé duquesa á medio prender; allí el Dios ciego, tendiendo el arco de las flechas diamantinas, en la dirección del asiento preparado para el Dr. Plaza, parece recordar á todos su incontrastable poderío; más allá Venus Anadyomena saliendo de entre las espumas cariñosas del mar que bañaba á Citerea, sacude su cabellera luciente y tiende sus brazos en un voluptuoso deseo de estrechar contra su pecho al anfitrión; y acullá Susana en su voluptuosa castidad deshace melancólicamente su *toilette*, para entrar en el baño mientras sus ojos persiguen en la dirección del asiento principal al que, en aquel momento representa á los viejos importunos.

Otro magnífico bronce representando la galera de Cleopatra cuando salió al encuentro de Antonio, ocupará el centro de la mesa, dando el frente al Dr. Plaza. El artista ha recordado aquellos poéticos detalles que con tanto *amore* consigna Plutarco; Cleopatra, maravillosamente bella está reclinada sobre blandísimos almohadones de púrpura; un blanco toldo sujeto por cuatro columnas doradas la hurta á las caricias del sol; sus esclavas desnudas la abanicán para refrescarla; y los

remos golpean dulcemente el agua al compás de la música de las flautas egipcias.

Penden del techo, tapizado lo mismo que las paredes del salón, cuatro pebeteros en que arderán perfumes orientales expresamente facilitados para el caso por el héroe de la fiesta, por ser el único que los poseía en Buenos Aires.

El sillón que tendrá la dicha de recibir el cuerpo amadísimo del ex-ministro de Hacienda, es, por sí sólo, una obra de arte de exquisito gusto; una flexible armazón de hierro vestida con profusión de flores naturales, las cuales hacen desaparecer completamente el hierro, dejando al sillón como si fuera una dulce almohada de rosas, jazmines y violetas.

Sólo las flores han sido juzgadas dignas de recibir el peso del gran hombre, lo que es un homenaje á la elegancia y á la refinada cultura de su vida. Él es apasionado por las mujeres bellas, por las flores olorosas, por los vinos perfumados; y sus amigos no hubieran podido encontrar un modo más natural de obsequiarlo, que ponerlo entre las dulces hermanas de Eros y de las Musas.

El adorno del salón será completado por su escudo artísticamente trabajado por el joyero Fabre, el cual no está concluido todavía, pero será colgado de la pared principal del salón. En él se leerá la divisa del Dr. Plaza, que es la misma de César, y que hubiera gustado á Alcibiades: *Venus Victrix*.

El Dr. Plaza asistirá á la fiesta por concesión particular á las muchas personas á quienes su partida deja mortalmente heridas, en traje de Buckingham, con

---

capilla de terciopelo negro, jubón color tabaco acuchillado de celeste, medias de seda con arabescos de filigrana y zapatos con hebilla. De su bella cabeza caerá una profusa cabellera rizada; la espada será suprimida por pesar más de tres libras con la empuñadura.

Sólo faltará á la fiesta la María de Magdala que venga á derramar sobre los pies del peregrino la esencia de nardos, perfume favorito de los grandes uugidos.

El día de su partida, como una expresión del fanatismo renovado de los Indus, veremos á sus víctimas arrojarse bajo las ruedas de su coche como los faquires y las bayaderas bajo el carro aplastador de Jargernauth. Horrible pero poético espectáculo de los fanáticos que buscan en aquella muerte estalladora la fúnebre voluptuosidad de sucumbir bajo la dulce y fatal presión de su dueño y señor.

¡Ave, Plaza! Nosotros quedamos en medio del circo con las fieras : el curso forzoso y la emisión menor.

## ALBERTO NAVARRO VIOLA.

¡ Toman demasiado impulso en la carrera, estos héroes, y no llegan ! Al verles salir á la arena, apremiados del deseo glorioso de combatir y de vencer, se les creería conscientes de antemano, de su corto destino ¡ tanto luchan por distinguirse en el pequeño trayecto que recorren !

Apenas contaba 18 años Alberto Navarro Viola, cuando su nombre principió á fulgurar en las revistas literarias, en la sección poética de los diarios, en las conferencias de literatura, en todas partes donde ardía la antorcha de la inteligencia humana. Desde entonces, aquella cifra que aparecía debajo de sus producciones juveniles : A. N. V., fué para los aficionados una señal segura de originalidad, de frescura, de libertad de pensamiento. Se le discutió como un nuevo héroe de la juventud ; fué negado por unos, exaltado por otros ; hasta que al fin, ganó todos los sufragios porque tenía un alma verdaderamente grande, un corazón generoso y sincero que vibraba con todos los dolores y se apiadaba de todas las miserias. Entre los jóvenes poetas de su generación, no hubo ninguno que persiguiera con el verso objetos más altos, ideales más dignos, ni que llevara con mayor varonía el pendón de la libertad de conciencia, agitándolo por los aires con legítimo orgullo.

Era su espíritu apasionado, pero tenía indeleblemente su fondo, una melancolía y una amargura que colorearon siempre sus producciones poéticas. Más que los desengaños de la vida y la triste experiencia del que ha padecido muchos dolores, veníale esa amarga ironía á los labios, de un recuerdo doloroso que no se presentaba á su mente, sin que él formulara una queja contra lo Desconocido : la madre adorada, muerta sin que él hubiera tenido el tiempo de conocerla y abrazarla.

¿Quién no recuerda aquella tierna dedicatoria que le hizo de sus últimos versos publicados y aquella íntima y respetuosa confesión de sus dolores de hombre, que no hubiera sentido tan pronto si la hubiese tenido á su lado ? En esas poesías donde Navarro Viola abandonaba el convencionalismo literario, y cuidándose poco de la forma, dejaba gotear sus lágrimas como otras tantas perlas brillantes que el verso ataba en un collar, era donde su corazón se trasparentaba y su espíritu obligaba al cariño y al respeto.

Navarro Viola representaba más que ningún otro, esta época de altísima presión, de premuras y de sorpresas, de curiosidad insaciable, de mil apetitos que surgen en confuso remolino, de infinitos excitantes que solicitan en infinitas direcciones contrarias, el cuerpo y el espíritu. Vivía más que de prisa ; vivía en fiebre, ora hundido entre los libros, ora sumergido en el trabajo, pero siempre en actividad, en constante y fatigosa inervación.

No iba detrás del dinero, al que daba despreciativamente con el pie, ni detrás de todos los placeres, que lo cansaban aun antes de probarlos ; tenía el alma poseída por una inestancable sed de novedad ; perseguía lo nuevo,

lo desconocido, con una ansia febril. Y así arrojaba sus impresiones en ritmos sonoros, y á la carrera, como quien se deshace de un peso inútil para andar más ligero.

Buscaba la verdad, iba detrás de ella en una lucha desesperada de velocidad, y como quería adivinarla, ya que no tocarla, su ardor crecía á medida que ella le escapaba. Tenía un amor ardiente y puro por su familia, donde para él residía su altar más venerado; su culto por el arte y su natural honradez de pensamiento, lo acercaban á la verdad tan deseada; pero la duda sobre lo Eterno Desconocido lo hería sin piedad, impulsándolo á andar siempre sin reposar jamás.

De aquí su pobre naturaleza física; aquel desarrollo extraordinario del espíritu quitó el vigor á su cuerpo; era que se adelantaba aun á las necesidades modernas, convirtiendo toda su sustancia en nervios y en cerebro. ¡Y pensar que todo esto no lo hacía por sí, ni por encumbrarse personalmente, ni por la ambición legítima de hacer sonar su nombre como un heraldo de la grandeza humana!... Tenía un superior desasimiento de sí mismo, un afán de todo lo que no era él, que lo hacía olvidarse y como borrarse de su propio recuerdo. Hacía todo por saber para los demás, para prepararse á una lucha que veía venir, y en la cual, tanto trabajo acumulado, tanta fatiga sufrida, serían de beneficio para sus amigos de cerca y de lejos!

¡Cuántos que en este Continente lo conocían por sus libros, por sus artículos, por sus cartas, lo creerán de una edad doble de la que tenía! Esa extraordinaria competencia, demostrada en el *Anuario* en que pasaba revista

rápida pero intensa á todas las producciones científicas y literarias de nuestro país, le habían merecido artículos serios en la prensa europea; pero seguramente sus autores no imaginaban que el hombre que hacía todo esto, que conocía la mayor parte de las lenguas vivas, que era poeta culto y erudito, abogado, Secretario de la Facultad de Derecho, periodista ardiente, ¡ no contaba aún 29 años de existencia !

La muerte lo ha sorprendido en mitad de la carrera ; era una flecha partida del arco, que ha caído antes de tocar. Había dado últimamente un adiós eterno á su excepticismo juvenil, para unir su vida á la de una delicada y gentil criatura ; había puesto orden en sus negocios ; se preparaba por fin á descansar, á gozar plácidamente de sus libros, en medio de su familia y de sus amigos, en el seno de la confianza y de las comodidades. Y de pronto, en medio de estos proyectos de ventura, nos lo ha arrebatado una terrible enfermedad.

¡ Qué tres espíritus desaparecidos en menos de un año ! Benigno Lugones, Adolfo Mitre, Alberto Navarro Viola ¡ cuánta esperanza tronchada en germen ! Ellos, que eran los diamantes de primera agua, entre esta juventud que contiene en sí la suerte futura de la patria, han sido también los primeros en abandonar las filas de la vida. ¡ Mal síntoma es éste, que los buenos y los grandes se vayan de entre nosotros antes de luchar, como asustados de la obra que les habría cabido !

Mas, así como no han perecido ni perecerán los recuerdos de Lugones y de Mitre entre los que fuimos sus amigos, no morirá tampoco Alberto Navarro Viola. Si su cuerpo se ha ido á retransformarse en el eterno labo-



---

ratorio de la naturaleza, quédanos su espíritu, sus cantos á la libertad de la conciencia humana, sus gemidos sobre la tumba de la madre que no conoció, sus himnos á lo grande, á lo bello, y á lo noble; y por arriba de todo, su corazón, en el que cabían todos los afectos venerandos, y su ambición de perfeccionarse para dar lustre á su país. Los que quedamos, debemos imitar estos modelos, que así continuaremos honrando la memoria de los seres elegidos, y arrancaremos de las garras de la muerte lo que ella no tiene derecho de llevarse consigo.

Hondo vacío deja Navarro Viola, y toda su generación llevará luto por su caída. No trataremos de mitigar el dolor de los que le lloran, porque recordar su temprana muerte, es seguir cavando la fosa de las lágrimas. Pensemos en el *más allá*, en ese eterno problema que la inteligencia no puede resolver, y que tanto lo atormentó á él en vida ; y abandonándonos á nuestro deseo de perpetuar su recuerdo en el tiempo, contemplémoslo como una imagen lejana, pero no desaparecida !

## LA ÚLTIMA JORNADA.

EL ENTIERRO DE ALBERTO NAVARRO VIOLA.

El día de ayer ha sido para gran número de personas, un paréntesis abierto á ese mutismo del espíritu en que vive la mayoría absoluta de la humanidad, absorbida por sus tareas incesantes, por la costumbre de no estar sola, y más que todo, por el miedo de mirar frente á frente á la muerte que avanza con paso seguro.

El mundo cristiano tiene un día destinado exclusivamente á meditar sobre los que se han ido; y es seguro que si en el día de los muertos, pudiéramos sumergir el alma en la contemplación del oscuro problema en el que figuramos como fracción invisible, haríamos todos los años un progreso en el sentido de considerar la desaparición de los seres queridos con mayor serenidad.

Porque realmente aterra, desalienta, desespera aún á los más estoicos, la absoluta frialdad con que el destino va desgajando del árbol de la vida los frutos más preciosos, sin tener en cuenta nuestros anhelos, nuestras íntimas esperanzas, nuestros intensos dolores. La vista y la conciencia reciente de estas desgracias irreparables, nos arroja violentamente en el abismo de meditación que en vano trata de abrirnos el precepto del mundo cristiano. En días como el de ayer se busca la soledad, las miradas huyen unas de otras, se dirigen hacia et

suelo, y el aspecto de las fisonomías demuestra el trabajo intenso del pensamiento. Pensar en los seres que amamos y considerar que de un día para otro pueden desaparecer como ha desaparecido Alberto Navarro Viola, sin que hayamos tenido tiempo de besarlos, de abrazarlos, de confundirnos con ellos en una comunión de amor sereno y dulce, es pensamiento que desgarrar y envejece.

¡ Y quién, delante del féretro que nos ocultaba para siempre una imagen querida, que ponía una barrera á nuestros deseos de seguir contando en Navarro Viola con uno de los corazones más leales y sinceros, quién, decimos, que tenga una madre, un hermano, una esposa, no hubiera meditado y llorado ante la fragilidad de nuestra suerte, y la ceguera con que de un momento á otro pueden romperse nuestras más caras ilusiones !

Puede decirse, pues, que la muerte de Alberto Navarro Viola, conocido y querido en toda la sociedad de Buenos Aires, ha conmovido profundamente y ha hecho abandonar á todos la frialdad convencional de la vida para arrojarlos en la meditación del dolor humano.

Pocas veces la desaparición de un joven, ha atraído al Cementerio concurrencia más numerosa y distinguida que la que asistió ayer al último viaje del que fué Navarro Viola. En gran número figuraban los amigos del infortunado padre de Alberto; marchaban silenciosos y consternados, recordando probablemente que ellos también tenían un hijo en quien hallaban la mayor ventura de su ancianidad. Los amigos íntimos de Navarro Viola, emocionados y estremecidos, llevaban en sus cuerpos laxos en sus ademanes tristes y en sus rostros llorosos,

la muestra de lo que padecían en aquellos momentos terribles.

Ellos le acompañaron con la cabeza descubierta, á pie, hasta la última morada; la banda de música de un batallón de línea poblaba el aire de fúnebres melodías, de modo que al paso del convoy que se llevaba para siempre á Alberto, todo era tristeza.

Cuando se llegó al Cementerio y volvieron á contemplarse fugitivamente entre sí, aquellos hombres que no habían encontrado en todo el trayecto una sola palabra que no fuera una queja, se vió que la mayor parte tenía los ojos enrojecidos. En medio de un profundo silencio, y cuando todos los circunstantes no se atrevían á levantar sus miradas del féretro, como si hicieran desesperada interrogación al destino, hablaron sobre su tumba, sucesivamente, el General Roca, el Sr. Ronco, Araujo Muñoz, quien leyó unos versos de Eduardo Saenz, y los Sres. Leopoldo Díaz y Osvaldo Magnasco.

El General Roca, olvidando quizás que el ser Presidente de la República no autoriza para poder juzgar con competencia á los escritores, halló en medio de su frialdad oratoria una frase que hubiera resentido muchísimo á Alberto Navarro Viola, y que resiente con justicia á sus amigos. Dijo que aquél *no era poeta*, oponiéndose así al juicio de todos los que tienen derecho para ser oídos en tan delicada materia, y que han sostenido, sostienen y sostendrán que quien cantó el amor, la libertad, y la belleza tan sentidamente como Navarro Viola, con tan superior sinceridad y tan alto vuelo, era un verdadero poeta. Bien que lo desmintió en seguida el Sr. Ronco, citando una composición de Al-

berto, que hizo llorar á todos por el sentimiento y la amargura dolorida que encerraban. Lo único que hay de verdad en el discurso del General Roca, es que siente la desaparición de un testigo de sus actos para el porvenir... ¡mentira parece que hasta las tumbas sirvan á algunos de motivo para elogiarse á sí mismos!

Delicado y tierno fué el homenaje que tributó Eduardo Saenz, á la memoria de su querido amigo, encerrando en su tumba los versos que había podido arrancar á su corazón dolorido. Ha sido de notarse que ninguno de los amigos íntimos á Alberto haya podido decir una palabra sobre su féretro: la emoción los ahogaba.

¡Otro de los rasgos comunes á los sentidos discursos pronunciados ayer, ha sido que ninguno se haya atrevido á mirar frente á frente á su concepción de la Divinidad, delante de tan dolorosa injusticia!

La manifestación de duelo ocasionada por la muerte de Navarro Viola, fué imponente, así por el número y calidad de las personas que en ella tomaron parte, cuanto por el intenso dolor que todas demostraron.

Sobre la tumba en que fué depositado el féretro, fueron colocadas muchísimas coronas enviadas por amigos de la familia y de la víctima. Durante toda la ceremonia reinó entre los asistentes al duelo, el más profundo y triste silencio.

¡Así terminó también esta última jornada del pobre amigo desaparecido!

## LEY DEL EMBUDO.

No parece sino que estuviéramos destinados, como pueblo, á crear un nuevo método para la organización de las cosas, que llegará á ser célebre, si no en razón de su bondad, al menos en razón de su diametral diferencia con los otros métodos que el mundo ha creído lógicos hasta el presente.

Los que han estudiado las funciones de la naturaleza en la formación progresiva de los cuerpos orgánicos, han creído hasta ahora que las evoluciones siguen una línea, si de creciente complejidad, también de creciente distribución é independencia de combinaciones.

Nosotros los argentinos parece que creemos lo contrario, es decir, que á medida que avanza y se completa la evolución, menos necesidad tenemos de especialización de funciones, de modo que con la máxima facilidad encargamos á una glándula sebácea de las funciones de un ganglio, ó á un filete nervioso, de las funciones de una fibra lisa.

Despreciamos este hecho general en el campo de toda observación, que indica que un alto grado de desarrollo va de par con una exacta especialización y deslinde de atribuciones. Esto trae naturalmente una eficiencia para cada función particular; pero una inhabilidad para toda otra función que no sea la acostumbrada para el órgano.

Si el cuerpo social puede compararse con verdad, como lo han hecho muchos filósofos, al cuerpo individual, hallaremos que el papel desempeñado en éste por los diferentes órganos, vasos, glándulas, y tejidos, es desempeñado en aquél por individuos que se hacen tanto más benéficos cuanto más especialmente se contraen á una función determinada.

Pero á nosotros no nos importa de este hecho, ni de estas leyes. Como argentinos somos mucho más sabios que todo eso; sobre todo, mucho más simples. En efecto, nuestro método para organizar las funciones del cuerpo social, es infinitamente menos complicado. Buscando lo contrario de la especialidad en cada individuo, obtenemos la ventaja de tener siempre pronto un ejército de personas, que lo mismo son aplicadas á servir de financistas que de agentes de seguridad, de jueces que de comerciantes, de mineros que de municipales.

Supongamos, por ejemplo, que siguiendo la práctica de las naciones europeas, más antiguas, más experimentadas, y según creen algunos, más sabias, tuviéramos un Cuerpo Diplomático en el cual hubiera disciplina, escalafón para los ascensos, y necesidad de práctica para ocupar los altos puestos. Quizá obtendríamos mayor regularidad, seriedad y valer en nuestros representantes; pero en cambio, nuestro número de hombres *disponibles* disminuiría sensiblemente, lo que es mucho más importante para nosotros que ser bien representados en el exterior.

Supongamos otro caso : que para cuidar los bienes y las vidas de los ciudadanos, adiestráramos un número

proporcionado de individuos, los cuales conocieran á los delincuentes y sus hábitos y sus escondites, y estuvieran, además, dotados de las cualidades de fuerza, serenidad, honradez y otras necesarias en esos empleos. En esto seguiríamos también las prácticas del mundo que se cree sabio, y si bien es cierto que con tal método tendríamos una verdadera policía de seguridad, es mucho más cierto, que de un momento á otro no podríamos cambiar todo el personal y favorecer á nuestros colegas en simpatías políticas, como lo hacemos hoy, facilidad que asombrará siempre en nuestro pueblo y será el orgullo de los candidatos triunfantes.

En una palabra, habiendo comprendido que la *especialidad* disminuye los recursos electorales, hemos preferido la *generalidad*, que; aun cuando desorganiza todo cuanto tiene pretensiones de organizarse, nos deja, en cambio, en la completa libertad de hacer lo que nos da la gana, base de la felicidad de los pueblos.

Con buena cuarta de narices se quedarán los que deseen criticarnos porque entregamos con igual tranquilidad la suerte de la población á un soldado, á un abogado, á un comerciante ó á un escribano, cuando les contestemos que si no tuviéramos esta libertad de nombrar para cada puesto al hombre que nos es más simpático, no valdría la pena de ser argentinos.

Para comprender que nosotros somos más felices que los habitantes de los países europeos, tenidos por muy civilizados, no hay más que comparar las trabas que existen entre ellos para el nombramiento de ciudadanos á los altos puestos públicos, con la libertad ilimitada de que gozamos nosotros á ese respecto.



Cuando fué necesario elegir un Lord Mayor para la Capital, no se buscó al que entendiera más de los asuntos que debía tratar y resolver un munícipe, sino á un ciudadano que había demostrado ser buen amigo del señor Presidente de la República. En Londres se hubiera visto el gobierno privado de esa felicidad; la opinión pública le habría rechazado el candidato, fundándose en que no era idóneo.

Tuvimos que nombrar un Jefe de Policía; teníamos uno, que por razón de sus diez años de experiencia en el oficio, conocía la materia policial perfectamente; no teniendo ya amistad con él, nombramos un jefe de guardias nacionales, que si bien no entendía nada de lo que á represión de delitos se refiere, era en cambio, el hombre simpático al gobierno.

Nosotros somos así : liberales y francachones; un pito se nos importa del qué dirán. Queremos mandar un ministro á España, y enviamos un abogado, que de tal, pasó repentinamente á ser Director de Correos y Telégrafos. Cuando entró á este puesto no sabía nada de lo que debía entender; ahora que había aprendido algo, lo llevamos al cuerpo diplomático. Nos gusta que los hombres no se estacionen, y que sean buenos para todo.

En el Colegio Nacional, había un Director casi sacerdotal. Lo sacamos de allí, por progresar, y pusimos en su lugar á un jurisconsulto, que si bien no entendía una palabra de educación, era en cambio una notabilidad en cuestiones jurídico-comerciales.

Un hermano del Presidente de la República pasa su vida en firmar billetes de Banco; y de la noche á la

---

mañana, le hacemos Director de los arsenales Navales de la Nación.

Hablan de los americanos..... ¡bobería! Aquí es donde ellos mismos debían venir á aprender; ¿en qué punto de la tierra podrían encontrar semejante facilidad para desempeñar con igual satisfacción propia, veinte puestos diversos en el curso de una misma existencia individual? Aquí somos de todo; no reconocemos estrechas limitaciones para nada; de almaceneros podemos pasar repentinamente á jefes de cualquier ministerio; de marinos á diplomáticos; de guerreros á perseguidores de ladrones; de abogados á educacionistas. Y todavía nos contenemos bastante, porque somos moderados; pero un día de estos no vamos á respetar ni la Academia de Medicina, y en necesitando allí un profesor de anatomía ó de disección, vamos á nombrar á algún antiguo financista, ó mejor todavía, á algún ex empleado de la Comisaría de Guerra ó del Telégrafo.

Una sola cosa nos intriga en medio de esta general tendencia á buscar la universalidad, y es ésta: ¿Cómo es que, al necesitar un par de zapatos, no nos dirigimos á un confitero; y cuando queremos un traje no vamos á pedírselo á un fabricante de bastones, sino á un sastre?

Probablemente será porque estos honrados industriales no son argentinos.....

## COSAS ÚTILES.

Cuando uno piensa en el desarrollo gradual de las cosas, y se remonta al origen de las sociedades, las industrias, las artes y las ciencias, se convence de que todo ha principiado humildemente y de que no hay motivo, en consecuencia, para desechar los gérmenes que se nos ofrecen á la vista, so pretexto de que se trata de cosa muy pequeña.

Lo que estamos sufriendo ahora, con motivo del desequilibrio monetario, es, como se ha demostrado hasta el cansancio, un resultado directo de los despilfarros del Gobierno, que no ha sabido manejar las finanzas nacionales con la economía que emplea un hombre honrado en su casa; pero es también un resultado indirecto de lo poco que hace el país para emanciparse de la tiranía europea en lo que á industria se refiere.

¡ Cuánta cosa se podría hacer en el país, que ahora nos viene de Europa! Estamos atentos á lo que fabrican los otros pueblos, con nuestros mismos elementos, sin esforzarnos por ponernos en su lugar, cuando la misma circunstancia de tener á la mano la materia prima, nos daría una ventaja suprema en la competencia. Si tratáramos de fundir el hiérro para sus diversas aplicaciones á las artes y las industrias, no teniendo carbón ni hierro,

si quisiéramos competir con el extranjero en la fabricación de aceites de olivo, no teniendo olivares en la República, ó en la confección de tapices costosos como los de Aubusson y Gobelinos, ó porcelanas como las de Sevres y Saxe, cometeríamos evidentemente una locura, que no pasaría de una pretensión, porque para una y otra empresa nos faltan ó los elementos naturales ó el capital de habilidad, experiencia y riqueza que sólo se consigue después de siglos de vida inteligente y laboriosa.

Pero no podría decirse ni oponerse nada serio, á la pretensión de desalojar de nuestra plaza lo que la Europa nos envía en azúcares, vinos de mesa, preparaciones alcohólicas, perfumes, aceites de maní y de colza, tejidos de lana, papel, cristales y porcelanas comunes, etc.

Nuestros azúcares no pueden competir con los extranjeros todavía, por la refinación y el rendimiento, pero ya desolajan á los azúcares inferiores que nos venían del Brasil. ¿Qué motivo hay para que no consigamos refinarlos al igual del azúcar francés de remolacha? Ninguno serio; es preciso solamente tener fe en el porvenir, y trabajar con asiduidad. Si se necesitara hombres especiales, vendrían de Europa, con contratos ventajosos.

Nuestros vinos de mesa no pueden competir con los vinos europeos, por la falta de éter enáudico que les da perfume agradable, y que viene por el estacionamiento; pero ya encuentran tanta aceptación entre las gentes de buen sentido que prefieren tomar vino puro y barato, antes que dañosas preparaciones ó vinos puros muy

caros, que se han hecho una fuente de legitima riqueza para los viticultores de toda la República. Esta es otra grande esperanza de nuestro país. Es preciso sembrar toda la viña posible, estacionar vino, é ir vendiendo como en Europa, del que ya tiene cinco ó seis años. Sólo se necesita para esto que unos cien capitalistas presten su apoyo á industriales inteligentes, traídos del extranjero con objeto de que dirijan las faenas.

¿Qué motivo hay para que no se haga perfumes entre nosotros, tan buenos como los que reciben las casas introductoras, gravados hoy con un 100 p. 100 entre derechos de Aduana y diferencias de cambios? Matemáticamente, los perfumes fabricados en la República vendrían á costar lo mismo que cuestan en Europa, y por lo tanto se podría venderlos un 100 p. 100 más baratos. Tenemos alcohol en abundancia, y flores de toda especie; los perfumes favoritos entre los que vienen del viejo mundo, de Inglaterra, de la India, de Turquía, de la Arabia, de Cannes, de Niza se pueden hacer, importando el elemento mismo de las flores que nacen en aquellas regiones privilegiadas de las rosas, el jazmín, la lavanda, el azahar.

En cuanto á los aceites comerciales, ya está visto y probado que con buenos capitales se puede levantar una fortuna honorable en este país, fabricando el aceite de maní y de colza, tan bueno como el que nos envía la Francia. Es extraño que en Buenos Aires no haya al presente más que una sola de esas fábricas, lo que ha permitido á sus dueños encarecer los precios de tal modo que sus productos no ofrecen ventaja sobre los extranjeros. La ausencia de competencia favorece la

explotación. Este mal desaparecerá pronto, probablemente, debido á la fundación de otras fábricas similares.

Las Fábricas de papel y de vidrio pueden llegar á ser dos grandes fuentes de riqueza, aquí donde se necesita tanto papel y tanto vidrio. Si se piensa en el incalculable beneficio que resultaría para el país de la radicación de esas industrias, se verá que todos estamos interesados en su progreso. El día que tuviéramos todos estos créditos contra las diferencias de nuestra importación, nada se nos importaría de los despilfarros de los Gobiernos, porque bloqueados por el curso forzoso, nos bastaríamos á nosotros mismos.

\*  
\* \*

Y aquí queremos hablar más particularmente de la gran facilidad con que se podría adquirir en estos momentos para el país, la tan trabajada industria de tejidos de lana y algodón, cuyos desgraciados ensayos arruinaron al laborioso señor Carulla y dejaron mal parados á muchos industriales. Ninguna época más favorable para el desarrollo de esta poderosa rama de la industria que la presente, en que de todos lados es solicitada la energía humana hacia el camino de tomar lo menos que se pueda al extranjero.

La antigua Fábrica de Paños, adquirida por el señor Prat, se fundió por falta de capitales, y porque desde el principio entró á competir con el superior tejido francés, acreditadísimo y vendible entonces con poco gravamen sobre su costo en Europa. El señor Prat

ha demostrado prácticamente que ciertos tejidos de lana pueden hacerse con ventaja en el país, sobre cualquier competencia extranjera; es lógico, y cae de su peso, que teniendo la materia prima á la mano, esta industria se desarrolle más ó menos tarde entre nosotros. Hoy mismo puede decirse que ha principiado, *humildemente* como todas las que han llegado á ser grandes en el mundo. Las frazadas que salen de la Fábrica del señor Prat, han llenado la plaza este año, y desalojan rápidamente los tejidos similares europeos, que valen el doble, y contienen cuatro veces menos lana.

Ahora, decimos, ¿cuánto ganaría el país, si favorecida por las actuales circunstancias que la aventajan enormemente, llegara esta fábrica á producir todo el tejido de lana y algodón que consume la población, tomándolo exclusivamente de Europa? Las franelas, los tartanes, las mezclas de algodón y lana, representan por sí solos una suma inmensa en nuestras importaciones. ¿Qué sería si además de estos tejidos fáciles de fabricar, llegáramos á producir paño? En los actuales momentos, pocos vacilarían en aceptarlo, aun cuando lo encontrasen inferior en fabricación al europeo, aconsejados por la suba sensible que han sufrido los tejidos importados, no sólo por los derechos de aduana y el aumento adicional, sino por el desequilibrio monetario. Y esto es precisamente lo que necesitan las industrias: impulso. El hábito contraído durante la crisis continuaría en gran parte después, y de ese modo habríamos radicado en el país una de las más importantes industrias del mundo. ¿No es evidente que

aumentaría nuestra riqueza como individuos y como colectividad, el día que pudiéramos vestirnos de pies á cabeza, con tejidos de lana y algodón, por un precio aproximado al que cuestan en Francia? Hoy pagamos por ellos el triple. Todos estamos, pues, interesados en que se dé este importante paso. Encerrados dentro del círculo de carestía traída por la actual situación, debemos esforzarnos por aprovechar los excitantes á la acción de que ella nos envía al mismo tiempo.

Entretanto hombre de buena voluntad, anheloso del bien propio y del país, ¿ cómo no se hace una sociedad siquiera con un capital de 4 millones de fuertes para explotar la fábrica de paños, aun cuando sólo continuara en ella la confección de franelas, telas de algodón, tartanes etc? El señor Prat entraría probablemente en esa combinación. El día que pudiéramos echar á la plaza esos productos, levantábamos un enorme peso de las espaldas del país. En medias, camisetas, calzones, confecciones de lana para niños, solamente se podría hacer una fortuna en pocos años con aquella fábrica.

Ofreciendo oro, á montones vendrían de Europa, hombres competentes para ese trabajo. El mismo señor Prat, para hacer sus espléndidas frazadas, trajo algunos entendidos, de las fábricas de Francia, y á eso debe su éxito. Es lo más fácil del mundo.

En este terreno, como en muchos otros, se debe decir que no *podemos* porque no *queremos*.



## DR. HUGO TOEPPEN.

Grande es el número de las personas que ha seguido con creciente interés las correspondencias del Dr. Toepen encontrando en ellas una abundancia sorprendente de conocimientos sobre la Alemania moderna, extendidos y empleados con incomparable rectitud de juicio. Desde su aparición en la prensa argentina, tuvimos lo que hasta entonces no habíamos tenido; un verdadero lazo que nos ponía en contacto con el poderoso imperio germánico, y nos acercaba en lo posible á su civilización gigantesca, de la cual nos separa como á la generalidad de los pueblos latinos, la barrera difícil de salvar, de una lengua extraña y poco conocida. Nadie como él parecía mejor adaptado para esa noble é interesante tarea. Su espíritu cultivado á la manera severa y poliédrica de los hombres del Norte, en cuyas Universidades se llevan á cabo estudios que no soportarían los hombres de otras regiones, estaba suavizado por un modo claro y preciso de exposición, y por un estilo que condescendía cariñosamente en seguir los meandros de un tema sin extraviar al lector. Miembro de la Sociedad de Geografía de Hamburgo, y redactor del diario de la misma, explorador en la República Argentina y el Paraguay en años anteriores, viaje cuya historia detallada hizo en un grueso é interesante volumen, muy despa-

rramado en Alemania, hombre verdaderamente docto, médico, historiador, filósofo distinguido, estadista de nota, naturalista partidario del transformismo en fin, estaba adaptado no sólo al objeto de instruir deleitando á sus lectores, sino particularmente, al de darnos á conocer sin preocupaciones y con entera sinceridad, lo que se hacía y lo que se pensaba en la Confederación Germánica, así en política como en literatura y en ciencias.

Su moderación en el hablar, era un modelo venido directamente de su cultura intelectual, y de la confianza que sentía en sus propias fuerzas; cada una de sus correspondencias llenaba el ideal que debe proponerse todo lector moderno, por la falta de tiempo: sobriedad, claridad, sinceridad.

Como todo hombre verdaderamente superior, el Dr. Toeppen tiene una alta independencia de discernimiento; y demostró siempre en sus escritos que su patriotismo y sus sentimientos anti-franceses, no iban hasta cegarlos sobre los vicios ó errores de los suyos, ni sobre los méritos y virtudes de sus contrarios. En todos ellos ha apreciado la política del Canciller, de un modo independiente, pero digno, criticándolo cuando le veía empeñado en empresas difíciles ó perjudiciales, como en la de establecer colonias en el África, ó cuando lo presentaba negándose á votar emolumentos para los miembros del Reichstag, ó retirándoles sus pases en los ferrocarriles del imperio.

Nunca avanzó un juicio sobre política sin apoyarse en la historia, en la geografía, en la etnología, en la estadística; jamás salió de su pluma una crítica que no

fuera fundada sobre hechos incontrovertibles y de visible fealdad para todos. Estas mismas críticas, que han sido raras, hacíalas con tanta benevolencia, con tanta seriedad y cultura que nunca creímos pudieran causar cólera á los que no pensaban como él. Es difícil, cuando el escritor atrae al terreno sereno de las ideas, combatir en él con otras armas que las permitidas á las inteligencias cultivadas y metodizadas por la sana filosofía.

Por lo demás, no nos llama la atención que el Canciller de Hierro quiera pasar una vez más su cuchilla niveladora de Trasíbulo, sobre las cabezas de los que no piensan como él en política, como lo hecho con Lasker y otros tantos, puesto que aun con Virchow y Momsem ha querido hacer otro tanto, por pequeñas diferencias. Hay reacción en Alemania contra su política; y el haber constatado esto, no es un crimen de alta traición, aun bajo el régimen del Príncipe de Bismarck.

Concluiremos recordando á los alemanes irritados contra el Dr. Toeppen, aquella inscripción del monolito de Sans-Souci que Víctor Constant hizo flamear como una bandera ante los ojos del mismo canciller en un conocido mensaje suyo : *Méine Gradheit ist meine Stärke.*

**Mi sinceridad constituye mi fuerza.**

## CONTRA SI MISMOS.

Las leyes que se refieren á la humana naturaleza, á los móviles de las acciones, á la fatal consecuencia de los actos, son melancólicas. Ellas nos demuestran cómo, al igual del mundo físico y del mundo químico, las operaciones de la inteligencia son seguidas unas de otras en cadena indestructible, no pudiéndose producir lo que llamamos bueno ó malo sin sus antecedentes necesarios. Sin hablar del libre albedrío, que es una quimera, por estar sujeto el espíritu á las modalidades cerebrales que dependen á su vez del medio ambiente, del estado de salud, de los alimentos, de las emociones, de la educación — en una palabra, de todo lo que es extraño é independiente á la acción propia de nuestro organismo, — podemos decir que lo que se llama voluntad en un individuo ó en una nación, es el resultado de los varios elementos y de las varias influencias que componen el hombre y la agrupación, y sobre los cuales no tienen ellos poder alguno de modificación. El hecho, que se produce en virtud de un antecedente extraño al individuo, tiene un consecuente sobre el que tampoco puede influir él en manera alguna.

Con igual exactitud tienen los rayos del sol el poder de desunir el oxígeno y el carbono en las hojas de las plantas, y los cuerpos el poder de atraerse en razón

inversa del cuadrado de las distancias. No escapa el hombre á la fatalidad de las leyes superiores, y dado cierto paso en el terreno intelectual, como en el físico ó en el químico, síguete exactamente el paso que corresponde según la gradación natural, y no ningún otro.

Si con el ánimo de estudiar nuestro estado político, teniendo en cuenta las leyes que presiden á todas las operaciones intelectuales, nos fijamos en lo que está sucediendo hace mucho tiempo en la Cámara de Diputados de la Nación, es seguro que llegaremos á un diagnóstico verdaderamente triste pará la salud de la República.

La mente de los que instituyeron el sistema representativo republicano, fué, como es lógico suponerlo, el de poner en presencia y en conflicto los varios intereses de los representados, para que del choque de ellos en discusiones tranquilas, resultara el término medio de las modificaciones que reclama incesantemente la sociedad. El origen de las cámaras populares demuestra que, además de esa idea de representar los intereses del mayor número, tienen los diputados así elegidos el deber de oponerse á los avances del poder central, formando un control á sus voluntades posiblemente caprichosas y á su tendencia absorbedora. Las garantías de que se ha rodeado á los diputados, los privilegios que se les ha concedido, y la manera con que se ha querido ponerlos en contacto con el pueblo elector, responden precisamente á la intención de formarles una valla contra las reacciones que el poder quisiera producir sobre ellos como consecuencia de sentirlos independientes de su influencia.

Si ser representante del pueblo es luchar por sus intereses y defenderlos antes el P. E., es lógico que no se lo es cuando se falta á ese deber fundamental y se abandona la causa de los representados para abdicar sus poderes en manos del Gobierno, y convertirse en sus esclavos. Por oposición á la mente de los que crearon las cámaras de representantes, el despreciar esos deberes conservando la influencia del puesto, indica una relajación moral que no puede haber venido de golpe y que no puede tampoco dejar de tener sus consecuencias fatales.

No hay más que dirigir la vista á la historia de todos los tiempos para comprender que doquiera han mostrado debilidad los que, con cualquier nombre representaban al pueblo, el poder de los gobernantes ha crecido y crecido hasta convertirse en odiosa tiranía. Es basados en estas verdades innegables que los filósofos han dicho : « los pueblos tienen los gobiernos que se merecen » — porque siendo infinitamente mayor el número de los gobernados que el de los gobernantes, sólo existen éstos cuando aquéllos los soportan. Y para soportar malos gobernantes, es necesario estar moralmente relajados, haber perdido el sentimiento vivo y ardiente de las cosas vergonzosas, haberse connaturalizado con las bajas pasiones, etc.

Sin ir muy lejos, tenemos en la República Oriental la imagen de lo que es un gobierno cuando cuenta en las Cámaras con absoluta impunidad ¿No es necesario estar en la pendiente de la perversión política, de la decadencia moral para abdicar los derechos más augustos y fundamentales del legislador, cuando la sola voluntad

bastaría para oponerse á los avances del poder y hacer respetar las instituciones, la vida y la tranquilidad de los ciudadanos ?

La lógica nos dice que cuando la voluntad se inclina á los favores del Gobierno, despreciando el amor del pueblo, es porque la razón no está tan clara en los que así proceden como en los hombres honrados que prefieren el cumplimiento del deber antes que las vergüenzas con que el poder compra la ciega complicidad.

¿Y adónde pueden ir los pueblos cuyos representantes se olvidan así de sus derechos para sólo pensar en la manera de hacerse agradables al Gobierno? Adonde han ido en la antigüedad los pueblos degenerados, de los cuales sólo en la historia se conserva el recuerdo; adonde ha ido Venezuela, bajo Guzmán Blanco, adonde va la República Oriental, bajo Santos.

Consideremos lo que pasa en la Cámara de Diputados de la Nación, en donde la mayoría absoluta que ha conseguido el Gobierno merced á inmorales manejos; se complota para ahogar la iniciativa honrada de los que no quieren entrar en esa liga bochornosa contra los derechos populares. Véase cómo terminan las discusiones entabladas por los Diputados autores de proyectos tendentes á acabar con abusos escandalosos del Gobierno, que mantiene militarizada la República.

La mayoría, como ejército disciplinado en el que la voz de mando es seguida inmediatamente por las evoluciones que corresponden, se niega á discutir esos proyectos, los encarpeta, se hace sorda á todos los reclamos, contentándose con derrotar á los diputados independientes por medio de una votación muda. Lo que desean

esos diputados amigos del P. E., es ayudar á éste con sus imposiciones, impidiendo que se cierre las oficinas de Enganche y que acabe el estado de militarización de las provincias argentinas, estado mantenido en contra de la Ley porque así place al Presidente de la República para sus fines electorales.

¿Y creerán esos cómplices del P. E. trabajar en esta cruzada contra el pueblo, en favor de sus intereses personales siquiera? Pero el hombre es inmortal; cuando uno termina otros principian y la familia eterniza al individuo. Los autores de este abandono criminal sentirán mañana á sus hijos ó á los hijos de sus hijos, afrentados por la debilidad de que hoy se hacen culpables; creyendo que hay movimientos que se pierdan y acciones que no se cuenten en la sociedad, y no sean antecedentes de otras de su mismo carácter.

Abdicadores hoy, mañana serán esclavos, porque á medida que afloja la raza de los gobernados, se refuerza la de los gobernantes. Trabajan contra sí mismos los que llevan sus derechos al poder, arrancándolos cobardemente al pueblo á quien representan. ¡Lástima que trabajen contra todos y que, por el puesto que desempeñan, sus acciones sean inmensamente importantes para la salud de la comunidad!

Sin embargo, como la « naturaleza no hace saltos » no es posible que, filosóficamente, arrojemos toda la culpa sobre los que en este momento, y *directamente*, entran en esta vasta complicidad. Ellos no han podido sustraerse al medio en que actúan; son consecuentes que han tenido antecedentes de su mismo carácter pero de menor grado, y si la radiación de la civilización es una



---

verdad de la sociología, ellos deben representar el término medio de moralidad de sus conciudadanos. Queda á sus conciencias la virtud de reaccionar contra la avalancha de relajación que invade.

Cómplices son también todos los que de lejos ó de cerca no se oponen á este suicidio de la República ; cómplices son los diarios que, conociendo el mal, lo ocultan á lo palian, engañando así la conciencia popular sobre la magnitud del peligro ; cómplices son los que no votan y abandonan por voluntad propia sus derechos á la casta de electores ; cómplices son los que buscan aumentar sus caudales sin importárseles la cosa pública ; cómplices son todos los indiferentes, los que se encogen de hombros, los que viven del presupuesto y no tienden á sacarse el yugo que los oprime buscando al par de la independencia, la honorabilidad de la vida.



1886.



## AVELLANEDA.

### EL HOMBRE INTELECTUAL.

El Dr. Avellaneda era un hombre de gustos propios, y dentro de la esfera á que dedicó su actividad, era su fisonomía original y acusada. Sus escritos, por ejemplo, pueden á veces carecer de profundidad y contener ciertas inexactitudes de apreciación ó de detalle; muchas veces se encuentra en ellos figuras usadas, triviales y hasta de un gusto muy pasado de moda; pero lo que hay siempre en todos, lo que los persuade y vigoriza, es su estido musical, el ritmo particular á que ajustaba las palabras, el suave y siempre oportuno encanto que sabía dar á la más insignificante frase. Los que han frecuentado su casa después que los ardores de la política le permitieron ocuparse por entero de las tareas del espíritu, saben cuán inmensa era la erudicción literaria del Dr. Avellaneda, y cómo había adquirido un gusto peculiar que era como el reflejo de los mejores modelos, y que tenía su originalidad, aun viniendo del libro y no de la naturaleza. Desde el tiempo en que el Dr. Avellaneda subió al poder hasta hace unos tres años, la tarea de pulir su espíritu y de acendrar su estilo habíale permitido mejorarlo muchísimo, de modo que en sus últimos tiempos cuando escribió, por ejemplo, sobre Berryer, era su palabra fluida y elegante sin afectación, pero

trabajada exquisitamente ; combinaba sabiamente en su estilo la pureza, la gracia, la proporción ; la eufonía y el ritmo. Carecía de fuerza, de la agilidad y donosura propias del hombre joven y audaz y emprendedor ; pero en cambio tenía el encanto penetrante del reposo de vistas ; y era su estilo un espejo del decir sentencioso y elevado de los historiadores griegos. No tenía atrevimientos y golpes imprevistos como Platón, pero tenía la calma, la verdad y la armonía de Xenofonte. Había estudiado mucho estos modelos ; los leía siempre ; y de esas notas fugitivas de que ha dejado llenos sus cuadernos de impresiones se desprende que su principal inspiración había sido siempre buscada en la fuente sagrada del clasicismo griego ; sus poetas, sus filósofos, sus historiadores están siempre presentes en esas notas. Gustaba mucho más del griego que de los romanos, aun cuando su respeto por Plinio, por Tácito, por Cicerón, por Horacio estallara en sus escritos y en sus conversaciones. Era probablemente que su espíritu religioso, porque era en alto grado poético, se placía, más con el griego que fingía creer en los Dioses y entonaba himnos á todas las manifestaciones de la naturaleza, que con el romano descreído ya, filósofo algo cínico, poeta libertino y audaz. Grandemente se equivocaría quien creyera que Avellaneda buscaba en la literatura las fuentes del espíritu moderno.

Sus lecturas le habían permitido conocerlo, pero no lo apreciaba ; era la antigüedad para él, como solía decirlo, una escuela de gusto literario y de sabiduría política. Lo seducía aquella ciencia profunda del decir que tenían los antiguos ; su propia filosofía era vaga

como la de Platón. La Biblia con sus incomparables figuras, con su ropaje amplio, sencillo pero majestuoso, le habían llevado á adquirir un sentido religioso que pugnó siempre por aliar al elegante panteísmo de sus poetas favoritos. Su estilo era una mezcla de todas estas hermosísimas imágenes ; pero puede decirse que no solamente ninguno de sus contemporáneos llegó á imitarlo, sino que era imposible no conocer á Avellaneda á través de su estilo.

Para él era natural hermohear el tema. Recordamos que una vez, fuimos á pedirle un libro de Luis Blanc, del que deseábamos traducir algunos parrafos. Con aquella bondad que lo caracterizaba y que parecía afectada á los que no lo conocían, buscó el volumen, lo abrió y nos condujo hasta el marco de una ventana, haciéndonos oír allí en español un trozo del autor francés, pero tan admirablemente transformado por la versión, que la elegancia no podía ser más perfecta, las imágenes más frescas y el vigor de la pintura más intenso. ¡ Pocas horas después nos convencíamos de que aquel trozo era casi una invención suya, pues él había tomado el tema desnudo, frío, insensible de una escena de la Revolución apenas bosquejada, y la había transformado con su soplo maravilloso !

Esta necesidad de hermohear la frase le seguía como un alma doble. En la conversación, en la correspondencia, aun en sus escritos de abogado, empleaba siempre aquella dicción correcta, aquella elegancia y aquella oportunidad especial que lo distinguían de todos nuestros conversadores y de todos nuestros escritores.



La educación de Avellaneda se resentía de lo que podía llamarse *demasiado gabinete*. Había corrido pocas tierras. había descuidado mucho su caudal de impresiones de la naturaleza; había desarrollado su cuerpo paseando por delante de su biblioteca, con un libro en la mano, magullando una frase, ó meditando sobre los escritos comenzados en su mesa de trabajo. El nervio había primado tanto sobre el músculo que éste huía como avergonzado y derrotado, temblando bajo el peso aplastador de la cabeza. Su debilidad era conocida; su mala salud venía en mucha parte de la vida sedentaria que llevaba; y había contraído aquel hábito de pasear todo el día por su vasta biblioteca, como una mezquina compensación ofrecida á la naturaleza y obligado por la necesidad de poner en actividad su organismo.

La fisonomía de Avellaneda era expresiva, maliciosa, interrogadora; sus ojos decían siempre con facilidad lo que el labio fino apenas bosquejaba con una sonrisa traviesa. Esta costumbre de moverse poco le había arrastrado á otras, que ya se habían convertido en necesidades para él, y que eran igualmente funestas. Su casa era algo como uno de esos bosques olorosos y enervantes de Tucumán, cuyos perfumes ahogan á los no habituados á vivir entre veneno; respirábase allí una atmósfera embriagadora que halagaba los sentidos y mareaba, haciendo concebir las fantasías que trae consigo el vino generoso, y acaso el *hatschich*; las flores poulentas del jardín tucumano llenaban el patio de su



casa, y hasta sus habitaciones particulares; en su dormitorio había magnolias, jazmines, azahares, araraz; ¡aquel hombre vivía en una atmósfera de carburo de hidrógeno! Doquiera que uno dirigía la vista, hallaba interceptado el campo por las hojas inmensas de plantas tropicales, de entre cuyos brazos arqueados salían flores fragantísimas. Avellaneda respiraba el perfume con delicia, y decía que él se sentía bien en esa atmósfera, y que sin ella no podría vivir. La naturaleza había sido tan contrariada en él, que se veía obligado aún á comer caminando, siendo su apetito casi nulo. En el hogar era Avellaneda un hombre bueno, sencillo, afable, cariñoso con su familia. No lo hemos creído nunca un *causeur* precisamente; tenía más bien el arte de hacer hablar á los demás, y siempre se nos ocurrió viéndolo en su salón rodeado por tanto hombre distinguido á los que sabía hacer producirse y lucir sin que ellos lo sopecharan, que tenía algo de aquel talento de que se jactaba Sócrates: el de *accoucheur des esprits*.

Hasta el momento de partir, dió á la cuestión de su vida y de su enfermedad, á las esperanzas de su curación, poca ó ninguna importancia; no se ocupó sino rara vez de ella en sus conversaciones; y eso para responder á las preguntas que le hacían. ¿No lo preocupaban en realidad, ó con los ojos fijos en sus ideales perdía de vista lo terreno, lo inmediato, lo contingente? su fisonomía misma rehufá esta pregunta ansiosa de sus amigos, á la que respondía muchas veces hablándoles de lo eterno, es decir, de la patria, de su porvenir, de sus progresos, de nuestras inquietudes y de nuestras esperanzas.

Puede decirse que á Avellaneda ha matado la falta de

---

lo que Carlos Baudelaire llama « la higiene de los hombres de pensamiento. »

Quiso recorrer su ciclo demasiado aprisa, y hoy lamentamos esta premura que nos priva de uno de nuestros más distinguidos literatos. Su obra queda en pie, sin embargo, como una columna que desafía al Tiempo, para recordarlo á sus conciudadanos y á las generaciones venideras.

## ARTES FEMENINAS.

EN BUSCA DE MARIDOS.

Si un confitero eligiera mañana para moldes de sus fuentes, ramilletes ó bombones, formas que recordaran cosas ú objetos generalmente desagradables, el público le quitaría pronto el entusiasmo por su invención, dejando á sus producciones endurecerse en las vidrieras bajo los tules destinados á protegerlas de las moscas.

Igual cosa sucedería á un camisero que tuviera la ocurrencia de cortar cuellos ó puños por un patrón tan distinto de los conocidos y aceptados, que pareciera desagradable ó ridículo; ó á un sombrero que invitara á los hombres á cubrirse la cabeza con soperas, canastas ó cajas de encomiendas.

En todos los casos idénticos, el público rechazaría las innovaciones que chocaran rudamente con sus hábitos, determinando la desaparición de los industriales ó comerciantes que se abstuvieran en no servirle ú ofrecerle las formas de su predilección. En cambio los que obedecieran su impulsión y se plegaran dócilmente á sus exigencias, hallarían completo éxito al cabo de sus carreras.

Por eso es que las mercancías aceptadas en un pueblo forman un rasgo de su sociabilidad. Según sea el espíritu de ese pueblo así serán los objetos de sus deseos; el corte

de las barbas, el molde de los sombreros, y en general, los trajes, han dado fisonomías acusadas á muchas notables épocas históricas.

Es difícil á un escritor apreciar debidamente los hechos contemporáneos de esa clase, porque necesita tener en cuenta una multitud de detalles que sus naturales preocupaciones le impiden ver con claridad; pero cuando alguno de ellos asume proporciones que lo singularizan y destacan de los demás, ya es factible el considerarlo en su verdadero carácter, sujetarlo á clasificación, descubrir las leyes á que obedece y sacar las consecuencias lógicas que de él se desprenden.

Ante todo, es preciso darse cuenta de que la industria y el comercio, como la literatura ó las formas de gobierno, emanan de la mayoría de voluntades populares; son ofertas que responden á demandas; y solamente cuando llenan las verdaderas necesidades del momento, es que tienen existencia asegurada.

Las modas, por ejemplo, entran perfectamente en ese cuadro de clasificación; y consideradas del punto de vista de su importancia en una sociedad, no puede desconocerse que ellas son impuestas por la mayoría; y que como tal imposición, indican un grado de cultura que el filósofo puede computar con más ó menos exactitud.

Examinemos cualquier moda, y veremos que ella es un desarrollo lógico del gusto y de las inclinaciones de un pueblo. No se puede odiar ó amar ciertas cosas sin un estado cerebral correspondiente; por los hábitos puede conocerse á los individuos; educación y predilecciones son términos correlativos.

Andar calzado es necesario para ser aceptado en

sociedad; pero la forma del calzado, siendo menos exigida que el calzado mismo, puede indicar la cultura y tendencias particulares del sujeto, así como los *finés* que se propone al llevar una forma con preferencia sobre las demás. Hé ahí por qué se puede deducir las intenciones de un hombre, por sus gustos.

Hay muchísimas costumbres incómodas, fastidiosas, ridículas, que ejercen una verdadera tiranía sobre la sociedad, pero á las cuales ésta rinde pleito homenaje porque si no lo hiciera quedaría fuera de competencia en varios placeres que le son muy queridos. El que no ama estos placeres y encuentra desagradables esas costumbres, las rechaza; pero el que las acepta demuestra que tiene interés en ellos.

En la naturaleza encontramos pruebas indiscutibles de la existencia de esta ley llamada en economía política « ley de la oferta y la demanda ». En los bosques, en las aldeas y en las ciudades, hay condiciones que determinan el triunfo de los animales, la « supervivencia del más apto », que en el fondo no es sino la exactitud con que se responde á la demanda, es decir á las necesidades. Las hembras de los faisanes tienen un ideal de la belleza del macho, y prefieren naturalmente á los tipos que más se acercan á este ideal. Los muy alejados del tipo necesitado por ellas, no se perpetúan; no han respondido á la demanda y se quedan á la luna de Valencia.

El hombre con su ingenio corrige la plaña á la naturaleza en mucha parte — y por eso lo vemos acicalarse y transformarse en la juventud, buscando agradar al sexo hacia el cual lo empuja una fuerza irresistible. Observa con cuidado cuáles son los adornos, las costumbres y las

modas que hacen obtener mayores ventajas á sus rivales naturales, oculta sus defectos, imita á los mejores tipos y trata por todos los medios de responder á la necesidad. Si la suerte lo formó contrahecho y no posee inteligencia, viveza ó gracia, sus placeres en la lucha amorosa no valdrán ciertamente la pena de haber nacido.

El que con este fin use un adorno cualquiera ó da á su cara ó á su cuerpo un aspecto especial, lo hace seguramente porque cree que estos detalles son de una influencia decisiva ; lo que indica á veces la experiencia de toda una raza sobre los gustos dominantes en un sexo.

Hay líneas y relieves que las mujeres han buscado poseer desde la más remota antigüedad, como un medio seguro de atraer al hombre ; las hermosas **cabelleras** han sido en todo tiempo miradas como grandes elementos de seducción ; los ojos grandes que las egipcias de la época de los Faraones sabían imitar tan bien en sus rostros, **con ayuda de líneas de sombra** que engañaban la perspectiva, continúan siendo un anhelo confesado del bello sexo ; y las miradas incendiadas de los hombres cuando ven un seno turgente, demuestran cuán grande es la importancia que prestan á este detalle en el ideal de la belleza femenina. El pie diminuto, las piernas blancas y torneadas no faltan en ninguna descripción de enamorado ; las bocas rojas y húmedas, los dientes como perlas, los brazos mórbidos, son el elemento principal de las bellezas de novela.

Descendamos á la práctica diaria de la vida y hallaremos que las mujeres se esfuerzan continuamente por poseer esos encantos, con el objeto confesado de seducir y atraer al sexo feo ; mientras éste se ingenia y aguza su

inventiva para parecer agradable á su vez, con la posesión de ojos hermosos y varoniles, bigotes marciales, linda prestancia y maneras sueltas y elegantes. Cada cual desea presentar al sexo opuesto lo que sabe que este sexo tiene en mayor aprecio; y esto es perfectamente lógico, si es verdad todo lo que hemos venido diciendo sobre la ley de la « oferta y la demanda. »

Pasemos ahora al punto verdaderamente escabroso de este estudio.

\* \*

Hace varios años que el cuerpo de nuestras mujeres viene sufriendo una alteración curiosa. La parte donde termina la espalda, — á juzgar por lo que vemos en los paseos, en las fiestas, en los teatros, — ha sido asiento de una grave hipertrofia ó de un aumento extraordinario de volumen. Esta extraña elevación de los músculos *fessiers*, ó esta superposición de tejidos de otra naturaleza sobre aquéllos, no debe haber venido acompañada de dolor ó enfermedad, porque hasta ahora ninguna joven ni vieja ha visto médico en busca de un remedio para semejante fenómeno.

No parece tampoco que este aumento en las proporciones de un órgano tan esencial para el equilibrio del cuerpo, hubiera disminuído en lo mínimo la facilidad de mantenerse erecta, ni la de sentarse con violencia en los momentos de coquetería, ni la de dormir de espaldas sin cansarse. Al contrario; la gracia y la elegancia con que las jóvenes y aun las señoras mueven ese casi-apéndice, es tal como para marear al hombre más tranquilo y desviarle de sus tareas, aun siendo comerciante. Desde

la aparición de este cometa en el cuerpo del bello sexo argentino, ha aumentado inmensamente el número de observadores, y ha revivido la antigua costumbre semi-caballeresca de perseguir beldades por la calle con ayuda de suspiros, palabras sedientas y miradas inflamadas.

La enfermedad ó fenómeno ó moda, ha cundido de tal manera, que primero se encuentra hoy una mujer sin orejas y sin narices que sin este aditamento en su parte posterior. Mujeres de todas clases, de todos colores, de todas edades han sufrido el contagio de la curiosa multiplicación de volumen, siendo de notarse que no dejan de poseer esta nueva belleza ni aun las mujeres-arpas que exhiben una flacura de esqueleto, una cara demacrada y una carencia de relieves verdaderamente pampeana. Esto podría hacer pensar que el aumento de forma en esa región no se traduce en mayor número de libras de carne, como sucede en el caso de las personas muy gruesas, podría hacer creer que se trata de una estructura ósea ó cartilaginosa... pero no es así tampoco. Algunos observadores afirman que al tacto, no ofrece el cometa ni la consistencia de la masa que antes habían encontrado en esos parajes y esto indicaría una inflamación tan extraordinaria de los músculos, que no podría comprenderse en un estado de perfecta salud moral.

No queda sino otra hipótesis... ¡pero esto sería verdaderamente horroroso! « Bajo el nombre de *esteatopigia* — dice Mr. Topinard en *L'Antropologie* — se entiende el desarrollo en la mujer de enormes masas grasosas, vibrantes al menor contacto superpuestas á los músculos *fessiers*. Este carácter se encuentra aquí y allí en África, entre los Somalis, los Cafres y los Hotentotes, y es cons-



tante en diverso grado, entre los Boschimanos. Es más que una hipertrofia del panículo grasoso, es casi un órgano suplementario... » Y si después de esta melancólica explicación que coincide tan cruelmente con los detalles exteriores del fenómeno que estudiamos, fijamos los ojos en la lámina que representa á una Boschimana dotada del citado apéndice ; horror ! hallamos que su cuerpo desnudo ofrece la misma silueta que el de nuestras mujeres vestidas.

El único consuelo que podríamos hallar en nuestra desesperación, es el detalle de ciertos maliciosos que aseguran haber encontrado alguna vez en los parajes frecuentados, unas armazones hechas de diarios viejos imitando tan perfectamente la cara del órgano. cuyo actual abultamiento nos sorprende, que la solución más natural que se presenta al ánimo, es la de que se trate pura y simplemente de una mistificación femenina, destinada á apresurar la seducción y final derrota del hombre...

.. Mas, siguiendo el hilo de nuestros razonamientos, para que esta *oferta* respondiera realmente á una *demanda*, sería necesario que los hombres hubieran demostrado su afición por el abultamiento verdadero, del que el actual parece ser una miserable copia.

La historia de la humanidad civilizada no nos confirma esa deducción. La estatuaria de todos los tiempos ha perpetuado tipos que no ofrecen la particularidad con que se engalanan hoy nuestras mujeres. Los poetas no han cantado jamás esa desproporción ; antes al contrario, muchas veces se han complacido en hacer deslizar la mirada de los lectores sobre las formas turgentes pero de

suaves líneas, de las mujeres cuya belleza ponderaban ; y los escritores burlescos han elegido siempre como un elemento risible para sus figuras, la posesión de enormes aplasta-narices.

De todos los otros encantos femeninos se ha hecho pinturas entusiastas, exageradas, hiperbólicas ; los ojos han sido comparados á cuanto existe ; las bocas han sido llamadas desde nidos hasta manantiales de amor y de ternura ; de los senos de Helena dijo la poseía gentilica que en ellos iban á tomar los artistas el molde de los vasos sagrados de los altares. Del pie, del talle, de las manos, se ha hablado siempre como de cosas diminutas, esbeltas, delicadas, cuando se ha querido ensalzarlas ; pintándolos como grandes y deformes cuando se ha deseado ridiculizarlos. El espíritu amoroso masculino no ha deseado *grandes* en la mujer sino los ojos. De todo lo demás ha ponderado siempre la pequeñez y la delicadeza.

¿ Por qué, pues, nuestras damas han creído halagar la vista del sexo fuerte con las prominencias que pasean hoy por las calles ? ¿ Quién les ha dicho que á los hombres placen esos conos amenazadores, esos apéndices que rompen la armonía de los suaves relieves buscados en todo tiempo en la belleza femenina ?

Sin embargo, como las *ofertas* no pueden subsistir sin las *demandas* ; y como el abultamiento exagerado de que hablamos viene prolongándose hace varios años, debemos deducir que hay salida en plaza para esta invención — y que son por consiguiente, los hombres quienes la mantienen en pie, favoreciendo con rápidos contratos de matrimonio, á las mujeres que exhiben esta particularidad anti-natural y anti-artística.

## CARNAVAL AMERICANO.

Somos una colonia europea todavía. La madre patria se llama para nosotros Francia, España, Italia, Inglaterra, Alemania. Hemos venido de alguno de esos grandes centros de civilización, porque no somos latinos puros ; hace muchos siglos que no hay razas puras en el mundo, exceptuando las más salvajes. Desde que nos constituimos fuimos varios, movibles de fisonomía y de gustos, de tendencias y de hábitos. Hoy somos mucho más universales que al tiempo de nuestra formación en colonia americana; y por eso caben dentro de nosotros costumbres tan diversas, que son como la huella de las varias razas de que venimos, y como el reflejo de las varias naciones cuya vida imitamos.

Tenemos costumbres que recuerdan todavía la vida colonial; y costumbres que revelan al hombre de los centros más civilizados de Europa. Dentro de nosotros hay, por decirlo así, la cronología de las principales etapas de nuestra existencia como nación ; muchos visten á la inglesa y comen todavía como sus antepasados de veinte siglos atrás ; acuden á Colón á deleitarse con música sabia y son incapaces de reivindicar sus derechos en política ; adoran á Víctor Hugo y faltan al respeto á las mujeres por la calle ; andan en elegantes carruajes y no contestan las cartas ; ó son caballerosos

en amor, y entran tarde á *Hugonotes*, haciendo ruido y conversan toda la noche en alta voz para demostrar su culto por el arte; ó son excelentes amigos y no acuden jamás á hacernos una visita cuando estamos enfermos; y así, por el estilo, se ve en nuestra educación miles de contradicciones.

Es que nos vamos tiñendo de civilización, como un género podría teñirse de púrpura; y naturalmente la operación no es instantánea, de modo que durante el tiempo necesario para completarse, hallamos que poca ó mucha parte está ya empapada de color, mientras el rostro queda todavía intacto.

*Grattez un peu l'homme, vous trouverez le sauvage*, ha dicho un naturalista; y uno de los casos en que puede asegurarse la verdad de la proposición, es el nuestro. Tocamos por un lado á Europa con su exquisita ciencia de las formas, y por otro á América con sus brutales ingenuidades. Nos alumbramos á luz eléctrica, y dejamos asesinar como á perros á nuestros hermanos de Catamarca. El siglo XIX se da así la mano con la edad de bronce. Somos el terreno en que se baten aún las dos grandes fuerzas que agitan á la humanidad; la que la empuja hacia adelante, y la que la tira hacia atrás.

En Europa, que es como el centro del mundo civilizado, ya no existe ese conflicto; la fuerza que hace retroceder se bate decididamente en retirada. Pero esta fuerza no ha desaparecido; se ha recostado y se recuesta perpetuamente del centro ó núcleo hacia la periferia ó extremidades. El Asia, el África, la América son extremidades; en ellas deben venir á resis-

tirse como en la última trinchera, todas las tendencias, gustos y costumbres que la luz arroja del núcleo. La onda de triunfante púrpura, como la Aurora en la descripción de Homero, irá avanzando suavemente, sin embargo, extendiendo su gloriosa influencia por donde encuentre tinieblas menos densas, hasta teñir al fin, la última brizna de hierba.

Mientras llega la hora de esta ideal perfección entrevista por los filósofos, — hora suprema en que el derecho entrará en la carne de todos los hombres, para regular con equidad los apetitos, y en que estos mismos apetitos se habrán calmado y permitirán oír la voz de la razón pura — detengámonos un instante para observar el espectáculo curioso que dentro de la humanidad abigarrada, nos ofrece el grupo argentino en este momento de su evolución.

¡Qué contraste en las costumbres y en los gustos! Escuchar con silencioso deleite las sonatas de Beethoven ó los nocturnos de Chopín, y empaparse con agua las ropas y el cuerpo, en medio de transportes frenéticos! La primera acción revela una exquisita sensibilidad intelectual y una halagadora complejidad de cerebro; la segunda, hace pensar en ciertas fiestas primitivas, en que sin más excitación que los ruidos de una tibia ó los golpes sobre un rudo tambor, entraban los salvajes en éxtasis horribles, que terminaban en un banquete humano lleno de ardores furiosos.

Reservemos nuestra observación para este contraste especial que con muchas de nuestras costumbres, hace el *carneval americano*. Más que ningún otro, quizás, este hábito de asaltarse con chorros de agua más ó menos

perfumada, lleva consigo el sello de lo superficial que es todavía en nosotros el barniz de la civilización.

Es melancólico ver á tanta gente, que en su trato diario revela una naturaleza distinguida y amante de los altos movimientos del espíritu, entregarse en carnaval á prácticas ridículas, bochornosas, que rebajan la dignidad humana recordándole la proximidad de un pasado impresentable en la buena sociedad.

Antes del Carnaval, los que tienen algún control sobre sí mismos, se sienten primero desalados ante la idea de tomar parte en una diversión tan indiscutiblemente salvaje; luego, el espectáculo del arreglo de calles y balcones, el sonido alegrador de las fanfarrias, el movimiento general de la multitud, los gana: les entra el picoteo de la imitación, y no pudiendo resistirse se entregan en cuerpo y alma al dios de la Locura.

Si pudieran verse en tales momentos, reflejados en algún espejo cuyo plano siguiera el de las agitaciones de sus cuerpos, riendo como poseídos, diciendo y escuchando banalidades, haciendo consistir la dicha en empapar y ser empapado, en cegarse con agua alcoholizada, en exponer la salud propia y la ajena por una práctica verdaderamente tonta y estúpida, ¡ con qué lástima se mirarían !

Concibo que los pobres de espíritu, que los infelices dotados de una inteligencia apenas mayor que la de un antropoide, que no tienen horizontes amplios y hermosos ante la vista, que no se han estremecido nunca con la música, que no han recibido jamás un beso de una mujer exquisita, que no han llorado con las creaciones de los poetas ó sentido enardecida el

alma en la descripción de las batallas : concibo, repito, que estos desgraciados encuentren agradable la costumbre del *carnaval americano*.

Son los bárbaros modernos que ven al alcance de sus manos, las viñas de la Galia, las campañas bañadas por el sol del mediodía, las mujeres del Lacio embellecidas por diez siglos de vida voluptuosa; y es natural que se lancen en busca del placer como tigres en brama.

Pero que los hombres y las mujeres que leen á Virgilio y á Dante, que siguen con interés la historia de las pasiones universales, que palpitan en el teatro con las más elevadas inspiraciones del genio, que toman participación en todos los movimientos caritativos, que visten con sobriedad y buen gusto, que.... en fin, son gentes civilizadas, se entreguen con frenesí, con delirio, al acto brutal de arrojarse chorros de agua, es algo que desilusiona sobre el decantado progreso de nuestros conciudadanos.

Hace apenas veinte años, que esta costumbre se mostraba en toda su bárbara ingenuidad, figurando los baldes y los jarros como los adminículos más moderados del juego. Entonces, cada casa se convertía en un cantón, y la ciudad entera parecía preparada contra un asalto. El egoísmo y la brutalidad reinaban durante los tres días clásicos, con ilimitado imperio sobre hombres y cosas. En estos veinte años, la sociedad ha comprendido que esa imagen de las sueltas pasiones primitivas, no podía vivir al lado de nuestros progresos reales, y ha reducido el carnaval á un juego de idiotas, como si reducidas las proporciones del hábito salvaje, no fuera siempre salvaje este hábito de arrojarse agua como gente enloquecida.

---

Marchemos del centro ó los extramuros de la ciudad, y por gradaciones sensibles iremos viendo reaparecer el antiguo balde que bañada al transeunte desde el cantón de una azotea; marchemos de Buenos Aires hacia las provincias y hallaremos la lucha á *huevos de olor*, los asaltos con harina, los baños de cuerpo entero y el jarro compensando al pomo de nuestros moderados de la calle Florida.

Marchemos de Europa hacia estas extremidades y por gradaciones sensibles iremos alejándonos del hombre civilizado que juega con flores, con dulces, con luces, hasta encontrar este *carnaval americano* en que las gentes deliran por empaparse con agua perfumada.

¡Cuándo llegaremos á esa etapa de la civilización en que sólo se juega al carnaval con flores!....



## LA CIUDAD MODELO.

Platón, encerrado en sí mismo, evocando sus recuerdos relativos á todas las ciencias y artes conocidas en su tiempo, estableciendo entre sus conocimientos el hilo de Ariadna de la generalización filosófica, concibe una ciudad modelo, le da un gobierno idealmente correcto, la dota de ciudadanos con tendencias en armonía con sus oficios, deslinda las atribuciones de cada uno, proyecta matemáticamente la función de cada órgano, de cada miembro, de cada músculo, de cada nervio del gigantesco cuerpo, y este monumento de la especulación humana, conocido por la *República* de Platón, seduce aun hoy todavía y es materia que excita á los hombres pensadores.

La ciencia de la política, á pesar de contar entre sus colaboradores á tipos como Phoción, como Marco Aurelio, como César, Pedro el Grande, Cronwell, Luis XIV. Bismarck, no ha dicho nada desde entonces hasta ahora, que no esté contenido en una ú otra forma en la obra maravillosa del filósofo griego. Cuanto la humanidad ha conocido de más egoísta y de más elevado, de más impracticable y de más práctico, de más cínico y de más generoso, todo está allí. La experiencia fría, el cálculo matemático, la concepción de la inferioridad eterna y fatal de los hombres peor dotados con respecto á los me-

por dotados, que es uno de los credos de la filosofía moderna; la heredación de las tendencias, la variabilidad de los caracteres que determina las distinciones radicales de los oficios, la necesidad de la sujeción á ciertas reglas inamovibles, la higiene pública y privada, las cruces, las fiestas, la alimentación, el traje, las viviendas, las creencias, la literatura, todo cuanto puede proceder del cuerpo y del espíritu humano en su desarrollo progresivo, está allí previsto, regulado, estudiado y cortado con arreglo á un modelo que la ciencia moderna no ha variado aún.

Lo irrealizable de este gigantesco proyecto es únicamente la reunión de la fuerza que sería necesaria para llevarlo á cabo, es decir, para imponer las reformas hostiles á la voluntad individual que comporta tan vasta armazón. Pero, teóricamente, el Arquitecto no sólo no ha faltado á ninguna de las reglas que debía haber tenido en cuenta, sino que la masa de conocimientos, de experiencia y de filosofía que revela su trabajo, es la más colosal que haya logrado reunir hombre alguno en situaciones similares.

Si abandonando el estudio de la concepción platoniana como producto científico, entramos en el fondo de la cuestión que el autor ha planteado en realidad, podemos preguntar sin temor de ser tachados de visionarios ¿por qué no habría de haberse fundado una ciudad con arreglo al plano de ese Arquitecto audaz, que en el fondo no es sino el conocimiento de todo lo necesario para convertirla en una obra perfecta? Quitemos del proyecto de Platón cuanto pueda ser materia discutible, y todavía nos quedará este gran pensamiento: hacer una ciudad

como se hace una casa ó un mueble ó una máquina, es decir, subordinando su construcción á los principios de la ciencia y aprovechando los conocimientos múltiples que para cada caso nos haya proporcionado la experiencia.

La concepción del filósofo griego sólo podría ser realizada por un Dios que tuviera poderes soberanos; lo alto de sus miras y la audacia indecible de sus vistas convierte toda su fábrica en una idealización puramente especulativa. Pero queda el indicio, la huella, el camino señalado, la *sugestión* de que en alguna época, un hombre ó un grupo de hombres superiores podría edificar una ciudad modelo, apoyándose en la *idea general* que ha presidido á la concepción del plano sublime.



Los colonos griegos y fenicios elegían situaciones felices para sus ciudades, sobre la ribera de los mares, cerca de las montañas auríferas, con terrenos feraces, y en condiciones estratégicas; orientaban las primeras viviendas, los fuertes, los edificios públicos hacia el lado que salía el sol, etc., pero luego que aumentaba la población, no solamente se obedecía al impulso de nuevas ideas y nuevos gustos, si que también el esfuerzo individual era el único que determinaba los parajes más favorables para los sucesivos desarrollos, hermooseamiento natural, valor de la propiedad y demás. Este impulso del interés particular quitaba toda fisonomía acusada á la nueva ciudad, no pudiendo sus fundadores ó gobernadores oponerse á las líneas así tiradas. Al principio

eran ellos los que echaban los fundamentos de la riqueza general, escogiendo los parajes que debían con el tiempo convertirse en núcleos de edificación; pero después cada propietario aumentaba el valor del sitio que le parecía más á propósito. De aquí que todas las ciudades revelaran las sucesivas capas que en uno ú otro sentido le habían ido colocando las varias generaciones con sus diferentes gustos é intereses.

Y esta es la historia de todas las ciudades del mundo, siendo las norte-americanas las que menos entran en este cuadro del desarrollo inconsciente de la energía humana, por haber sido fundadas por grandes masas de hombres con aspiraciones y necesidades científicas.

Las ciudades romanas que los conquistadores del mundo fundaron para establecer límites y fortalezas, así como las que luego arraigaron los germanos y los francos, exhiben cada cual según su época, la tendencia á aprovechar de lo que se venía aprendiendo en materia de higiene pública, estrategia y arte. Hoy todas estas ciudades son monumentos restaurados que llevan la huella de lo que no se hizo sino por ignorancia, y de lo que ha pretendido remediar más tarde la ciencia.

En higiene, en arte de la guerra y en belleza se ha cambiado mucho más radicalmente los ideales humanos, que en política, tomando por punto comparativo la ciudad ideal de Platón; y por consiguiente, la edificación de una ciudad moderna tiene que diferir en mucho de una ciudad antigua.

¡Cuántas cosas hay en Buenos Aires irremediablemente malas! Y sin embargo, el hábito de vivir en ella, hará que se emplee más fuerzas en remediarlas de las

que se emplearía en conseguir las mejores en otros parajes. Esto en cuanto á condiciones naturales, que si habláramos de las artificiales, veríamos cómo el carácter nócivo y perjudicial de éstas, procede lógicamente de aquéllas hasta formarse una cadena de grandes desventajas en la lucha por la vida.

En la *ciudad modelo*, en esta maravilla debida á la inteligencia y á la energía del Dr. Rocha no sólo se ha aprovechado de todos los conocimientos científicos modernos, sino que se ha evitado los males que la experiencia ha demostrado como consecuentes fatales de ciertos antecedentes. En la *ciudad medelo* se ha realizado la idea general de Platón, concentrando sobre la idea física, por decirlo así, el cálculo y el estudio profundos que el filósofo griego consagró á la vida política. En uno y otro plano se buscó el arraigar formas absolutas y permanentes que garantizaran la estabilidad de la vida institucional. Realizado el mundo de Platón, la forma política duraría en él eternamente; realizada La Plata, queda asegurada para sus habitantes la vida fácil, cómoda é higiénica. En ambos casos la intervención oficial es el núcleo de donde procede la existencia; y las condiciones de este núcleo son las que contienen todos los desarrollos del porvenir.

La orientación dada á la ciudad, que es la indicada por la ciencia y la experiencia, deberá ser seguida en las sucesivas edificaciones; el sabio derrame de los centros de actividad-hará que el valor de tierra no se acumule en un solo paraje, como en Buenos Aires alrededor de la plaza Victoria; el puerto traerá sobre ella todas las bendiciones de un enérgico cambio de pro-

ductos; su pavimentación, buena por el magnífico suelo en que reposa, abaratará el tráfico: su alumbrado disminuirá el número de incendios, y duplicará en caso necesario las horas del trabajo; su provisión de agua abundante, y exenta de sales dañosas, le dará una inmensa ventaja sobre Buenos Aires; su regular y científico sistema de alcantarillas la hará una de las ciudades más higiénicas del mundo; sus anchurosas calles, su sistema de avenidas transversales vincularán para siempre en ella la hermosura natural, la libertad de tráfico y de ambiente; esas masas colosales de los edificios públicos impondrán dignidad á la edificación y presentarán muestras perpetuas de bello estilo y de ornamentación; los grandes paseos, amplios, umbrosos, introducirán en la vida de sus habitantes las costumbres amables del descanso y de la frecuentación social, alejando durante algunas horas del día las imágenes fatigantes del trabajo: las condiciones impuestas á la edificación en general darán á la ciudad un aspecto simétrico, armónico, desconocido todavía en América; las redes de tramways, de ferrocarriles y de telégrafos la pondrán en rápida comunicación con todos los pueblos de la tierra.

Y como un producto de esta serie de felices novaciones en la vida argentina, el hombre mismo que habite la ciudad modelo se modificará siguiendo las deferencias de su medio ambiente. No en vano se habrá llamado para realizar el pensamiento de su creación, á los ingenieros, á los arquitectos, á los higienistas, á los artistas, á todos los hombres inteligentes de América y Europa que podían favorecerla con su concurso técnico.

---

Y ahora comparemos la gloria de haber dado formas, corazón, arterias y sangre á este ideal de la ciudad perfecta de Platón, con cualquiera otra gloria de las alcanzadas hace medio siglo en América, y encontraremos que todas son pálidas, pobres y humildes. .

No pasará mucho tiempo sin que los argentinos se enorgullezcan de la *ciudad modelo*.





# ÍNDICE

---

PREFACIO.....	VII
---------------	-----

## 1880

El arte del teatro.....	3
Sobre literatura.....	10
El color rojo.....	20
El hombre de la levita gris.....	32
Emilio Zola.....	42
La danza de las brujas.....	57
La infancia de Edgar Poe.....	62
D. Roque.....	73
Glunch.....	81
Comer de hotel.....	92
Un almuerzo de solteros.....	104

## 1881 — 1882

Entre nosotros.....	117
Aida.....	127
Il Guarany.....	131
Divorçons.....	133

## 1883

Los muertos á hora fija.....	141
Oscar Knoblauch.....	151

Lloviendo.....	157
La vida alegre.....	164
Al salir de misa.....	175
En el café.....	179
Fantasmas.....	190

## 1884

Los colegios clericales.....	199
Camino del cielo.....	203
En el remate.....	210
Una casa infierno.....	224
Santos.....	231
Bahía-Blanca.....	237
De Amicis.....	245
Montevideo en 1884.....	249
En Colón.....	255
Espíritu nuevo.....	262
Jaeger.....	268
En el teatro.....	273
17 Años de pleitear.....	277
El mundo de los coristas.....	284
Benigno B. Lugones.....	291

## 1885

Artistas náufragos.....	301
Fisonomías campestres.....	308
Juan Moreira.....	315
Vida social.....	320
Barbarización oficial.....	324
Los programas.....	329
El colegio nacional.....	335
Ley de educación.....	341
Los profesores.....	346
Farewell Gun.....	351
Alberto Navarro Viola.....	355
La última jornada.....	360

---

Ley del embudo.....	364
Cosas útiles.....	369
Dr. Hugo Toepper.....	375
Contra sí mismos.....	378

**1886**

Avellaneda.....	387
Artes femeninas.....	393
Carnaval americano.....	401
La ciudad modelo.....	407

















